

El mejor periodismo chileno

EL MEJOR PERIODISMO CHILENO
Premio Periodismo de Excelencia 2018

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869– Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso por C y C impresores en Santiago de Chile
Abril de 2019

ISBN libro impreso 978-956-357-192-9
ISBN libro digital 978-956-357-193-6

Dirección Colección Periodismo
Juan Cristóbal Peña

Edición
Gabriel J. Galaz Carvajal

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diseño y diagramación
Francisca Toral



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

El mejor periodismo chileno

Premio Periodismo de Excelencia
Universidad Alberto Hurtado
2018



**UNIVERSIDAD
ALBERTO HURTADO**
ESCUELA DE PERIODISMO

TRABAJOS PREMIADOS



PREMIO PERIODISMO DE EXCELENCIA ESCRITO

Las acusaciones contra Herval Abreu
Paula Escobar, Andrew Chernin, Rodrigo Munizaga y Rodrigo Fluxá,
Sábado, El Mercurio

y

Los pecados de Nicolás López, el director Sin Filtro
Andrew Chernin y Rodrigo Fluxá, *Sábado, El Mercurio*

21

PREMIO CATEGORÍA REPORTAJE

Las mujeres carne de cañón del narcotráfico
Cristian Ascencio, *El Mercurio de Antofagasta*; Carlos Luz, *La Estrella de Iquique*; y Nelfi Fernández, *El Deber* de Bolivia

67

PREMIO CATEGORÍA CRÓNICA O PERFIL

No es país para viejos: el pacto suicida de Jorge y Elsa
Ivonne Toro, *Reportajes, La Tercera*

85

PREMIO CATEGORÍA ENTREVISTA

El mapa de los recuerdos de Augusto Góngora
Estela Cabezas, *Sábado, El Mercurio*

93

PREMIO CATEGORÍA OPINIÓN

El liceo y el retén
Daniel Matamala, *La Tercera*

105

PREMIO PERIODISMO DE EXCELENCIA UNIVERSITARIO

Salud pública en vigilia: la sobreexplotación de los médicos en formación
Maite Pizarro y Cristóbal Baeza, Universidad Diego Portales

109

TRABAJOS FINALISTAS



CATEGORÍA REPORTAJE

La reconstrucción del crimen de Catrillanca deja en evidencia
que alguien ordenó mentir

Pedro Ramírez y Nicolás Sepúlveda, *Ciper*

123

Coaching para el examen de admisión

Greta di Girolamo, *Paula*

139

Los médicos detrás del primer aborto legal

Andrew Chernin, *Sábado, El Mercurio*

149

El codiciado cargo de los agregados comerciales
Juan Pablo Sallaberry y Sebastián Labrín, *La Tercera*

161

El club de asesores que ganó millones alimentando
los miedos del empresario Gonzalo Vial Concha

Alberto Arellano, *Ciper*

169

El tormento de Katherine

Nicolás Alonso, *The Clinic*

187

CATEGORÍA CRÓNICA O PERFIL

Francisca, la hija desconocida de Nicanor

Gabriela García, *Tendencias, La Tercera*

207

Romina reconoce a Romina

Rafaela Lahore, *Pauta*

217

El lobo de la Plaza de Armas
Rodrigo Fluxá, *Sábado, El Mercurio*
229

CATEGORÍA ENTREVISTA

Francisca Linconao: “Yo no quería ser machi”
Lorena Penjean y Benjamín Miranda, *The Clinic*
255

Loreto Valenzuela rompe el silencio
Claudia Guzmán, *Ya, El Mercurio*
273

Alberto Parra: los descargos del Parra petrolero
Arturo Galarce, *Sábado, El Mercurio*
289

Ricardo Troncoso, profe de filosofía: “Los cabros se resisten al
pensamiento abstracto y eso no lo arregla una clase en cuarto medio”
Daniel Hopenhayn, *The Clinic*
303

Viudo de Joane Florvil: “Chile me enseñó la miseria”
Gabriela García, *Qué Pasa*
319

Jorge Bermúdez: “No siento que fui imprudente”
Estela Cabezas, *Sábado, El Mercurio*
333

CATEGORÍA OPINIÓN

La sombra del pasado
Carlos Peña, *El Mercurio*
347

Qué hacer con las pulsiones tras la revolución
Constanza Michelson, *The Clinic*
351

Liberté, égalité, Mbappé
Esteban Abarzúa, *Las Últimas Noticias*
357

El sistema educativo en Chile no prioriza la calidad
ni para ricos ni para pobres
Juan Andrés Guzmán, *Pousta*
361

El incombustible general Villalobos y la responsabilidad de La Moneda
Mónica Rincón, *Ciper*
369

Prólogo

En mis tiempos de estudiante, como todo estudiante de periodismo, tuve compañeros con los que compartimos el impulso de editar una revista propia, una revista en papel, claro, porque no había de otras, una revista a nuestro gusto para decir lo que nos diera en gana y lo que creíamos –con la arrogancia y el desparpajo propios de la juventud– que nadie estaba diciendo ni había dicho antes. El impulso derivó en el pasquín estudiantil *El Candor Mefítico*, en la separata *El Juguete Rabioso* de una revista ya existente y en un intento frustrado de revista que se llamaría *Vida de Perros* y a la que un ingeniero comercial le vio alguna posibilidad de financiamiento porque, al escuchar su nombre, creyó que trataba de mascotas.

El asunto es que las revistas despertaban y despiertan una fascinación especial en una generación predigital como la mía, que hizo del impreso un objeto de culto y veneración, si es que no un arma de batalla intelectual: como no existían plataformas digitales ni menos las redes sociales, creíamos que las cosas importantes se expresaban en tinta impresa sobre papel, como si la palabra impresa tuviera un mayor peso que la oral, como si al quedar grabada la palabra ganara valor, consistencia, eternidad. (Al respecto, resulta interesante que un estudio publicado en 2013 haya mostrado que estudiantes de escuelas primarias de Noruega tenían un mayor grado de comprensión lectora en formato papel que en digital).

Pues bien, ya sabemos que la industria de la prensa está en crisis hace un buen tiempo, pero lo que viene ocurriendo desde el año pasado en Chile es parecido a un derrumbe. Diarios y revistas que se jibarizan, que se transforman o derechamente cierran y pasan a mejor vida. De hecho, en este libro hay dos reportajes publicados en revistas que ya no existen, o al menos ya no existen como habían existido. Los casos de *Paula* y *Qué Pasa* se suman al de otras revistas

chilenas de contenido periodístico que cerraron entre fines de 2018 y comienzos de 2019, como *Cosas y Caras*. Esta última era publicada por Editorial Televisa, que cerró la totalidad de sus operaciones en Chile, incluyendo la edición de *Condorito*, fundada en 1955 y por lejos el producto editorial chileno de mayor éxito y alcance internacional.

Sin lugar a dudas, la desaparición de los impresos se inscribe en una crisis mundial del modelo de negocios que ha sustentado la industria del periodismo por cerca de un siglo. La industria de la prensa, la televisión y la radio, incluso la digital, ya no es más lo que era hasta hace no mucho, y estos tiempos de derrumbe y transformaciones están cruzados por un descrédito del periodismo. Este se explica en parte por la escasez de recursos que inevitablemente merma la calidad del periodismo; por los efectos adversos de las redes sociales que contribuyen a generar lo que Byung-Chul Han denomina esas “tormentas de mierda” que aturden y dañan la convivencia y el debate público respetuoso, informado y veraz; y se explica, finalmente, por el resurgimiento de los populismos de corte nacionalista que se sostienen y crecen en el desprestigio a la prensa tradicional. Al respecto, basta consignar un artículo del diario *Folha de S. Paulo*, que para noviembre de 2018 había contabilizado diez ataques semanales a la prensa del entonces candidato a la presidencia de Brasil Jair Bolsonaro, con un total de 129 en lo que iba de campaña.

No está fácil. Para periodistas y para el periodismo, que en definitiva, no nos vamos a cansar de repetirlo, es una medida de la calidad de la democracia y por tanto es un asunto de interés público y convivencia social. Como dijo el periodista Rosental Alves en una entrevista publicada en 2018 en *Puroperiodismo*, el lema adoptado por *The Washington Post* poco después de la elección de Donald Trump tiene una particular significancia en un contexto político de amenaza al periodismo: “Decir ‘la democracia muere en la oscuridad’ es una forma muy apropiada de enviar un mensaje de que el periodismo es un pilar fundamental de una sociedad democrática”.

De momento, más allá de estrategias y modelos, la respuesta a la crisis y la amenaza parece estar en el periodismo. En más y buen periodismo, en el periodismo que innova, que se conecta con el ciudadano, que confronta al poder y toma riesgos. De todo eso hay de sobra en este libro compilatorio, partiendo por los dos reportajes que resultaron ganadores de la versión escrita del Premio Periodismo de Excelencia, PPE.

Siguiendo el modelo de las investigaciones periodísticas de *The New York Times* y *The New Yorker* que un año atrás habían recogido el testimonio de una docena de mujeres que acusaban al productor cinematográfico Harvey Weinstein de acoso sexual y violación, el equipo de la revista *Sábado* de *El Mercurio* (sí, una revista en papel, como las de antes) desplegó un acucioso trabajo de investigación que se extendió por meses para dar cuenta, sin dejar lugar a baches y desmentidos, de una serie de denuncias por conductas sexuales impropias en contra del director de teleseries Herval Abreu.

Dos meses después, siguiendo un método similar, el mismo equipo de *Sábado* volvió a remecer a la opinión pública al sacar a la luz una investigación sobre las acusaciones de abusos sexuales que recaían en contra del cineasta Nicolás López.

Dos directores reconocidos y enaltecidos por una industria del espectáculo que —como señaló el veredicto del jurado de la versión escrita del PPE, que reconoció como ganadores a ambos reportajes— se acostumbró a normalizar los hechos denunciados, haciendo vista gorda de los mismos, a la vez que hizo de la mujer un objeto.

En este libro compilatorio, con parte de lo mejor del periodismo chileno publicado en 2018, están representados los principales temas y personajes del año. Temas que marcaron agenda y animaron debates, que desafiaron las verdades oficiales, que echaron abajo funcionarios públicos, si es que no los pusieron en cuestión; temas que nos emocionaron, conmovieron o indignaron, según el caso. En este libro está representada la memoria de los medios impresos que ya no están y también la presencia de algunos medios digitales y secciones

de medios que han aparecido en el último tiempo, como *Pauta* y *La Tercera PM*. Este libro es tributo, testimonio, denuncia, homenaje y memoria, y quizás por todo eso seguimos empeñados en publicarlo en papel.

Juan Cristóbal Peña
Director Departamento de Periodismo
Universidad Alberto Hurtado

Jurado del Premio Periodismo de Excelencia 2018

Marcela Aguilar

Periodista, MBA y doctora en Ciencias de la Comunicación de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Dirige la Escuela de Comunicaciones de la Universidad Finis Terrae. Conduce el programa “Entre líneas” en radio *ADN*. Fue columnista del diario *Pulso*. En *El Mercurio* fue editora de la revista *Domingo*, subeditora de *Wikén* y reportera en ese diario y en *Las Últimas Noticias*. Es coautora de los libros *Periodismo narrativo en América Latina*; *Dueños de la palabra: grandes maestros del periodismo chileno*; *Mujeres que viajan solas*; *La Moneda*; *Domadores de historias: conversaciones con grandes cronistas de América Latina*; *Travesías inolvidables: las mejores crónicas de viaje de la revista Domingo*; *El asilo contra la opresión: cinco judíos del Holocausto en Chile*. Es coeditora de *Escrituras a ras de suelo: crónica latinoamericana del siglo XX*.

Angélica Bulnes

Periodista de la Pontificia Universidad Católica de Chile y máster en Medios y Política por la London School of Economics and Political Science. Ha trabajado en medios como *Qué Pasa* y *La Tercera* y también en la Escuela de Periodismo de la Universidad Alberto Hurtado. Actualmente es panelista de *Tele13 Radio*, socia de editorial Laurel y dicta clases en la Facultad de Economía de la Universidad de Chile.

Ingrid Bachmann

Periodista de la Pontificia Universidad Católica de Chile y doctora en Periodismo por la Universidad de Texas en Austin. Actualmente es directora de la Escuela de Periodismo PUC, donde también realiza actividades de docencia e investigación. Es miembro de la International Association for Literary Journalism Studies y de la Association for Education in Journalism and Mass Communication. Se ha desempeñado en varios medios como reportera y editora.

Paula Bravo

Periodista de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Ha sido periodista en *Radio Cooperativa* desde 2002, donde ha oficiado de productora y reportera de política. También ha sido editora y conductora de los programas “El otro cuento”, con Iván Valenzuela, y “GPS”, con Soledad Onetto y Marcos Silva. En la actualidad es editora y conductora de “Lo que queda del día”, junto a Mauricio Bustamante. Además, es profesora del Taller de Radio de la Universidad Alberto Hurtado.

Juan Cristóbal Peña

Periodista y director del Departamento de Periodismo de la Universidad Alberto Hurtado. Es autor de los libros *La vida en llamas* (2002), *Los fusileros* (2007) y *La secreta vida literaria de Augusto Pinochet* (2013). Además es coautor de libros como *El periodismo que remece a Chile* (2010); *Lo mejor del periodismo en América Latina I y II* (2006 y 2010); *Los casos reales de Los Archivos del Cardenal* (2011); *Antología de la crónica latinoamericana* (2012); *Lo mejor del periodismo chileno* (2003, 2009, 2010 y 2012); *Volver a los 17: Recuerdos de una generación en dictadura* (2013) y *Los malos* (2015). Ha obtenido el Gran Premio Lorenzo Natali (2004), de la Comisión de Desarrollo de la Unión Europea; el Premio Nuevo Periodismo (2008), de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano Gabriel García Márquez; y el Premio Periodismo de Excelencia (2004, 2009 y 2010).

Abraham Santibáñez

Periodista de la Universidad de Chile y Premio Nacional de Periodismo (2015). Actualmente es secretario general del Instituto de Chile y miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua. Fue presidente del Colegio de Periodistas de Chile (2008-2010), profesor de periodismo en distintas universidades del país y director de *Hoy* y *La Nación*. También es columnista en *El Sur* de Concepción, *El Diario* de Atacama, *El Día* de La Serena, *El Líder* de San Antonio,

El Centro de Talca y La Prensa Austral de Punta Arenas. Entre sus libros están *¿Ética periodística? Ja, ja, ja*; *Periodismo interpretativo. Los secretos de la fórmula Time*; e *Introducción al periodismo*.

Francisca Skoknic

Periodista y bachiller en Ciencias Sociales y Humanidades de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Máster en Administración Pública por la Universidad de Columbia. Es directora de la Escuela de Periodismo de la Universidad Diego Portales. Fue editora y subdirectora de *Ciper* y antes trabajó cubriendo política, economía y negocios en *Qué Pasa*, *Siete+7*, *El Mostrador* y *El Mercurio*. Coautora del reportaje que obtuvo el Premio Periodismo de Excelencia 2008 y cocreadora de @RobotLaBot. Recibió el Premio Periodismo de Excelencia Digital 2017. Es parte de la red del Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación.

Jurado del Premio

Periodismo de Excelencia Universitario 2018

Lorena Penjean

Periodista de la Universidad de Chile. Es directora de *The Clinic* –la primera mujer en dirigir ese medio–, guionista e investigadora. Ha trabajado en *Paula* y las productoras Aplaplac (*31 minutos*) y Fábula (*No*, *Neruda*, *El Club* y *Una Mujer Fantástica*, entre otras). También es profesora en la Facultad de Economía de la Universidad de Chile.

Andrea Arístegui

Periodista de la Universidad Católica de Chile. Cuenta con una gran participación en medios de comunicación. Trabajó por 18 años en *Televisión Nacional de Chile* (TVN), donde comenzó en el área internacional. Posteriormente se desempeñó como lectora de noticias en el noticiario y el canal *24 Horas*. En 2015 asumió la conducción del

programa *Estado Nacional* y se integró a la radio *ADN* para conducir *La prueba de ADN*. En enero de este año se integró a *Ahora Noticias* de *Mega* y a radio *Infinita*.

Paula Molina

Periodista de la Universidad de Chile, magíster en Políticas Públicas de la Universidad Adolfo Ibáñez y Nieman Fellow de la Universidad de Harvard. Su carrera profesional ha estado marcada por su trabajo como voz, editora y creadora de programas en radio *Cooperativa*. Es colaboradora permanente en *BBC Mundo* y se ha desempeñado en televisión y prensa escrita, en medios como la revista *Sábado* de *El Mercurio*. Es cocreadora del podcast *La Franja* y de @robotlabot, primer chatbot chileno de noticias sobre política y actualidad, proyecto ganador del Premio Periodismo de Excelencia Digital 2017. Ha sido reconocida con los premios “Pobre el que no cambia de mirada” y “Elena Caffarena”, y nombrada Egresada Destacada de la Universidad de Chile, entre otras distinciones.

TRABAJOS PREMIADOS

PREMIO PERIODISMO DE EXCELENCIA

LAS ACUSACIONES CONTRA HERVAL ABREU

Paula Escobar, Andrew Chernin,
Rodrigo Munizaga y Rodrigo Fluxá
28 de abril
Sábado, El Mercurio

y

LOS PECADOS DE NICOLÁS LÓPEZ, EL DIRECTOR SIN FILTRO

Andrew Chernin y Rodrigo Fluxá
30 de junio
Sábado, El Mercurio



Dos artículos publicados en octubre de 2017, uno en *The New York Times* y otro en *The New Yorker*, revelaron casi tres décadas de abusos sexuales contra mujeres por parte de Harvey Weinstein, uno de los principales productores de Hollywood. Los reportajes dieron pie a un movimiento internacional bautizado como #MeToo y sirvieron de referencia para la investigación de la revista *Sábado de El Mercurio* que recogió las denuncias por hechos similares en contra del director de teleseries Herval Abreu. Dos meses después, cuando la controversia aún no se apaciguaba, un equipo de la misma revista volvía a remecer la industria del espectáculo al dar a conocer las prácticas de abuso psicológico y sexual de Nicolás López, uno de los directores de cine chileno más éxitos a nivel internacional. Ambos casos generaron debate y fueron investigados por el Ministerio Público, con suertes dispares: mientras al cierre de este libro Abreu era sobreseído en cuatro de las cinco causas en las que se lo acusa de abuso sexual, pese a que se acreditó que los hechos eran ciertos, López sería formalizado por los delitos de violación y abuso sexual. El jurado concedió el Premio Periodismo de Excelencia Escrito 2018 a ambas piezas, atendiendo a que revelaron conductas normalizadas en una industria en que la mujer era vista como un objeto. Destacó, además, que como producto periodístico, ambos reportajes tienen todos los elementos del género: investigación exhaustiva, fuentes diversas, documentos y el testimonio de víctimas con nombre y apellido. De paso, el jurado consideró importante resaltar “cómo en estos reportajes se revela y pone en cuestión la relación entre periodismo y agencias de publicidad”.

LAS ACUSACIONES CONTRA HERVAL ABREU

Si existiese una realeza televisiva, Herval Abreu (54) estaría ahí. Hijo de Doris Guerrero, una reconocida artista chilena, y de Herval Rossano, el director brasileño detrás de éxitos televisivos como *Doña Beija* y *La esclava Isaura*, partió en las teleseries chilenas como actor. En 1991 comenzó una carrera como asistente de dirección y director de segunda unidad que lo paseó por siete teleseries y que culminó en *Adrenalina*, de *Canal 13*. En 1997, abrió el área dramática de *Mega*, con *Rosabella*. Después de su debut, dirigió 16 teleseries más. Algunas, como *Machos* y *Soltera otra vez*, se convirtieron en fenómenos de audiencia que levantaron una de sus marcas registradas: personajes femeninos bellos y sensuales, interpretados por actrices jóvenes que él solía descubrir.

Este año *Soltera otra vez 3* volvió a *Canal 13*, extrañamente con él ya fuera del canal. Sus problemas habían comenzado formalmente cuatro meses antes, en diciembre de 2017.

Ahí, según confirma Javier Urrutia, director ejecutivo de *Canal 13*, había llegado a la contraloría del canal una denuncia por acoso de parte de la guionista Bárbara Zemelman, quien habla con revista *Sábado* por primera vez de esto. No quiere, dice, que estas situaciones se repitan.

“Quiero hacerte el amor”

Zemelman, de 39 años, fue desvinculada del canal en noviembre de 2017, por su jefe, el mismo Abreu, estando embarazada. Abreu

mantuvo la medida: decía que había “incompatibilidad” en la forma de trabajo.

Cuando el director ejecutivo del canal, Javier Urrutia, supo del despido, entendió el error y se reunió con ella para reintegrarla. Sin embargo, ella no quiso: mientras estuviera Abreu en el canal, no trabajaría con él, cuenta ella, pero no solo por lo del despido estando embarazada: asegura que le dijo a Lorena Bosch y Paz Bascuñán, actrices de *Soltera otra vez*, que había sufrido de parte de Abreu situaciones impropias.

Abreu fue despedido el 8 de enero de este año, aunque, según fuentes del canal, por recortes presupuestarios.

Max Luksic, subdirector de *Canal 13* e hijo del dueño de la estación, y Luz Croxatto, su asesora, invitaron a Zemelman a almorzar días después al restorán Divertimento Chileno para enmendar su despido y reincorporarla.

“Max Luksic me pidió disculpas por el despido y me ofreció volver”, cuenta Zemelman. “Le dije que ante este nuevo escenario, es decir, la salida de Abreu, no tenía problemas. Y él me dijo que sabía lo del mensaje de WhatsApp. Me sorprendió, porque no se lo había mencionado a él ni a Urrutia. Me dijo que este tipo de cosas no iban a ocurrir nunca más bajo su administración”.

El mensaje era el más grave de una serie de episodios entre la guionista y Abreu. Ella dice que esto partió en 2011, desde que ella llegó a trabajar con él. Cuando estaban discutiendo los nombres de las protagonistas de la exitosa serie *Soltera otra vez*, Abreu propuso que uno de los personajes, Susy, se llamara igual a ella, Bárbara.

“Dijo que era ‘un nombre más culiable’. Yo llevaba un mes de conocerlo y era una reunión de trabajo. Estábamos los cuatro guionistas y me quedé helada. Lo repitió como tres veces, que era ‘super culiable’ llamarse así”, cuenta Zemelman.

Patricio Heim, uno de los presentes, confirma esa versión. Abreu dice que no suele utilizar esa palabra.

La relación continuó tensa durante los cinco años siguientes, relata ella. Un martes de octubre de 2016, durante la primera etapa

de la escritura de la teleserie *Preciosas*, Zemelman recibió un mensaje de WhatsApp de Abreu alrededor de las 16:00 horas.

“Y me llega este mensaje que decía ‘quiero hacerte el amor ahora’. Me quedo estupefacta y luego me pone ‘ja, ja, ja’. Yo estaba en mi casa y lo encaré. Me dijo ‘yo estoy enamorado de tu cerebro’, ‘me pareces tan inteligente’, y les comenté a mis colegas lo que había pasado. Dijo que estaba enamorado de mi cerebro y que era ‘un decir’. Le dije que no me parecía, pero él le bajó el perfil. Nunca dijo que fuera un error”.

Sábado, además, tuvo acceso a dicho WhatsApp para verificarlo. Abreu dice que se trató de una equivocación, que el mensaje estaba pensado para su pareja.

Zemelman asegura que no sintió la confianza para denunciar el hecho a los superiores de Abreu. Tres semanas después, renunció y se fue a trabajar con Vicente Sabatini a *TVN*. Entonces reapareció Herval Abreu, que la llamó para que volviera a *Canal 13*. De acuerdo al relato de Zemelman, el director hizo un mea culpa y le pidió que dejaran atrás los conflictos. Ella aceptó y volvió para un proyecto que finalmente terminó siendo *Soltera otra vez 3*, convertida, por primera vez, en jefa de guiones.

La relación laboral entre ambos, explica ella, siguió tensa: “El verano pasado, como llevé a mi hija a la playa y él estaba en Viña, me dijo que podíamos resolver un problema con un capítulo en su departamento de Viña y le dije que no. Me parecía poco adecuado ir a su departamento”.

Zemelman explica que no denunció ninguna de las conductas impropias, porque “el medio es muy chico y si te quemas en un canal, te quemas en todos. En general no se denuncia porque es difícil de probar”, dice ella.

Durante el almuerzo de enero con Max Luksic y Luz Croxatto, la guionista relata que los tres terminaron hablando sobre las situaciones vividas por ella. Luego de esa reunión, Max Luksic fue quien llevó la información al contralor del canal, Claudio Ugarte. Lo con-

firma el director ejecutivo de la estación, Javier Urrutia, a revista *Sábado*: “Efectivamente en el mes noviembre llegó información a Contraloría respecto de Herval Abreu, información que lo involucraría en situaciones de abuso de poder y acoso”.

—¿Por qué tras eso no se inició una investigación formal?

—Eso no llegó a Contraloría directamente de la víctima, sino a través de un tercero (Max Luksic). La investigación no prosperó esencialmente porque, de hecho, en el momento que llegó la información a Contraloría la denunciante no era parte del canal y el denunciado estaba siendo finiquitado. Eso implicó que el contralor no tuvo cómo avanzar en una investigación, porque se dio la situación de que la víctima no era entonces parte de la organización y tampoco lo era el denunciado.

—Usted no era director del canal cuando sucedieron los hechos, pero de acuerdo a la información que ustedes han recabado en las últimas semanas, ¿le parecen graves las denuncias de actitudes impropias y acoso sexual durante los años de Abreu en el canal?

—La información que he logrado recabar estas últimas semanas, aún sin ser directa de las víctimas, me parece muy, pero muy grave. Es imperdonable que una persona en una posición de poder utilice su cargo para acceder a situaciones impropias. Lamento enormemente que no nos hayan denunciado los hechos oportunamente y nos hayan dado la posibilidad, en primer lugar, de proteger a las víctimas y, después, de tomar las medidas correspondientes respecto a quién habría abusado de su posición de poder y privilegio.

“Me sentí como una persona manchada”

Carola Paz es una exdiseñadora y arquitecta que durante 21 años guardó silencio sobre lo que le pasó con Herval Abreu. No era actriz, sino que una estudiante universitaria de 20 años. Como vivía

sola y necesitaba financiarse, trabajó como modelo. Así llegó a un casting a *Canal 13* en 1996 y consiguió un papel menor en la teleserie *Adrenalina*. Fue ahí donde conoció a Abreu, que era director de segunda unidad. Recuerda que desde el principio la relación fue extraña. Y que en la primera conversación que tuvieron la garabateó por haber salido con un actor: “Me dijo que cómo se me ocurría salir con este personaje, que qué me creía. Básicamente me dijo que yo era una puta”.

Según Carola Paz, al final de *Adrenalina*, Abreu se aproximó a ella en el casino del canal y le ofreció un café. Esto es lo que recuerda de esa conversación:

—Me empezó a preguntar por mi vida amorosa. Si tenía pareja, si algún día me iba a casar y qué pasaba si me enamoraba de alguien casado, de alguien mayor. Me invitó a salir y le dije que no salía con gente con la que trabajaba ni con gente casada.

En 1997 la llamaron de *Mega* para un casting. Fue y quedó. La querían como una de las protagonistas de *Rosabella*, una teleserie centrada en un empresario dueño de una marca de lencería y en las mujeres que lo rodeaban. Paz aceptó por el dinero y por la experiencia, pero mantuvo su carrera de arquitectura congelada. Dice que cuando firmó el contrato no sabía quién era el director. Cuando partieron las grabaciones supo. Según Carola Paz, su cuerpo se convirtió en un tema para el director:

“Herval me pedía que desfilara con ropa interior dentro de su oficina. Me decía que estaba gorda y hacía que odiara mi cuerpo. Como yo no era actriz y tenía ese papel, los demás hacían comentarios, pero no frente a mí. Daban por sentado de que había algo entre los dos”.

Magdalena Max-Neef, actriz de esa teleserie, lo recuerda:

“Ella tuvo que desfilarse en calzón y sostén, como muchas. Parece que ella era un poco más rellenita y le pidieron que para hacer ese personaje, bajara de peso. Se comentaba que ella andaba con Herval. Pero se comentan tantas cosas siempre”.

“Yo creo que ese rumor nace de los celos de las otras actrices, porque a Carola le dieron un protagónico sin ser actriz. Pero yo sé

que nunca hubo una relación entre la Carola y Herval”, recuerda al actor Andrés Gómez, que también trabajó en *Rossabella*.

Carola Paz dice que hubo varios días en que pensó en renunciar. A los 21 años, no sentía que debía tolerar ese tipo de trato. Pero siempre encontraba un motivo para seguir, como un sentido de responsabilidad o el dinero que podía ahorrar.

Su familia también supo de los intereses de Abreu por ella. Así lo indica Teresa González, madre de Carola Paz:

“Mi hija, en ese momento, no vivía con nosotros. Él empezó a hacer llamados a nuestra casa, porque no podía ubicar a Carola. Yo le pregunté quién la llamaba y me dijo que era Herval Abreu, el director de la teleserie, y que necesitaba ubicar a Carola. En una llamada yo le dije qué era lo que quería, qué era tan urgente. Él me explicó que era un problema de corregir vestuario. Me pareció súper raro”.

Un viernes en la mañana, recuerda Carola Paz, Abreu la llamó molesto porque no había llegado a una grabación. La explicación de ella fue que en su horario no tenía asignada ninguna escena que fuese a ser grabada temprano. Después de colgar, tomó un taxi hasta *Mega*. Una vez en el canal entró a la oficina de Abreu. Ahí, dice, continuaron los retos del director. Carola Paz no recuerda mucho del resto de esa tarde, pero sí sabe que al final de ese día se subió al auto del director y que ella llevaba puesto un vestido negro de lycra con tirantes. Abreu iba manejando por Vicuña Mackenna cuando, de acuerdo a su relato, pasó lo siguiente:

“El me levantó el vestido. Metió la mano por debajo de mi vestido. Yo creo que él estaba intentando ver, dentro de toda su locura, si yo estaba excitada. Cuando me tocó me sentí congelada, porque no sabía qué hacer. No le quité la mano. Me debo haber acomodado para alejarme de su mano, pero no lo golpeé ni le dije nada. Me quedé muda y no le dije nada el resto de la noche. Sentía que iba en un túnel que cada vez estaba más oscuro. Hasta hoy me da asco acordarme”.

Carola Paz dice que Herval Abreu la llevó a un motel. Ahí sigue su relato:

“Recuerdo que había una cama. Y no recuerdo haber sentido nada. Era como si yo hubiese estado viendo esto desde afuera. Como si no hubiese estado en mi cuerpo. Los doctores me dicen que sufrí una disociación. Ni siquiera recuerdo que me haya quitado el vestido. Porque cuando volví en mí, me vi en el espejo y me subí un tirante del vestido. Me sentí como una persona manchada, sucia, sin valor. No querible. Y que nunca iba a volver a ser la misma persona de nuevo. Lo más probable es que él me haya ido a dejar a mi casa, porque sola no me fui y no pidió un taxi. Cuando todo terminó, solamente pensé al fin me va a dejar tranquila”.

Después de eso, relata, Herval Abreu sacó a Carola Paz de la teleserie. Pamela Soriano, guionista de esa teleserie, dice que Herval la llamó y estaba muy molesto “porque al parecer habían tenido una pequeña discusión en el set. Como que esta niña le había parado los carros y eso él no lo iba a aguantar. Nos dijo, ‘sáquenla porque ya no la soporto’. Lo del motel lo supe más adelante, como rumor. Se decía que de repente llevaba actrices allá”, dice Soriano.

Abreu, en entrevista con *Sábado*, niega esas acusaciones. Dice que jamás fue al motel con Carola Paz y que fue despedida de la teleserie por irresponsable.

Antes de irse de la teleserie, Carola Paz tuvo que hacer una última escena, pensada por Abreu y su jefe de guiones, en que se despedía llorando y se arrancaba con un jeque árabe.

El 3 de mayo de 1997, *El Mercurio* informó que Carola Paz había dejado el canal. Fuentes de la estación explicaron, entonces, que la participación de su personaje era limitada. Tres días más tarde, la noticia era que había viajado a Buenos Aires con un novio. Cuando regresó a Chile, sus padres fueron a verla.

“Llegamos a su departamento y nos contó lo que le había pasado con Abreu. Que este tipo la había violado. Estaba muy depresiva, con mucho llanto. Me explicó que en el momento en que sucedió

esto, no pudo reaccionar porque estaba paralizada. Ese día la trajimos de vuelta a la casa. Ella no quiso demandarlo. Pensaba que nadie le iba a creer”, cuenta su madre, Teresa González, a *Sábado*.

Carola Paz dice que comenzó a tratarse con psiquiatras. Le diagnosticaron estrés postraumático. Según ella, dejó de ver teleseries. Se demoró cinco años de terapia en poder pronunciar el nombre de Abreu y varios más en poder contarle esto a una pareja. El primero fue Cristián Espinosa, en 2006. Estaban viendo televisión cuando Abreu apareció en la pantalla. Espinosa lo recuerda así:

“En ese momento se descompuso entera y quedó media paralizada. Le pregunté qué le pasaba y me dijo que ese tipo había abusado sexualmente de ella. Yo quise ir a buscarlo para sacarle la cresta, pero ella quería mantener esto en secreto”.

Carola Paz consiguió eso durante muchos años. Ni cuando se dedicó a la moda y se ganó un premio Jaime Troncoso, que la ubicaba dentro de las promesas nacionales del diseño, ni durante sus años en Barcelona y Londres o incluso ahora, con 42 años y un trabajo en una consultora, habló públicamente sobre esa historia que ocultó por tanto tiempo. Hasta ahora.

“Siempre pensé que esto era algo que solamente me había pasado a mí. Pero ahora que supe que había más casos, aparte de asco, sentí como si fuese un monstruo que nadie había detenido”.

Los “castings”

Entra las áreas dramáticas de los canales, las actitudes de Abreu eran un tema conocido. La actriz Mariana Derderián confirma que los comentarios eran reiterados: “Hace tiempo que existe el secreto a voces de que Herval invita a las actrices a su departamento a hacer talleres o a practicar escenas, siempre de noche, y con vino, sushi y aperitivo. Yo lo escuché en 2014. Nunca nadie lo investigó”.

Roberto Rebolledo, director de segunda unidad de Herval Abreu en seis teleseries, incluyendo *Machos* y *Preciosas*, confirma ese

modus operandi. “Tenía bien claro que él hacía casting en su departamento, que buscaba personajes y lo hacía solo. En todos los años que llevo en televisión, trabajando con Óscar Rodríguez o Cristián Mason, los casting siempre se han hecho en el canal. Pero para él era normal. Herval llegaba diciendo ‘encontré a esta actriz que podría funcionar y que es muy talentosa’. Y él hacía el casting aparte. Siempre decía ‘me gustó mucho y la llevé a ensayar conmigo, algo más en privado y tranquilo’”.

Abreu reconoce esa práctica, aunque precisa que el nombre correcto de las sesiones personalizadas es “talleres”. Dice que eran para mejorar el rendimiento de las actrices y que no ocurrieron situaciones de abusos.

Pero *Sábado* tuvo acceso a testimonios de tres castings, en distintas épocas, donde Abreu habría tenido actitudes de acoso sexual. El primero de estos casos fue con Carola Vargas, una actriz que había conseguido el personaje de Daniela Donoso en *Más que amigos*, una serie de 2002. Vargas, de 25 años entonces, indica que alcanzó a trabajar una semana con el guion de su personaje, antes de la grabación y antes de firmar su contrato. Fue entonces que Abreu la llamó a una oficina de la productora Nueva Imagen. “Después de las ocho de la noche llegué a una supuesta reunión donde estaría todo el elenco, pero finalmente solo era él y yo; al resto de los actores los llamó para decirles que no fueran. Me pidió entrar a su oficina para conversar. Y dijo directamente: ‘tengo que enseñarte a besar’. Yo era una actriz recién titulada: ¡qué me tenía que enseñar! Me negué rotundamente, pero sentí mucho miedo, porque él se enojó muchísimo. Sentí que si me quedaba, me atacaría más fuerte. Conmigo fue un lobo con piel de oveja. Recuerdo bajar las escaleras corriendo. Al rato recibí su llamada telefónica para decirme que estaba despedida”.

Tras eso, Carola Vargas solo tuvo dos apariciones puntuales en otra teleserie. Hoy, su trabajo está fuera de la industria de las teleseries.

Otra actriz en sus treintas, explica que pasó por una experiencia similar para entrar a *Chipe libre*, una teleserie que *Canal 13* trans-

mitió en 2014. Le preguntó a Abreu si tenía algo para ella y él la llamó a su departamento en Las Condes una noche. La dinámica fue la misma: “Era una escena de la teleserie en que el personaje que me ofrecía, besaba a alguien más”, explica a *Sábado*. Ella aceptó de mala gana, hizo la escena y se quedó con el papel. Después de esa experiencia, esa actriz no volvió a trabajar con él. A pesar de que han pasado los años, ella sigue sin atreverse a hablar públicamente sobre este tema. “A las actrices conflictivas nadie les da pega”, dice.

Según reconoce, Abreu les decía a las actrices que iban a su departamento que ensayaran una escena de una miniserie brasileña de 2001. Se llama *La presencia de Anita*. Abreu tomaba el rol de Fernando y la actriz el de Anita. Este es un extracto:

Anita: Salvé tu día...

Fernando: Lo hiciste...

Anita (se acerca): Y hoy... voy a salvar tu noche...

Fernando: No juegues... Ya conversamos... ya me comí el sándwich... ahora me voy.

Anita: Mírame... ¿Tú te quedas satisfecho solo con un sándwich? ¿Se te pasó el hambre solo con un sándwich, Fernando? (Se insinúa directamente).

Fernando: Eres una niña, Anita...

Anita: Voy a mostrarte la niña que soy...

Fernando: ¡Pero podrías ser mi hija!

Anita: Eso me gusta más todavía...

Fernando: ¡Estás loca!

Anita: Mucho más de lo que crees...

Fernando: No puedo... no quiero meterme con nadie... Te vas a arrepentir después.

Anita: Yo solo me arrepiento de lo que no hago.

(Lo besa largamente. Él intenta resistirse a la tentación, pero no lo consigue. Se entrega en un beso largo y apasionado, mientras ella parece haber logrado el amor que buscaba).

Para las actrices menos conocidas, la puerta de entrada más usual a la televisión son los bolos, o apariciones menores en una teleserie, que habitualmente no tienen diálogos o un par de frases. Según una estrecha colaboradora de Abreu, que lo acompañó durante diez años, todos los meses aparecían modelos y actrices, jóvenes y atractivas, que querían que él las conociera para ver si podían conseguir un bolo y, desde ahí, mostrarse para conseguir un papel más grande. Un guionista que trabajó con él, señala que Abreu y su colaboradora tenían un código de semáforos para referirse a estas postulantes. Luz verde era una postulante atractiva, luz amarilla para una relativamente atractiva y luz roja para una que no lo fuese. Abreu reconoce la práctica: dice que era una “mala broma”.

“En la elección de extras y actrices para realizar bolos, era común que Abreu y un ayudante llegaran a supervisar, pero también para conocer a las aspirantes”, dice otro colaborador usual de Abreu, alguien que de hecho era testigo de esos castings. “A veces ellos terminaban teniendo una breve aventura con alguna, una salida ese día u otro, siempre estaba el chiste con eso, pero nada que no ocurra en otro canal de televisión”. Abreu niega esto: dice que solo sus colaboradores salían con las aspirantes a actrices.

La actriz Antonella Orsini también conocía a Abreu, pues había trabajado en otras producciones con él y consideraba que tenían una amistad; por lo mismo, no le sorprendió que la invitara a su casa a ver un adelanto de material de la nueva teleserie. Eso, según la actriz, fue lo que pasó. Solo que cuando ella quiso irse, todo se salió de tono. “Me dificultó la salida y me sentí completamente vulnerable”, cuenta Antonella a *Sábado*.

Hubo talleres en su departamento hasta 2017. Una actriz recuerda que en marzo de 2017 ella se acercó a su oficina porque quería presentarse. Él le dijo que no tenía personajes disponibles, pero que sí estaba la posibilidad de hacer un taller en su hogar. Se juntaron el 21 de marzo en la noche en su departamento en Las Condes, en un piso 20. “Me dijo que quería conversar antes de trabajar”,

recuerda la actriz. Cuando terminaron, ensayaron una escena de *Closer*, una obra teatral que después pasó a convertirse en película, protagonizada por Jude Law y Natalie Portman. Abreu interpretó a Dan, el personaje de Law. A la actriz le pareció extraña la selección de la escena, pero tampoco podía decir que Abreu se había extralimitado. El 17 de mayo de 2017 realizaron una segunda sesión de trabajo en su departamento. En esa ocasión, el director le pidió a la actriz que memorizara la escena entre Fernando y Anita de *La presencia de Anita*. De acuerdo a la actriz, cuando ella llegó, Abreu le dijo que en vez de esa escena, harían una improvisación, usando todo el departamento, basándose en los personajes de Fernando y Anita y la tensión que había entre ellos. El ejercicio se extendería hasta que uno de los dos decidiera terminarlo. La actriz se incomodó, pero siguió el juego hasta que Abreu, según ella, llevó el ejercicio hasta su dormitorio. Cuando llegaron allá, la actriz le dijo: “Herval, basta”, según cuenta a *Sábado*.

¿Por qué nadie denunciaba? Una actriz que trabajó dos veces con él dice que no era fácil, porque Abreu ofrecía algo muy apetecido entre actores: exposición y la posibilidad de un trabajo más estable en un rubro que, para la mayoría, es inestable laboralmente. Además, sobre todo en su última etapa, aparecer en las teleseries de Abreu aseguraba un buen flujo comercial: sus actrices solían tener contratos con marcas de retail.

Ese miedo a contar esto y la ausencia de denuncias en el sindicato de actores, que en 2013 lo premió por su “constante apoyo a los jóvenes talentos”, hacen que muchas personas duden de estas acusaciones. De las personas contactadas por *Sábado*, al menos siete actrices lo defendieron. Lo mismo que tres colaboradores suyos tras cámaras.

—Uno no puede poner las manos al fuego por nadie —comenta Esperanza Silva, actriz y presidenta de Chile Actores—. Pero yo a Herval, que lo conozco hace años y trabajé con él, puedo decir que jamás lo vi en algo inadecuado. Diría que es muy serio trabajando.

María Elena Swett también lo defiende: “La relación siempre fue muy paternal, un guía para mí. Yo no me atrevería a dar una opinión sobre denuncias de mujeres hacia alguien, todos estamos en nuestro derecho de hacerlo. Yo solo puedo hablar de lo que conozco de Herval y, en mi opinión, él sería incapaz de violar a una persona. Pero no me atrevería a tocar las palabras de otra mujer que denuncia, ni a ponerme en el medio”.

“Me dijo: estoy enamorado de ti”

Antes de conocer a Herval Abreu, Fedra Vergara (34) era una arquitecta y actriz tratando de hacer un espacio en la televisión. Era 2012. Vergara tenía un trabajo pequeño en la producción de *En su propia trampa*, cuando se le ocurrió enviarle un mensaje privado a Abreu por Facebook. Para su sorpresa, el director, que estaba grabando la primera temporada de *Soltera otra vez*, contestó.

“Nos juntamos en el canal”, recuerda Vergara. “Dijo que no tenía personajes para mí. Yo le dije que estaba bien. Que solo quería que él me conociera. Empezamos a mandarnos mensajes. Un día me dijo que iba a comer solo y yo me ofrecí a acompañarlo. Esa noche fue muy caballero”.

La relación, según la actriz, empezó a desarrollarse con cordialidad. Abreu la invitaba a su departamento y ella iba. Vergara dice que él le mostraba escenas de teleseries brasileñas antiguas y la orientaba sobre las diferencias de actuar en teatro y en televisión. “Era como un hombre grande que te da consejos. Yo tenía una imagen media paternal de él. Lo admiraba profesionalmente”, explica la actriz.

En un momento Abreu le ofreció un bolo de dos capítulos para *Soltera otra vez*. Era el personaje de una escolar que tenía un romance con un profesor.

Poco después, Abreu le dio una buena noticia. Tenía un personaje para ella en *Las Vegas*, donde él era productor ejecutivo. Ella aceptó. Pero, explica Vergara, había una condición. “Me dijo: ‘No

quiero que te metas con Mario Horton', que iba a ser mi pareja en la teleserie. Respondí 'ya, bueno', aunque me descolocó".

En la fiesta de *Canal 13* ese año, Fedra Vergara dice que se quedó sin batería en su auto. Como Horton vivía cerca de ella, se ofreció a llevarla, al igual que a un camarógrafo. Herval Abreu, según ella, se enteró de eso y reaccionó de la misma forma en que habría reaccionado con Carola Paz, muchos años antes: "Le dio un ataque de celos. Cuando pude cargar mi celular vi que me había dejado mensajes preguntando dónde estaba y que me había dicho que no podía tener nada con Mario. Yo me enojé y después él se disculpó", cuenta Vergara.

Sus compañeros de trabajo se dieron cuenta. Ahí fue que supo qué decían de ella. "Un día la vestuarista de *Las Vegas* me dijo que podía elegir la ropa que yo quisiera, porque era la primera dama. Le dije, '¿cómo?'. Y me contó que todos pensaban que yo era su pareja. Me sentí mal. Ninguneada profesionalmente", indica Fedra Vergara.

Las tensiones crecieron y para *Chipe libre* (2014), explotaron. Según la actriz, Abreu decía sentir cosas por ella: "En algún momento me dijo: 'Estoy enamorado de ti'. Una vez en su casa me preguntó qué me complicaba de darle una oportunidad. Si era por la edad. Le dije que no era eso, sino que no sentía ese tipo de amor por él. Después me decía que fuéramos amigos, pero pasaban unas semanas y volvía con que yo sentía algo por él y no lo quería aceptar".

Fedra Vergara explica que desde ese momento la relación cambió. Ella visitaba mucho menos a Abreu y tampoco hablaban tanto. "Después él se arrepentía y me pedía perdón y me decía que estaba enamorado de mí. Que lo entendiera, porque él reaccionaba como hombre. Por esas peleas en su casa había veces en que el ambiente laboral estaba tenso y yo sentía que los otros actores en el set pensaban que tenían que aguantar el mal genio de Herval por mi culpa", recuerda Vergara.

Llegó un momento en que ella sintió que ya no podía tolerarlo más. Así que, cuenta, fue al departamento de Abreu a aclararlo.

Según Vergara, el director la arrinconó físicamente. Luego, de acuerdo a su relato, pasó esto:

“Me dijo: ‘Yo sé que si te toco en este momento, tú vas a estar mojada’. Para mí fue muy fuerte”.

Cambio en la industria

Herval Abreu supo de la elaboración de este reportaje durante los primeros días de abril. Algunas de las actrices contactadas por *Sábado* lo llamaron para decirle. Con esa información comenzó a buscar apoyos. El 5 de abril, una de las denunciantes recibió un llamado de Paz Bascuñán. Lo relata Abreu: “Me contó que había llamado a Bárbara (Zemelman) para decirle, de alguna manera, que para qué había hecho esto”, señala Abreu. Ese mismo día, el director reconoce que llamó por teléfono a Fedra Vergara, otra denunciante. “Me dijo: ‘¿Supiste que están tratando de arruinarme?’”, recuerda ella. “Yo le conté que había hablado con un periodista. Me dijo ‘pucha’. Le dije: ‘Herval, ¿acaso tú no hiciste esas cosas conmigo? Porque sí, las hiciste’. Él me respondió que me había fallado como hombre, pero que no había querido usar su cargo para manipularme. Me dijo ‘yo todavía pienso que tú eras la que tenía poder sobre mí’. Lloré cuando me dijo eso”, cuenta Fedra Vergara.

El grupo de WhatsApp de *Soltera otra vez*, asegura uno de sus integrantes, comenzó a activarse con esto. El 8 de abril, Abreu citó a una reunión que se realizó en la casa de Paz Bascuñán para darle una explicación al equipo. Abreu y dos de los asistentes confirman que llegaron cinco actores: Marcial Tagle, Francisco Pérez-Banen, María Jesús Vidaurre, Malucha Pinto y Lucy Cominetti.

Paz Bascuñán, consultada por *Sábado*, señala: “Herval nos dijo que quería vernos para contar una situación personal por la que estaba atravesando. Ese era el fin de la reunión. En relación a esta investigación, no he recibido ninguna información del canal. Terminé de grabar en octubre. Con respecto a los rumores, a lo único que aspiro es a la verdad, la verdad justa”.

—**¿Cuándo supo que estas situaciones pasaron?**

—Nunca antes que empezaran las llamadas de ustedes investigando para este reportaje.

Ese domingo, cuenta Abreu, explicó que Fedra Vergara había sido su pareja y habló sobre los talleres en su casa: dijo que los realizaba porque le apasionaba dirigir y porque quería hacer “que las piedras actuaran”. Abreu puntualiza: “Yo no reuní al equipo para pedir disculpas”.

Según Abreu, solo una de las asistentes, Lucy Cominetti, lo confrontó preguntándole si se daba cuenta lo inapropiado que era hacer castings en su casa. El respondió: “Sí, lo sé”. Y que entendía todo esto como una venganza de actrices que no habían tenido continuidad en sus teleseries. Hubo otra reunión al día siguiente, esta vez en el departamento de Abreu.

Fedra Vergara se enteró de lo que Abreu había dicho sobre ella: “Hablo ahora, porque siempre pensé que yo era un caso aislado, y creí que realmente él era un amigo que se había enamorado de mí y que la situación se le había ido de las manos. Hoy, a raíz de la pregunta y de esta investigación, me di cuenta de que no era así, y además me enteré de muchos comentarios que él hacía con respecto a mí. Para mí también fue un descubrimiento de mi propia historia”, agrega ella.

Herval Abreu dio un paso más: contrató a Imaginación, la empresa de comunicación estratégica de Enrique Correa.

Entre el 12 y el 13 de abril, *Canal 13* le informó a sus actrices y actores contratados que había una psicóloga para que ellos pudieran contarle si habían vivido alguna situación incómoda con el director. Dos ya han ido.

Abreu estaba considerado para dirigir la versión musical de *La novicia rebelde* el segundo semestre de 2018. Rodrigo Leiva, productor a cargo del montaje, confirma que tras conocer las acusaciones, el director dejó de ser parte del proyecto.

Esa misma semana, Javier Urrutia, director ejecutivo del canal, dio completa libertad a las personas que quisieran hablar en este reportaje. Dice Urrutia a *Sábado*:

“Hemos reinformado a todo el personal sobre las políticas que existen en el canal sobre estas materias, que son de tolerancia cero. Hemos vuelto a informar de los conductos y canales de denuncia, tanto directos como indirectos, ya sean personales o anónimos. Hemos puesto psicólogos para apoyar a quien se haya sentido afectado por estas situaciones, ya sea como eventual víctima o porque cercanos suyos fueron víctimas de estas situaciones. Nos hemos asegurado que empleados, colaboradores y terceros que prestan servicios al canal también estén protegidos y cubiertos por el sistema de prevención. Pero, sobre todo, hemos vuelto a transmitir al interior del canal que este tipo de situaciones no son toleradas, no son amparadas; que son las personas las que cuentan con el respaldo y el apoyo del canal, y que las denuncias serán tratadas con seriedad, confidencialidad y rigor. De todo esto hemos sacado un aprendizaje muy importante, no sirve que tengamos tolerancia cero frente a este tipo de situaciones si las personas no se sienten con la posibilidad y la libertad de denunciarlas. Es ahí donde tenemos que actuar con fuerza”.

El mundo audiovisual chileno ha seguido los eventos atentamente. Un director, con cinco producciones en Chile, cree que esto es solo el comienzo. “Todos están aterrados, revisando qué cosas hicieron hacia atrás. Algunos ya han contactado abogados: está la sensación de que viene una tormenta grande”, dice. Y termina: “Porque todos están claros de que Herval no es el único”.

“Se está intentando crear la imagen de un monstruo”

Herval Abreu recibió a *Sábado* en su departamento de Las Condes, junto a su pareja y a una consultora de Imaginación.

—¿Por qué hacía “casting” o talleres de noche en su departamento? Ningún otro director o ejecutivo entrevistado dijo hacer o validar esas prácticas.

—Te puedo decir que un pecado de mi vida es dedicarle más tiempo del que debo a mi pega y más pasión de la que debo. Trabajar con gente más allá y poder conseguir algo más de una actriz, eso es algo que me apasiona. Me atrae que una actriz o actor pase fronteras.

—**¿Pero conoce a alguien más que lo haga?**

—Sé de gente que trabaja, directores que ocupan su oficina para seguir trabajando.

—**¿Pero en su casa?**

—Probablemente no en su casa.

—**¿Y eso no le parecía que era un contexto inadecuado?**

—No, la verdad es que no. Nunca me he puesto a pensar, nunca le he dado una mala mirada, porque no ha tenido una mala intención. Nunca he transado algo tipo “si vienes a mi casa, por un personaje o mejor papel”, que sería la mirada más fea, eso lo condeno.

—**¿No le parecía que a la otra persona la ponía en una situación incómoda al citarla a su departamento, en un contexto laboral?**

—Nunca nadie me hizo sentir que estaba en una situación incómoda. Todo lo contrario. En general, decían “qué bien, me encantaría repetir esto”, y muchas veces ni siquiera se podía repetir, porque no tengo tanto tiempo.

—**¿No le pareció que fuera importante comunicárselo a sus jefes en el canal?**

—Es que tengo la sensación de que se está intentando crear la imagen de un monstruo. Me siento bien tonto; más ingenuo, en realidad. El mundo está cambiando y el mundo se está mirando más feo de lo que es. Y yo nunca he mirado esto como algo feo, era por un fin artístico. Muchas veces me preguntaban si podía (ayudarlos), no tengo un minuto del día, porque trabajaba en el canal y es imposible

juntarme. Entonces, les decía “¿en mi casa?”, y eso es algo voluntario, entre gente adulta, nunca vino nadie obligado acá.

—Es difícil entender que alguien con su trayectoria no entienda la desigualdad de poder que esa situación permite: una aspirante al mundo así de competitivo y usted que podía proveerlo.

—Sí, pero no tengo esa mirada de la mujer. Es como si una mujer estuviese dispuesta a cualquier cosa por obtener un papel.

—En esos talleres de noche, ¿actuaba escenas románticas con las actrices?

—Yo leía escenas de distinto tipo, habían algunas que podían tener escenas románticas, que me parecían complejas, de los personajes de la contraparte. Actuaba, sí, pero como un radioteatro.

—¿Terminaban las escenas que actuaba con las actrices con besos y contacto físico?

—Alguna vez alguna mujer me dio un beso, producto de eso y después de eso seguimos trabajando.

—¿Con una sola actriz? ¿O más de una?

—No, pasó más de una vez. Pero no pasó 30 veces.

—¿Y le parecía necesario besar actrices en su departamento, solos de noche?

—No, no me parece necesario y si es que se producía no lo iba a interrumpir.

—Mirándolo ahora, ¿no le parece un error?

—Me parece que me debería de haber cuidado, porque hoy me están haciendo un juicio donde nunca hubo una intención de abusar de nadie. Jamás usaría física ni psicológicamente para acercarme a alguien. Me he sentido ingenuo en estos días, de no mirar que esto podía haber sido visto de otra manera.

—Le pregunto nuevamente: ¿alguien más en la industria chilena hace estas cosas?

—Creo que sí. Sé de comportamiento de personajes que son bastante más... encuentro patético el discurso de “puedo hacerte famosa”. Entonces sé de directores y de directores de actores, y lo sé por las actrices que han venido y me han dicho: “Herval, gracias. Cuando vine para acá pensé que podía llegar a ser algo incómodo, como me pasó estas otras veces”.

—¿Encuentra injusto que vaya a cargar con algo que sucede en la industria de la TV?

—Si me preguntas si en la industria existe esto, absolutamente sí. Si le preguntas a cinco directores si hacen este tipo de cosas, lo más probable es que vayan a decirte que no. Yo cómo puedo saber lo que hacen ellos, si son sus vidas, sus estilos. Por las mismas actrices, te digo que sí.

—¿Usted tenía alguna regla de no involucrarse sentimentalmente con gente con la que trabaja?

—Yo tengo derecho a mi vida privada y amorosa como cualquier ser humano. Y eso no va a significar transar un personaje con esa persona. He tenido relaciones sentimentales de distinto tipo, con gente del medio y no del medio, pero no significa que tengan algo asegurado.

—Le parece correcto, entonces, tener sexo con las actrices que dirige.

—Óscar Rodríguez se casó con Carolina Arregui, Vicente Sabatini con Claudia di Girolamo. Me parece normal que las personas se puedan enamorar, mientras no mezclen sus intereses profesionales.

—¿Pero no le parece que eso se mezclaba, precisamente, entre una relación suya y una aspirante a actriz?

—Yo esperarí que no. Qué te puedo decir (...). Hoy, después de esto, me puedo cuestionar todo. Ayer me parecía normal tener una relación, en tu vida privada, de lo que puedan significar las relaciones laborales.

—Las denunciantes se sintieron acosadas por usted o forzadas.

—Es que forzar es mucho más delicado y tendría a un abogado acá. Yo jamás he tenido una relación con una mujer a la fuerza. O donde haya hecho presión psicológica. Lo descarto absolutamente.

—Carola Paz, una actriz de *Rosabella*, dice que usted la abusó en un auto y la forzó luego en un motel. Y que después fue despedida de la teleserie. Otra fue encerrada en su pieza.

—La historia del motel es ficción y lo niego. Nunca hablé tampoco con la mamá de ella (...). Entre toda mi ingenuidad y errores que pude haber cometido, si yo tuviera el prontuario con las mujeres que dicen que me he metido, creo que de verdad sería James Bond, no sé. Siempre existen historias, mentiras. El daño que se me ha hecho es gigante, acabo de perder hacer un musical, que era el sueño de mi vida, acabo de quedar fuera. Todo el mundo empieza a inventar.

—¿Y por qué cree que harían algo así? Siete personas que no se conocen entre sí, que no se han coordinado, contando historias similares...

—Qué sé yo. He ganado muchos enemigos siendo director de tele-series.

—Ninguna actriz protagonista de *Soltera otra vez*, salvo Paz Bascuñán, fueron a la reunión del equipo para tratar el caso. ¿Le llamó la atención?

—Lorena Bosch me dijo “no tengo nada que decir de ti, todo lo contrario, pero es tan grave esta acusación que prefiero mantenerme al margen”. Le dije que no se preocupara, que la respetaba. Loreto

Aravena estaba viajando no sé dónde y no alcanzaba a llegar. Y Josefina Montané estaba loca con *Mamma mia!* Con Josefina tengo una relación súper paternal. Se apoya en mí para todo. De hecho fui a uno de los ensayos de *Mamma mia!* Y yo le mandé un mensaje el día del estreno frustrado, tras una alarma de bomba (5 de abril), y ella me respondió.

Herval Abreu reproduce en su teléfono un mensaje de voz de Josefina Montané en el que se escucha: “Gracias, cariño mío, te quiero tanto, voy a empezar la obra pensando en ti, besitos y nos vemos pronto”.

—¿Paz Bascuñán le dijo que había cambiado de opinión sobre usted tras escuchar algún relato directo de una afectada?

—A mí me hizo preguntas súper concretas: ¿hiciste algo indebido?, ¿te metiste con alguien?, todo. No me ha dejado de apoyar nunca.

—¿Qué le parece que *Canal 13* haya puesto psicólogas a disposición de algunas de las afectadas y que ya estén acudiendo?

—Me están desayunando. Lo que me acabas de decir, no sé cómo calificarlo, no me parece que nadie que tenga relación conmigo necesite de un psicólogo. A mí me encantaría, aquí hay mucha gente que ha venido a esta casa y ha terminado leyendo una escena y queriendo volver y sintiéndose súper valorada o lo que sea. Y me preguntan cuándo pueden volver. Yo ahora no voy a ayudar a nadie más en mi vida. No quiero saber más. Viene de una cizaña de algunas personas súper injusta.

—¿No puede ser que no se haya adaptado al cambio de los tiempos?

—Sí, creo. No sé si hoy son prohibitivas, pero sí son mal vistas, me pilló el cambio de tiempo y no me di cuenta. Soy demasiado embaldado en mi trabajo, peco de pasión. Hay un Herval antes y después de

este episodio. Hay que ver si voy a volver a dirigir. A mí me encantaría, es mi vida. Tengo que ver, pero en la intención está la maldad. Yo jamás he intentado acercarme a una mujer como una excusa tan barata como ofrecerle un personaje o transar una participación. Nunca he usado el poder: para mí siempre lo más importante fue haber sido un líder, un inspirador, hacer que todos los que trabajen conmigo se inspiren y saquen lo mejor de sí. Todo esto, lamentablemente, me va a hacer un daño irreparable que es terrible, salir a los 54 años de la TV me parece terrible. Jamás haría algo ilícito.

LOS PECADOS DE NICOLÁS LÓPEZ

La tercera semana de abril, Imaginación, la empresa de lobby y comunicaciones de Enrique Correa, hizo una ronda de consultas en los medios con una duda específica: ¿Había en curso una investigación sobre posibles abusos sexuales cometidos por el director de cine Nicolás López? No había.

El caso de Harvey Weinstein en Estados Unidos y el rumor sobre denuncias contra Herval Abreu, el zar de la teleseries, tenía a la industria audiovisual chilena en alerta.

El 28 de abril finalmente ocurrió: siete mujeres denunciaron públicamente a Abreu por conductas que iban de acoso laboral a abuso sexual. Cuatro más se sumarían semanas más tarde.

Dos días después de eso, Miguel Asensio, socio, productor y mano derecha de López, le envió un mensaje a la actriz Lucy Cominetti para invitarla a participar de un casting para una producción de Netflix. A ella la oferta le sorprendió: su experiencia con López no había sido agradable:

—Lo conocí en octubre de 2008. Llegué a Sobras, su productora, a un casting para un piloto de una serie. La serie se iba a llamar *Café con piernas*: era una serie sobre un local en el que trabajaban mujeres. Eran tres actrices y yo quedé como una —dice Cominetti, en el living de su casa en Providencia.

Hubo más actores presentes ese día. Uno, que hizo una escena con Cominetti, dice: “Apenas Lucy salió, López empezó a decir que era muy rica, que se había enamorado”.

Lucy Cominetti pasó rápidamente a verse cerca del cerrado grupo de colaboradores que trabaja usualmente con López, integrado,

entre otros, por los actores Ariel Levy y Nicolás Martínez, además de Asensio y Paz Bascuñán, quienes incluso son compadres de López: es el padrino de su hija.

—En el principio Nicolás era muy buena onda, divertido. Me acuerdo de que me invitó a comer al Ky antes de grabar. Como íbamos a trabajar juntos, él quería saber más de mí. Me ponen incómodas esas situaciones, me ponen nerviosa, pero sentí que no tenía cómo negarme sin parecer demasiado enrollada. Tenía 26 años. Había hecho un par de series nomás. Empecé a notar que él estaba interesado amorosamente en mí; no quería ser mi amigo. Y eso no iba a ocurrir de mi parte. Yo no quería nada con él; se lo tomó súper mal. Me dijo que no se iba a hacer cargo de huevonas con asperger, como yo”.

La serie de los cafés con piernas nunca se hizo. En cambio, López empezó a trabajar en otro piloto, que terminaría siendo *Qué pena tu vida*, su primer gran éxito comercial. Como parte de la promoción y levantamiento de recursos, López organizó un viaje del elenco al Festival de Cine de Valdivia 2009.

—En ese festival —dice Cominetti—, él de nuevo volvió con sus avances, con su insistencia. Estábamos en una fiesta y él me trataba de dar besos. No solo eso: me arrinconaba, yo le decía que no y así. Él me decía: “Ahora estamos así, pero tú y yo vamos a tirar”. Yo le respondía que no, pero él insistía: “Ahora tú no me pescas, nada. Pero tú y yo vamos a tirar”. Después me quiso ir a dejar en un auto al hostel, porque él se quedaba en otro hotel y arriba del auto se me lanzó encima, de nuevo diciéndome que por qué no le daba un beso, si era solo un beso. El siguiente paso era mandarlo a la cresta y no podía, porque me estaba dando pega. Era mi jefe. Yo sentía que si hacía algo más agresivo de mi parte, eso me iba a perjudicar. Cuando llegamos al hostel, salí del auto, estaba la Andrea Velasco en el hostel, despierta. Yo llegué alteradísima, gritando que no iba a actuar en ninguna película si tenía que estar soportando constantemente que este huevón se me tirara encima”.

Andrea Velasco, cantante y actriz, confirma ese episodio y otras “situaciones incómodas en las que estuve presente. En esa gira, en el lobby del hotel Dreams, López intentó besar a la Lucy tirándose encima y ella oponía resistencia. Luego lo vi haciéndole lo mismo en una pared de la discoteca. No supe cómo reaccionar. Lamentablemente, no intervine”.

Qué pena tu vida se estrenó en octubre de 2010. La campaña de promoción incluyó, por pedido de un auspiciador, la realización de dos videos, tanto de Velasco como de Cominetti, en sostenes. El de Cominetti fue en una habitación del hotel W.

—Estábamos grabando ahí y Nicolás me dice: “Siento que estoy tirando contigo” —dice Cominetti—. Él me estaba dirigiendo, estaba grabando. Quedé en shock. “Estoy viendo esto y ya tiramos. Tú y yo ya tiramos”, decía. Quedé helada, descolocada. No sabía cómo responder. Creo que me reí nerviosamente. Me sentí incómoda, porque tenía que seguir haciendo este video y sabía lo que a él le estaba pasando, sabía que estaba excitado. Me sentí sucia haciendo el video. Me sentí asquerosa.

Nicolás Martínez fue amigo de Nicolás López desde los seis años, actor fetiche de sus primeros años y testigo de cómo él solía acercarse a Cominetti. “Estaba claramente obsesionado con ella, que claramente no se sentía cómoda con él. Ella nunca manifestó interés en él y Nicolás entonces hablaba pésimo de ella con todo el mundo; que era una estúpida, una rara. Una vez incluso la tildó de ‘vampiro emocional’”, dice sentado en un bar de Ñuñoa.

El éxito de la película desembocó en una secuela, *Qué pena tu boda*, ya sin problemas de presupuesto. López la anunció por los medios, pero Cominetti, pese a ser uno de los personajes principales, no estaba mencionada en el elenco. Sin trabajo en ese punto, cuenta ella, le envió un mail al director para saber si estaba o no considerada.

—Le escribí que yo sabía que las cosas estaban mal, que nos estábamos relacionando de una mala manera y que quería arreglar eso, si había alguna forma de arreglar la situación. Él me respondió:

“Vente a mi casa, tiremos y vemos qué pasa, porque si no era seguir dándole vueltas a algo que sentía que no tenía asunto y no había nada más que hablar”. Yo le respondí que no iba a ir a su casa, no iba a tirar con él y que no teníamos nada más que hablar.

Finalmente, Lucy Cominetti no actuó en la película.

La actriz ahora repasa el mensaje que le envió el socio de López, ofreciéndole trabajo dos días después de la publicación de las acusaciones contra Abreu.

—Yo sabía que ese proyecto tenía el casting cerrado, se empezaba a grabar en muy poco tiempo más, entonces me pareció raro que de la nada apareciera un papel para mí. Asensio me llamó nuevamente el 8 de junio, para preguntarme si estaba con alguna tele-serie. Yo le dije que no, pero que mi mánager me estaba viendo algo con los canales, así que de todas formas no iba a estar disponible. Quedamos de hablar de nuevo.

Esa misma semana, Cominetti habló de López con dos amigas más: ambas le dijeron que habían tenido episodios inaceptables con él. Una de ellas fue Josefina Montané, quien accedió a compartir con *Sábado* el siguiente testimonio: “Trabajé con él en 2014 en un piloto para la serie *Heart attack*. Tiempo después me llamó para juntarse conmigo en un restorán, porque la serie se estaba vendiendo en Miami. Pensé que solo íbamos a hablar de trabajo, pero la situación terminó siendo sumamente incómoda. Me dijo, literalmente, si me podía agarrar la teta y por qué me importaba si igual íbamos a terminar tirando, que ni siquiera fue la palabra exacta, preferiría no mencionar la que usó. Me sentí tan intimidada, que lo único que atiné a hacer, fue tomármelo con humor. Después de eso, nunca más volví a trabajar con él”.

Ser rockera

Nicolás López nació en 1983, hijo del dueño de una agencia de publicidad y una dueña de casa. Pese a ser bastante conservadores en lo político, fomentaron el lado creativo de su hijo. López, según repite habitualmente, solía pasar los recreos en el British High School de Las Condes leyendo en la biblioteca.

Buena parte de su adolescencia fue pública: en 1996, a los 12 años, envió un texto a la *Zona de Contacto*, antiguo suplemento juvenil de *El Mercurio*, donde colaboró regularmente. Desde 1997 tuvo una columna semanal llamada *Memorias de un pingüino*, en la que relataba las aventuras de Roberto Rodríguez, un personaje que, según reconocía López en las entrevistas, estaba basado en las propias experiencias colegiales, aunque exageradas y dramatizadas. A pesar de eso, en esas líneas, ya se vislumbraba uno de sus grandes temas: la relación con las mujeres.

“Pasando revista a mis traumas preadolescentes, recordé la primera vez que salí con una mujer. Yo iba en octavo y era el típico mejor-amigo-gordo-con-lentes. Ella había terminado con su pololo y podía ser mi día de suerte. Quedamos de juntarnos a ver *El Imperio contra-ataca* en el cine, versión gigamasterizada. No era el mejor panorama para una chica entrada a la adolescencia, ahora lo sé, pero en esa época yo no entendía mucho de mujeres... y bueno, ahora tampoco. La función era a las cuatro de la tarde y pensaba pedirle pololeo. Pero cuando mi reloj marcó las seis y ella no aparecía, supuse que la fuerza no me acompañaba” (14 de abril de 2000).

“Durante las vacaciones tuve un par de encuentros cercanos con chicas que aprovechaban la ausencia de sus pololos surfistas. El problema es que todos esos tipos volvieron, nadie terminó (de hecho, más bien se dieron cuenta de lo mucho que querían y extrañaban) y yo me quedé en el cajón de los recuerdos como el affaire con el gordito bizarro. Listo para volver a control manual” (28 de abril de 2000).

En un texto del 22 de enero de 1999 relató una de las primeras experiencias sexuales de su personaje, durante un viaje de estudios a Cancún.

“En ese instante, de la nada apareció una chica —bastante apetecible ella— de otro colegio chileno que alojaba en nuestro hotel. Se abrazó a mí. Estaba ebria y me pidió ayuda para regresar. Yo la dejé en la puerta de su pieza, pero ella me invitó a pasar. Se dejó caer sobre la cama y me dijo si podía quedarme con ella hasta que llegaran sus amigas. Su imagen era real y tenía sus labios tan cerca... que lo hice. Le di un beso. Cerré los ojos, aguanté el sabor a aguardiente y comencé a trabajarla con mi lengua. Me sentía increíble. No sabía su nombre ni ella el mío, pero daba lo mismo. Después de casi dieciséis años de sufrimiento, lo había logrado. De la forma más patética quizá, pero lo estaba haciendo: estaba dándole un beso a una linda chica”.

Un compañero y amigo de López en el colegio explica cómo era su interacción social: “Le hacían bullying, pero no era al que más le hacían. Sí quiso siempre pasar a otro bando, al de los populares. Se comenzó a validar con el cine, porque físicamente se sentía muy disminuido. Hablaba de que con él había fallado la ruleta genética. Pero también era contradictorio en eso: odiaba a las mujeres feas, las detestaba, casi no les hablaba. Y empezó a buscar rodearse solo con las que para él eran más bonitas”.

María Vidaurre, 22 años, fue una de ellas. A la actriz la detectó en Instagram, cuando ella tenía 17 años.

—Él me mando un mail el 2014. Me dijo que había visto mis fotos y que le interesaba, que era director y que se quería juntar conmigo. Yo no lo conocía, pero lo googleé y dije: “Wow: es el medio director” —dice en un café de Apoquindo—. Yo estaba feliz, quería estudiar teatro. Me escribió para que nos juntáramos a tomar y viéramos qué pasaba. Yo le dije a Nicolás que estaba pololeando y no

me parecía correcto. Que me llamara cuando tuviera un casting de verdad.

Según Vidaurre, al poco tiempo López comenzó a atosigarla. “Empezó a psicopatearme por redes sociales. Me escribía mensajes como haciendo bullying a mi pololeo: por qué estas pololeando, cuándo vas a terminar, lo tuyo no va a durar. Me escribía a cualquier hora, ponía que estaba rica en alguna foto. Tuve que bloquearlo de todo. Y no supe más de él, hasta que Carolina Ruiz, de la agencia Versus, me habló de nuevo de él”.

Ruiz confirma a *Sábado* que conectó a ambos en 2015. López citó a Vidaurre en su departamento. Ella recuerda:

—Me dijo: “Necesito que vengas a mi casa a un casting de noche”. Yo le pregunté si podía ser de día. Y él me dijo que no porque se desocupaba tarde. Me dijo que tenía que ser en su casa, que era dos pisos más arriba de su oficina.

Antes de concertar el casting, los dos siguieron hablando.

—Él hizo un trabajo psicológico importante conmigo —recuerda Vidaurre—. Me decía que yo era una niñita ABC1, que era muy perna, que no iba a poder entrar al mundo de la actuación así, que necesitaba más rock. Insistía mucho en eso, porque yo no tomo ni voy a fiestas. Me quería desestabilizar emocionalmente y yo creo que lo logró. Después de hablar con él, me quedaba pensando que tenía razón, que era una cabra chica. Y él insistía en que me tenía que empezar a vestir sexy, que si no hacía esas cosas, la gente me iba a desechar.

A fines de 2015 se concretó el casting. María Vidaurre se vistió con un beatle negro, con pantalones rotos, para tratar de cumplir con las expectativas de López.

—Me hizo un tour por su casa. Me sirvió champaña; le dije que no tomaba y me retó, que así nunca iba a ser actriz, porque las actrices para poder interpretar un rol tienen que haber vivido. Me dio ejemplo de actores como De Niro que fue taxista para hacer *Taxi driver*. Insistía en que tenía que tomar riesgos. Literalmente, me dijo:

“Tienes que ser más zorra, más puta, si no, no vas a conseguir nada”.

Tras eso, según la actriz, López la llevó al segundo piso.

—Yo no sabía que era su pieza, cuando la vi no entendía por qué me la mostraba. Ahí me empujó contra la cama, me botó y se me tiró encima, se puso sobre mí. Fue muy rápido. Me acuerdo que me lo saqué en buena onda y me paré. Me incomodó, pero hice como si no hubiera pasado. Él trató de hacerlo pasar como una broma.

Después, López le mostró dos extractos de película: uno de la película *Don Jon*, donde Scarlett Johansson y Joseph Gordon Levitt se besan eróticamente contra una puerta y la conocida escena del orgasmo fingido de Meg Ryan en *Cuando Harry conoció a Sally*.

—Yo le dije, “pero ¿por qué tendría que hacer esa escena y con quién?”. Y él dijo que los casting eran con él, que era actor y director. Luego puso música, “Bailamos”, de Enrique Iglesias, y me dijo que bailáramos. Yo estaba muy incómoda, me puse como a tres metros de él. Me reclamó con que era perna y citó no sé cuál director que decía que el mejor casting era ver bailar a una actriz.

La frase se parece mucho a una imagen que Nicolás López una vez subió a su Instagram. Enmarcado en un cuadrado azul y con un fondo rojo se puede leer el siguiente mensaje: “Bailar siempre ha sido un casting para ver cómo tirarías”.

A Vidaurre la iría a ir a buscar su pololo minutos más tarde.

—Después empezó a decir que no debería usar sostenes, que las actrices en Hollywood no usan. Y se puso a hablar de los pezones, que le gustaba cuando se veían a través de una polera. Me tocó la pechuga con el dedo índice. Me dijo: “¿Te molesta? Es una pechuga, qué tanto”. Me hizo sentir inmadura, como si fuese una cabra chica. Yo había dejado el celular en la mesa del comedor y empezó a sonar. Iba a ir a buscarlo y él me arrinconó contra la pared y me empezó a dar besos en la boca, en el cuello, en la cara. Le dije calmadamente y en repetidas ocasiones: “Nicolás, para”. Me retuvo con fuerza. Puso sus manos contra la pared y me atrapó entre él y la pared. Después me agarró de la cintura muy fuerte y me apretó hacia él; sentí su

genital erecto contra mí. Yo solamente miraba mi celular y me sentía achurrascada. Tenía el cuello hacia atrás, como alejándome de él. Era muy evidente que no quería estar ahí, pero él seguía dándome besos.

Los llamados eran de su pololo, que estaba esperándola en el auto.

—Se me hizo eterno: pensaba en cómo llegar a ese celular, se me olvidó Nicolás. Ninguna parte de mí quería eso que él me hacía, pero en ese momento sentí que no quería incomodarlo. Le dije: “Nicolás, tengo mil llamadas perdidas, por favor, suéltame”. Me soltó, contesté y era mi pololo, que estaba enojado porque llevaba mucho rato esperándome. Le dije que bajaba altiro y Nicolás seguía tratando de estar encima de mí. Me dijo: “Dile que espere y me volvió a agarrar”. Traté de zafar. Me despedí, le di las gracias y me fui. Yo creo que si no hubiera estado mi pololo abajo, alguien esperándome, me violaba. Lo digo en serio”.

Mientras caminaba por el pasillo de ese edificio en Providencia, María Vidaurre aceleró el paso; creyó que López podría volver a buscarla y meterla de vuelta al departamento. Abajo, su pololo la notó rara, pero ella prefirió no contarle lo que pasó. Terminaron tiempo después y ella pasó un largo período con problemas para dormir.

A Carolina Ruiz, la persona que le había conseguido la actuación, sí le dijo lo que pasó.

—Debe haber sido en julio o agosto de 2016. Fue en un almuerzo en el restorán Olympia, en Providencia, donde se reunió conmigo y mi socio. Ella nos relató en detalle su experiencia de acoso con el señor López y nos expresó su molestia y lo vulnerable que se sintió en ese momento. Nosotros en ese minuto le ofrecimos ayuda en el caso de que quisiera denunciar los hechos, pero ella declinó la oferta, ya que no quería meterse en problemas ni que esto fuera de dominio público. También nos comentó que una persona cercana al señor López se habría acercado a ella para disculparse y que le aconsejó que mejor no viera más al director.

La persona era Diego Ayala, guionista de López en Sobras, su productora. Él, Vidaurre y su novio de entonces se juntaron en un

restorán de Providencia a hablar de lo que pasó. Según ella, Ayala le dijo que no se desmotivara por la mala experiencia, que “Nicolás era un imbécil”. “Me dijo que Nicolás hablaba que yo era el nuevo objetivo, la nueva niña culiable. Eso se hablaba en esa oficina”.

Ayala confirma la reunión, pero dice que fue de carácter social, pero el exnovio de Vidaurre, Pablo Bravo, confirma que el almuerzo se trató sobre las actitudes de López y que el director hablaba sobre Vidaurre en su productora.

Vidaurre cuenta que trató de evitar a López los meses siguientes. Pero ambos coincidieron en Miami antes de que el director estrenara *Sin filtro* en 2016.

—Él me decía: “Juntémonos”. Yo le decía que no. Aún ahí quería que tuviera una buena impresión de mí, por eso hacía como si nada nunca hubiese pasado. Un día él me dijo: “Sabes qué, pendeja culiada, tú no estás preparada para esto. No puede ser que el mejor director de Chile te llame para que vayas a su hotel en Miami y no vayas. No puede ser que te invite a una fiesta con gente de Hollywood y no vayas. No estás para esto, nosotros no vamos a poder trabajar juntos”.

Esa vez Vidaurre le dijo: “Entonces no trabajaremos juntos”.

El 26 de abril de este año, al igual que a Lucy Cominetti, un empleado de Sobras llamó al mánager de María Vidaurre para ofrecerle un papel en la próxima película de López. Ella mintió: dijo que estaba ocupada. El mismo López insistió el 2 de mayo, cuatro días después de la publicación del reportaje sobre Abreu, encontrando la misma respuesta. López persistió, dijo que ella le diera las fechas en que pudiera, que se acomodaban con la producción. Vidaurre dice que optó por lo sano:

—Le di unas fechas imposibles.

Vidas pasadas

En marzo de este año, Nicolás López celebró su cumpleaños 35 en un restorán thai del Barrio Italia, con Lucy Cominetti como invitada, al igual que buena parte de su círculo íntimo. Ella dice que la fiesta incluía un Roast: una especie de show de comedia en el que actores y humoristas se suben al escenario para hablar, en clave de humor, sobre los defectos del celebrado.

Ariel Levy, por ejemplo, según cuentan otros dos invitados más, imitó la forma en que López jadeaba y acosaba a las mujeres apenas las conocía, repitiendo, desde la tarima, las dos frases que el director más decía en confianza: “Tú y yo vamos a terminar tirando” y “chúpame el pico”.

Los presentes se rieron. López pidió que nadie grabara las intervenciones.

Mirella Granucci, la actriz brasileña, también subió y terminó su monólogo gritando: “¡Escúchame bien, Nicolás, nunca te lo voy a chupar!”.

Cominetti estaba con su pololo.

—Veía todo su entorno reírse, celebrarle esto, lo encontraban graciosos y que todo esto era un chiste. Pero yo lo encontraba enfermo, porque sabía que era real, porque yo lo había vivido. Eso era lo que él realmente hacía con las mujeres. Y no es gracioso. Me chocó mucho. Encontré que toda la situación fue muy enferma. Le decía a mi pololo: “¿Tú cachas que esto es real? Él hace estas cosas”.

Cominetti se fue y el resto de los invitados se quedaron.

Quienes trabajan con él dicen que es difícil, entre tantas bromas, saber cuándo López efectivamente habla en serio. En varias entrevistas, el director se jactaba de tener un sentido del humor poco común.

La trilogía de *Qué pena tu vida* y la sociedad con el actor y director Eli Roth hizo de López uno de los nombres fuertes en la industria chilena.

Precisamente, en una de las primeras visitas de Roth, López habló con una actriz con que había trabajado. Le pidió que fuera “bien

escotada y sin pololo” a un asado en que estaría el estadounidense. Cuando ella preguntó para qué, López le dijo que sería “muy bueno para el deal si se lo tiraba”. La actriz, al principio creyó que era una broma, pero se lo repitió varias veces en la noche y delante de otras personas. Ella dice que entendió que era en serio. Roth fue contactado por *Sábado* a su correo personal para saber si conocía la historia que contaba López. El actor no respondió.

En eventos sociales, incluso con gente que recién lo conocía, López tenía un discurso sexualizado. Su pregunta, según sus amigos, típica era: “¿Sabes cuándo uno sabe que la hizo? Cuando está en un yate en Estados Unidos, comiéndote tres actrices”.

En el set, a veces, para sus actrices, era difícil de tratar: era común que exagerara algún defecto físico de ellas, traumas que muchas veces ellas mismas le habían confiado. A Cominetti, por ejemplo, la molestaba por supuestas imperfecciones en la piel. A Andrea Velasco por su estatura.

También tuvo problemas con técnicos. La asistente de vestuario Alba Giner lo conoció en 2014 durante la preproducción de *Fuerzas especiales*, película en la que López fue productor ejecutivo. Según Giner, durante el rodaje el director constantemente le decía que tenía que relacionarse más con él, porque tenía influencia dentro de la producción. Todo siguió relativamente normal hasta que en la fiesta de fin de rodaje, que tuvo lugar en el bar The Clinic de Monjitas, López se enteró que Giner tenía interés por un asistente de dirección.

—Me metí al baño a retocarme y me di cuenta de que Nicolás se metió detrás mío en el baño de mujeres. Cerró la puerta y se puso bloqueándola. No había más gente en el baño. Él estaba muy curado. No me quería dejar salir. Me decía “tú te quedas conmigo”. Yo me comencé a estresar. Pasaron varios minutos y no me dejaba salir. Le decía: “Nico, déjame pasar, déjame tranquila”, y él me seguía repitiendo que yo podía hacer las cosas de una forma que a él le interesara más. Seguía con su rollo que me estaba metiendo con una persona que no tenía ningún poder, que yo podía estar con alguien

con más influencia. Luego de diez minutos, lo empujé, lo saqué del medio y salí. Me fui a la otra punta del bar y me metí en un grupo. No le conté a nadie.

Andrea Velasco fue la protagonista de tres de sus películas, pero terminó peleada con López y Asensio, por lo que considera fueron prácticas sexistas.

—Mi experiencia con Nicolás López tiene relación con acoso, abuso de poder y hostigamiento —dice Velasco—. Cuando iniciamos la negociación de la tercera película, ya me había dado cuenta de que lo que me habían pagado por las dos películas anteriores era insólitamente bajo. Entonces, quise negociar los montos. Cuando no acepté lo que Nicolás López y su socio Miguel Asensio me ofrecieron, ellos se indignaron. El trato se volvió insoportable y muy estresante, por lo que le pedí ayuda con la negociación a mi hermano, abogado que conoce del rubro. Esto indignó a López, y a Asensio aun más, y dio pie para que me criticaran y desprestigiaran tanto en el medio como con mis compañeros. Me repitieron numerosas veces que yo no era la protagonista de las películas, sino únicamente Ariel Levy. Que me metiera eso en la cabeza y que aunque tuviera más escenas que él, no se me pagaría nunca igual que a él. Decidí no trabajar nunca más con ellos.

Este tipo de discusiones, dice otro colaborador histórico de López, no son poco comunes. “Él crea una especie de campo de realidad paralela con la gente que está cerca de él. En el que uno termina haciendo siempre lo que él quiere. Recién cuando uno toma distancia, se da cuenta del dominio que él ejercía sobre uno. Y da vergüenza admitirlo. Toda eso empeoró con lo de la Lita Donoso”.

Justo antes del estreno de *Santos*, Nicolás López comenzó a tratarse unos ataques de pánico con la terapeuta alternativa Lita Donoso, una psicóloga que había conocido en el colegio. Ella le ofreció “activar su glándula pineal”, lo que supuestamente le traería mayor paz interior y lo ayudaría a conseguir objetivos, ya que sitúa los logros en el plano de deseo: si uno quiere lo suficiente algo, sucederá.

Un amigo lo acompañó a un par de sesiones.

—Lo compró completamente. Lo convencieron de que él no era niño índigo, sino un niño de cristal.

Lita Donoso escribió sobre López en su libro *El método*:

“En lugar de ofrecerle una terapia convencional, le sugerí la autoterapia. No solo se curó su ansiedad, sino que aprendió a utilizar esta técnica para atraer hacia sí el camino correcto a la hora de direccionar su camino, ruta que lo ha llevado a convertirse en el cineasta joven más reconocido de Chile y Latinoamérica, un muchacho que antes de los 30 años se codea con sus ídolos y trabaja tanto en Hollywood como en su país [...]. A través del método y el cariño que le tengo, me arriesgo en definir a Nicolás López como un adelantado, un genio”.

El mismo López decidió contar su experiencia en el libro, en el que, además, citaba experiencias de otras vidas.

“Por dentro sentía que me iba a morir, pero necesitaba aparentar que estaba bien, si no los inversionistas me iban a decir ‘muérase, pero después de la película’, hasta que revisé el tema con Lita. Ella estimó que podríamos intentar buscar el origen de estos síntomas en vidas pasadas y yo dije ‘bueno, ya, por qué no’. Hicimos la activación y comenzamos a ir hacia atrás, atrás y más atrás. Llegué a la siguiente situación: estaba en Francia y yo era un psicópata. Una especie de mecenas que financiaba y protegía a muchos estudiantes. Era una especie de megalómano, artista, pero no muy bueno. Lo peor era que abusaba sexualmente de mis alumnas, jugaba mucho con el poder. Organizaba orgías y era como Sodoma y Gomorra, y era persona perversa”.

Externamente, López también hizo ajustes: en 2014 se operó el estómago para resolver otro de sus traumas: la gordura. Tras eso su autoestima mejoró.

Una actriz que fue a su casa por un casting en 2017, recuerda que López, muy confiado, le pidió un ejercicio: hacer como que ambos estaban bailando en una discoteque. Ella explica que López le

dijo que tenía que buscarlo, incluso si él se hacía el difícil. Luego de eso el director puso música. La actriz asegura que comenzó a bailar y que López la criticaba. Le pedía que fuera más osada. Más tarde, y de manera sorpresiva según ella, López se fue contra ella, la agarró, la besó y la toqueteó con sus manos. Después, la actriz dice que se fue.

La modelo Bernardita Cruz fue contactada por López cuando ella tenía 17 años y López era aún gordo, pero recién en 2012, cuando ella tenía 19, salieron juntos: fueron a la *première* de la película *No*, de Pablo Larraín.

—Luego fuimos a una fiesta al Liguria. Yo no tomaba tanto. Creo que me tomé una copa de champaña. Estábamos sentados en la barra y él empieza a decirme para qué estudiaba periodismo, que me iba a perder, que mejor estudiara teatro, que si fuera actriz me iría increíble. Siempre iba a lo sexual. Me hablaba de la virginidad, yo era virgen en esa época, se lo dije, y a raíz de eso va y me agarra una pechuga y pregunta, mirándome a los ojos, si eso me perturbaba. Fue un buen agarrón de pechuga. No fue una tocadita y había más gente. Le dije “no, no me perturba ni me calienta”. No supe reaccionar. No fue un evento traumático, pero me fui, salí y paré el primer taxi. Él me decía: “Estás arrancando”, y, sí, básicamente estaba arrancando por la incomodidad. Después me seguía escribiendo, me invitaba a sus *premières*. Siempre hablaba de que salía con minas muy ricas y conocidas. Después hablé con otras modelos. Decían que era un fresco y un asqueroso.

Todas las consultadas para este artículo coinciden en lo mismo: López se ufana de estar con celebridades, incluso de Hollywood. La más mencionada era una exitosa actriz chilena radicada en Estados Unidos hace años. Consultada por *Sábado* ella lo negó completamente. “Y no porque él no lo intentara. No tengo nada bueno que decir de él”.

Otras veces, López decía tener videos de sus encuentros.

Días después de la publicación del reportaje sobre los abusos de Herval Abreu, Daniela Ginestar, periodista, actriz y cantante de 29

años, está en el café Tavelli de La Reina, junto a su madre. Ella cuenta que en junio de 2015, cuando recién trataba de hacerse un espacio en el cine, comenzó a seguir a Nicolás López por Twitter.

—Lo contacté para ver si podía acceder a alguna de sus pruebas de cámara. No se demoró ningún segundo en pedirme el celular e invitarme a comer. Me negué a salir de noche con él y le propuse juntarnos a almorzar. Mi pololo de ese entonces me llevó hasta el lugar. Durante el almuerzo me contó que estaba a punto de filmar la película *Sin filtro* y que probaría si yo servía ahí.

Después del almuerzo, Ginestar lo acompañó a su productora. Ahí pasó algo que aún no olvida.

—Proyectó en una pantalla gigante un video de una famosa chilena de la televisión teniendo sexo con él. Ante mi mirada de shock me explicó que todas las actrices tenían que hacer este tipo de cosas para demostrar que eran buenas. Me dijo que yo era demasiado ingenua y eso no servía para ser actriz, e hizo un paralelo con la película *El cisne negro*, donde Natalie Portman tiene que sacar su lado malo y sucio para poder ser una estrella.

Sábado contactó a la mujer que aparece en el registro audiovisual sexual. Con mucha vergüenza ella confirma el video, pero asegura que López le prometió que lo había borrado.

Daniela Ginestar recuerda que López “inmediatamente fue al baño y volvió masturbándose. Me aclaró que yo no tenía que hacer nada. Solo tenía que quedarme ahí, ya que mi energía lo calentaba. Tuve la reacción de escapar, pero me dijo que si yo me impactaba con esas cosas, entonces que me dedicara a otra cosa, ya que las actrices de verdad no se impactan con el cuerpo humano y menos con un acto tan primitivo como la masturbación. En ese momento le mandé un mensaje a mi pololo y le pedí que me fuera a buscar a Sobras. Y así pasó el tiempo: meses en que me comenzó a lavar el cerebro de una manera psicopática y brillante. Porque lo es. Es un hombre que te hace sentir una hormiga al frente de un Dios. De a poco se fue apoderando de mi mente, a tal punto que con cualquier cosa que me pasaba, sentía que él tenía la última palabra”.

Antes de terminar la conversación en el café de La Reina, Ginestar dice que le costó hablar de esto, porque siente “un cierto dejo de vergüenza o de culpa por no haber parado a tiempo esta situación. Pero no pude hacerlo: estaba en un período vulnerable de mi vida”.

En esa misma época, López comenzaba a dar un giro a su carrera: escribir películas sobre mujeres. *Sin filtro* –la segunda película chilena más vista de la historia– y *No estoy loca* sumaron juntas más de dos millones y medio de espectadores. En las ruedas de prensa opinaba sobre problemas de género. En radio *Bío-Bío*, en marzo de 2017, dijo: “Sobre el feminismo, es muy triste que tengamos que tener un término que debería ser simplemente sentido común”.

Yo también

Tras el estallido del caso de Herval Abreu, Nicolás López, que había basado gran parte de su carrera en el marketing digital, limitó el acceso a todas sus redes sociales. En ese punto ya había contratado los servicios de Imaginación para eventuales emergencias comunicacionales. Pese a ser contactados 72 horas antes del cierre de este artículo, la empresa y López decidieron no dar una entrevista en vivo y grabada, ya que exigían tener por adelantado la lista detallada de sus denunciantes y, con eso, decidir cómo proceder, petición a la que *Sábado* no accedió: toda esa información sería revelada durante la entrevista.

En un comunicado enviado desde Imaginación, López dice: “Se me ha pedido una entrevista por un reportaje que está preparando la revista *Sábado* con denuncias en mi contra, pero se me ha negado conocer los antecedentes de estas acusaciones. En esas condiciones se me hace imposible participar del reportaje”.

Sin embargo, diez días antes Imaginación y López realizaron su primera acción pública juntos: una nota en *La Tercera* publicada en 17 de junio.

Ahí dijo: “Tengo 35 años, fui criado en una sociedad de machismo tóxico full, donde todos tuvimos que aprender a porrazos, sin guía, cómo relacionarnos con el género femenino. Una cultura donde el winner era el macho alfa, el que estaba con las minas, el que conquistaba. Y ahora con el movimiento #MeToo hay cosas que son pensadas de modo distinto, me parece maravilloso que la gente tenga ahora esa capacidad de denunciar, que la ley puede juzgar y que se escuchen a las dos partes”.

También negó haber cometido actos que puedan ser considerados acoso. “No así como una situación puntual, no hay nada que tenga que ver con eso. Pero hay muchos tipos de chistes, cosas que uno ha dicho o veces que uno ha sido jote, y soy el primero en reconocer que he sido un imbécil miles de veces, como cualquier persona. Soy soltero, tengo 35 años y me han tocado situaciones distintas, ninguna que pueda decir que sea grave o delictual, afortunadamente”.

E hizo una puntualización. “Ahora, claro, también aparece la banalización del acoso, donde hay situaciones en que si todo es acoso, nada es acoso. Eso me parece que está pasando”.

Además, aprovechó el espacio para anunciar su próximo proyecto, una película llamada *Yo también*, en referencia al movimiento feminista #MeToo, coescrita con Mirella Granucci. “Es coral, hablará de feminismo, de la reeducación de los hombres, el abuso sexual, el acoso”.

Leyendo el diario en sus casas, sus denunciantes no lo podían creer.

María Vidaurre: “Me dio mucha rabia. Pensé que no podía permitir que esto pasara, porque se estaría riendo en mi cara. Si esa película sale, él va a quedar como un héroe. Y no es un héroe, es un culpable. Yo creo que Nicolás es peligroso, en serio. Lo digo muy en serio. Yo quiero que las otras personas a quienes les pasó algo sepan que se puede hablar. Que se puede contar y no les va a pasar nada. Al contrario, a la única persona que le tiene que pasar algo es a Nicolás”.

Lucy Cominetti: “Yo sufrí abuso sexual y maltrato psicológico de parte de él durante un año y medio. Al leer eso sentí que se estaba burlando de nosotras. Me pareció de una crueldad infinita, una burla. Dije: ‘Este gallo no tiene límites’”.

Las dos ya acudieron a la Fundación para la Confianza y se entrevistaron con el abogado Juan Pablo Hermosilla, quien analizará los pasos legales a seguir.

Daniela Ginestar fue más allá. Ese mismo sábado le escribió por WhatsApp:

17 de junio de 2018.

12:09. *Actriz*: Leí tu reportaje en *La Tercera*. Te felicito por tu proyecto cinematográfico sobre el acoso. ¿Me llegó la hora de ser protagonista o no?

12:09. *NL*: Jajaja, muchas gracias, querida.

12:10. *Actriz*: No entiendes nada parece.

12:11. *Actriz*: ¿Tú consideras un chiste masturbarse frente a una mujer en contra de su voluntad? ¿O mostrar videos sexuales de actrices?

12:11. *NL*: No entiendo de qué me hablas.

12:12. *Actriz*: ¿No entiendes? Pero si eres brillante, Nicolás.

12:13. *Actriz*: Los chistes que no entiendes me llevaron a la peor depresión que he tenido en mi vida.

(Pasan dos horas y media).

14:59. *NL*: Obviamente no lo encuentro chistoso y por eso estoy haciendo esta película.

Herval Abreu está enterado del caso de López; también tenía los servicios de Imaginación. En privado el director de teleseries dice que no hay comparación entre ambos, que él es distinto a Nicolás López.

Lucy Cominetti recuerda una de las últimas veces que habló con López, a finales de 2017, en el restorán Lusitano. “Me dijo que me había acosado a mí, pero a nadie más”, dice. Justo después, López mencionó otra cosa: que él no era como Herval Abreu.

PREMIO CATEGORÍA REPORTAJE

LAS MUJERES CARNE DE CAÑÓN DEL NARCOTRÁFICO



Cristian Ascencio, *El Mercurio de Antofagasta*; Carlos Luz,
La Estrella de Iquique; y Nelfi Fernández, *El Deber* (Bolivia)

25 de noviembre

Este reportaje colaborativo, que consideró el trabajo conjunto de tres periodistas de medios diferentes de Chile y Bolivia, recorrió las vidas de parte de las 325 reclusas bolivianas condenadas en Chile por narcotráfico hasta el primer semestre de 2018. Un relato que, a juicio del jurado, “llevó a fondo un tema que, si bien se había tratado anteriormente, encontró aquí un enfoque original, datos sorprendentes e investigación profunda”. Al mismo tiempo, destacó que se trató de un trabajo colectivo que “muestra una mirada desde regiones y la colaboración fructífera con periodistas de Bolivia”. En este libro se presenta la primera de las dos partes de la serie reconocida por el jurado.

Elena tenía 20 años cuando aceptó ser tragona, y dos hijos, uno de tres y otra de un año. Cuando emprendió el viaje, en enero de 2018, la bebé aún era amamantada.

Dejó a sus hijos a cargo de su hermano menor, de 17 años. También le dejó a su cargo a su otro hermano, de siete años, y quien fue la razón para tomar el empleo de tragona.

“Acepté llevar ovoides por necesidad económica. Necesitaba para comprar una válvula para mi hermano que tenía desnutrición grave y no se alimentaba normal, por una malformación cerebral congénita”, dice Elena.

Como la mayoría de las mujeres utilizadas como correos humanos por el narcotráfico, Elena es de Cochabamba y es madre soltera. Tenía un empleo parcial limpiando casas en el que le pagaban 600 bolivianos mensuales (87 dólares). Le prometieron mil dólares por hacer el viaje, lo que es igual a 3,3 salarios mínimos en Bolivia y multiplicaba por diez sus propios ingresos.

“Me lo ofrecieron en un bus. Conocía a un señor que era del mismo lugar de donde yo vivía. Me dijo: ‘Yo trabajo con eso, si querés yo te hago conseguir’ y me dio un número. Era una persona mayor que yo conocía desde que era niña. No sé (si se dedica a reclutar mujeres), pero yo creo que sí (...). Lo pensé como tres semanas, pero él me presionaba, me llamaba, me preguntaba si lo iba a aceptar, ‘¿lo vas a llevar?’ y, al final, sí lo acepté porque era lo necesario. Necesitaba para mi hermano”.



Después de la separación de su marido, Celia Casorla perdió la tui-
ción de sus hijos y tuvo problemas de alcoholismo. También perdió
la motocicleta que usaba para trabajar como taxista en Cochabamba.
“Me sentía mal, vacía. Me hacían falta mis hijos, no querían hablar
conmigo. Me rechazaban (la llamada por) el celular. Y me dediqué a
la bebida. Bebí, bebí, bebí, bebí, durante todo un año. Al siguiente
año... ya las deudas... al final, se me venció el alquiler. Y yo, toman-
do nomás”.

Celia escuchó que se “ganaba bien llevando”, así que un día
decidió contactar a un traficante. “¿Conoce alguien que trabaje con
Doña Blanca?”, preguntó en varios tugurios de Cochabamba, hasta
que llegó al hombre que le ofreció su primer “contrato”.

Celia fue llevada por el narcotraficante a Pisiga, en la frontera
con Chile. Ahí la hicieron tragar los ovoides. “No podía, te juro que
lo vomitaba. No podía tragar. Te duele la garganta. Y qué, dije: Ya
que no pude dar nada a mis hijos y me dediqué a la bebida, lo voy
a hacer por mis hijos, nada más por mis hijos, voy a pagar toda mi
deuda y voy a hacerlo por ellos. Cada vez que no podía, tenía que
acordarme de eso. ‘¿Sabes tomar bebida? Toma esto’. Y tomé. No
pude todo. Me faltaba como un cuarto de kilo. No pude y le dije al
señor ese: ‘Aunque no me pague todo, aunque sea la mitad me sirve,
pero no voy a tomar más. No puedo más, mi cuerpo no quiere, yo
quiero, mi cuerpo no quiere. ¿Qué quiere que haga?’. ‘Ya po, vamos
entonces’, me dijo”.



Un kilo de cocaína pura cuesta en Bolivia unos 2.200 dólares. A
las “tragonas” (quienes tragan ovoides de cocaína) y “mulas” (quie-
nes llevan la droga en maletas o fajadas a su cuerpo) les pagan has-
ta 1.500 dólares por llevar ese kilo desde Bolivia hasta Santiago de
Chile, donde se venderá a 15 dólares cada gramo. Es decir, los nar-
cos pueden obtener 15 mil dólares por el kilo si es que la venden

tal como llegó. Pero, en la gran mayoría de los casos, la cocaína es mezclada con otros productos como yeso o talco para aumentar la ganancia.

Las transportadoras en algunas ocasiones son acompañadas dentro del bus por un vigilante de la mafia. En otras les toman una fotografía en la terminal de buses en que se embarcan y se les entrega un teléfono celular viejo. Al llegar a la terminal de buses de destino, alguien más las espera y las lleva a una casa de seguridad.

Las declaraciones de las mujeres, consignadas en las sentencias judiciales en Chile, dan cuenta de estos mecanismos.

“Viajé a comprar telas a Oruro, se me acercó una señora que me ofreció un trabajo de traslado de droga hasta Iquique. En la terminal me esperarían y me pagarían 300 dólares. La señora me tomó una fotografía para reconocerme. Debía entregar el paquete en el terminal de Iquique a esta misma persona” (extracto de declaración de C. P. H, de 30 años, quien estuvo un año presa en Chile antes de ser expulsada).

“En la terminal de Iquique conocí a una señora de nombre Margarita que me entregó mil dólares y ‘100 chilenos’ por trasladar cuatro paquetes de droga hasta Calama; esta señora compró los pasajes para viajar, me esperaba en el terminal de Calama y me sacó una foto con su celular” (extracto de declaración de E. R. L., 38 años, condenada a cinco años y un día de pena efectiva).

“En Pisiga dos personas me entregaron la carga y me dijeron que debía pasar la ‘tranca’. Me levanté y empecé a caminar, cuando sale una patrulla, me asusté y corrí, no pude escapar. Le dije a los señores que me suelten, que no es mía, que me la entregaron unos señores en Pisiga. No me creyeron y me encerraron (...). Me iban a pagar mil dólares en la terminal de Iquique, pero no me pagaron nada. Estoy encerrada 12 meses (...). Ellos fueron el día de mi cumpleaños a mi casa, les cuento los problemas de salud de mi hija y que costaba ocho mil bolivianos, ellos piden mi número y me llaman el 17 de septiembre, diciéndome que fuera a la frontera y ahí me pasa-

ron la droga; me llamaban por teléfono. Cuando me detuvieron, me encontraron dos teléfonos pequeños, el otro me lo dieron” (extracto de declaración de F. J. C., de 43 años, estuvo presa un año y dos meses antes de ser expulsada).

*

Francisca Fernández es antropóloga y perita de la Defensoría chilena. Esa entidad le encargó un estudio sobre los perfiles de las mujeres indígenas extranjeras condenadas en cárceles del norte de Chile. Por meses recorrió las prisiones y entrevistó a condenadas, principalmente bolivianas. Para Francisca Fernández, estas mujeres son utilizadas como material desechable por las bandas y lo ejemplifica con uno de los casos que conoció: “Tres mujeres van sentadas juntas en el bus y llevan las mismas zapatillas blancas, nuevas, con una planta alta. Era evidente que, si las vestían así, iban a ser revisadas”. La antropóloga presume que fueron enviadas para desviar la atención de las policías, mientras que al mismo tiempo por alguno de los cientos de pasos clandestinos se ingresó un cargamento más grande.

La Defensoría ha notado que en varios casos la droga es llevada tan burdamente, que es como si alguien quisiera que fuera descubierta. Para la entidad, es posible que las bandas estén usando a personas pobres para concentrar los esfuerzos de las policías en un punto, mientras se ingresan grandes volúmenes de droga por otro; o que se trata de “falsos 22”, un concepto que refiere el número del artículo de la Ley 20.000 (contra el narcotráfico) sobre la cooperación compensada, que algunos narcotraficantes utilizan para disminuir sus condenas.

En Chile un “falso 22” es la persona que fue contratada para llevar droga o “cargada” con ella, sin saber que será delatada por un narcotraficante ya preso. El narcotraficante lo delata para así acceder a beneficios. Hay casos documentados por la Defensoría respecto a “falsos 22”, como el de un agricultor de Oruro que solo hablaba

fluidamente quechua y que fue cargado con droga en un hostel de Antofagasta. Estuvo nueve meses preso.

Otra causa que llama la atención es el de una mujer quechua que cumple una condena por narcotráfico en Chile desde hace cuatro años. Ella es uno de los pocos casos de mujeres bolivianas reincidentes. Según los documentos de su causa, la condenada tiene una deficiencia mental y es analfabeta. Fue descubierta por segunda vez portando droga en 2014, en la aduana El Loa, mientras viajaba en un bus. Su primera detención había sido en la misma aduana, por lo que un funcionario la reconoció. Llevaba la cocaína en una pizzera eléctrica.

Si son distractivos o no, es difícil comprobarlo. Pero una cosa es segura, son tantas las mujeres detenidas y tanta la droga decomisada que, si el narco sigue apostando por la vía de las “mulas” y “tragonas” para enviar droga al sur, es porque sigue siendo muy rentable.

Gabriel Carrión, jefe de estudios de la Defensoría Regional de Tarapacá, la región de Chile donde hay más bolivianos y bolivianas capturados por narcotráfico, sostiene que la política persecutoria en Chile no busca a los propietarios de la droga, sino que se centra en los flancos débiles y descartables, los transportadores al por menor. “Los fiscales optan por una opción práctica: buscan condenar a quienes llevan la droga, y si les preguntan por los dueños de la droga, explican que no les corresponde (perseguirlos) porque tendría que realizarse una investigación extraterritorial”.

Aunque las policías chilena y boliviana afirman que sí se comparten entre ellas la información recopilada en las detenciones de “tragones” y “mulas”, la fiscalía de la región chilena de Tarapacá reconoce que no se han realizado investigaciones transnacionales. El fiscal regional de Tarapacá, Raúl Arancibia, dice: “Hasta la fecha en la región no hemos tenido investigaciones de tráfico de droga en la que hayamos trabajado con la Fiscalía boliviana”.

Aunque el conflicto data del siglo XIX, cuando Bolivia perdió su salida al océano Pacífico en un conflicto bélico, estos países sud-

americanos —vecinos por 850 kilómetros de frontera— desde hace 40 años tienen rotas sus relaciones diplomáticas. En marzo de 1978 retiraron a sus embajadores y en los últimos cuatro años el ambiente se enrareció aún más, luego de que Bolivia interpusiera una demanda ante la Corte Internacional de Justicia en La Haya para obligar a Chile a dialogar sobre una salida soberana al mar.

Esta situación llevó a que una reunión para hablar justamente sobre temas fronterizos, entre ellos la lucha contra el narco, fuera suspendida. El 3 de septiembre, dos días antes del encuentro, Chile dijo que las condiciones no estaban dadas para la cita y un mes después, el primero de octubre, La Haya falló en contra del pedido boliviano. Desde entonces los líderes de ambos países se lanzan dardos por las redes sociales y medios de comunicación, sin concretar una agenda bilateral.

*

Celia Casorla recuerda que el primer carabinero que se subió al bus se acercó a ella y le preguntó qué llevaba en la botella de yogurt.

—Yogurt, obvio —le contestó.

—Entonces tome un sorbo —le dijo el carabinero.

Celia abrió la botella tratando de que no se le notaran los nervios y tomó un trago grande. La cocaína iba al fondo del frasco, envuelta en plástico y bien apretujada. No se soltó. El carabinero continuó de largo y Celia respiró un poco más tranquila.

*

Elena tragó gran parte de los ovoides en Oruro, Bolivia, y viajó hasta la frontera acompañada de un vigilante del dueño de la droga.

En Pisiga tragó el resto de los ovoides en un hostel clandestino donde pagó 25 bolivianos por pasar la noche, aunque esa noche no durmió.

En la madrugada cruzó hacia Chile por un costado de la aduana. A lado y lado de esa aduana hay una pampa eterna que tiene varios apodos puestos por los lugareños del pueblo de Pisiga. “El hueco” y “la tranca” son los más comunes.

Caminó por la misma ruta usada por los contrabandistas de frutas y verduras, de ropa, de automóviles, de droga y los coyotes que llevan migrantes hacia “el sueño chileno”.

Llegó al amanecer hasta un pequeño paradero de buses en el pueblo de Colchane, Chile, donde unas comerciantes con polleras ofrecen sus productos a los viajeros.

Elena tomó el primer bus a Iquique y en Iquique, otro más hacia Antofagasta. Ya llevaba más de 24 horas con los 98 ovoides en su estómago. En ese tiempo no pudo tomar más que agua y refresco. Comer algo sólido le haría expulsar la codiciada carga.

En el control aduanero El Loa, a tres horas de su destino final, la revisó un funcionario de aduanas.

—¿Estás llevando los huevitos?

—No, no, no.

—Estás llevándolos, tienes que decirlo, estás muy nerviosa.

“Luego me dijo que lo reconozca por el bien de mis hijos, que esto no era permitido y que lo aceptara, y que me iba a ayudar en algo si lo aceptaba. Al final lo reconocí. Ya no podía más, mi conciencia ya no me dejaba y dije: ‘Sí, estoy llevando’”.



Ser un pasajero boliviano en un bus dentro de Chile es ser sospechoso y, por ende, las posibilidades de ser revisado por la policía son mayores.

María Avendaño estuvo presa en Chile dos años y seis meses, hasta que fue absuelta.

En 2007 fue detenida en un bus cerca de la frontera, mientras viajaba con su hijo. La acusaron de ser la dueña de una maleta que portaba 23 kilos de cocaína y un overol blanco de hombre.

Después de que la maleta fue encontrada en medio de una revisión rutinaria, la policía le preguntó al auxiliar del bus quién era el propietario, y este aseguró que era María. Ella lo negó. No le creyeron y fue apresada.

Para la Defensoría Penal Pública este caso es un ejemplo de un trabajo policial mal realizado y de agentes gubernamentales dejándose influenciar por los prejuicios. “No se levantaron huellas desde el bolso o muestras de ADN para vincular de alguna forma a la imputada con la propiedad del equipaje”, explica la Defensoría Penal Pública en el documento *Proyecto Inocentes*, que recopila historias de personas detenidas por error en Chile.

El hijo de María, médico de profesión, fue dejado en libertad, pero debió quedarse a vivir en Chile para no alejarse de su madre. Trabajó dos años y medio en una farmacia hasta que su madre, quien fue sometida a un juicio oral, fue absuelta.

De haberse declarado culpable, María Avedaño podría haber estado mucho menos tiempo en prisión. A lo mucho 431 días. Los bolivianos que reconocen culpabilidad en delitos con penas inferiores a los cinco años de prisión pueden acceder a la expulsión del territorio nacional, con la condición de no volver a Chile durante un periodo de diez años.

El 93% de las 325 bolivianas condenadas en el norte de Chile, entre 2017 y el primer trimestre de 2018, accedió a este beneficio. Ellas tuvieron un tiempo promedio de encarcelamiento de 7,5 meses, esto según un análisis de las sentencias del Poder Judicial contra mujeres bolivianas en el norte de Chile en 2017 y primer trimestre de 2018.



Según los datos de la Defensoría de Tarapacá, un 58% de 180 mujeres bolivianas condenadas en esa región en 2017, declaró ser indígena. En su mayoría fueron recluidas en la cárcel de Alto Hospicio, a 230 kilómetros de la frontera con Bolivia.

Alto Hospicio es una de las comunas más pobres de Chile. Está en el puesto 76, entre 90 ciudades, en el Índice de Calidad de Vida Urbana realizado por la Universidad Católica de Chile. Nació como un conjunto de “tomas” en el sector alto de la ciudad de Iquique y está unida a esta por una sola vía que culebrea por la cordillera de la Costa.

No es una comuna turística como la vecina Iquique, sino más bien industrial, pero a pesar de lo agreste del paisaje, las mujeres bolivianas que llegan hasta la cárcel de Alto Hospicio tienen algunas ventajas si se compara su situación con la de sus coterráneas que caen en otras prisiones chilenas. La primera es que en ese penal hay más bolivianas presas que de cualquier otra nacionalidad, incluida la chilena, lo que les significa sufrir menos episodios de discriminación de parte de otras internas. “Ellas conforman comunidades de connacionales”, afirma Gabriel Carrión, abogado de la Defensoría chilena.

Otra ventaja es que en la región de Tarapacá, la Defensoría creó una unidad especializada en la defensa indígena, lo que permite contar con intérpretes en algunos casos en que las mujeres imputadas no hablan español.

Gabriel Carrión explica que su organismo debió contratar un defensor especializado y una facilitadora intercultural, lo que ha permitido reducir los tiempos de tramitación de las causas y, sobre todo, que las mujeres accedan a información. “Es que por regla general la mujer boliviana cumple las reglas y la disciplina. Es de bajo perfil. Tanto así que a veces ni siquiera se dan cuenta de las vulneraciones”, advierte Carrión, quien también es boliviano.



—Casi todos los días hay alguna detención —asegura el sargento Ramiro Ahumada, de la brigada de Carabineros encargada de la persecución del narcotráfico, el OS7—. En la madrugada siempre cae algo.

El sargento Ahumada ha prestado sus últimos años de servicio en el control carretero en Huara, un pueblo rodeado de nada a 100 kilómetros de la frontera con Bolivia. Ahí se encarga de revisar los buses que bajan desde el altiplano.

—Es experto en detectar a los que vienen con ovoides, los reconoce al tiro —dice el teniente Gustavo O’Ryan, su superior jerárquico en el OS7, pero que parece más joven que el sargento Ahumada.

—Es que vienen con señales que uno ya detecta con la práctica, obviamente no le puedo dar los detalles —agrega el sargento con una leve sonrisa de orgullo.

Algunos rasgos característicos de una persona que lleva ovoides en su cuerpo son: sequedad en la boca y los ojos, producto de la deshidratación. Además de hinchazón en la barriga. Y nerviosismo.

—Lo que da más pena es cuando las mujeres vienen con niños. A veces con guagüitas de ocho meses. Hay que decirle a una mujer carabinera que se quede con los niños mientras se hace el procedimiento. Los niños no tienen la culpa de lo que hacen los padres —dice el sargento.



Cuando detuvieron a Elena la llevaron hasta un container, justo frente a la Unidad de Urgencia del Hospital Regional de Iquique. Ahí estuvo dos noches, mientras evacuaba los ovoides.

En el container debió estar sentada todo el tiempo en una banca. No había camillas donde recostarse. Le dieron agua y sopas. Nada sólido. De esa forma se evita que los ovoides salgan muy sucios.

—No es solo desagradable para los detenidos estar ahí —dice un policía—. Hay que sacar los ovoides con guantes de la bacinica y lavarlos. El olor dentro, sobre todo cuando hace mucho calor, es desesperante.

Mientras estuvo en el container, Elena vio pasar a otros cuatro detenidos por ahí. Tres hombres y una mujer. Todos ellos bolivianos.

Después de que evacuó el último ovoide, le dijeron que tenía derecho a avisar al consulado boliviano de su situación para que este, a su vez, avisara a su familia en Bolivia. Como la mayoría de las ciudadanas bolivianas que son detenidas en Chile, Elena prefirió que no. Durante los meses que estuvo en la cárcel en Chile, no habló por teléfono con familiares ni recibió visitas.

—Yo pedí al consulado que no avisaran. Ellos van a querer venir, yo sé que no tienen plata para venir acá y esa plata sirve para mis hijos o mi hermano.

Elena no tuvo noticias de su familia, excepto por una.

—Me llegó una carta de Bolivia, que una señora me la trajo. Yo le mandé una carta a su hija, su hija habló con mi hermana y mi hermana me mandó la carta y me mandó plata. Es mi hermana mayor. En la carta decía que mi hermano menor, el de la enfermedad, falleció. Ahí me enteré que mis hijos estaban con ella y mi otro hermano también. Mi hermano pequeño, que era como mi hijo, falleció el 2 de julio.

*

Después de tomar el sorbo desde el envase de yogurt, Celia Casorla respiró más tranquila. Hasta que unos asientos más atrás los policías descubrieron a un hombre boliviano con droga. Una policía volvió a sospechar de ella y la hicieron bajar del bus.

—¿Qué lleva ahí?

—Yo creo que ya sabe qué es.

—¿Sabía que por esto va a ir detenida?

—Sí, ya sé.

*

“Siempre digo: ‘Yo iba a pasar’”, exclama Celia Casorla al recordar el día que la detuvieron en el control carretero de La Negra, a la salida sur de la ciudad de Antofagasta, el 10 de diciembre de 2017.

Sobre la garita de La Negra, dice que la mayoría de sus compañeras en la cárcel cayó ahí mismo. “Dan ganas de quemar ese lugar”, recalca entre risas.

La cárcel femenina de Antofagasta —donde Celia pasa sus días desde que la atraparon— es un exconvento que aún tiene una figura de la virgen en el hall de la entrada. Su patio interior mide 12 metros de largo por seis de ancho. Las mujeres visten chalecos y polainas de lana. Conversan. Unas ríen. “Sáqueme una foto, quiero salir en la tele”. Una se seca las lágrimas en una esquina, mientras una amiga la consuela. Algunas tejen. Otras están en círculo escuchando a un hombre de unos 50 años que tiene una biblia en la mano.

El patio es húmedo, frío, estrecho, rodeado de alambres de púas, pero está pintado de rosado.

Detrás del patio están las ventanas de las celdas. En los barrotes cuelgan poleras, calzones y sostenes. “El espacio para colgar ropa es muy pequeño, así que la ropa interior la cuelgan ahí”, explica una gendarme. Además, en esas ventanas llega mejor el calor del sol.

Las sillas del patio son iguales a las de cualquier escuela pública. Uno de los respaldos de las bancas tiene este mensaje: “Patio Bolivia”. La frase fue escrita con plumón negro. Después de las chilenas, las bolivianas son la nacionalidad más común en esta cárcel.

“Somos 20 bolivianas aquí”, comparte el número exacto Celia.

A ella la descubrieron porque el auxiliar del bus en que viajaba alertó a los carabineros de La Negra que un pasajero, que estaba sentado más atrás que ella, olía a excremento. El viajero había expulsado ovoides en el baño del bus y se los guardó. Sospecharon de Celia porque tenía una botella de yogurt de la misma marca que la del pasajero descubierto.

—Algún día me voy a encontrar con el muchacho y le voy a decir: “Porque no te limpiaste bien el culo, yo estuve en la cárcel”.



Maribel, de 25 años, fue detenida en Santiago el 24 de julio de 2017 y 12 meses después fue puesta en la frontera, expulsada de Chile y con orden de no ingresar a ese país en un plazo no menor a diez años. Es de Potosí, una de las zonas más altas de Bolivia —a 4.067 metros sobre el nivel del mar—, pero confiesa que, al llegar a la frontera, a 3.695 metros sobre el nivel del mar, después de estar tanto tiempo en Santiago, se sintió un poco mal.

La llevaron en un jeep de la Policía de Investigaciones, acompañada de cuatro agentes.

De Chile no se lleva buenos recuerdos. Dice que en la cárcel donde estuvo, el trato no era bueno y no estaba acostumbrada a la comida. Asegura que el viaje a Chile lo hizo para juntar dinero y estudiar ingeniería en la universidad. Le ofrecieron 1.500 dólares. “Sí, estoy arrepentida”, dice lacónica y con una breve sonrisa muy tímida.

Junto a ella, está Carmen, de 27 años, quien fue expulsada el mismo día. En su caso asegura que la cesantía la llevó a aceptar transportar la droga. “Tengo tres hijos, llevaba un año sin trabajo, en Chile había trabajado en la fruta, en Melipilla. Me ofrecieron llevar a Santiago y me darían 1.500 dólares. Eso son como seis meses de sueldo en Bolivia”.

Ambas no se conocían en Potosí, pero hicieron el viaje juntas y fueron atrapadas en el mismo hospedaje de Santiago, mientras estaban evacuando. En ese procedimiento también cayó preso un chileno, quien era el encargado de recibir la droga y pagarles.

El chileno estuvo seis meses en prisión y salió a la calle, con libertad vigilada, mientras que las jóvenes bolivianas estuvieron el doble de tiempo en la cárcel.

Maribel y Carmen fueron expulsadas el 1 de julio de 2018. Esa misma semana el gobierno chileno anunció la aceleración de los procedimientos de expulsión de extranjeros infractores de ley. Las imágenes en la televisión mostraron cómo por el mismo paso fronterizo de Colchane-Pisiga, fueron expulsados cientos de bolivianos que llegaron en buses procedentes de distintas cárceles de Chile. La causa de su encarcelamiento era la misma: “tragones” o “mulas”.

Según el Ministerio del Interior de Chile, entre 2013 y 2017 fueron expulsados 6.185 extranjeros.

Esta lista la encabeza Bolivia con 3.070 deportados. Le sigue Perú, con 1.214, y Colombia, con 1.174.

*

Aunque más del 90% de los casos las condenadas bolivianas por narcotráfico son expulsadas de Chile, y así ese país se ahorra los más de mil dólares mensuales que cuesta al Estado mantener un preso, Elena está preocupada porque su juicio aún no se realiza. Es julio y ya ha pasado casi medio año desde que fue detenida.

Según ella, al magistrado que vio su caso no le gusta dar expulsiones antes de que la detenida pase por lo menos seis meses en la cárcel.

—El tribunal dijo que yo tengo que cumplir los seis meses, y que él no aceptaba un (juicio) abreviado antes de los seis meses. Eso entendí porque ahí hablan muy rápido y no se entiende. No puedo decir nada, no tengo opinión de nada ahí, nos traen de vuelta aquí a la cárcel, al hogar, dulce hogar, le decimos.

Un abogado defensor comenta que algunos jueces están actuando así porque consideran que si a los transportadores de drogas se les expulsa muy rápido “no aprenden la lección”.

—Pero yo no lo volvería hacer por nada. Porque yo necesito estar con mis hijos. Yo sé que ellos son chiquitos y todo lo que he hecho, y me arrepiento mucho de cometer este ilícito, por traer aquí todo eso, era por necesidad —dice Elena.

Durante esta investigación se revisaron 325 sentencias de mujeres bolivianas condenadas por narcotráfico en cárceles del norte chileno. En el 98% de los casos ellas nunca antes habían cometido un delito, ni en Chile, ni en Bolivia, ni en ningún otro país, tal como Elena.

*

Celia Casorla después de admitir responsabilidad y cooperar con la investigación, fue condenada en juicio abreviado a cinco años de prisión, pero su condena fue conmutada por la expulsión.

Una fría mañana de agosto, algo extraña para una ciudad desértica como Antofagasta, pocas semanas antes de que la expulsión se cumpliera y fuera llevada a la frontera en un bus, Celia relató su historia para este reportaje. Fue la única que quiso hacerlo mostrando su rostro. “Esto puede servir a otras mujeres para que no les pase lo mismo”, dijo.

—¿Tu familia sabe que estás acá?

—Sí, me da miedo...

—¿Por qué?

—Yo tengo más miedo a mis hermanos, porque nos hemos criado nosotros no más, solo mi mamá y mis hermanos. Mi mamá lloró mucho cuando yo estuve acá. Vino dos veces. La primera que vino llegó tranquila. La segunda que vino quisieron asaltarla. Si yo no hubiera estado aquí, mi mamá no iba a correr nada de eso. Qué tal que por venirme a ver a mí le hubieran hecho daño. ¿Y la conciencia?

—¿Tus hijos saben que estás acá?

—No.

—¿Cómo vas a enfrentar eso, cómo se lo vas a contar?

—Tengo guardado algunos papeles de la abogada, algo que diga que sí estuve, aunque sea para mis hijos. Porque quiero ir a pelearlos, esta vez quiero pelearle al papá de mis hijos, por lo menos a salir con mis hijos. Porque son mis hijos, quiero estar con ellos, su infancia me la estoy perdiendo. La adolescencia no es lo mismo. Cuando son niños te dan besos, abrazos, sin vergüenza, y cuando grandes lo primero que van a decir es: “¿Por qué me vienes a pedir ahora, si cuando era niño ni siquiera estabas?”.

—¿Qué será lo primero que harás cuando llegues a Bolivia?

—Abrazar a mi mamá y pedirle perdón por haberle dado preocupación y después ir a ver a mis hijos y explicarles el por qué no he aparecido, por qué no he llevado material escolar, por qué no estuve en sus cumpleaños... explicar.



Elena está parada a los pies de una tumba en un cementerio del Chapare, Bolivia. Es el mediodía de un caluroso sábado de octubre. Se abanica con las manos. El viento ha dejado de soplar y el bochorno hace que una gota de sudor le surque la frente, luego otra y otra.

Un 13 de septiembre fue dejada en la frontera con el compromiso de que no vuelva a poner un pie en Chile en diez años. Después de someterse al control en migración en Bolivia, de que revisaran si tenía o no antecedentes en su país, quedó en libertad. Lo primero que quería era volver a casa, abrazar a sus hijos, recuperar el tiempo perdido, pero no sabía cómo. No tenía un peso en el bolsillo.

Telefoneó a un familiar para que le prestara dinero para el pasaje y así tomó el primer bus a Cochabamba. Llegó de noche. Hacía frío y tenía hambre, pero no tenía dinero. Se quedó en la terminal. Al día siguiente su hermana, la que había cuidado a sus hijos, llegó a su rescate.

La última entrevista para esta investigación la da junto a la tumba de su hermano, Lázaro, quien falleció cuando ella estaba en la cárcel de Alto Hospicio y por quien hizo ese viaje a Chile cargando droga.

El panteón está alejado del pueblo. Mejor así, Elena quiere pasar inadvertida, que los vecinos no se enteren de que está hablando con periodistas.

Los siete meses y 15 días de reclusión en Chile le han marcado un profundo abismo. Sus hijos, pese a su corta edad, la ven como a una extraña. Le llaman mamá a su hermana.

—Cuando llega mi hermana corren a su encuentro, la abrazan. Eso me duele. Tengo que recuperarlos. Estoy buscando trabajando.

Sabe que “aquel viaje” no sirvió para nada. No pudo despedir a Lázaro, sus hijos están distantes y quedó con recuerdos que quisiera olvidar, pero no puede.

Tiene muy presentes dos escenas: la primera, cuando la detuvieron.

“Ya llegó otra narcoburra”, le dijo una agente de Carabineros.

Esa sería la primera vez, pero no la última en la que se referirían a ella con ese término.

—“¿Ustedes creen que Chile es como su país? ¿Corrupto? Aquí no somos así, de aquí no saldrás libre”, me dijeron. Me sentía mal. Estaba sola, sin ninguna visita, mi familia no podía, no tenía dinero.

Elena ahora traslada sus pensamientos a la cárcel de Iquique.

—¡Uhhhh! Está llena de bolivianas. Hay de todas las edades, pero en su mayoría son jóvenes. Hay quienes no hablan español, solo quechua. Hay también mujeres de pollera. Es duro.

La segunda escena que recuerda está relacionada con los primeros días de su detención. Estaba en el container afuera del Hospital de Iquique, donde Chile recibe a las “tragonas” para que expulsen la droga.

—La policía nos llevó a los que estábamos allí a una sala del hospital para que veamos a un hombre que se estaba muriendo porque se le habían reventado (las cápsulas) en su estómago.

—Quería —continúa relatando Elena— que veamos las consecuencias de lo que habíamos hecho. Nos decía que, si a nosotros no nos importaba nuestra vida, a ellos sí.

A su vuelta al Chapare, Elena hizo algo que no sabe explicar bien por qué. Fue a buscar al hombre que la metió en el lío. Quería que le reconociera, en dinero, el tiempo que estuvo encarcelada, pero no encontró nada más que la noticia de su desaparición desde ya hace tres meses.

PREMIO CATEGORÍA CRÓNICA O PERFIL

NO ES PAÍS PARA VIEJOS: EL PACTO SUICIDA DE JORGE Y ELSA



Ivonne Toro

18 de julio

Reportajes, La Tercera

“Cuando ya no la pueda cuidar, será hora de que partamos los dos”, recuerdan que dijo Jorge Olivares, de 84 años, tiempo antes de que tomara una escopeta y le disparara en la sien a su esposa Elsa Ayala, de 89, y luego se quitara la vida a mediados de 2018. El caso dio cuenta de un fenómeno extendido: la tasa más alta de suicidios en nuestro país se da en la tercera edad, en los mayores de 80. Según una especialista citada en este reportaje, esto ocurre porque la mayor preocupación de los adultos mayores no es la muerte, sino las condiciones de precariedad y desamparo en que viven sus últimos años. De esto se hace cargo la crónica de Ivonne Toro, de “un tema contingente que aquí se transforma en algo que va mucho más allá de lo policial”, señaló el jurado, que destacó esta pieza como la mejor de la categoría Crónica. Además, el jurado concedió este premio por lo completo de la investigación realizada en una semana de reporteo: “periodismo narrativo de calidad, con los plazos del día a día”.

Jorge Olivares Castro (84) tomó su revolver Smith and Wesson calibre 38 y apuntó en la sien izquierda de quien fue su esposa durante 55 años. Apretó el gatillo. Elsa Ayala Castro (89) quedó tendida sobre su cama, agonizante. Segundos después, Jorge disparó nuevamente su arma y se suicidó.

16:15 horas. Pedro Rodríguez Noreña (57), a metros del lugar, escuchó ese sábado 21 de julio dos estallidos casi simultáneos y revisó la aspiradora con que limpia autos en el taller Pericles. Pensó que la máquina había tenido un desperfecto y siguió con su trabajo.

Poco después, observó movimiento en la casa colindante, en Teniente Mery 2030, en Conchalí, y vio llegar ambulancias. No le llamó la atención: sus vecinos, cada cierto tiempo, eran atendidos a domicilio por personal del Centro de Salud Familiar Lucas Sierra.

Solo abandonó su rutina cuando vehículos de Carabineros se instalaron en la cuadra. Entonces, cuenta, dejó de limpiar el Hyundai Accent que lo tenía ensimismado y entendió que lo que había oído era el fin de una historia.

—Eso fue por amor —sentencia.



Se conocieron cerca del Hipódromo a fines de los 50. Él era taxista y ella trabajaba de asesora del hogar. En 1963 se casaron y arrendaron una casa a pasos de Avenida Independencia. Luego compraron una vivienda en el mismo barrio que poco a poco se fue colmando de talleres de reparación de vehículos.

En medio de la modernización, el hogar de Jorge y Elsa mantuvo el estilo de antaño. Las paredes fueron pintadas de un amarillo mostaza y en el patio interno colgaron campanas de viento y plantaron cardenales.

No tuvieron hijos. Elsa a veces rememoraba una gestación fallida y hablaba de su “niño muerto”, pero no daba detalles de lo que ocurrió. Jorge nunca tocó el tema. Lo que sí tenían era sobrinos, muchos. Pero solo uno de ellos, Alan Sanhueza Ayala (54), los visitaba con cierta regularidad.

La ausencia de familiares les pesaba. A veces, Elsa le preguntaba a Jorge si la había llamado alguien. Él le mentía: “Sí, mi amor, pero estabas durmiendo y no quise despertarte”.

Estaban solos. Viejos. Adoloridos. Cansados.

Elsa llevaba más de dos años postrada. Padecía un cáncer de colon ramificado y úlceras varicosas en las piernas. Había iniciado, además, la primera etapa de demencia senil y desde hacía unos meses usaba pañales. Jorge enfrentaba una hernia lumbar que lo mantenía encorvado y estaba aquejado de una neumonía que se prolongaba ya por semanas.

Los últimos meses, la situación se había tornado cada vez más compleja. Elsa sufría ataques de dolor que los calmantes recetados no atenuaban y Jorge casi no dormía en las noches atendiendo a su mujer.

Para ese fin de semana, su sobrino Alan había definido que ella fuera internada en un asilo. Se cotizó en dos lugares: Puente del Arcoíris, de calle Gamero, y Los Ángeles, cerca del lugar donde Jorge y Elsa se enamoraron. Si sumaban las pensiones de ambos, había calculado Jorge, podría pagar la residencia de su compañera que bordeaba los \$ 500 mil mensuales. Él, mientras tanto, buscaría una forma de vender la casa y de sustentar sus propios gastos. El traslado se programó para el día viernes, pero Jorge pidió tiempo. Un día más para arreglar una maleta.

El viaje de Elsa nunca se concretó.

—Yo creo que mi tío no quiso que lo separaran de su mujer y por eso hizo lo que hizo —reflexiona Alan.



En Chile, los adultos mayores son el grupo etario que más se suicida.

Una investigación realizada en 2017 por la psicóloga Ana Paula Vieira, del Centro UC de Estudios de Vejez y Envejecimiento, consigna que la tasa es de 13,6 casos por cada 100 mil habitantes —la más alta del continente—, y entre quienes toman la determinación de partir predominan los mayores de 80 años.

La decisión, en el 88% de los casos, la adoptan hombres y son altamente efectivos: uno de cada cuatro intentos de suicidio termina en una muerte. En los jóvenes, solo uno de cada 200.

Pese a lo asombroso de las cifras, aún no hay un análisis sobre por qué los ancianos se quitan la vida. Pero en su trabajo clínico, la experta ha detectado factores comunes: la desesperanza, la soledad, sentirse una carga, no valerse por sí mismos. Vieira lo define así:

—El mayor miedo de los adultos mayores no es morir, ellos saben que eso es una circunstancia. Les tienen miedo a otras cosas: perder su identidad, ser invisibles, no ser escuchados, tener una vida poco digna.



Denisse Gallardo Rojas (33) no notó nada extraño la mañana en que Jorge y Elsa tenían planificado morir.

La paramédica los conocía desde agosto del año 2017, cuando acudió con un equipo del Cesfam de Conchalí a ayudar a Elsa, en el marco del Programa Postrados. En esa primera visita, le impactó la claridad de Jorge sobre su destino y el de su esposa. “Cuando ya no la pueda cuidar, será hora de que partamos los dos”, comentó él en aquella ocasión.

Denisse se hizo cargo de las asistencias clínicas a la pareja, pero fue más allá: se convirtió en el principal soporte de los ancianos. Les dio su número de teléfono particular y acudió a cada llamada que le hizo Jorge:

—Mi niña, no puedo mudar a mi vieja, ¿puede venir?

—Denissita, mi vieja necesita curaciones, ¿se las puede hacer?

—Nos faltan cosas de supermercado, ¿podría comprar?

Denisse recorría veloz las cuadras que separan su casa de la de los tatas y llegaba dispuesta a colaborar. Tenía su propia llave de ingreso. Elsa la recibía contenta, pero siempre le hacía la misma advertencia: “No detenga su vida por un par de viejos”.

Con Denisse, la pareja conversaba. Le mostraban fotos de décadas atrás donde figuraban los dos sonrientes en la playa; le contaban que él fue taxista y luego chofer en PricewaterhouseCoopers; le decían que debieron vender el auto de Jorge por una estrechez económica; le ofrecían disculpas por ser “un cacho”, y le recordaban que ya habían vivido lo suficiente, tanto así que en 2002 ya habían hecho los trámites para la cremación de ambos en el Cementerio General. “No vamos a seguir molestando después de muertos”, repetía Elsa.

Denisse se empeñaba en traerlos a la vida. Los ayudó a conseguir una asesora que les hiciera comida y aseo un par de días a la semana, coordinó con una vecina para que les comprara el pan diariamente, pasó las Fiestas Patrias con ellos y en Navidad determinó que la oscura casa de los tatas necesitaba un árbol con luces y una cena de celebración. Jorge aceptó a regañadientes los adornos navideños y concordaron en hacer un almuerzo. Denisse compró y preparó todo y llegó con sus cuatro hijas.

Hubo risas, anécdotas, regalos. Denisse prometió llevarlos a la playa y entonces Jorge se emocionó.

—Hija, siga con sus cosas, no puede pasar pendiente de nosotros.

La mañana del suicidio, Jorge la llamó muy temprano y le pidió que fuera a desayunar con ellos. Denisse fue, como siempre. Jorge le

habló de lo que cotidianamente conversaban: las alegrías antiguas, los dolores presentes, el ritual ya establecido si él o Elsa morían.

A la una de la tarde, Alan, el sobrino de la pareja, fue a almorzar con ellos y después fue a ver a su mamá, la hermana de Elsa que vive en una comuna cercana. Retornó a la casa de sus tíos cerca de las 17 horas. Desde allí llamó a Denisse. Le dijo, con la voz entrecortada, que la abuela se había caído, que la necesitaba. No era exactamente lo que había ocurrido.

Denisse concurre con su hija mayor y entraron directamente al dormitorio. Vieron un charco de sangre. Elsa sobre la cama, aún respirando; Jorge en el suelo, ya muerto.

Denisse contuvo a su hija y ayudó a Alan a intentar frenar la hemorragia de Elsa. Cuando la ambulancia se llevó a la anciana al Hospital San José, donde falleció, Alan le contó lo que Jorge le había pedido horas antes: que los cremaran, que no hubiera ni misa ni funeral.

“Me gustaría que nuestras cenizas quedaran en los cerros de Colina”, le había dicho Jorge a su sobrino hace un tiempo.



La primera regla, dice Nicolás Orellana Mardones (25), es no involucrarse. Como enfermero recién titulado, Nicolás ya tiene certeza de que se trata de un dogma que no podrá cumplir.

El joven hizo su práctica en 2017 en el Cesfam Lucas Sierra y allí conoció a Denisse y, en su primera salida a terreno, a Jorge y Elsa.

Le remeció, asegura, la ternura con que se trataban y la soledad de aquel caserón poco iluminado y frío. No había miseria, recalca. Había suficiente comida, pañales, el lugar era limpio y hasta cómodo. Lo que faltaba, cree, era una razón para seguir.

—Me duele lo que pasó, porque la vida no es injusta. El ser humano es injusto. Llegar a una situación así, estar abandonados. Por un acto de amor, por no separarse, hicieron esto —cuenta Nicolás.

El joven se comprometió con la pareja y durante los tres meses que estuvo en el Cesfam dividió sus tardes poslaborales entre su abuela biológica, que vive en Recoleta, y los tatas que había adoptado.

Cuando terminó su internado, siguió visitándolos. Cuando cumplió 25 años, compró globos y una torta y decidió festejar con ellos.

Dos semanas antes del suicidio, fue a tomar té con el matrimonio. Vio a Jorge cansado y a Elsa aún más deteriorada. A él le pesaba hacerse cargo de su esposa y no tener la energía de antaño. El cheque de su pensión debía acudir a buscarlo a calle Bandera, en el centro de Santiago, y ya no tenía fuerza, se quejaba, para seguir el ritmo de la gente. Las personas a su alrededor parecían despreciar su paso lento. Estaba harto de dar lástima.

La conversación fue premonitoria. Elsa reafirmó en la sobremedida la decisión de irse juntos “cuando llegara el momento”.

Durante aquella tarde, Nicolás puso música en su teléfono. Boleros y tangos. Y aunque Jorge era fanático de Antonio Ríos, les insistió en que escucharan las canciones de Silvio Rodríguez.

Recordó que un día, haciendo aseo con Denisse, había encontrado el arma de Jorge en un velador y tuvo el instinto de entrar al dormitorio y esconderla. No lo hizo: Jorge siempre le advirtió que un matrimonio de viejos necesitaba tener algo a mano para defenderse. En realidad, no se sintió con derecho a quitarles su puerta de salida.

En el parte policial sobre el crimen se consigna que no hubo signos de violencia ni la intervención de terceros. En rigor, se trató de una decisión consciente y meditada.

“La cobardía es asunto de los hombres, no de los amantes”, tararea Nicolás.

Dice que se acordó de esa frase de “Óleo de mujer con sombrero”, una canción –justamente– de Silvio Rodríguez, cuando Denisse lo llamó y le contó lo que había ocurrido el sábado 21 de julio, cuando Jorge Olivares Castro (84) tomó su revólver y apuntó en la sien izquierda de quien fue su esposa durante 55 años.

PREMIO CATEGORÍA ENTREVISTA

EL MAPA DE LOS RECUERDOS DE AUGUSTO GÓNGORA



Estela Cabezas

4 de agosto

Sábado, El Mercurio

“Un pueblo sin memoria es un pueblo sin futuro”. Así reza el lema del memorial en la galería norte del Estadio Nacional que recuerda a las víctimas de la dictadura que pasaron por ese lugar. Y uno que conoció de cerca los horrores de ese régimen fue el periodista Augusto Góngora. Primero como editor de *Solidaridad*, revista de la Vicaría de la Solidaridad, y luego como uno de los responsables del noticiero *Teleanálisis*, que hizo frente a la censura de la época con reportajes y notas que retrataban el clima y los acontecimientos de los años 80 en Chile. Pero hoy es poco lo que recuerda el periodista de aquella experiencia: Góngora, de 67 años, padece alzhéimer, y pese a las dificultades de su condición, Estela Cabezas construyó en esta entrevista una historia honesta y emotiva, “con un tono respetuoso y cercano, que resalta la dignidad de quien sufre alzhéimer”, argumentó el jurado. La periodista recurrió a los recuerdos de los cercanos a Góngora, como su pareja, la actriz Paulina Urrutia, y sus amigos. Una entrevista coral, “que integró elementos de perfil y crónica”, explicó el jurado, y “que rescata una historia de relevancia pública”: en la Corporación Alzheimer Chile se estima que en nuestro país, 200 mil personas padecen esta enfermedad.

—¿Augusto, te acuerdas cuando nos conocimos?

Augusto Góngora, periodista, 66 años, uno de los responsables de *Teleanálisis*, el recordado noticiero clandestino de los años 80, creador de la productora Nueva Imagen y por veinte años a cargo de los programas culturales de *TVN*, fija lentamente sus ojos azules en su esposa, la actriz Paulina Urrutia, y dice:

—Es que nos conocimos de muchas maneras.

Luego, se larga a reír.

—¿Ves?, no se acuerda, pero en vez de decir “no sé”, tira la pelota al córner. Eso se llama recursos y es lo que él más ha desarrollado en estos últimos cuatro años —dice Paulina Urrutia.

—Aprendí a pasar piola —explica él.



Paulina Urrutia y Augusto Góngora se conocieron en septiembre de 1997. Ella acababa de terminar una relación de siete años y él una de las tantas que había tenido después de su separación. Él fue a verla al teatro y quedó encantado. Más tarde se consiguió su teléfono para invitarla a salir.

—¿Qué iba a hacer yo con este caballero 17 años mayor? —dice Paulina Urrutia, recordando esa llamada que le pareció tan rara—. Para mí era como que me estuviera invitando a salir Sergio Livingsstone. Pero era tan canchero y seguro, que dije ¿por qué no?

Tres meses después, el 25 de diciembre, al salir del cine, él le dio el primer beso y le pidió pololeo. A ella, niña educada en las monjas, su forma de ser caballerosa la conquistó.

—Él siempre ha hecho todo —dice.

Es un domingo de julio y Paulina Urrutia está sentada en la terraza de un café de Ñuñoa. Augusto Góngora, a su lado, la escucha atento. A veces la interrumpe, otras, guarda largos silencios. Ella pide los cafés de ambos y, cuando llegan, abre el azucarero y le echa dos cucharadas a la taza de él y una a la de ella. Luego, toma una manta y la deja sobre las piernas de él.

—Siempre fue olvidadizo, nunca sabía dónde dejaba las llaves —dice Paulina Urrutia—. Eso no fue un problema hasta fines de 2014, cuando empezó a pasar más seguido.

Ese año Góngora hacía clases en un magíster de la Universidad Finis Terrae. Iba tres noches a la semana. Una de ellas, regresó a su casa con un topón en el auto y no se acordaba de cómo eso había pasado. Otra vez salió de clases y, simplemente, olvidó donde había dejado estacionado su auto. Paulina empezó a prestarle atención. La alarma saltó cuando, en el cumpleaños de uno de sus amigos, mientras le cantaban al festejado, él le preguntó: “¿Quién está de cumpleaños?”.

—Una tía mía, la Galita, tuvo alzhéimer y yo participo en la Corporación de Enfermos con Alzhéimer. Entonces, me di cuenta de que nada de esto era normal —dice la actriz.

Fueron al doctor y, tras unos exámenes, el diagnóstico fue lapidario: trastorno cognitivo leve de tipo amnésico.

—Pucha, el nombre largo —dice él con humor—. Lo que yo tengo es alzhéimer.

—Augusto, ¿no le complica decir que tiene alzhéimer?

—Ahora, no. Cuando llego a alguna parte lo primero que digo es que tengo algunas dificultades, porque tengo alzhéimer.



El padre de Augusto Góngora era empleado bancario y su madre inspectora de colegio “y muy católica”, recuerda su hijo. Ella siempre tuvo la secreta esperanza de que él terminaría siendo cura.

—Pero yo nica —dice Augusto, moviendo lentamente el dedo índice de izquierda a derecha.

No fue cura, pero sí se relacionó con el mundo eclesiástico. Fue cercano a Cristián Precht, el sacerdote que organizó la Vicaría de la Solidaridad y trabajó con el cardenal Raúl Silva Henríquez, cuando empezó —con 23 años— a editar la revista *Solidaridad*, una publicación que entre 1976 y 1988 expuso las violaciones a los derechos humanos de la dictadura.

—Estaban pasando cosas horribles y dijimos: “Hagamos algo” —recuerda él.

—¿Augusto, te acuerdas lo que te dijo el cardenal Silva Henríquez cuando le mostraste la revista por primera vez? —pregunta Paulina.

—A ver... tenía que ir para su casa y mostrarle la revista. Entonces me dijo: “Hay que hacerlo con cuidado” —responde él.

—¿Y te dijo algo más?

—Me dijo: “Siga, siga, pero tenga mucho cuidado”. Después agregó: “¿Tomémonos una cosita?” —dice riendo.

En 1984, Góngora comenzó a editar *Teleanálisis*. El encargado de este nuevo noticiero era el periodista Fernando Paulsen, quien lo invitó a trabajar ahí.

—Augusto comenzó organizando, pero además comenzó a aparecer presentando las notas que hacíamos en las poblaciones. Se transformó en el rostro de *Teleanálisis* —recuerda Paulsen.

Cada capítulo se grababa en VHS y luego esos casetes se distribuían en parroquias y sindicatos con un solo mandato: “Piratéelo y siga distribuyéndolo para que lo vea más y más gente”, recuerda Paulsen.

Con el tiempo, el trabajo de *Teleanálisis* se hizo cada vez más valorado.

En 1986, Góngora se transformó en el director del noticiero y comenzó a encargarse de conseguir los recursos para su permanencia. Tuvo éxito. En 1989 ya era una empresa pujante, pero se produjo la separación.

—No llegaron a acuerdo con los dueños y él, que es un líder muy fuerte, se fue y armó su propia productora: Nueva Imagen —recuerda Paulsen.

Con Nueva Imagen Góngora realizó programas icónicos tras el retorno a la democracia, como *Cine Video* o *El show de los libros*. En 1993, en tanto, llegó a *TVN* para hacerse cargo del área cultural: ahí estuvo 20 años, hasta 2010 cuando lo despidieron.

—En *TVN* fue donde estuvo más tiempo. Hoy lo que más recuerda del canal es su partida —dice Paulina.

—Fue bien terrible. Estábamos con la directora de programación en una reunión, cuando de repente me mira y me dice: “¡Góngora, fuera!”. Así fue como salí de *TVN* —recuerda el periodista.

—No fue tan así —dice Paulina en voz baja—. Pasa que con esta enfermedad, los recuerdos pueden cambiar. Tal vez eso es lo que él sintió que pasó, pero no necesariamente fue así.

Góngora estuvo dos años cesante. “Fue una época en la que nos faltó todo”, dice él. “Fue un tiempo para olvidar”, dice ella, que también quedó sin trabajo.



Luego de la salida de *TVN* decidió reinventarse. Era 2011 y, con 59 años, entró a estudiar a la escuela de coaching Newfield. No fue fácil: todo era nuevo. Se esforzó por aprender. Estuvo un año estudiando sin ganar ni un peso. Al año siguiente se quedó trabajando como ayudante en la misma empresa. Tampoco le pagaban por ese rol.

Finalmente, en 2013 lo contrataron en Newfield jornada completa. A mediados de 2015, les contó a sus jefes de su enfermedad.

—Estábamos trabajando juntos y yo me empecé a dar cuenta de algunas cosas. Por ejemplo, se le olvidaba qué persona estaba a cargo de qué proyecto. Decidí hablar con él, pero justo ese día, él me lo contó —dice Cristián Manríquez, amigo y exjefe en Newfield.

Durante ese año recuerda que Augusto Góngora se comenzó a quedar en silencio en las reuniones. Tenía temor a cometer errores y decir cosas inapropiadas. A pasar por tonto, dice Manríquez.

Casi a finales de 2015, acordaron la forma de salir de Newfield juntos.

—Él salió antes de que se lo pidieran, y de que pudiera perjudicar a alguien —dice Cristián Manríquez.



—Lloré y lloré. El día que me dijeron que tenía esta enfermedad, salí de la consulta y lo único que hice fue llorar —dice Augusto Góngora.

El periodista viste hoy un pantalón negro, un suéter rojo y una chaqueta negra. Cuando se levanta, con su 1,73 de estatura, se ve como un hombre bien mantenido, para nada enfermo.

—Hago Pilates tres veces a la semana —dice Góngora.

Ella, con su pelo con canas, ojos brillantes y sonrisa expresiva, dice:

—En Chile este tema es súper complejo, porque cuando a una persona la diagnostican, es como que le ponen una lápida. Augusto al principio tenía muchos pudores, sentía que lo iban a mirar mal. Tenía mucha pena por no poder trabajar. Y eso le provocaba mucha angustia. Al principio, no quiso hablar con nadie, ni siquiera con sus hijos —dice Paulina Urrutia.

Augusto tiene dos hijos, Javiera y Cristóbal, de 40 y 38 años, que son muy cercanos a él: años después de la separación de él con la madre, Patricia Naut, los hijos eligieron vivir con él en su casa en La Reina. Ocurrió cuando Javiera tenía 12 y Cristóbal 10. Se quedaron con él muchos años: Javiera hasta los 19 y su hermano hasta los 28.

Ambos recuerdan cómo fue que se enteraron de que su padre tenía alzhéimer:

—Fue todo raro, porque la Paulina nos citó sin mi papá. Eso no pasaba nunca. Bueno, y ahí nos contó —recuerda Javiera.

—Nadie se espera que te den una noticia tan mala como esa. Fue como que se abriera un hoyo debajo de los pies —dice Cristóbal.

Después de esa conversación con Paulina recuerdan que se quedaron casi mudos por varias semanas. Si tratan de recordar ese día, la imagen está borrosa. Una nube envuelve todo.

Sentado en el café, Augusto Góngora mira hacia la calle. Disfruta viendo a la gente pasar, el paisaje, la luz, las flores, la cordillera.

—Lo que sucede con el cerebro en esta enfermedad es que hay cosas que se van perdiendo, pero hay otras que se agudizan —explica Paulina—. A él hoy le pasa algo con los colores, le maravillan.

Las pérdidas producto de la enfermedad han sido muchas.

—El alzhéimer es una enfermedad degenerativa progresiva, por lo que cada cierto tiempo, que suele ser corto, alguna función se pierde. Por ejemplo, hasta hace algunos meses él aún andaba solo en micro. Hoy ya no puede —dice Andrea Slachevsky, su neuróloga.

—Cada día notas que algo que hasta ayer estaba, hoy ya no está —dice Paulina—. La tarea que nos hemos puesto es muy bonita: no es una tarea ansiosa, para que logre cosas o recupere lo que ya perdió, es simplemente para que aquello que va a perder, lo pierda lo más lento posible. Es importante quitar la ansiedad porque, si no, uno vive en el sufrimiento.

Paulina cuenta que un día encontró a Augusto llorando en su pieza. “Le pregunté qué le pasaba. Se demoró en contestarme, pero cuando ya pudo hablar me dijo: ‘No puedo leer’”.

Un médico les explicó que sus ojos habían perdido una función que es la que permite mover el ojo de manera imperceptible y seguir las letras. Antes de que esto ocurriera, él solía leer tres libros a la semana.

—Pero igual él tiene la pulsión. A veces vamos por la calle y lee “Eliodoro Yáñez” y entonces dice “hue... cuico” —cuenta Paulina.

—Eso, y también digo “qué habrá hecho este hue... para tener calle” —dice Augusto, y los dos se ríen a carcajadas.

Hace casi un mes él se perdió. No fue la primera vez. Estaba en la Biblioteca Nacional con su terapeuta ocupacional, la persona que lo acompaña a pasear por Santiago, cuando, de pronto, en el momento en que su acompañante había ido al baño, decidió que quería ir a buscar a Paulina, que estaba ensayando a solo unas cuadras de ahí, en el Teatro Nacional. Y partió.

—¿No le dio susto perderse?

—No —responde Augusto—, ¿sabes por qué? Porque me acostumbré a pedir ayuda: “Oye, ¿por dónde me tengo que ir para llegar a tal parte?”. Es que no tengo miedo, ese es el punto. Ya que tengo alzhéimer todo lo demás está abierto. Puedo equivocarme, puedo pararme y conversar en la calle. Vamos para adelante.



En agosto de 2016 Augusto Góngora volvió a *TVN*, pero esta vez para formar parte del directorio del canal. La presidenta Michelle Bachelet envió su nombre junto a tres directores más. Todos fueron aprobados por el Congreso.

Le habían detectado la enfermedad dos años antes. Aceptar el ofrecimiento era un riesgo.

—Nadie sabía de su enfermedad y estaba muy incipiente —dice Paulina Urrutia—, pero si tú me hubieras preguntado a mí, yo habría dicho que no, por miedo. Pero fue conversando con él que dijo: “Si la vida es justa, con esto él va a poder volver a *TVN* en dignidad”.

Casi un año después, en abril de 2017, renunció al directorio por motivos de salud. Una semana antes de renunciar, llegó a la reunión del directorio que se realiza los jueves en el canal y se instaló a

conversar en una oficina que no era el lugar donde se haría la sesión. Cuando pasó el rato, se molestó y se fue.

—Parece que pensó que se había hecho en otro lugar y que no le habíamos avisado. Pero sí lo habíamos hecho —dice Ricardo Solari, presidente del directorio de *TVN* de esa época.

Luego de que se esclareciera la confusión, él decidió renunciar.

—La decisión de irse de *TVN* la armó toda él —dice Paulina—. Yo no hice nada. Lo primero que me dijo fue: “He tomado una decisión y quiero que los primeros que lo sepan sean mis hijos”. Se juntó con ellos; y luego con Ricardo Solari.

Él le pidió que se lo contara él al resto de los directores.

—Se dio una conversación maravillosa —recuerda Solari—, en la que cada uno contó su experiencia con el tema, varios habían tenido papás o parientes con alzhéimer o enfermedades graves. Algunos le dijeron que continuara, que eso le iba a hacer bien, otros dijeron que mejor se concentrara en él. Pero él ya tenía tomada la decisión.

Paulina y Augusto han visitado médicos tradicionales y alternativos. Han hecho terapias con imanes, probado con Reiki y flores de Bach. Desde hace dos meses, además de la terapeuta ocupacional, tiene sesiones de estimulación cognitiva. En esas sesiones hace puzzles y sudokus, y recorre la ciudad siguiendo el mapa de sus recuerdos: el cerro San Cristóbal, las casas donde vivió cuando era pequeño y el Museo de la Memoria.

—Fuimos a mi casa en Ejército 3-4-0 —dice Augusto mirando hacia el techo.

—Augusto ¿esa era casa o departamento? —pregunta Paulina.

—Era departamento, segundo piso —le responde él.

—Seco, seco —dice ella.

—Se acuerda de todo usted.

Augusto Góngora se ríe satisfecho.

—Y eso que tengo alzhéimer. Leve, pero tengo.



Paulina Urrutia y Augusto Góngora se casaron el 17 de junio de 2016. Fue una ceremonia sencilla: solo participó la familia.

Paulina Urrutia dice que con Augusto son un equipo. Casi todos los días él la acompaña al teatro, donde estuvo montando la obra *La iguana de Alessandra*. Estaban juntos en el camarín y él compartía con el resto del elenco. Cuando comenzaban a ensayar, como una especie de ritual, Góngora siempre se instalaba en una butaca marcada con la letra G.

—¿La acompaña porque no puedes quedarse en la casa, solo?

—No, yo podría decirle a mi hija que me acompañara. Pero a mí me gusta ir para allá, porque sé qué va a pasar porque lo he visto muchas veces, pero siempre hay algo nuevo. También me gusta hablar con todos.

Hace lo mismo cuando a Paulina le toca grabar una teleserie en *TVN*.

Esto, según su neuróloga, es fundamental para mantener el alzhéimer lo más a raya posible.

—La otra vez estaba en un seminario con mujeres líderes —cuenta Paulina—. Yo llegué con Augusto, lo presenté y les dije que él tenía algunas dificultades, entonces él contó que tenía esta enfermedad. Había ahí una doctora experta en alzhéimer. En la mitad de mi presentación, Augusto, que estaba sentado con el público, levantó la mano: quería decir algo. Yo le dije que no, que no podía decir nada, porque no era el momento y, además, era hombre. Él alegó que no lo dejaban hablar. Todas rieron.

Al terminar la charla, la doctora se le acercó a Paulina y le dijo que le maravillaba la forma en que lo trataba y cómo lo tenía integrado a su vida. Le explicó que esa no es la norma. Que la gente tiende a esconder a sus familiares que tienen esta enfermedad y que los tratan como “enfermitos”.

—No es primera vez que me dicen que yo no lo trato como enfermito. Y, claro, que no. De hecho, él toma muchas decisiones, resuelve muchas cosas, pero no es algo pensado, es algo natural entre nosotros.

La doctora le dijo a Paulina que está segura que los diagnósticos que se tienen del alzhéimer, de que la gente se aísla, es simplemente por el trato que han recibido.

—A Augusto no lo tengo escondido y no se aísla. No es invisible en nuestras vidas y él no se siente así. Quiere estar.

Augusto Góngora la mira con atención y luego dice:

—Sí, porque mira, este soy yo ahora. Tengo dificultades, pero aquí estoy.

—Lo único que pido es que se demore lo más posible y poder aprovecharlo al máximo —dice Paulina Urrutia—. Por mientras, nosotros gozamos, salimos a comer, nos tomamos nuestro pisco sour.

Augusto Góngora se para y aleja para fumar un cigarro. Entonces la actriz dice:

—Ese hombre me hace más feliz que cualquier cosa, para mí no hay otro panorama mejor que estar con él. Él siempre me impulsa. Yo, por ejemplo, soy una persona muy miedosa, me asusto con todo y él me quita los miedos, toda la vida ha sido así. Esas canas, esa energía, es todo lo que no soy.

Paulina Urrutia se emociona.

—Él no ha dejado de ser valioso, aunque no se acuerde de nada. Y probablemente no lo deje de ser nunca. He pensado mucho en eso, en que el drama que viven los enfermos de alzhéimer, es que la gente los deja de ir a ver porque dicen “para qué, si no se va a acordar de mí”. Lo que aprendí con la Galita, mi tía, es que daba lo mismo la historia de ella. Era lo que yo me acordaba de ella. La historia está en mí. Yo a ella la amé como ser humano por todo lo que viví con ella. Y pienso lo mismo con Augusto. He aprendido que mientras no lo olvide a él, lo voy a tener, y amarlo será mi recuerdo.

Augusto Góngora vuelve a la mesa y se sienta. Ella vuelve a cubrirle las piernas con la manta.

—A mí, lo que me da terror es que Augusto se olvidé de mí. Ese es mi miedo.

Augusto Góngora la mira sorprendido y luego dice:

—¿Quién eres tú?

Ambos se largan a reír.

PREMIO CATEGORÍA OPINIÓN

EL LICEO Y EL RETÉN



Daniel Matamala

18 de noviembre

La Tercera

En abril de 2016 dos periodistas de *The Clinic* contaron la historia del Liceo Politécnico de Pailahueque, en la comunidad de Ercilla, Región de la Araucanía. Un colegio que acogía a niños y jóvenes mapuches de la zona, y que cerca de tres años después de verse forzado a cerrar por falta de recursos, fue convertido en prefectura de Fuerzas Especiales de Carabineros. En esa época se habló de la “militarización” de la zona; sin embargo, no fue hasta la tarde del 14 de noviembre de 2018, cuando el disparo de un carabinero mató a Camilo Catrillanca, que se pudo aquilatar qué significaba aquella transformación: “El lugar en que alguna vez estudió Camilo Catrillanca”, escribió el periodista Daniel Matamala, “terminó convertido en la base desde la cual se lanzó el operativo que terminó con su vida”. En el breve espacio de una columna dominical, Matamala encontró la analogía precisa para hablar de la relación del Estado chileno con los mapuches. A decir del jurado, que le concedió el premio de la categoría Opinión, se trata de una columna “muy bien escrita y argumentada”, que “condensa datos duros en un espacio acotado”.

En los primeros años de la República, era común en las provincias decir “voy a Chile” cuando se viajaba a Santiago. El Estado chileno tenía una presencia muy débil más allá de Santiago, y era visto como una estructura lejana y ajena a las realidades locales, donde la autoridad en muchas partes seguía siendo el latifundista.

Pero poco a poco, el Estado fue extendiendo sus brazos, con dos instituciones que se volvieron fundamentales en el siglo XX: el liceo y el retén. El liceo era la promesa de instrucción y progreso. El retén, de seguridad y control. Ambos, junto al servicio militar y la creciente burocracia oficial, fueron cruciales para cimentar la unidad cultural del país y la legitimidad del Estado como autoridad efectiva.

Este proceso, relativamente indoloro en gran parte de Chile, fue, en cambio, traumático en La Araucanía. La invasión de las tierras mapuches durante la “pacificación” fue de la mano con la necesidad de colonizar culturalmente: educación occidental, lengua castellana y, por cierto, represión policial y militar.

Figura clave fue Hernán Trizano, el organizador del Cuerpo de Gendarmes de las Colonias, antecedente directo de Carabineros de Chile. Garante del orden contra el bandidaje según la historia oficial, cruel y despiadado en la memoria mapuche. En 2002, su nombre fue reivindicado por grupos extremos que amenazaban con crear una fuerza paramilitar antimapuche.

El liceo y el retén son también una manera de contar la vida y muerte de Camilo Catrillanca, el joven ultimado de un disparo en la nuca durante un operativo del Comando Jungla de Carabineros.

Camilo fue alumno y dirigente estudiantil en el Liceo Politécnico de Pailahueque. Este era un prometedor proyecto educativo, financiado por Luxemburgo, el País Vasco y empresarios locales, para brindar carreras profesionales en un entorno de educación multicultural. El 80% de los estudiantes era mapuche, provenientes de las empobrecidas áreas rurales de Victoria y Ercilla, precisamente donde se ubica la comunidad de Temucuicui, en la que vivió y murió Catrillanca.

Pero en 2013, el sostenedor anunció el cierre del liceo, en medio de una crisis financiera por malos manejos. Los apoderados se movilizaron para pedir que el Ministerio de Educación se hiciera cargo del colegio. No hubo respuesta. Desde Santiago se miraba con suspicacia la supuesta influencia del grupo rebelde Coordinadora Arauco Malleco en la comunidad educativa. Ante la completa indiferencia del Estado, el Liceo Politécnico de Pailahueque cerró sus puertas.

182 alumnos perdieron su colegio. “Somos una comuna pobre y hubo familias que no pudieron costear el enviar a sus hijos a otros lados. Yo vi muchos compañeros de mi hijo vendiendo verduras con sus padres en la feria, lo único que les quedó como alternativa: ponerse a trabajar”, dice en una crónica de Pedro Cayuqueo sobre este tema la exapoderada Gloria Quiñelén, última presidenta del Centro de Padres.

El Estado no daría liceo. Pero sí daría retén.

El edificio fue adquirido por el Estado, pintado de verde y blanco y hoy es la Segunda Comisaría de Fuerzas Especiales, centro de operaciones del GOPE y la Sección Aérea de Carabineros en la zona. El edificio del antiguo Liceo Politécnico y su internado, a un costado de la Ruta 5 Sur, ahora es custodiado por alambradas y guardias fuertemente armados. Un letrero advierte de la prohibición de fotografiar las instalaciones.

Al otro lado de las rejas, el llamado Comando Jungla, las tanquetas y los helicópteros, ocupan el espacio que antes tuvieron las pizarras, los pupitres y los talleres.

El lugar en que alguna vez estudió Camilo Catrillanca terminó convertido en la base desde la cual se lanzó el operativo que terminó con su vida.

Los seres humanos entendemos la realidad a través de relatos.

Y el relato que el Estado de Chile ofrece a los jóvenes de Ercilla en Pailahueque, al trocar el liceo en retén, tiene una moraleja demasiado poderosa.

PREMIO PERIODISMO DE EXCELENCIA UNIVERSITARIO

SALUD PÚBLICA EN VIGILIA: LA SOBREEXPLOTACIÓN DE LOS MÉDICOS EN FORMACIÓN



Maite Pizarro y Cristóbal Baeza
Universidad Diego Portales

En su décima versión, el Premio Periodismo de Excelencia Universitario concedió el primer lugar a un reportaje de investigación realizado por dos alumnos de la Universidad Diego Portales, que da cuenta del controvertido papel que cumplen los médicos en formación en el sistema de salud público chileno. Las integrantes del jurado del PPE Universitario –Paula Molina, Lorena Penjean y Andrea Arístegui– consignaron que el reportaje reveló “un aspecto poco abordado del sistema de salud: la sobreexplotación de médicos y médicas en formación, en una lógica de precarización laboral, con los riesgos que esto representa tanto para ellos como para los pacientes”. Destacaron, también, su “originalidad, rigor periodístico y variedad de fuentes”.

Son las 15:30 horas y en uno de los pabellones de un hospital de la zona sur de Santiago el equipo médico está en medio de una cirugía de extracción de vesícula. En la sala hay cinco personas dispuestas alrededor del paciente: un médico cirujano, un técnico anestesta, una enfermera y un pabellonero. Además, se encuentra presente Roberto (31), becado de tercer año de cirugía, quien se desempeña como ayudante del procedimiento quirúrgico. Con su mano derecha sostiene y mueve el laparoscopio, un tubo con iluminación que le permite al cirujano ver el interior del abdomen del paciente.

—¡Roberto, despierta! ¡Te quedaste dormido! Alumbra bien la vesícula, no veo nada —le reprocha el cirujano a cargo de la operación al becado.

—Perdón doctor —le responde Roberto mientras se esfuerza por mantener sus ojos abiertos.

El brusco movimiento del laparoscopio delata al becado nuevamente. El diálogo anterior se repite otras dos veces hasta que la enfermera —en una de sus entradas y salidas de la sala— pone un dulce en la boca de Roberto. Difícilmente una golosina es capaz de revivir a un cuerpo que lleva casi treinta y seis horas sin dormir. El ayudante de la cirugía se consuela con la idea de que pronto llegará a tumbarse en su cama. “Me quedan seis meses de beca, así que estoy contando los días”, comenta, tras recordar el día en que casi se durmió en el quirófano.

Roberto, así como los otros médicos en formación entrevistados para esta investigación, pidió no ser identificado por miedo a las

posibles repercusiones en su carrera. Por esta razón, los nombres de quienes entregaron sus testimonios fueron cambiados.

Todos ellos son actualmente residentes o becados. Se encuentran estudiando para obtener una especialidad, al igual que casi cinco mil médicos en todo el país. En términos prácticos, son estudiantes cuya formación es financiada por el Estado de Chile mediante una beca que considera cupos en diferentes servicios de salud y universidades, además de una remuneración mensual.

Una beca de especialidad dura tres años. Durante ese tiempo los residentes deben pasar por rotaciones específicas para poder adquirir los conocimientos, habilidades, destrezas y aptitudes médicas. Al momento de su ingreso a la residencia, los médicos firman un contrato donde la mayoría de las veces se estipula que deberán cumplir un mínimo de carga laboral a la semana: 44 horas de trabajo, un turno de 24 horas y una serie de actividades académicas. Sin embargo, no se establece un máximo.

Lo anterior deriva en que la carga horaria quede a criterio de los hospitales. Los becados de cirugía entrevistados para esta investigación reportaron entre 80 y 100 horas de trabajo a la semana. “El primer día de la beca te dicen que los horarios no existen. No hay hora de entrada ni de salida y tampoco hay días libres”, comenta Arturo (27), residente de segundo año. En definitiva, no están normados los descansos mínimos que tienen que haber en los turnos, lo que termina en que los médicos residentes lleguen a trabajar 36 horas de corrido sin dormir.

En el contrato de la mayoría de las becas se establece que el médico en formación tiene derecho a tener posturno. Esto significa que luego de que un residente cumpla un turno de noche de 12 horas, puede tener libre el día siguiente para descansar. No obstante, en la práctica no se cumple. Los becados salen de turno y continúan su jornada laboral habitual.

“En las clínicas privadas, el posturno es a las ocho de la mañana. En cambio, como el funcionamiento de los hospitales públicos

depende en gran parte de los residentes, queda a criterio de cada centro asistencial. Es totalmente heterogéneo porque no hay una normativa. Y eso es lo que hace falta”, señala Germán Ávalos, presidente de Residentes Chile, agrupación perteneciente al Colegio Médico y que tiene como misión mejorar las condiciones laborales y de formación de los becados.

La cultura de la explotación

Dentro de la cultura médica, la alta carga laboral y la falta de descansos es algo común e incluso es bien visto entre algunos doctores. “Se entiende que mientras más sacrificado eres, más valor tienes. El médico que hace un turno de 48 horas es admirado. Es un problema cultural porque eso se ve como un valor, siendo que no lo es”, expresa Natalia Henríquez, actual presidenta del Colegio Médico Regional de Santiago y exlíder de la agrupación Residentes Chile.

Por otro lado, el mundo médico funciona bajo una lógica jerárquica. “En medicina, el doctor con más experiencia manda al resto. Por eso, los residentes solo obedecen”, dice Izkia Siches, presidenta del Colegio Médico. Por estos motivos, existen pocos espacios de denuncia. Se trata de un sistema que tiene normalizado esta forma de trabajo. Además, a los becados les da miedo denunciar cuando se sienten sobreexplotados y cansados, ya que los jefes de beca, los que les solicitan quedarse más tiempo en el hospital, son los encargados de evaluarlos.

En uno de los salones de eventos del Gran Hotel Pucón, se desarrolló en 2017 la 90ª versión del Congreso Chileno e Internacional de Cirugía, organizado por la Sociedad de Cirujanos. Había cerca de mil médicos. Semanas antes, el *PUClítico*, medio de comunicación fundado por estudiantes de la Universidad Católica, compartió un artículo donde Guillermo Guevara, médico y abogado de la misma casa de estudios, denunciaba que la universidad explotaba laboralmente a sus becados de medicina. En la publicación se tocó el tema

de la sobrecarga horaria, el incumplimiento del derecho a posturno y la desprotección a nivel de leyes laborales.

Rocío Jara, secretaria de la directiva de la agrupación de residentes de cirugía, planteó que era necesario conversar sobre el artículo. “Cuando nosotros fuimos becados pasamos por lo mismo y no nos quejábamos”, dijo uno de los 17 jefes de beca presentes, según recuerda otro de los becados.

Fuera de ese evento, el tema no se volvió a tocar. “Cirugía es muy a la antigua. Tienes que sufrir, no tienes que comer ni dormir. Hay una cultura que lo legitima”, comenta Pedro Pablo Soto, becado y expresidente de los residentes de cirugía.

Según el neurólogo Leonardo Serra, una persona debería dormir un mínimo de seis horas diarias. “Con menos de eso, disminuye el rendimiento y, por lo tanto, se cometen errores. Además, se produce un fenómeno en que la persona no se da cuenta de qué tan mal está rindiendo”.

Por otra parte, un estudio realizado por la revista *ARS Médica* en el 2017 sobre la carga laboral de residentes de la Universidad Católica, concluyó que los médicos que se encuentran haciendo especialidades quirúrgicas tienen mayor prevalencia del síndrome burnout, un tipo de estrés laboral, caracterizado por un estado de agotamiento físico y mental. “Es finalmente un reventón de cuando uno exige su cuerpo al máximo. Los doctores que llevan diez años haciendo turnos, terminan canosos y arrugados. Duermen muy poco, viven bajo mucho estrés y eso hace que físicamente el cuerpo les pase la cuenta”, concluye Serra.

La pesadilla del “contrato innominado”

Antonio (31) sale del Hospital Doctor Sótero del Río a las cinco de la tarde después de haber trabajado 36 horas sin dormir. Sube a su auto para dirigirse a la casa donde vive, ubicada a 27 kilómetros del lugar. El viaje le toma más de una hora. En medio de su recorrido, se

detiene ante la luz roja de uno de los semáforos que hay en avenida Concha y Toro, en Puente Alto. Sin darse cuenta pierde la conciencia por un momento, hasta que despierta abruptamente con los bocinazos de los autos que están atrás. En cosa de segundos, se percata de que se ha quedado dormido y enseguida pone su pie derecho en el acelerador para continuar el trayecto. Pero el cansancio de su cuerpo lo traiciona nuevamente y vuelve a quedarse dormido cuando se detiene en los siguientes semáforos del camino. “Este nivel de cansancio obviamente es riesgoso para el paciente. Uno anda más torpe, piensa diferente y se demora más”, comenta Antonio.

Guillermo Guevara está acostumbrado a recibir en su correo testimonios de casos como el de Antonio, en los que becados le expresan sus problemas y consecuencias de la sobrecarga laboral que tienen. Como médico cirujano y abogado de la Universidad Católica, es uno de los mayores expertos para hablar de los conflictos legales a los que se enfrentan los residentes y cómo se ven vulnerados por sus propios tutores. “Al haber estudiado Derecho y conocer las normas, uno se da cuenta que efectivamente hay violaciones a los derechos humanos”, enfatiza Guevara. Y agrega: “La forma en que se trabaja, es que ellos (residentes) son esclavos o suches de un grupo de personas (médicos a cargo). Tienen que trabajar para esas personas y hacer lo que ellos quieran. Y como estas personas, a su vez, vivieron lo mismo antes, creen que esa es la forma en que funciona”.

Los médicos que están realizando un programa de especialización son considerados estudiantes y no trabajadores. Es por esto que no cuentan con un contrato de trabajo, sino que con un “contrato innominado” como señala Guevara. Este “contrato de especialización en educación médica”, no está regulado por el Código del Trabajo, por lo que se presta para distintos tipos de abusos laborales y se justifica en que existe la autonomía de la voluntad del médico residente. “Es como que uno firme un contrato diciendo acepto ser tu esclavo y que me realices torturas”, ejemplifica el abogado.

Desde Residentes Chile están conscientes de estos problemas, por eso proponen que los residentes adquieran la condición de funcionarios públicos. Germán Ávalos cree que lo ideal sería que existiera una carrera única funcionaria y que al momento de comenzar la especialización, los residentes se incorporen con un vínculo laboral con el Estado.

Lo anterior es compartido por Patricia Muñoz, decana de medicina de la Universidad Diego Portales y presidenta de la Asociación de Facultades de Medicina de Chile (Asofamech): “Le encuentro toda la razón a Residentes Chile de que quieran tener carrera funcionaria desde que inician la beca como funcionarios públicos. Porque mientras son residentes y están bajo la tuición de un programa universitario, la única relación que tienen con el sistema público es el pago de un estipendio”. Y añade que “se les exige deberes de funcionario, pero no se los considera como tal”. Para Muñoz, uno de los mayores conflictos es que los hospitales públicos utilizan a los residentes como mano de obra.

Asimismo, si un becado decide abandonar el programa de especialidad después de 30 días de su inicio, debe pagar una multa según lo que se estipula en el contrato o la escritura pública que firmó con la respectiva universidad o servicio de salud. El monto de esta puede ascender hasta las 5.400 UF (\$ 147 millones).

Resistir sin importar el costo

24 de abril de 2018. En una de las salas del Ministerio de Salud, el ministro Emilio Santelices y la entonces subsecretaria de Redes Asistenciales, Gloria Burgos, reciben a la directiva de Residentes Chile. Germán Ávalos le plantea al ministro Santelices que se retome un acuerdo firmado entre el Colegio Médico y la administración de Bachelet en diciembre del 2015, donde se pactaba un trabajo en conjunto para considerar a los médicos residentes como funcionarios públicos. Santelices, recién asumido, dice no tener conocimien-

to del tema. Más tarde, Ávalos se enteraría de que dado el cambio de gobierno, ese acuerdo habría quedado congelado. La agrupación de médicos prosigue la reunión y plantea el siguiente tema: el posturno.

—Queremos hablarle sobre el posturno. Uno no puede poner en peligro la seguridad del paciente ni tampoco la calidad de la atención que uno le brinda a las personas, haciendo turnos de más de treinta horas de corrido —señala el presidente de Residentes Chile.

La reacción de las autoridades es una sorpresa para Ávalos. Recuerda la interrupción de Gloria Burgos: “Pero cómo, ¿no tienen posturno?”. Y luego al ministro Santelices dándole la razón: “Estoy de acuerdo, es algo en lo que hay que trabajar”. Hasta ahora, sin embargo, no ha habido novedades.

La falta de una normativa que regule el máximo de horas que se debe trabajar y los descansos mínimos puede terminar perjudicando tanto la salud del médico en formación, como la del paciente. “Cuando seguía trabajando posturno, al paciente le pasaba visita por encima. Repetía las indicaciones que estaban anotadas en su ficha, cuando en vez de eso pude haberle resuelto un problema”, confiesa María Luisa (32), quien terminó su beca de pediatría hace un año. Cuando el cansancio es extremo, los residentes recurren a estimulantes como bebidas energéticas, cafeína, fármacos para mantener el estado de vigilia y ansiolíticos. “Estuve tan reventado por los turnos que hacía, que tomé Ravotril todos los días en dosis altas por tres meses. Ese periodo de mi vida lo tengo un poco borrado. Había cosas que no recordaba días después. Fui muy irresponsable. Podría haber ocurrido alguna negligencia”, recuerda el cirujano Marcelo sobre su período como residente.

Es la una de la tarde de un día sábado. Roberto abandona un hospital del sector sur de Santiago. Solo esta semana el becado lleva 90 horas trabajadas, de las cuales hizo 36 de corrido en un turno de urgencia con ayuda de una bebida energética. Toma su auto y maneja hasta su casa, ubicada en La Reina. Una vez ahí, almuerza y se dirige a su cama. El objetivo: recuperar la falta de sueño. Roberto

duerme 16 horas seguidas hasta que su alarma suena a las siete de la mañana del día siguiente y le recuerda que tiene que levantarse para emprender rumbo al hospital a controlar a sus pacientes nuevamente. “Tengo normado que por lo menos una vez a la semana debo hacer esto o si no, no me da”, comenta Roberto.

Un desorden institucionalizado

Una investigación especial realizada por la Contraloría General de la República a la Subsecretaría de Redes Asistenciales y los Servicios de Salud de la Región Metropolitana, revela el desorden e incongruencias que existen en la regulación de los residentes. La Contraloría solicitó los antecedentes de la cantidad de profesionales en etapa de formación entre los años 2010 y 2014. El resultado refleja que la subsecretaría y los distintos servicios de salud manejan números completamente distintos sobre cuántos médicos se encontraban realizando los programas de especialización. Eran 387, según la subsecretaría, mientras que los servicios de salud metropolitanos informaron de 709. Existe una diferencia de un 83% entre ambos datos.

Tomando en consideración estos resultados, la presidenta del Colegio Médico comparte la opinión de que existen desconexiones entre todos los organismos involucrados, pero valora que se revelen estos problemas: “Es una anarquía total del desorden. Pero la Contraloría gasta casi el 35% de su tiempo en salud y ha ido revelando irregularidades”. Por su parte, Patricia Muñoz, defiende el trabajo de las universidades y culpa al Ministerio de Salud por el desorden en los números. “Ese es tema del ministerio. Nosotros tenemos clarísimo cuántos becados tenemos”, declara la decana de Medicina de la Universidad Diego Portales.

Izkia Siches formó parte del equipo fundador de Residentes Chile en 2015, mientras se desempeñaba como presidenta del Colegio Médico Regional de Santiago. Pero para la actual presidenta del Colegio Médico, el trabajo que lleva a cabo la agrupación de

residentes no es suficiente para lograr las metas proyectadas. “Creo que hay que hacer más trabajo, ponerle más empeño”, enfatiza Siches, y recuerda un hecho ocurrido el año pasado en una de las últimas mesas negociadoras para modificar el reglamento becario. Según su versión, Residentes Chile no estuvo de acuerdo en establecer el posturno como exigencia a los hospitales, pese a que ahora es uno de sus principales lineamientos.

Gonzalo Pavez, quien ejercía como presidente de Residentes Chile el 2017, niega rotundamente lo expresado por Siches respecto a la postura de la agrupación sobre la exigencia de un posturno: “Residentes nunca se opuso a reformar el reglamento. La puerta de tope siempre fue el Ministerio de Salud”. Por otro lado, a Germán Ávalos le sorprende la actitud y disposición de la actual mesa directiva del Colegio Médico respecto al tipo de relación que han entablado con las distintas agrupaciones, en especial con Residentes Chile: “Nos han excluido sistemáticamente de los espacios de participación con un nivel de virulencia que no me logro explicar”.

El 27 de junio de 2018, la Subsecretaría de Redes Asistenciales envió un plan de formación y capacitación de residentes para los próximos cuatro años a la Comisión Especial Mixta de Presupuesto del Congreso. El documento establece varios puntos, pero hay uno que llama la atención. En la página 28, bajo el subtítulo de “Nuevo trato con organizaciones gremiales”, se detalla la importancia de la participación de las distintas agrupaciones para lograr lo propuesto en el Plan y de crear espacios para esto. Dentro de las organizaciones con las que se recomienda mantener un diálogo permanente, se menciona explícitamente a Residentes Chile. “Yo estoy tratando de configurar el escenario, sin el apoyo de la Izkia (Siches), para que a nosotros nos incluyan en la mesa de trabajo. Sentimos que no tenemos el apoyo de la mesa directiva”, denuncia Ávalos.

Según las opiniones y análisis de las distintas fuentes para esta investigación, las soluciones más concretas para regularizar el trabajo de los residentes parecieran ser dos: una modificación del reglamen-

to becario, en que se establezcan explícitamente las cargas asistenciales y horarios que deben cumplir los médicos en formación; y su inclusión como funcionarios públicos. Al adquirir esta figura legal al momento de comenzar su especialización, los residentes se incorporarían al sistema público con un vínculo laboral con el Estado, por lo que su contrato estaría regulado por el Estatuto Administrativo, algo que actualmente no ocurre. Pero para el abogado Guevara, nada de esto asegura que se dejen de cometer abusos si no se implementa un sistema que sea capaz de fiscalizar y sancionar a quienes no cumplan con lo anterior.

Por otra parte, Patricia Muñoz señala que esto debe resolverse de forma conjunta entre Asofamech, el Colegio Médico y el Ministerio de Salud. Pero es enfática en destacar que las necesidades de los hospitales muchas veces pasan por arriba de lo dispuesto en los programas de formación. A pesar de esto, Muñoz es optimista sobre los futuros cambios. Haciendo un símil con el movimiento feminista, en que se levantó la voz sobre la normalización de tratos discriminatorios hacia las mujeres, las nuevas generaciones de médicos también serán capaces de denunciar los abusos y de lograr cambios en el sistema, y agrega: “Hoy día llegó el momento de poder, a través del levantamiento de toda esta información de abusos, poner a trabajar a las instituciones que les corresponde”.

Un cambio que afecta directamente a la salud pública, en que médicos en formación y sin descanso, pueden llegar a estar a cargo de diez pacientes, cuando lo recomendado, según la propia decana, es entre cuatro y seis. Germán Ávalos está de acuerdo en que esto perjudica directamente el trato con el paciente y es enfático en señalar que hay evidencia que demuestra que esto afecta a la seguridad de ambos, para finalizar con una pregunta: “¿A ti te gustaría que te operara un cirujano que ha trabajado más de 36 horas?”.

TRABAJOS FINALISTAS

CATEGORÍA REPORTAJE

LA RECONSTRUCCIÓN DEL CRIMEN DE CATRILLANCA DEJA EN EVIDENCIA QUE ALGUIEN ORDENÓ MENTIR



Pedro Ramírez y Nicolás Sepúlveda

14 de diciembre

Ciper

Si el periodismo no hubiera ejercido su rol como fiscalizador del poder luego del asesinato de Camilo Catrillanca, es posible que se hubiera dado por cierto que el comunero mapuche falleció en un enfrentamiento con Carabineros mientras huía tras participar del robo de tres autos en Ercilla. O que conducía su tractor justo en el lugar donde hubo fuego cruzado entre ladrones y policía. O que la bala que lo mató, un disparo disuasivo, rebotó en el vehículo y lo hirió de muerte, una muerte accidental. Pero nada de eso era verdad. Las primeras versiones del Gobierno y de Carabineros, una y otra vez, fueron contrastadas por los periodistas y de a poco la ciudadanía pudo saber que a Catrillanca lo asesinó un carabinero con un balazo en la cabeza. Sin duda, *Ciper* fue uno de los medios que más datos aportó gracias a la serie de reportajes titulado *Las mentiras en la muerte de Camilo Catrillanca*, dentro de la cual se encuentra este trabajo finalista. Esta pieza relata lo ocurrido entre las 16:00 y las 17:05 del 14 de noviembre, cuando matan a Catrillanca; explica cuáles funcionarios de Carabineros prepararon la declaración falsa para comunicar a las Fiscalías a partir de las 23:00 de ese día; y da cuenta, finalmente, porqué el periodismo es un oficio imprescindible para la buena salud de la democracia.

16:00, Comunidad Ancapi Ñancucheo

La jornada escolar del miércoles 14 de noviembre ha concluido y tres vehículos abandonan en caravana la escuela rural de Santa Rosa. Los conducen las profesoras I. F. A. (51 años), M. M. M. (39) y K. S. A. (27). Como ocurre casi todos los días, las docentes se dirigen en grupo hacia la ruta R-50 que conduce a Ercilla. Pero esta vez no lo hacen por el camino vecinal que ocupan habitualmente. Deciden internarse por una ruta alternativa. Los vehículos avanzan en fila india, los tres son de color gris, y en uno de ellos, el que conduce M. M. M., van dos niños de nueve años: C. A. S. M. y N. S. C. M.

Apenas unos minutos después se encuentran con la vía bloqueada por un cerco de tres hebras de alambre de púas y por gruesas ramas de eucaliptus. Mientras deciden si se bajan a despejar la ruta o volver, cuatro encapuchados surgen del bosque. Los intimidan con armas de fuego, un hacha y un machete.

Los detalles del infierno que viven las tres maestras y los dos niños quedarán registrados en el Parte Denuncia elaborado esa misma tarde por el sargento Juan Cid, quien entrevistará a las víctimas apenas media hora después del violento asalto.

Las profesoras están aterrorizadas, los niños gritan, los encapuchados las insultan y golpean las ventanillas. Los obligan a bajar de los autos. El Nissan March 2017, el Chevrolet Sail 2011 y el Great Wall M-4 2017 se pierden en el camino. Se ha iniciado el escape de los asaltantes. Una de las docentes vence sus nervios y marca el número de Carabineros.

El reloj comienza a marcar en contra de los cuatro ladrones, de la patrulla del GOPE que irá tras ellos en primera línea y de Camilo Catrillanca.

16:15, ex fundo La Romana

A la misma hora en que las profesoras son abandonadas en el camino, pero unos cuatro kilómetros al sur poniente, el comunero Camilo Catrillanca (24 años) está terminando el radier de la casa que se está construyendo cerca del sector de La Laguna, en el ex fundo La Romana, al interior de la comunidad Temucucui Tradicional. En la labor de albañilería le han ayudado los hermanos Henry y Jesús Millanao Cañuta, Nelson Quilape Colipi, Jorge Palacio Cañuta y el hijo de este último, M. P. C. (15 años). No es la primera vez que le colaboran con la construcción de la vivienda. Todos llegaron cerca de las 09:00 en la camioneta de Quilape, cuñado de los Millanao, y pararon solo para almorzar juntos.

Catrillanca, satisfecho por el trabajo y agradecido de sus amigos –y como es tradición en el campo– anuncia que matará un cordero para ellos. Mientras Jesús Millanao sigue tirando las últimas paladas de material al radier, el resto comienza los preparativos para el asado. Si van a matar un cordero, habrá que preparar ñache con la sangre. No hacerlo sería un desperdicio. Entonces, reparan en que no tienen cilantro, ingrediente indispensable para el ñache. Catrillanca no tiene huerta en su nueva casa, pero en la de su madre sí hay. Así que parte a buscar verduras.

El joven se va en el tractor azul que la comunidad ha puesto a su cargo. M. P. C. le acompaña. Cada vez que puede, el adolescente se sube al tractor con Catrillanca. No solo porque son muy amigos, sino porque el chico quiere aprender a manejar esa máquina.

Los detalles del último día de Camilo Catrillanca quedarían registrados en las declaraciones de las cinco personas que le acompañaron en esa jornada. Todas serían tomadas por la Fiscalía en la tarde

del miércoles 21 de noviembre, salvo la de M. P. C, que declaró el lunes 19 al mediodía.

16:18, Pailahueque

En la 2ª Comisaría de Fuerzas Especiales, ubicada en el sector de Pailahueque (Ercilla), se recibe el mensaje de Cenco (la Central de Comunicaciones de Carabineros) que alerta sobre el asalto que sufrieron las profesoras y los dos niños. El escape de los asaltantes está en curso. Aún pueden detenerlos. En la unidad policial –que antes de convertirse en comisaría albergó el liceo donde estudió Camilo Catrillanca– se vive la tensión de los preparativos para un procedimiento en una zona de alta conflictividad.

Apenas dos días antes, el lunes 12 de noviembre, las patrullas habían recuperado una camioneta Ford Ranger de color rojo, encargada por robo. La encontraron abandonada en los alrededores del sector de La Laguna.

Un grupo al mando del capitán Gerard Salazar Monsalve participó en la recuperación de la Ford Ranger, que apareció prácticamente en el mismo lugar donde después quedaría al borde del camino el tractor azul de Catrillanca. Por esa razón, en la nueva alerta por el robo a las profesoras las patrullas se encaminan rápidamente a esa zona: La Laguna y El Pozón. Y como en el procedimiento del lunes 12 el carro comandado por el capitán Salazar fue blanco de numerosos disparos, el mismo oficial dijo a la Fiscalía que se ordenó a todo los funcionarios disponibles “salir a apoyar” en esta nueva persecución. El personal está tenso.

Cerca de 50 carabineros llegarían esa tarde hasta el lugar donde Catrillanca cayó herido de muerte y a custodiar los caminos adyacentes. Al cierre de la jornada, cuando el último carabinero abandonó la comunidad de Temucicui, a eso de las 21:30, las fuerzas policiales habían disparado 406 tiros, entre balas de pistolas 9 mm., subametralladoras UZI y Mini UZI (también de 9 mm.) y escopetas

calibre 12 con “cartuchos tácticos de plomo”. Además, se percutaron 150 cartuchos de carabinas lanzagases y 50 tiros con perdigones de goma.

El detalle del fuego que salió de las armas de los carabineros quedaría consignado en el documento “Relación de los hechos y consumos del personal FF.EE. con motivos del procedimiento del robo de vehículos”, suscrito por el mayor Christian Fernández Opazo, comisario de la unidad establecida en Pailahueque.

16:29, Pailahueque

El helicóptero C-02 de la Sección Área Araucanía despegó desde la Comisaría de Fuerzas Especiales de Pailahueque. Lo tripulan el piloto capitán Axel Hoger Guzmán, el copiloto teniente Sebastián Flores Henríquez, el paramédico Germán Ramírez Moraga y dos funcionarios del GOPE: el suboficial Héctor Vásquez Correa y el cabo Ignacio Elgueta Ancalaf.

El piloto Hoger se entera, por las comunicaciones en la frecuencia radial, que los tres vehículos han sido avistados cerca de un lugar conocido como Tres Puentes. Así, orienta el vuelo a esa zona, al interior de la Comunidad Temucuicui, en los terrenos del ex fundo Alaska. La semana anterior, declararían después el oficial a la Fiscalía, había sobrevolado el mismo sitio en busca de otro vehículo con encargo por robo. Y lo habían encontrado.

En esta nueva misión, sobre los alrededores de la zona conocida como La Laguna, el capitán Hoger ve dos de los tres autos que les fueron arrebatados a las profesoras. Avanzan hacia el sur por un camino principal. Se pierden, a ratos, por la espesura del bosque. El oficial pide a su tripulación que comuniquen al personal en tierra que ya tienen los vehículos a la vista, que transmitan las coordenadas. Decide ejecutar giros amplios, a unos mil metros de altura, para no perderlos.

16:40, La Laguna

El carro blindado J 040 con cinco tripulantes del GOPE es el primero que llega a la zona donde se han avistado los autos robados. El jefe del grupo es el suboficial Patricio Sepúlveda Muñoz, lo secundan el sargento 1° Carlos Alarcón Molina, el sargento 2° Raúl Ávila Morales, el cabo 1° Braulio Valenzuela Aránguiz y el chofer del carro, cabo 1° Gonzalo Pérez Vargas.

Desde el helicóptero C-02, el suboficial Héctor Vásquez despacha por WhatsApp a sus compañeros del GOPE que están en tierra las coordenadas donde han avistado los vehículos. El carro J 040 va en esa dirección. Es el primero en la línea de posible contacto con los sospechosos. A varios minutos le siguen tres carros de Fuerzas Especiales.

La patrulla del GOPE se encuentra con tres cortes de camino. Son árboles cruzados en la vía. Sorteando los dos primeros. Pero el tercero los detiene por más tiempo del que pueden permitirse. El conductor Pérez se queda en el carro. Los otros cuatro deciden avanzar a pie, “de infantería” dirán en sus primeras declaraciones ante la PDI esa misma noche. En esos testimonios iniciales asegurarán que en ese desplazamiento fueron blanco de disparos. Pero no es cierto. Todos los demás efectivos policiales que participaron ese día en el operativo declararán ante la Fiscalía que hasta ese momento no recibieron ningún tipo de disparos y no hubo enfrentamiento.

Los cuatro efectivos del GOPE avanzan conforme a la técnica de “patrulla rural”. El sargento Alarcón como “punta de lanza” a la derecha del camino. Un poco más atrás, a la izquierda de la vía, marcha el sargento Ávila. Detrás de Alarcón va el suboficial Sepúlveda. Cerrando la formación, atrás y a la izquierda de la ruta, el cabo Valenzuela. Alarcón, Ávila y Sepúlveda llevan carabinas M4, con munición 5.56 mm. Valenzuela una escopeta calibre 12.

Desde el aire, los tripulantes del helicóptero C-02 ven detenerse a los dos autos que escapan. De ellos se bajan tres sujetos. Uno con chaqueta o polerón, a mil metros de altura no es fácil distinguirlo, de color café. Los otros dos, no hay dudas, dicen, visten ropas oscuras.

También ven un tractor azul que avanza por el camino principal. El piloto Hoyer y el suboficial del GOPE, Héctor Vázquez, aseguran que han visto a dos de los ocupantes de los autos, los que visten ropas oscuras, abordar el tractor. Los otros tres tripulantes del helicóptero declararán que no han sido testigos de aquello. Que por los giros amplios que daba la aeronave, a veces quedaban sin campo visual, por lo que no vieron todo lo que sucedió.

Vázquez declarará a la Fiscalía que fue él quien avisó por radio al personal en tierra que los sospechosos avanzaban hacia ellos a bordo de un tractor.

16:55, La Laguna

Antes de tener contacto visual con el tractor, Alarcón hace ocho disparos a una “zona segura” y siente que Ávila hace uno. Cuando finalmente ve el tractor, observa que la máquina se da media vuelta y lo pierde de vista en una curva. Cuando vuelve a verlo, la máquina pierde velocidad y se va contra la orilla hasta detenerse. Entonces ve un sujeto que baja —es M. P. C.— y Ávila lo reduce. El conductor del tractor sigue sentado frente al volante. Está inclinado hacia adelante y recostado sobre su derecha. Tiene una herida de bala en la nuca. Camilo Catrillanca agoniza.

Tres o cuatro minutos después, llegan los primeros efectivos de Fuerzas Especiales, intentan reanimar a Catrillanca. Lo evacúan en un carro policial rumbo a Ercilla. La patrulla del GOPE sigue en busca de los autos robados, hasta dar con ellos. M. P. C. es detenido y conducido a Collipulli. En su declaración dirá que fue golpeado e insultado por los carabineros.

El sábado 17, en su nueva declaración, Alarcón dirá que al hacer contacto con el tractor, informado por el personal del helicóptero que en él iban los sospechosos, les ordenó detenerse, pero al ver la maniobra evasiva de Catrillanca, disparó al vehículo, aunque a una zona baja. También reconocerá que los ocupantes del tractor no iban

armados. La versión inicial, acerca de que el tractor se cruzó en la línea de fuego durante un enfrentamiento, se va al suelo.

M. P. C., en tanto, declarará que en el tractor solo iban él y el comunero. Que al ver a los carabineros, Catrillanca da media vuelta y que de inmediato se escuchan los disparos. “Agáchate”, alcanza a decir Catrillanca. Cuando el adolescente lo mira, un líquido amarillo sale de su nariz. El tractor se detiene y el menor baja con los brazos en alto.

17:05, La Laguna

En la casa a medio construir de Catrillanca prosiguen los preparativos para el asado. De pronto, desde el camino se escuchan gritos. “¡Hay un herido!”. Los amigos del comunero y el padre de M. P. C. se enteran de lo que ha ocurrido. En la camioneta de Quilape vuelan a Ercilla. Desde el helicóptero de Carabineros se aprecia movimiento de vehículos y personas que se dirigen al lugar donde fue herido Camilo Catrillanca.

El comisario de Fuerzas Especiales Christian Fernández es uno de los primeros en llegar al lugar, detrás de la patrulla del GOPE. Ordena asegurar el perímetro y distribuye a sus hombres para que eviten nuevos cortes de caminos, a objeto de facilitar la evacuación del personal policial y la salida de los vehículos robados. Se le ordena permanecer en el sitio a la espera de personal de la PDI que debe hacer pericias en el tractor. Quince minutos después de la evacuación del herido, declarará el comisario, comienzan disparos, posiblemente de fusiles y subametralladoras 9 mm., contra los efectivos apostados en la zona. El fuego se acentúa dice, lo que explicaría el alto consumo de munición de las Fuerzas Especiales esa tarde, en respuesta a las agresiones.

En la misma caravana policial que lleva a un desnudo y agonizante Camilo Catrillanca hasta al Cesfam de Ercilla, va el menor M. P. C. Allí será buscado por su familia y por una abogada del

Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH). Su presencia será la llave que permitirá más tarde derrumbar la tesis policial falsa que buscaría presentar la muerte de Catrillanca como producto de un enfrentamiento. Pasada la medianoche, M. P. C. daría su primer testimonio.

A las 21:30 le informan al comisario Fernández que la PDI no irá al lugar. Se repliega con sus hombres.

22:30, Pailahueque

El comisario Fernández llega a su unidad entre las 22:30 y las 23:00. Ordena hacer “la cuenta” de las acciones que ejecutó su personal y la munición ocupada. Pide que lo hagan antes de partir a la Fiscalía de Collipulii, pues ya sabe que hay orden de que todos concurren a declarar esa misma noche.

Solo entonces se entera de que en la comisaría hay una reunión en la que participan los generales Christian Franzani –que ha llegado desde Santiago– y Mauro Victoriano, además del teniente coronel Sotomayor y otros oficiales que no recuerda.

¿Quiénes idearon la versión falsa?

Todas las declaraciones recogidas por la PDI y la Fiscalía desde la misma noche del miércoles 14 de noviembre indican que Carabineros no recibió ningún disparo al momento de encontrarse con el tractor azul conducido por Catrillanca. Los disparos que salieron de sus armas tampoco fueron “disuasivos”. Una de esas balas impactó directo en la nuca del comunero mapuche y penetró 16 centímetros en su cabeza.

La autopsia realizada en la madrugada del 15 de noviembre concluye:

“El trayecto del proyectil es rectilíneo, sin salida de proyectil, y cuya trayectoria medida con estilete es de 16 cm de longitud, yendo

desde el orificio de entrada (en región parietal posterior izquierda) hasta la zona frontal anterior izquierda, siendo por lo tanto de atrás hacia adelante y ligeramente de abajo hacia arriba, encontrándose fragmentos metálicos de color plateado y dorado en cara interna del cuero cabelludo en zona frontal izquierda”.

Otras pericias también establecieron que el cuerpo del comunero no tenía rastro de alcohol en la sangre y tampoco de pólvora en sus manos.

Más tarde los cinco efectivos del GOPE que participaron del operativo que terminó con Catrillanca asesinado, dirían a los fiscales que ninguno portaba una cámara que registrara el procedimiento. También era falso. El sargento 2° Raúl Ávila sí tenía atada su cámara GoPro a su casco, pero destruyó la tarjeta de memoria con una tijera, eliminando la evidencia.

¿Qué pasó entre las 16:45, cuando Catrillanca cayó herido, y las 23:00 de ese 14 de noviembre, cuando los efectivos del GOPE llegaron a declarar a la Fiscalía acompañados de un abogado? ¿Quiénes participaron en la elaboración de la versión falsa?

Según las distintas declaraciones policiales entregadas a la Fiscalía, tanto por efectivos de Fuerzas Especiales como por miembros del GOPE, hasta aproximadamente las 21:00 estuvieron en Temuicui resguardando el tractor azul e intentando sacar de la comunidad los tres vehículos robados a las profesoras. Las versiones coinciden en que después de conocida la muerte de Catrillanca, los carabineros sí recibieron ataques armados desde los bosques de Temuicui.

El jefe de la sección aérea de La Araucanía, capitán Franco Argento Rojas, declaró ante la Fiscalía que hasta la comisaría de Fuerzas Especiales de Pailahueque llegaron oficiales de alta graduación que mantuvieron reuniones mientras el personal se preparaba para prestar declaración en el Ministerio Público:

“Mientras esperaba en Pailahueque llegaron gran parte de los vehículos que habían participado en el procedimiento, además de los funcionarios a cargo. En el lugar se realizaron conversaciones informales acerca de lo que había acontecido, donde todos daban información de lo que había ocurrido y de la parte del procedimiento en la que habían intervenido. No participé en reuniones formales. El oficial de mayor grado en Pailahueque en ese momento era el general Victoriano. Tomé conocimiento de que concurriría al lugar el general Franzani, pero solo lo vi cuando me encontraba declarando en la Fiscalía de Collipulli, pues él concurrió a saludar a los carabineros que estaban allí”.

El comisario de la 2ª Comisaría de Fuerzas Especiales de Pailahueque, Christian Fernández Opazo, ratificó en su declaración que el general Christian Franzani, director nacional de Orden y Seguridad, sí se apersonó en esa unidad policial la noche del 14 de noviembre: “En la comisaría de Fuerzas Especiales se constituyó en horas de la noche mi general Christian Franzani Cifuentes. Entiendo que la concurrencia de mi general Franzani se debió a la gravedad de la situación que enfrentábamos”.

El comisario informó a la Fiscalía que esa misma noche y antes de que los efectivos policiales declararan, en su unidad se realizó una reunión donde participaron Franzani, el general Mauro Victoriano, hasta entonces jefe de la Zona de La Araucanía; el teniente coronel Sotomayor y otras personas que no recuerda:

“Yo llegué después de que se había iniciado esa reunión y por lo que me dio la impresión, era para comentar en términos informales los hechos que habían acontecido. Permanecí muy poco en la reunión, pues mi general Franzani debía concurrir a Collipulli. Al momento de asistir a la reunión recuerdo haberles exhibido un video grabado con la cámara que yo portaba donde se apreciaban los primeros auxilios prestados al lesionado (Camilo Catrillanca)”.

Quien sí entregó más detalles de las reuniones realizadas en la Comisaría de Pailahueque fue el teniente coronel y subprefecto de Fuerzas Especiales, José Augusto Correa. El oficial declaró ante el Ministerio Público que estuvo en Temucuicui hasta pasadas las 21:00, cuando logró salir y llegar a la comisaría de Fuerzas Especiales:

“En Pailahueque se reunió una gran cantidad de gente, no sé en qué orden ni cuándo fueron llegando. Pero sí recuerdo que se encontraba en el lugar mi general Franzani junto a tres abogados de la institución a quienes no conocía; mi general Victoriano; el coronel Jorge Contreras; el comandante Sotomayor; el comandante Pincheira; los comisarios Claudio Donoso, Manuel Martínez, Christian Fernández y el abogado Cristián Inostroza”.

El relato de José Augusto Correa continúa:

“Tomé conocimiento que mi general Franzani sostuvo una reunión con algunas personas en la oficina del prefecto, pero no fui convocado a ella. Cerca de las dos de la madrugada del día 15 de noviembre concurrí a Ercilla junto con mi coronel Contreras, donde permanecí hasta aproximadamente las cuatro de la madrugada, regresando finalmente al cuartel de Pailahueque”.

El coronel Jorge Contreras también entregó su testimonio a los fiscales. El jefe de las Fuerzas Especiales en La Araucanía debió presentar su renuncia por su responsabilidad en el operativo que terminó con Camilo Catrillanca muerto. La información aportada por este oficial es la más clarificadora, ya que pone en duda que el personal del GOPE que participó directamente en la muerte de Catrillanca no haya recibido órdenes para mentir.

En la única declaración que ha hecho hasta ahora, Jorge Contreras afirmó que él no ejercía ningún tipo de mando sobre el GOPE y agregó:

“De acuerdo a mi conocimiento y experiencia, el personal del GOPE se caracteriza por la cultura de lealtad que rige sus actos tanto con sus miembros como con la institución; si usted me pregunta, me cuesta creer que el funcionario del GOPE que mintió sobre la existencia de la cámara de grabación en el procedimiento, lo hiciera por iniciativa propia, aunque no tengo ninguna prueba de lo contrario”.

En esa misma declaración, Contreras detalló las reuniones que se sucedieron en la Comisaría de Pailahueque. Relató que cerca de la medianoche del 14 de noviembre, observó que en un apartado ubicado al lado de la que era su oficina estaban reunidos el general Victoriano, el comandante Correa, el jefe del GOPE y los pilotos de los dos helicópteros que participaron del operativo, entre otras personas. La presencia de los pilotos en esa reunión no es un detalle ya que uno de ellos –el capitán Hoyer– fue quien afirmó después ante la Fiscalía haber visto que los sospechosos del robo de los tres autos abordaron el tractor de Catrillanca. Ese antecedente fue el que usaron los efectivos del GOPE para intentar justificar el uso de armamento de guerra en su violento operativo.

Jorge Contreras entregó a los fiscales otro dato importante. Afirmó haber corregido el informe ejecutivo que deben entregar a sus superiores cada vez que ocurre un procedimiento de importancia. Y lo hizo porque a su juicio faltaban detalles importantes, los que no precisó. También aseguró que no intervino en el apartado que describía lo ocurrido con la muerte de Catrillanca y con la detención de M. P. C., pues no presenció esos acontecimientos.

Es precisamente esa parte del informe ejecutivo la que contenía la información falsa: que el tractor azul de Camilo Catrillanca se había atravesado en la línea de fuego entre Carabineros y los supuestos atacantes que disparaban a la policía. Con esa redacción, el informe fue visado por los generales Mauro Victoriano y Andrés Gallegos. El exjefe de Fuerzas Especiales aseguró además que el informe también lo revisó un abogado que acompañó al general Franzani

a Pailahueque. El informe fue enviado a la Dirección Nacional de Orden y Seguridad, a cargo del mismo Franzani.

El viernes 16 de noviembre aterrizó en La Araucanía el general director de Carabineros, Hermes Soto. Según la versión de Contreras, Soto se reunió en la Prefectura de Fuerzas Especiales con todos los involucrados: los efectivos del GOPE que participaron directamente en el procedimiento y los pilotos de los helicópteros: “Las entrevistas fueron individuales, iban pasando uno a uno. Sin embargo, yo no pude estar presente en ellas pues cuando iban a comenzar el mismo general director me pidió que me retirara”, aseguró Contreras. Según su versión, a quienes sí se les permitió quedarse fueron el general Kurt Hartmann (director de Personal), el general Victoriano, el capitán Escalona, el comandante Sotomayor y el coronel Caneo (de Inteligencia).

Tres días después de las declaraciones que se prestaron en la madrugada tras la muerte de Camilo Catrillanca, los cuatro miembros de la patrulla del GOPE modificaron sus testimonios iniciales. El sábado 17 de noviembre, ante la Fiscalía, el sargento Ávila reconoció que manipuló su cámara GoPro, borrando evidencia. Y el sargento Alarcón admitió que disparó contra el tractor apenas lo tuvo a la vista.

Pero el video que grabó Alarcón al interior de la 2ª Comisaría de Temuco, donde cumple prisión preventiva, y que se difundió en la noche del domingo 2 de diciembre, dejó al descubierto la incógnita clave que subsiste en este crimen: ¿Quién o quiénes dieron la orden para mentir?

“Nos hicieron mentir... todavía falta que salgan cosas a la luz”, dijo Alarcón en el video. Y las miradas volvieron a posarse sobre los oficiales y abogados que se reunieron en la comisaría de Pailahueque horas después del asesinato de Camilo Catrillanca.

Más de 40 carabineros y 406 disparos

Por más de cuatro horas, quince carabineros de Fuerzas Especiales –de los más de cuarenta que se movilizaron el 14 de noviembre– dispararon 406 tiros. Entre las cinco de la tarde y las nueve de la noche de ese 14 de noviembre, se percutaron 210 tiros de pistola, 114 de subametralladoras y 82 escopetazos.

Ese recuento oficial está incluido en el informe “Relación de los hechos y consumos del personal F.F.EE. con motivos del procedimiento de robo de vehículos”, firmado por el mayor Christian Fernández Opazo, comisario de las Fuerzas Especiales en Pailahueque.

El mismo informe relata que los primeros efectivos de Fuerzas Especiales en llegar hasta el lugar donde Camilo Catrillanca perdía la vida, fueron los carabineros de la patrulla N° 1, en el vehículo J-061. Diez minutos después, mientras el mayor Christian Fernández grababa el lugar, el subteniente Edgardo Aguilar San Martín llegaba con la patrulla N°4, en el vehículo J-1206. Aguilar intentó revivir al comunero usando su “botiquín fiscal táctico”. No lo logró, por lo que, según el informe, evacuaron al herido al Cesfam de Ercilla.

Finalmente, fueron cinco las patrullas que llegaron hasta el lugar donde fue herido Camilo Catrillanca. Otros siete carros –al menos dos de ellos blindados– fueron enviados después a evitar cortes de camino en el área, enfrentando disparos en los sectores de El Pozón y del ex fundo La Romana, donde Camilo Catrillanca construía su casa.

A las 21:15, se informa que la PDI no concurrirá a periciar el lugar por “la imposibilidad del trabajo del personal BIPE (PDI) dadas las condiciones de luminosidad y de alto uso de armas de fuego por parte de los subvertores”. Solo entonces se ordena el retiro de las últimas dos patrullas. Antes de irse, sacan fotos de la escena y reco-gen un gorro que quedó tirado a tres metros del tractor.

COACHING PARA EL EXAMEN DE ADMISIÓN



Greta di Girolamo

5 de mayo

Paula

Este reportaje toca un ángulo hasta entonces no explorado de la desigualdad manifiesta de formación entre colegios públicos y privados, sobre todo los denominados “de excelencia”. Ante la disparidad entre demanda y oferta en estos últimos, surge una especie de coaching que prepara a niños de tres años para pasar los cada vez más duros exámenes en áreas como lenguaje, motricidad y pensamiento lógico. Basado principalmente en entrevistas con padres de niños que aprueban o fracasan es esta preparación, el texto acierta en colocar a los lectores en el lugar de familias obligadas a someter a sus hijos a aprendizajes y tensiones impropias de su edad y muestra cómo la lucha por mantenerse o subir en la escala social comienza cada vez más temprano. La publicación tuvo mucha repercusión en foros de opinión, tertulias de medios y redes sociales. Incluso el directorio del Comité Chileno de la Organización Mundial de la Educación Preescolar (OMEP Chile) reaccionó citando el reportaje y llamando “a las familias de los sectores de altos ingresos a evitar exponer a sus hijos e hijas a este tipo de nefastas experiencias”.

La habitación es una sala de juegos donde hay una mesa con dos sillas pequeñas y un estante lleno de juegos. Sobre la mesa, tres láminas: una es de una niña regando un macetero, otra de la misma niña plantando una semilla en el macetero y una tercera, mirando la planta que crece. La educadora de párvulos Andrea Segura usó las láminas con un niño de tres años a quien le pidió ordenarlas cronológicamente. También le pidió caminar sobre una línea recta tratando de no salirse, que contestara algunas preguntas sobre su familia y que organizara por color, tamaño y forma unos peces de plástico. Todo esto ocurrió en 45 minutos y fue como un juego. Pero en realidad era una evaluación que emula la prueba de admisión que hacen los colegios.

Kidslearning es una empresa educativa ubicada en Avenida Kennedy que Andrea Segura abrió en 2013, luego de trabajar 11 años en un jardín infantil. Fue ahí donde se dio cuenta de que los colegios estaban subiendo el nivel de exigencia de los exámenes de admisión y de que los jardines infantiles no tenían la capacidad de enseñarles a los niños de manera personalizada las áreas de conocimiento que exigían los colegios. Vio una necesidad.

“Si tengo cupo para 50 niños y tengo 300 postulantes, lo que hace el colegio es subir el nivel de exigencia y quedarse con los mejores niños. ¿Por qué un colegio tomaría a un niño que está bajo la media de la prueba si tiene 100 que están sobre ella?”, explica Andrea.

Las familias que más requieren los servicios de la empresa viven en las comunas de Las Condes, Vitacura, Lo Barnechea y La Reina.

Cuando llenan la ficha para tomar el servicio de Kidslearning, deben indicar un máximo de cinco colegios, por orden de prioridad, al que postularán a su hijo o hija. La mayoría aspira a que ingresen a colegios como el San Ignacio El Bosque, Verbo Divino, Villa María, Santiago College, Nido de Águilas, Craighouse, Wenlock, San Francisco de Asís y San Nicolás de Myra.

Dos días hábiles después de la evaluación del niño, Andrea les entrega un detallado informe a los padres con el puntaje obtenido en cada área, un comentario sobre el comportamiento general de su hijo y una propuesta educativa con la cantidad de horas semanales necesarias para reforzar los puntos débiles. El tiempo de preparación es variable. Hay niños que han tenido reforzamiento durante un año dos veces por semana y otros un intensivo de cinco meses cuatro veces por semana. “El 98% de los niños que tenemos queda en los colegios que los papás quieren”, asegura Andrea. Para los exámenes de admisión de este año prepararon a 45 niños.

Camila (su nombre ha sido cambiado) tiene cuatro años y acaba de entrar al pre-kínder del colegio The Grange, luego de pasar por la preparación con una educadora de Kidslearning. Su papá (quien pidió mantener su identidad en reserva), asegura que la niña no tiene ningún problema de aprendizaje, pero querían asegurar su ingreso a uno de los tres colegios a los que la postularon: Saint George’s, Manquehue y The Grange.

“El colegio es esencial, te marca. Yo siento que tengo el sello de donde estudié (el Manquehue) y mis amigos hasta hoy son mis compañeros de colegio. Y está lo académico, que tiene que ver con las oportunidades del día de mañana”, explica el padre.

Pagó 18 mil pesos por sesión para que una educadora fuera seis veces al mes a su casa: jugaba con Camila y le enseñaba, por ejemplo, a tomar bien el lápiz, a hacer la figura humana y a dibujar a su familia de acuerdo a los tamaños de cada integrante. Al cabo de diez meses de entrenamiento había invertido 1 millón 80 mil pesos en preparar a Camila para el examen de admisión.

La noche anterior a la evaluación en el Saint George's, Camila tuvo fiebre. En la mañana, le dieron un paracetamol y la llevaron al examen. Cuando tuvo que rendir el examen en el Manquehue, la encargada de admisión les avisó a los padres que había 270 postulantes para 24 cupos. Les ofrecieron devolverles el dinero que pagaron por dar el derecho a dar la prueba si desistían de continuar. Dijeron que no.

“Es una locura. Un proceso súper estresante. Todos los papás están nerviosos, tienen la angustia a flor de piel”, relata el padre de Camila.

Semanas más tarde supieron que Camila había quedado seleccionada en los tres colegios. La pareja lo pensó hartito antes de decidir en cuál matricularla. Dicen que optaron por The Grange por el nivel del inglés.

La decepción de Romina

La ingeniera comercial Romina Rodríguez no calculó que Manuel (su nombre ha sido cambiado), su hijo mayor, podría reprobar el examen de admisión de los colegios a los que lo postuló: The Kent School, Calasanz, The English Institute y el Colegio Alemán Sankt Thomas Morus. Recuerda que llegó confiada una mañana de 2012, a las 7:30, a entregar los documentos que exigía el Colegio Alemán para iniciar el proceso de admisión. Le llamó la atención la cantidad de padres tratando de hacer el mismo trámite: solo recibirían los antecedentes hasta el número 100. Ella tenía el número 70.

Una semana después llevó a Manuel a rendir el examen en ese colegio. Cuando llegó su turno, lo miró a los ojos y le dijo: “Mi amor, responde las preguntas que le hagan, dibuje lo que le pidan y pórtese bien. Nos vemos en un ratito”. Una educadora tomó la mano de su hijo y lo llevó a una sala de la cual salió una hora más tarde.

Repitió el proceso en los otros colegios. No tenía idea qué medían en los exámenes de admisión, pero estaba confiada. “Cuando

recibí el llamado de los colegios, que sin mayor explicación, me avisaron que no había quedado, lloré. Fue muy doloroso. Pensé: ‘¿Qué le pasa a mi hijo?, ¿tendrá algún problema y no me he dado cuenta?’”, dice Romina.

Su marido la ayudó a mantener la calma y juntos se pusieron a buscar colegios que tuvieran abierto su proceso de admisión durante el segundo semestre. Esta vez tomó la decisión de preparar a su hijo y contrató a la psicopedagoga María Jesús Castro, quien tenía experiencia entrenando a niños. “Esa misma semana fue por primera vez a mi casa y me tranquilizó: me dijo que Manuel no tenía ningún problema, que avanzaría rápido”, cuenta Romina.

La psicopedagoga estuvo dos meses haciéndole clases al niño. Pasaba con él dos horas a la semana y dejaba tareas para que Romina y su marido estimularan a su hijo. La principal dificultad de Manuel era con el lenguaje: le costaba explicar una situación siguiendo los hechos de forma cronológica y no pronunciaba correctamente la erre. “Algo muy frecuente; muchos niños pueden demorarse hasta los cuatro o cinco años en decir el fonema erre”, precisa la especialista.

Para mejorar la pronunciación de su alumno, escucharon juntos canciones que estimulan la dicción de la erre con palabras como “rojo” o “ratón”. Con un palito de helado untado en manjar, María Jesús le indicaba a Manuel en qué parte de su boca debía hacer presión con la lengua para que saliera el ruido de un motor. “A pesar de que el examen de admisión es un proceso súper estresante, siempre trato de meter el juego, porque crea en los niños un aprendizaje mucho más significativo, que perdura en el tiempo”, explica la psicopedagoga, que cobra 30 mil pesos por cada sesión de una hora.

En el segundo semestre de 2014 Romina lo postuló al colegio de La Salle y al Instituto Alonso de Ercilla. Fue seleccionado en ambos y sus padres lo matricularon en el La Salle, donde hoy cursa enseñanza básica.

Al principio Romina no estaba convencida, pero la tranquilizó saber que su hijo al menos tenía colegio. “Quería un colegio que

todos conocieran, que saliera en los rankings. Tuve que resignarme a que mi hijo no iba a salir hablando inglés, a que sus contactos no iban a ser hijos de gerentes o de gente importante. Son cosas que uno tiene metidas en la cabeza, porque al final lo que importa es que mi hijo sea feliz”, dice Romina.

Tiempo después, cuando sus hermanos menores tuvieron que rendir el examen de admisión, Romina no lo dudó: los preparó con la misma especialista para rendir el examen, que aprobaron a la primera.

“Manuel es un niño normal, yo lo sigo encontrando muy inteligente. Quizás cuando dio los primeros exámenes el resto de los niños eran más extrovertidos y él no estaba ni ahí con nadie. ¡Pero estamos hablando de niñitos de tres años! Lo que pasa es que son muy pocas vacantes, entonces a la más mínima diferencia, un niño queda afuera”, dice Romina. Y añade: “Este es un buen servicio, hay que tomarlo, porque, te guste o no, estos exámenes son parte del sistema y cada día son más exigentes”.

Estrés ABC1

La psicopedagoga Sandra Campanella y la terapeuta ocupacional Eloísa de Billerbeck están sentadas sobre una colchoneta azul, en una sala donde hay pelotas y columpios. Hace cinco años montaron en Vitacura un centro de desarrollo infantil llamado GoingUp donde apoyan, junto a un equipo multidisciplinario, a niños con dificultades en algún área de su desarrollo.

Pero hace cuatro años empezaron a llegar padres que traían a niños sin ninguna dificultad en su nivel de desarrollo. “Son papás que están muy estresados porque sus hijos queden en los colegios. Este es un estrés ABC1, porque en esta zona el colegio tiene mucha relación con el estatus. Es un tema más social que académico”, dice Campanella.

¿Qué se supone que debe saber un niño a los tres años? Aunque todos los exámenes de admisión son distintos y dependen del perfil

de alumno que busque cada colegio, las áreas generales de exigencia son las mismas y se basan en las mallas curriculares del Ministerio de Educación, que indican las habilidades que debe tener un niño al salir del jardín infantil.

Las Bases Curriculares de la Educación Parvularia más recientes se publicaron este año (la versión anterior databa de 2001) e indican tres ámbitos de aprendizaje. El primero es el Desarrollo Personal y Social, que incluye el desarrollo de la identidad, autonomía y autorregulación. También se espera que el niño desarrolle la motricidad gruesa para desplazarse de forma independiente y que reconozca sus derechos y los del resto para relacionarse de manera armónica. El segundo ámbito es de Interacción y Comprensión del Entorno, que se refiere a la capacidad de establecer diferencias, semejanzas y relaciones de causalidad, que son la base del método científico. Se espera un desarrollo básico del pensamiento lógico matemático, que tiene que ver con clasificar según criterios como forma, tamaño y color y también usar conceptos de ubicación como dentro, fuera, adelante y atrás. El tercer ámbito es la Comunicación Integral, donde se espera que el niño logre expresar sus vivencias, sentimientos y opiniones a través del lenguaje verbal y que sepa representar su mundo a través del lenguaje artístico; por ejemplo al dibujar la figura humana con ciertos detalles y ubicación espacial, lo que permite medir su motricidad fina.

“El ministerio fija los mínimos contenidos que un establecimiento del país debe abordar en (la educación) parvularia, básica y media. Pero cada establecimiento tiene la libertad de exigir más a los niños”, explica el superintendente de Educación, Sebastián Izquierdo.

Las especialistas de GoingUp creen que ahí está el problema, porque esa libertad ha permitido la escolarización de la educación parvularia y ha significado que la exigencia de los exámenes haya ido en aumento. En algunos casos a tal punto, que les exigen a los niños habilidades que no son propias de su etapa de desarrollo. “¿En algunos colegios les piden saber escribir su nombre a niños de tres

años!", alega Sandra Campanella, quien también dirige el jardín infantil bilingüe Runningbrook.

"Hemos recibido niños que han postulado a cinco colegios y no quedaron en ninguno, entonces los papás se empiezan a cuestionar qué problema tiene su hijo. Lo llevan al neurólogo, al psiquiatra, al fonoaudiólogo y a la terapeuta ocupacional y no le encuentran nada. Así es como llegan acá, donde corroboramos que son niños sin ningún problema", relata Eloísa de Billerberck.

Cuando GoingUp recibe a una familia que quiere preparar a su hijo para el examen, ofrecen un servicio de tres sesiones, cada una por un costo de 36 mil pesos, en que un especialista evalúa al niño y luego entrega un informe a los papás. Si el resultado arroja que el desarrollo del niño va de acuerdo a su edad, las socias –aseguran– deciden no intervenir y no toman el caso.

Las especialistas señalan que muchas veces el rechazo de un colegio a un niño se debe a pequeños detalles observados durante el examen: "Que se pone más ansioso, le dio pena separarse de la mamá o que le cuesta pronunciar bien una letra. Si hay dos niños y uno de ellos agarra mejor el lápiz porque, por ejemplo, ese día estaba más entusiasmado, el otro queda fuera. Se aseguran de no elegir a los niños más problemáticos y de ir seleccionando a los más perfectos según el criterio de cada colegio: los que aprenden rápido. Así aseguran el éxito, entre comillas", dice Eloísa de Billerberck.

14 denuncias

La Ley de Inclusión Escolar, promulgada en 2015, prohíbe a los colegios subvencionados y municipales seleccionar a sus alumnos a base de antecedentes personales y familiares y pone fin a las pruebas de admisión. Sin embargo, los colegios particulares siguen teniendo libertad para hacerlo. Siempre y cuando –según explicita el artículo 13 de la ley–, los procesos de admisión sean transparentes y los criterios de selección no discriminen de forma arbitraria.

Por incumplimiento de esta normativa en procesos de admisión a pre-kínder de colegios particulares, entre 2016 y 2017 la Superintendencia de Educación recibió 14 denuncias que, si llegan a puerto, suponen una multa de hasta 50 UTM al colegio.

“Existen algunas situaciones que tienen que ver con discriminaciones arbitrarias en este proceso, entre ellas la solicitud de antecedentes socioeconómicos de los padres del estudiante, como liquidación de remuneraciones o la cartola de AFP. Otras exigencias que no cumplen con la normativa son la solicitud de antecedentes médicos, el estado civil de los padres y documentos relacionados con la adscripción a un determinado credo religioso, con el propósito de generar diferencias arbitrarias”, explica el superintendente Sebastián Izquierdo.

LOS MÉDICOS DETRÁS DEL PRIMER ABORTO LEGAL



Andrew Chernin

10 de febrero

Sábado, El Mercurio

Un tema de absoluta actualidad y relevancia tratado desde un ángulo novedoso, que provocó reacciones encontradas y marcó la pauta del tema en los meses que siguieron. El autor relata el compromiso y la preparación del médico Gonzalo Rubio hasta convertirse en el primer cirujano en realizar un aborto legal en Chile, menos de dos semanas después de ser promulgada la ley de aborto en tres causales. Minuciosamente, con profundidad en la divulgación de datos médicos y psicológicos y respeto y cuidado por la privacidad de la paciente (una menor de 12 años víctima de una violación), se reconstruyen las horas anteriores y posteriores a la operación. El reportaje tuvo consecuencias controversiales para el medio (un político conservador incluso anunció la cancelación de su suscripción al diario que lo había publicado) y los protagonistas, y sobre todo para el doctor Rubio, sometido a una campaña de desprestigio de grupos antiabortistas, hasta el punto de que el Colegio Médico tuvo que salir en su defensa.

Había ido a dejar a su hijo a la casa de su madre y entonces su teléfono sonó. Era el martes 3 de octubre, alrededor de las ocho de la noche. El doctor Gonzalo Rubio, de 34 años, tomó su celular y contestó el llamado. Era del Ministerio de Salud. Alguien, asegura, a quien conocía del Programa de Salud de la Mujer. Querían saber si en el hospital donde trabajaba como ginecobstetra, el San José, tenían aspiradores manuales, los mismos que se utilizan para realizar abortos. Rubio dijo que sí. También preguntó por qué. Tenemos el primer caso, le dijeron, a propósito de la ley de aborto en tres causales que llevaba vigente diez días. Era una mujer de un pueblo rural en Chiloé con un embarazo por una violación denunciada en Castro, el 26 de septiembre, que tenía 12 semanas de gestación. A Rubio le explicaron que querían llevarla a Santiago, que se atendiera aquí.

—Yo le contesté: mejor mándenme a donde ella esté. No la muevan. Si viene de una situación de ruralidad, no hay que sacarla de su entorno —cuenta Rubio—. La persona del ministerio me respondió que no era posible, que los colegas allá estaban muy pesados porque no había un reglamento para el procedimiento. Entonces no querían. Le propuse que la llevaran a otro centro médico cercano y nos juntáramos allá. Me dijo que era difícil que eso funcionara. Bueno, le dije, yo la recibo.

Después le pidieron que al día siguiente actuara sorprendido cuando los directores del hospital San José le avisaran oficialmente

del caso. Antes de colgar, Gonzalo Rubio preguntó cuántos años tenía la mujer que atendería.

Es una niña, le contestaron. Una niña de 12 años.



La primera imagen que tiene sobre un aborto es la del video que vio cuando estaba en el San Ignacio de Alonso Ovalle y era un alumno católico de 16 años. Estaba en una sala mirando *El grito silencioso*: un documental de 1984 narrado por Bernard Nathanson, un médico neoyorquino que después de haber defendido el aborto durante años, cambió de opinión y se volvió un activista pro vida. *El grito silencioso*, que recibió varios cuestionamientos de una parte de la comunidad médica norteamericana, muestra la realización de un aborto a través de las imágenes de una ecografía. El título del documental apela a las muestras de dolor que el feto de 12 semanas sentiría al abrir su boca durante el procedimiento, pero que nadie puede escuchar.

—Muestran una cosa que se llama dilatación y evacuación. Es cuando tienes que sacar el feto y lo fraccionas. Es un video que usan para traumatizar a los niños y niñas en los colegios. Y esa es la imagen que yo tenía del aborto a esa edad, la de un feto fraccionado, que es fuerte. Por esa formación católica que tuve, en ese momento consideraba que el aborto no era una opción legítima —explica Gonzalo Rubio.

A los 18 ingresó a estudiar medicina en la USACH. Ese mismo año supo que sería padre.

—Independiente de que yo tenía información al respecto, tuve un embarazo no planificado —dice Rubio—. Mi familia me apoyó. Pero, hablando con mis compañeras de carrera, me di cuenta de que había otras familias que no eran así. Además, entendí que yo tenía una imagen muy idealizada de la maternidad. Muy de la Virgen María. Y las cosas no eran así. Todo eso influyó en que yo cambiara de opinión sobre el aborto.

Hubo un cambio más durante la universidad. Gonzalo Rubio dejó de ser creyente.



En su mente era pequeña y tal vez tenía las mejillas rojas. En su cabeza, era una menor que podía recordarle a su hijo porque ella tenía 12 y él 14. La idea lo rondó cuando despertó en su departamento en el barrio Italia, cuando se subió a su bicicleta y durante los minutos que pedaleó hasta el hospital, donde llegó a las siete. Allí el jefe de la maternidad, el doctor Marco Clavero, se estaba enterando de la noticia, leyendo la orden judicial que pedía que el procedimiento se llevara a cabo en el San José. No solo, como explica el doctor Alfonso Jorquera, director del Servicio de Salud Metropolitano Norte, porque se trata del servicio de Obstetricia y Ginecología más grande de Chile, sino también porque ahí estaba el equipo médico con mayor experiencia en el procedimiento de aspiración manual endouterina (AMEU) del país.

Clavero, de 59 años, obstetra, tenía una historia en esos pabellones de maternidad. No solo porque es un funcionario desde 1985, sino que porque ahí también vivió uno de los casos que más lo marcó. Recién comenzaba su beca. Tenía 27 años y llegó una mujer de unos 30 años en tal de grado de shock, que no le pudieron dar anestesia por miedo a que la matara. Cuando pudieron examinarla, lo vieron: un tallo de perejil en su vagina, usado para romper su saco amniótico y así detener su embarazo, que había terminado en aborto séptico.

—Antes esas situaciones se denunciaban a la justicia y eso provocó una mortalidad muy grande, porque las mujeres evitaban venir a los hospitales. De hecho, esa mujer falleció a las horas —dice Clavero.

Esa clase de experiencias lo hacía empatizar, mientras se discutía en el Congreso, con la ley de las tres causales. Salvo por la última,

explica: “Estaba el fantasma de que podrían pasar casos por violación, que no fuesen violaciones”. Pero con la ley aprobada, dice, no había nada más que acatar. Sobre todo porque los plazos estaban justos. La menor tenía 12 semanas y la ley, en el caso de las menores de 14 años, permitía abortar hasta las 14 semanas de gestación. Aunque eso, en la cabeza de Clavero, no era todo lo que le preocupaba: tenía la dificultad de atender discretamente a una niña en un hospital que solo recibe a adultos:

—No quería que esto se transformara en un escándalo. No quería que llegaran los periodistas y quedara expuesta. No quería convertirla en la niña del aborto.

A media mañana, Clavero le contó a Rubio y este se hizo el sorprendido y dijo que no tenía objeciones de conciencia. Le dio también el teléfono de la enfermera que viajaba junto a la madre de la paciente y una funcionaria de la Unidad de Atención a Víctimas de la Fiscalía de la Región de Los Lagos. Ambos definieron al equipo que la atendería y quiénes estarían al tanto de por qué esa menor estaba ahí. A pesar de que médicamente no era necesario, la sedarían por completo. No querían arriesgarse a que sintiera dolor. Una vez que todo terminara, la trasladarían al vecino Roberto del Río porque ahí, en ese hospital de niños, podría verse como una paciente más.

Gonzalo Rubio llamó a la enfermera que viajaba con la paciente. Ella le comentó la situación de la menor. De todo lo que el médico escuchó, hubo una cosa que lo remeció: en semanas previas la niña había intentado matarse.

Esa historia fue la que les contó a las compañeras que eligió para que trabajaran con él. A María Parra, 41 años y matrona jefa de turno, le pidió que la recibiera cuando llegara en la ambulancia hasta la Urgencia. Parra, que es madre, no tuvo problemas. Tampoco lo tuvo Waleska Romero, de 29 años, matrona supervisora de pabellón. A ella le pidió que lo acompañara durante el procedimiento y eso, para ella, tuvo un significado. No solo porque estaba a favor de las tres causales. Sino que después de estudiar un año ingeniería civil y

de entrar a obstetricia no porque quisiera ser matrona, sino más bien porque el puntaje le alcanzaba, esta posibilidad reforzaba la idea que la había mantenido todos esos años en la carrera: que aquí podía ayudar.

La anesthesióloga María José Irribarra, de 36 años, fue la última en saber. Cuando le preguntaron, ella, una profesional educada en colegio católico que eligió su especialidad porque le atraía la posibilidad de paliar el dolor, solo quiso asegurarse de que todo esto era legal.

A la menor le reservaron una sala cerrada en la maternidad donde no pudiese ver a otras madres con sus hijos. Pensaron en usar sedantes que, además, provocaran amnesia. Querían evitarle el recuerdo de todo esto. Pero ese día, la niña no llegó. Hubo problemas con su vuelo y, en una primera instancia, llegaría el jueves.

Esa noche de miércoles, Gonzalo Rubio se fue a dormir con una sensación extraña cuando repasó mentalmente toda la coordinación que habían acordado para que nadie supiera lo que pasaba en esa sala cerrada de maternidad. Entendía que había que resguardar la privacidad de ella y él quería hacerlo. Pero en el fondo todo ese secretismo para que no se generara un escándalo le parecía sospechoso, por algo que se repitió esa noche y que también dice y repite ahora.

—No estábamos haciendo nada ilegal.



La mujer tenía un embarazo de 37 semanas y el feto iba a morir, porque durante su gestación no había desarrollado un cerebro. Gonzalo Rubio lo recuerda porque tenía 27 años y estaba haciendo su beca en el San José. Los médicos le preguntaron a la paciente si quería interrumpir y ella dijo que no, que quería seguir hasta que el niño partiera naturalmente. En su memoria, el resto de sus compañeros se conmovieron con la respuesta:

—Era como si esa decisión la elevara a una categoría heroica y yo consideré que era absolutamente legítimo que una mujer no quisiese pasar por eso —recuerda Rubio.

En esos años formativos vio malformaciones graves y mujeres que debían pasar por seis o siete ecografías donde veían y escuchaban los latidos y movimientos de fetos que no tenían buen pronóstico. Y eso, pensaba Rubio, las traumatizaba aún más.

Las que sí decidían dar término a los embarazos que sufrían abortos espontáneos, aprendió Rubio, se enfrentaban a otro camino que terminaba con un legrado: una intervención quirúrgica, coloquialmente conocida como un “raspado”, que demora unos 15 minutos, donde el médico usa una cucharilla metálica para raspar el útero, con el riesgo de perforarlo, y sacar los restos de aborto.

El legrado también requiere de la aplicación de anestesia general a una paciente en ayunas y esto, recuerda Rubio, por la falta de esos especialistas en el sistema público, hizo que muchas veces atendiera a mujeres que tuvieron que esperar 24 o 48 horas antes de que un anestesista pudiese verlas, porque la prioridad en la maternidad siempre estaba en las mujeres con parto.

Hace unos tres años, el doctor Marco Clavero, jefe de la maternidad del Hospital San José, supo de una capacitación en Viña del Mar de la Sociedad Chilena de Obstetricia y Ginecología y el Ministerio de Salud para enseñar, teóricamente, cómo aplicar una técnica nueva en casos de abortos espontáneos: la aspiración manual endouterina (AMEU). Gonzalo Rubio se interesó, porque pensaba que el legrado era un procedimiento innecesariamente tortuoso para la paciente. En el taller aprendió cómo aplicarlo y luego siguió especializándose, tomándolo como una causa personal. En mayo de 2016, el AMEU comenzó a ser parte de los procedimientos en el hospital San José.

—No estábamos pensando en ninguna ley —dice Clavero—. Nosotros vemos casi 1.200 abortos espontáneos al año y estábamos pensando en arreglar el problema de las mujeres que lo sufrían y no recibían una atención oportuna.

La menor de Chiloé no fue la primera paciente a la que Rubio le interrumpió el embarazo legalmente. Antes hubo otras. Eran mujeres que llegaban al centro de salud Marta Lamas, en Ciudad de México, donde el aborto está permitido a petición de la mujer hasta las 12 semanas de gestación. Gonzalo Rubio quiso aprender y por eso viajó allá a una capacitación de una semana, en noviembre de 2016.

Cuando regresó a Chile contó sobre la experiencia a sus colegas. La recepción, en varios casos, no fue buena. Le preguntaban si no le pasaba nada, si no sentía pena. Él respondía que solo trataba de respetar la autonomía de sus pacientes.

Desde que su hospital comenzó a aplicar el AMEU para abortos espontáneos, en mayo de 2016, Rubio calcula que ha realizado 400 de esos procedimientos. Ese registro, sus posturas y su viaje a México le ganaron un apodo entre sus detractores.

—Me empezaron a decir: “Abortín”.



Ese jueves, el 5 de octubre, Gonzalo Rubio no quiso usar su bicicleta. Aún hoy no entiende por qué. En cambio se subió a su auto y llegó a las 6:50. En el hospital recibió un mensaje de la enfermera que viajaba con la menor. Llegarían a Santiago al mediodía, así que coordinaron que una ambulancia fuera a buscarlas. Alrededor de las 13:00 apareció en el hospital, por la Urgencia de calle Zañartu. La matrona María Parra fue a recibirla a la ambulancia. Estaba con su madre, la enfermera y la funcionaria de la fiscalía. Pero lo que recuerda, mientras se presentaba y les explicaba los pasos siguientes, es otra cosa: la niña llevaba un peluche. Un oso felpudo de *Winnie the Pooh* entre sus brazos.

—Le pregunté si quería salir de la ambulancia caminando, en silla de ruedas o en una camilla. Eligió la camilla, porque quería taparse la cara —dice Parra—. Yo le dije que no había ningún pro-

blema. La sacamos de la ambulancia en la camilla y le tapé la cara con unas sábanas. También tapé al peluche.

La trasladaron hacia una sala de la Urgencia para hacerle una ecografía. Ahí fue cuando Gonzalo Rubio la vio por primera vez.

—Al principio no quería que la viera un hombre. Yo le expliqué que no la iba a examinar, sino que solamente le iba mirar la guatita. Se veía asustada ella. Por eso no quería mostrarle las imágenes de la ecografía o hacerle escuchar los latidos. No quería victimizarla —explica Rubio.

María Parra hizo de pantalla y se paró tapando el monitor. Trató de distraerla.

—Cuando Gonzalo le puso el gel, no se veía cómoda. Estaba nerviosa y muy infantilizada. Hablaba como una niña de cuatro años y no quería desprenderse de la enfermera que la acompañaba.

Al terminar, María Parra le preguntó si estaba bien y la menor le respondió que le dolía el pie izquierdo. La revisaron y tenía un esguince en el tobillo: por los nervios, se había caído en la mañana cuando salía de la ducha.

Luego pasaron a la sala cerrada en la sección de parto. Ahí entró la matrona Waleska Romero. Le hizo un chequeo rápido y le instaló una vía venosa. Después el doctor Rubio le dio una pastilla sublingual de misoprostol, un medicamento para preparar el cuello del útero para el AMEU, que demora unas tres horas en hacer efecto.

Durante todo ese tiempo la menor estuvo acompañada de Romero, su madre, la enfermera y la funcionaría de la fiscalía.

También estuvo *Winnie the Pooh*.



La sedaron intravenosamente con midazolam alrededor de las 16:00. Lo hicieron antes de que ingresara a pabellón, para que ni siquiera pudiese recordar esa sala. La anestesióloga María José Irribarra entendió que el medicamento ya estaba haciendo efecto en su cuerpo

de 50 kilos, cuando la niña cerró sus ojos y soltó el peluche de sus manos. Solo entonces se atrevieron a llevarla a pabellón. Eran cerca de las 17:00.

Al fondo de la sala estaba Irribarra con la madre de la menor. La matrona Waleska Romero se ubicó a un lado de la paciente y el doctor Gonzalo Rubio sentado, frente a sus pies, pensando que si lo hacía bien, de los restos del aborto podrían recuperar ADN que sirviera para formalizar al hombre que había puesto a esta niña frente a él. Pero que si algo fallaba los detractores de la ley usarían este caso, y su error, para cuestionar la implementación de una política sanitaria que él defendía.

Entonces la pusieron en posición ginecológica y con un espéculo, que es como una paleta metálica, miró el cuello del útero y lo desinfectó. A continuación introdujo unos tubos de plástico llamados cánulas, dentro del útero. Rubio los conectó al aspirador, que vació el útero. Fueron cinco minutos tensos en que nadie habló, y eso no era común, porque los médicos, dice Rubio, suelen hablar con su equipo durante una operación. Se preguntan si todo va bien. Si falta algo. Pero aquí no pudieron, o no quisieron, por el simbolismo mismo del momento y para no preocupar a la madre.

Cuando eso terminó, certificaron con una ecografía que no quedara ningún resto fetal o de placenta adentro y después Rubio, por temas de evidencia judicial, con el mismo silencio incómodo en el pabellón, tuvo que separar esos restos. Los puso en un contenedor pequeño para que los detectives de la PDI, que esperaban en otra sala, pudieran llevárselo en cadena de custodia.

La menor despertó en la sala de recuperación, junto a su madre, diciendo que tenía sueño y preguntando por su peluche. Se lo dieron, le tomaron los signos vitales y le dieron algo para comer. Gonzalo Rubio volvió a verla y ayudó a trasladarla en camilla al Roberto del Río, a través de un pasaje que une a ambos hospitales. En el camino ella le preguntó si esto era Santiago y él le dijo que sí y si había estado antes. Ella contestó que no creía, que no podía recordar haber estado ahí antes.

El turno del doctor Rubio se extendió hasta las tres de la tarde del viernes. Esa noche, recuerda, luego de dormir dos horas, fue a despedirse de ella a las siete de la mañana. No mucho después ella regresó a casa con su madre. Rubio también viajaría a Chiloé a fines de año. Le pidieron que fuera a capacitar a los médicos en Castro y se ganó otro sobrenombre: ahora sus colegas lo llamaban: “Doctor AMEU”.

—Tengo el mayor respeto por los objetores cuando esta objeción es verdadera y no se convierte en una “obstrucción de conciencia”. Creo que la mayor parte está desinformada y tiene aprensiones que, aunque legítimas, tienen mucho de prejuicio —sostiene Rubio.

Según el director del Servicio de Salud Metropolitano Norte, Alfonso Jorquera, ese fue el primero de los cuatro procedimientos por ley de aborto en tres causales que se han realizado en el hospital San José. Marco Clavero, jefe de la Maternidad del hospital, teme que esa cifra se malinterprete:

—Lo que yo no quiero es que se estigmatice a este servicio como el hospital de los abortos en Chile. Porque nosotros, lo que estamos haciendo, es cumplir un mandato legal.

Después de manejar hasta su casa y dormir luego de un turno de 36 horas, Gonzalo Rubio despertó el viernes en su departamento con varias llamadas de gente del Ministerio de Salud que querían saber qué tal había salido todo. En la noche la mujer con la que vive llegó y él le contó quién había sido la primera paciente por la ley de aborto: una niña, le dijo. Una niña con un peluche.

Algunos minutos más tarde, ella le preguntó que qué habría pasado con esa misma niña si hubiera llegado a él un par de meses antes, cuando aún no existía la ley.

Gonzalo Rubio no supo qué responderle.

EL CODICIADO CARGO DE LOS AGREGADOS COMERCIALES



Juan Pablo Sallaberry y Sebastián Labrín

26 de diciembre

La Tercera

Este reportaje se adentra en los sueldos y procedimientos para designar a los agregados comerciales de Chile en el exterior, uno de los cargos mejor remunerados del Estado, que suelen ser elegidos discrecionalmente por motivos ajenos a los méritos profesionales. Si bien la investigación abordó a los 12 agregados comerciales designados por la segunda administración de Sebastián Piñera, la gran mayoría de ellos elegidos sin concurso público, destacó el caso de Fernanda Bachelet Coto: la agregada comercial en Nueva York, de 27 años y menos de dos de experiencia laboral, es hija de uno de los socios y amigos del presidente. Luego de levantada la polémica, le siguieron otras publicaciones sobre el caso aparecidas en *La Tercera PM* que acrecentaron la presión hasta forzar la renuncia de Fernanda Bachelet, quien cobraba más de diez millones de pesos mensuales. Aunque el jurado del premio reconoció la serie de publicaciones sobre el caso, en este libro reproducimos la investigación que dio inicio a la controversia.

Los agregados comerciales son uno de los cargos mejor remunerados del Estado. Los directores de las 31 oficinas comerciales de Chile repartidas en distintas ciudades del mundo ganan en promedio US\$ 14.000 mensuales (\$ 9.660.000), que incluye un aporte por carga familiar y la colegiatura de los hijos. Los sueldos varían según el costo de vida de cada país, desde los US\$ 11 mil (\$ 7.590.000) que recibe el director económico en Sudáfrica, hasta los US\$ 18.500 (\$ 12.765.000) del agregado de Chile en Dubái.

El buen salario se explica por el rol estratégico y altamente especializado que deben desempeñar, haciendo una labor complementaria a la de los embajadores y cónsules. Son los encargados de potenciar y promocionar la exportación de bienes y servicios de Chile; realizar estudios del mercado local para detectar ventajas comparativas de la industria nacional; y, en menor medida, apoyar la inversión extranjera y promover el turismo y la imagen país.

Sin embargo —y pese a ser un cargo técnico y no político—, en 2018 solo se ha realizado un concurso para llenar estas vacantes, mediante el cual se eligió al director económico en Corea del Sur. Las otras 11 nominaciones que ha hecho el gobierno han sido “a dedo”, ya sea seleccionados directamente por el jefe de la Dirección General de Relaciones Económicas Internacionales (Direcon), Rodrigo Yáñez o, en cinco de los casos, los nombres fueron designaciones presidenciales.

La discrecionalidad en la elección de los agregados comerciales contrasta con las altas exigencias de los llamados a concurso para

contratar a los asistentes de los agregados. Estos funcionarios, que ganan en torno a los US\$ 5.000 mensuales (\$ 3.450.000) –menos de la mitad que un director comercial– son elegidos a través de convocatorias abiertas cuyos requisitos son tener una antigüedad mínima de tres años en Direcon; haber obtenido las máximas calificaciones de desempeño; acreditar manejo de inglés avanzado; exponer una monografía sobre las características del mercado del país al cual postula; estudios de posgrado o especialización en comercio internacional como requisito deseable, y una entrevista con una comisión evaluadora.

Los elegidos

Fernanda Bachelet Coto tiene 27 años, hace dos se tituló de ingeniera comercial en la Universidad Católica, no registra estudios de posgrado. En su currículum oficial destaca ser el mejor puntaje PSU entre las mujeres de su generación en el colegio San Benito, su “participación en el movimiento gremial universitario”, y una experiencia laboral de un año y medio en CMR Falabella. Mientras estudiaba, también trabajó en el sector inmobiliario en “la habilitación de salas de venta y departamentos pilotos”.

En octubre de 2018 aterrizó en Estados Unidos para asumir sus nuevas responsabilidades: fue nombrada por el gobierno como jefa de la oficina comercial de Chile en Nueva York.

En los pasillos de la Cancillería llamó la atención que una profesional tan joven y con poca experiencia obtuviera una de las agregaduras comerciales más codiciadas entre los funcionarios y que contempla una remuneración mensual de US\$ 15.000 (\$ 10.350.000).

Fernanda Bachelet es hija del empresario Ricardo Bachelet Artigues, quien es amigo hace tres décadas del presidente Sebastián Piñera y su antiguo socio en CMB Inversiones y en algunos proyectos inmobiliarios. Es primo en segundo grado de la expresidenta Michelle Bachelet.

Según explica Jorge O’Ryan, director de Promoción de Exportaciones, ProChile, “esa fue una designación dentro de las facultades que tiene el presidente de la República (Sebastián Piñera) de designar directamente. Todos los directores comerciales son verdaderos embajadores de Chile, tú no puedes mandar a cualquiera para afuera. Aquí se le hizo un coaching durante un mes, nosotros necesitábamos un perfil joven porque Nueva York tiene mucho que ver con industrias creativas, innovación y emprendimiento. Y es tan bien lo que lo ha hecho, que tenemos felicitaciones internacionales. Por ahí tengo las cartas del director de ProPerú destacando el gran trabajo que ha hecho Fernanda”.

Entre los nombramientos hechos directamente por Presidencia se encuentran los nuevos directores comerciales en París, Miami, Los Ángeles y Lima.

En Francia nombró a Ignacio Morandé Montt, cientista político de Lawrence University y máster en asuntos públicos del London School of Economics y del Sciences Po, París. Tiene experiencia como coordinador del proyecto Programa País del PNUD y como asesor legislativo de senadores de la UDI. Reemplaza a Pedro Durán, el cuñado del expresidente Ricardo Lagos, quien estuvo en el cargo hasta marzo de 2018.

Para Miami se designó a Germán Rocca, licenciado en Artes Plásticas y MBA de la Universidad Adolfo Ibáñez. Reemplaza en el cargo al ingeniero comercial Sasha Garafulic, quien tiene una trayectoria profesional ligada a la diplomacia, al igual que su hermano, el exintendente PPD Igor Garafulic.

Entre 2015 y 2018, Rocca fue director regional en Australia de la famosa empresa chilena Crystal Lagoons, que ha construido en todo el mundo enormes lagunas artificiales. Otros tres agregados comerciales recién nombrados por el gobierno provienen directamente de Crystal Lagoons: se trata de Sebastián Pillado, exdirector general para Europa de la empresa, quien asumió como representante de Chile en Madrid; Jaime Rivera, exdirector regional para Asia

de Crystal Lagoons, quien asumió en Tokio, y Carlos Salas, quien de director regional para Medio Oriente de la empresa pasará a ser agregado de Chile en Dubái.

Pillado, Rivera y Salas ya habían sido agregados comerciales en el primer gobierno de Piñera.

Para Los Ángeles se designó a Nicolás Vives Vial, ingeniero comercial de la UDD. Él reemplaza en el cargo al ingeniero comercial Rodrigo Mladinic –hijo del exministro DC Carlos Mladinic–, quien actualmente enfrenta un sumario en Direcon luego de que en la Navidad de 2017 un control policial en Estados Unidos lo sorprendiera supuestamente manejando bajo los efectos del alcohol. Se indaga si hizo uso indebido de su pasaporte diplomático.

“Yo niego rotundamente los cargos que me formularon y espero establecerlo así una vez concluido el sumario”, señala al respecto Mladinic, quien fue elegido en el cargo a través de concurso.

Finalmente, como agregado en Washington DC asumirá Matías Pinto Pimentel, abogado y máster en Derecho Ambiental, especializado en comercio internacional, quien está casado con María Loreto Lynch, jefa de gabinete del director de ProChile.

Reducción de oficinas

El director de ProChile, Jorge O’Ryan, explica que el Decreto con Fuerza de Ley N° 53 de 1979, que creó a la Direcon, permite la elección directa de los agregados. La autoridad subraya que si bien los directores comerciales no están suscritos al sistema de Alta Dirección Pública, cada una de las designaciones cumple con altos estándares curriculares y se busca el perfil ideal para cada país. “La institución hace un proceso súper transparente, buscamos un perfil técnico, se les entrevista y se les pide planes de negocio. Para el cargo se requieren muchas habilidades blandas, tienen que armar una cadena de *network*, pasan por cedazos psicológicos y papeles de antecedentes como cualquier postulante. La mayoría tiene posgrado y nadie pertenece a un partido político”, sostiene.

Según explica, se hacen selecciones privadas de postulantes ya que “muchos profesionales mandan permanentemente currículum a ProChile y a la Direcon porque quieren trabajar acá, y cuando no tenemos gente interna que cumple el perfil empezamos a buscar ahí”.

El director de ProChile señala que están realizando una reestructuración al sistema de agregados que generará un ahorro para el Estado y focalizará los recursos en Asia y mercados emergentes por sobre Europa.

Así, se ha resuelto reducir algunas oficinas comerciales, convirtiéndolas en representaciones comerciales. Por ejemplo, en el caso de Suecia, el primer gobierno de Piñera ya había cerrado la oficina comercial, pero el gobierno de Bachelet volvió a abrirla, nombrando agregada a Evelyn Rakos. Ahora Piñera la reducirá nuevamente, dejando solo un asistente de nacionalidad sueca, con lo que se ahorran los pagos por traslado, mudanza e instalación que reciben los agregados.

En Venezuela la oficina pasará a ser una representación, bajando los funcionarios de cuatro a uno, a la espera de que se normalice la situación política de ese país y mejoren las exportaciones, que en 2018 apenas han superado los US\$ 50 millones, señala O’Ryan.

En China se reducirá la oficina de Hong Kong y no se nombrará agregado. Esto debido a que el nuevo puente que une la ciudad con el puerto de Guangzhou permitirá mantener solo al director comercial de esa localidad. Para ciudades clave como Shanghái, el gobierno logró reclutar a Juan José Vidal, quien trabajó 13 años en China como representante de la empresa chilena Watts; y en Beijing se ratificó como agregado a Andreas Pierotic.

En julio de 2019 entraría en vigencia la nueva ley de modernización de Cancillería promulgada en marzo de 2018, que entre otros puntos crea una subsecretaría de relaciones económicas internacionales, que reemplazará a Direcon, y que establece que los “agregados

a cargo de una oficina comercial o de un departamento económico” serán nombrados “previo concurso”, que deberá “considerar factores tales como estudios y cursos de formación educacional y de capacitación, experiencia laboral y competencias específicas para el desempeño de la función”.

EL CLUB DE ASESORES QUE GANÓ MILLONES ALIMENTANDO LOS MIEDOS DEL EMPRESARIO GONZALO VIAL CONCHA



Alberto Arellano

27 de marzo

Ciper

Este reportaje lleno de datos, fuentes y detalles, revela una dimensión nueva que surgió en el juicio del empresario Gonzalo Vial Concha contra la empresa de asesorías Exportadora y de Gestión Caval Limitada, propiedad de Natalia Compagnon, nuera de la expresidenta Bachelet. Con paciencia de orfebre, el autor presenta y explica una larga y compleja trama de engaños, cobros millonarios, espionaje industrial y personal. Tal como está contado en este reportaje, la presentación y el análisis de los hechos permiten imaginar un thriller psicológico al estilo de una película de los hermanos Coen. Sin sacar conclusiones más allá de las que permiten los datos, el autor ayuda a los lectores a entender cómo la inseguridad y el miedo a ser traicionado por sus propios empleados lleva al heredero de un imperio agrícola a destinar millones en asesores e informes que terminan alentando, promoviendo y creando realidades paralelas para que siga sospechando y pagándoles.

El miércoles 21 de marzo Sebastián Dávalos pidió “sentidas disculpas” por haber calificado al Ministerio Público de “corrupto”. Dávalos habló cuando la Corte Suprema revisaba el sobreseimiento que lo favoreció y que dictó la Corte de Apelaciones de Rancagua el 2 de enero sobre su rol en el negocio inmobiliario en Machalí que dio origen al caso Caval. Es probable que el máximo tribunal confirme el sobreseimiento del hijo de la expresidenta Michelle Bachelet, pero el 28 de marzo tendrá lugar una audiencia en Rancagua que le abre a él y a su esposa, Natalia Compagnon, un complejo escenario.

Ese día, los dueños de Caval, Compagnon y Mauricio Valero, además de Dávalos, enfrentarán una nueva audiencia de formalización tras la querella por estafa presentada en junio de 2016 por el empresario rancagüino Gonzalo Vial Concha.

La figura de Vial Concha, dueño del holding Graneles del Sur, está estrechamente atada a Caval. Desde su creación en febrero de 2012, Vial fue prácticamente el único cliente de esa empresa, con pagos solo ese año de más de \$ 1.200 millones por asesorías mineras, portuarias e inmobiliarias. Con el correr de los meses, Natalia Compagnon se ganó su confianza y a las asesorías ya mencionadas, se sumaron otras en seguridad informática.

La seguridad, en su más amplio espectro, ha sido la gran obsesión de Gonzalo Vial Concha en la última década y, a la vez, su talón de Aquiles. *Ciper* indagó en esa cara poco explorada del empresario rancagüino y tiró de un hilo que lleva a lo menos a 2008, cuando el dueño de Graneles del Sur comenzó a pagar altas sumas de dinero

para hacer frente a supuestas amenazas de secuestro, fraudes y feroces conspiraciones en contra suya, de su familia y de sus negocios.

Acicateado por alertas que le anunciaban el posible rapto de uno de sus hijos, en 2010 Vial Concha tomó la decisión de dejar Rancagua y trasladarse junto a su familia a vivir a Santiago. En 2012 dio por verídicos los informes que le proporcionó un asesor sobre el supuesto complot que altos ejecutivos de Agrosuper –la empresa de su progenitor, Gonzalo Vial Vial–, maquinaban para enemistarlo con su padre. El episodio terminó por quebrar la compleja relación entre ambos.

Casi en paralelo, Vial Concha se convenció de la existencia de un megafraude al interior de Agrosuper –donde él y sus hermanas también tienen participación– el que amenazaba con extenderse a su holding Graneles del Sur. Fue entonces que le dio luz verde a Caval para que con expertos informáticos llevaran a cabo una exhaustiva auditoría para identificar a los responsables.

En su querella por estafa, Vial Concha acusó a Natalia Compagnon de haberle entregado más de 300 correos electrónicos con información que apuntaba a esa estafa. En los correos –que fueron revisados por *Ciper*– aparecen supuestas comunicaciones entre ejecutivos de Agrosuper en las que se habla de millonarios desvíos de dinero hacia cuentas en el paraíso fiscal de Panamá; adulteraciones de balances y estados financieros, y hasta se sugieren líos amorosos entre trabajadores. En ese “complot” también se incluye a un ex alto ejecutivo de Graneles del Sur.

Hoy el empresario rancagüino afirma que esos emails fueron manipulados e incluso “falsos”. Pero en 2012 esa información incendió sus miedos e inseguridades llevándolos al paroxismo. Y si el fuego prendió rápido fue porque Vial Concha venía lidiando desde hace años con la sombra de intrigas en su contra.

En esa trama febril aparece un personaje que hasta ahora ha pasado inadvertido: Roberto Standen Pérez, empresario penquista experto en seguridad, amigo de Vial, y su asesor desde 2008.

Reconocido por su estilo “militar” al interior de Graneles del Sur, poco después de que Vial Concha lo instalara en la cúpula gerencial de su holding, Standen se transformó en un poder omnipresente.

Fueron sus alertas las que hicieron que el empresario de los granos abandonara Rancagua. Y bajo su influencia Graneles del Sur sufrió una completa reestructuración que incluyó –además de guardias y cámaras– la creación de un departamento para indagar fraudes con auditorías confidenciales y también el cambio de ejecutivos.

Con carta blanca para operar, Standen llevó a la compañía de Vial Concha a un informático responsable del área de sistemas. Lo que el dueño de Graneles del Sur probablemente no supo, fue que la persona que su asesor en seguridad introdujo en su compañía había sido condenada poco antes por estafa cibernética.

No contento con eso, a mediados de 2012 Vial Concha le pidió a Caval ejecutar una completa auditoría en seguridad informática en su compañía. “La empresa se encuentra altamente expuesta y completamente vulnerable”, se lee en las conclusiones de ese informe que, según el rastreo de *Ciper*, fue revisado por Sebastián Dávalos, quien era entonces gerente de proyectos de Caval.

El intento de Vial Concha por quitarse de encima la sombra de la traición le ha costado caro. A Standen le pagó varios millones y aunque el empresario reconoció que la empresa de Compagnon y Valero no le cobró por los reportes de asesoría informática (la auditoría y los más de 300 emails), sí dijo que estuvo dispuesto a desembolsar “cifras importantes por los otros trabajos realizados por Caval (...) solo en función de esos informes que me hacían llegar de manera reservada”.

Cuando en marzo de 2013 cortó relaciones comerciales con Caval, Vial Concha siguió obsesionado con obtener información de inteligencia para enfrentar supuestas maquinaciones en el corazón de sus negocios.

Así, a comienzos de 2015, contrató directamente a Victorino Arrepol Garrido, quien había sido hasta pocos meses antes asesor de

Caval y uno de los responsables de los más de 300 correos electrónicos adulterados que Vial asegura le entregó Natalia Compagnon. El contrato firmado por Arrepol y Vial fijó un pago de \$ 122 millones anuales (5.000 UF), cifra que llevada a 12 meses es similar al sueldo de una alta autoridad de la República.

En esas labores y con la venia de Vial Concha, Arrepol realizó espionaje informático a ejecutivos de su holding. Una carpeta con cientos de correos electrónicos del gerente general de Graneles del Sur, Juan Pablo Correa, y que habrían sido interceptados durante varios meses por Arrepol cuando ya trabajaba directamente para Vial, evidencia que las desconfianzas del empresario rancagüino habían llegado a un punto de no retorno.

1^{er} acto: Noticias de un secuestro

En su declaración de enero pasado, Natalia Compagnon reveló detalles desconocidos de la vida de Gonzalo Vial. Relató que el empresario acostumbraba a portar en la guantera de su camioneta Mercedes Benz una pistola “para su seguridad”.

El dato entregado por la socia de Caval resulta verosímil a la luz de antecedentes recabados para esta investigación. Todos los testimonios recogidos por *Ciper* apuntan a que, desde al menos 2008, el dueño de Graneles del Sur había sido advertido por su asesor de seguridad, Roberto Standen, de fraudes, complots e intrigas en su contra. Esas alertas no solo lo llevaron a creer que su patrimonio estaba en riesgo, también la seguridad de su familia.

Dos fuentes consultadas por *Ciper* indicaron que Roberto Standen le advirtió al empresario que ejecutivos de Agrosuper lo “querían cagar”. También que algunos sindicalistas de la empresa de su padre habrían estado planeando el rapto de uno de sus cinco hijos.

Esas amenazas que Vial Concha creyó como ciertas, lo hicieron tomar la decisión de emigrar en 2010 junto a su familia desde su casa en la apacible comuna de Doñihue a un departamento en Santiago,

en Santa María de Manquehue. La tesis del secuestro levantada por Standen también lo llevó a pensar que la seguridad de su padre, Gonzalo Vial Vial, estaba en riesgo. Fue así como, para la celebración de uno de los campeonatos nacionales de rodeo en Rancagua (Champion), puso a un guardia a seguirle los pasos sin que su progenitor lo supiera.

Fue precisamente la afición por el rodeo la que juntó a Vial y Standen. Ambos son dueños de criaderos de caballos. En 2008, Vial Concha asumió como presidente de la nueva Federación Chilena de Rodeo y Pruebas Ecuestres, y Standen como vicepresidente. Esa organización se creó como entidad paralela a la Federación del Rodeo Chileno, fundada en 1961 y con su padre, Gonzalo Vial Vial, como presidente honorario. Un tercer nombre se sumó a esa lista como tesorero: el del empresario agrícola Pedro Santa María Torrealba, también amigo de Vial Concha, y cuyo nombre –como se verá– reflota misteriosamente en el contexto de la millonaria asesoría de Arrepol al dueño de Graneles del Sur en 2015.

A través de su empresa de seguridad Conmax, integrada por excarabineros y militares en retiro, cuya sede está en Concepción, Roberto Standen le presta servicios de vigilancia a empresas forestales, entre ellas a Arauco, propiedad del Grupo Angelini. Comuneros mapuches con tierras en litigio con esa forestal han denunciado constantes hostigamientos por parte de los guardias de la empresa de Standen para desalojarlos. “Se pasean por fuera de nuestra rucas sacando fotos... nos disparan cuando pasamos por caminos interiores del fundo”, acusó uno de los afectados.

Quienes lo conocen confirman que una de las prácticas comunes de Standen es hacer seguimiento fotográfico a las personas que tiene bajo su lupa. Hay quienes incluso aseguran que esa información la utiliza para “juegos peligrosos”. “En su teléfono anda con una especie de catálogo de mujeres que le gusta exhibir sin que nadie se lo pida”, dice alguien que compartió reuniones con el empresario de la seguridad privada.

Roberto Standen se transformó con el tiempo en el asesor más próximo de Vial Concha y terminó blindando a Graneles del Sur con guardias, cámaras y una serie de protocolos de seguridad. También con guardaespaldas para su resguardo y el de su familia.

“Vial le pagó muchísima plata a Standen”, contó a *Ciper* un extrabajador de la compañía que asegura que la influencia que tuvo sobre Vial llegó a tal punto que incluso trajo a profesionales de su confianza –la mayoría de Concepción– para que ocuparan puestos claves en Graneles del Sur.

A esas alturas, Standen, quien de acuerdo a la indagación de *Ciper* comenzó a facturarle a Vial Concha por sus trabajos de seguridad en 2008, aparcaba su vehículo de turno (principalmente un Porsche) en uno de los tres estacionamientos reservados para la plana mayor del holding (junto a Vial y al gerente general Juan Pablo Correa).

“Provoca temor en la gente”

Julio Escobar Hornung, quien trabajaba con Roberto Standen desde 2004, fue uno de los profesionales que el asesor en seguridad incorporó a la compañía de Vial a mediados de 2012. Llegó a Graneles del Sur como auditor interno de tecnologías de la información con la misión de adaptar, revisar y supervisar “el comportamiento de las políticas de seguridad de la información que rigen a nivel de holding”.

Escobar Hornung –quien entre agosto de 2014 y febrero de 2015 asumió como jefe de sistemas y tecnologías de la información– no se presentaba en Graneles con sus papeles limpios. Un expediente judicial revisado por *Ciper* muestra que poco antes, en abril de 2011, Escobar había sido condenado como autor de delitos informáticos por un tribunal de Concepción. Diseñó una página web ficticia del Banco Santander para robar el dinero de clientes que ingresaban sus datos personales y bancarios creyendo que era el sitio oficial de la entidad financiera.

Otro de los profesionales que Standen incorporó en 2012 a Graneles del Sur fue el contador auditor Pablo Cabello Medina, quien estuvo en esa compañía hasta julio de 2014. Lo llevó para liderar la nueva área de contraloría financiera corporativa, responsable de elaborar reportes de detección de fraudes al interior de Graneles del Sur.

Ciper revisó parte de esos reportes, todos marcados con un timbre “confidencial”. En uno de ellos se cuestiona los bonos de desempleo autorizados por el gerente general, Juan Pablo Correa, a un jefe zonal de la compañía. “Se solicitó a través de correo electrónico explicación de estos pagos al gerente general del holding (...) a la fecha de este reporte nuestra área no ha tenido respuesta alguna”, dice el informe.

En otro documento interno del holding de Vial y que tiene fecha de creación el 16 de junio de 2012, se da cuenta de los problemas organizacionales provocados por la “metodología militar”, la “agenda propia” y el “concurso de despidos” de Standen. “[Standen] provoca temor en la gente, eso está bien en términos de controles, pero no en la administración del día a día (...) al estar bajo la espada de Damocles se nos puede ir gente que no queremos que se vaya”, se lee en ese archivo que habría sido elaborado por Juan Pablo Correa en el contexto de una reunión con Vial Concha y otros gerentes.

La tensión creada por el rol de Standen al interior de Graneles del Sur llegó a su clímax en septiembre de 2014, cuando el gerente general Juan Pablo Correa puso su cargo a disposición de Vial Concha. Su renuncia no se hizo efectiva y Correa continuó en su cargo, aunque probablemente sin saber que para entonces su correo institucional estaba siendo intervenido y manipulado por terceros.

El empresario de seguridad privada Roberto Standen ya no trabaja para Vial. La información recogida por *Ciper* indica que se mantiene cierta cercanía entre ambos, pese a que la familia de Vial Concha “no puede ver” al empresario penquista.

—Es demasiada la información que maneja Standen sobre él y sus empresas como para que Gonzalo (Vial Concha) rompa ese vínculo de un día para otro —acota un cercano al empresario.

Al menos en 2012, las asesorías de seguridad informática de Standen y Caval para el holding de Gonzalo Vial se traslapan, sin que *Ciper* haya podido establecer un vínculo explícito entre ambos actores. En la declaración que prestó en Fiscalía el 16 de enero pasado, Natalia Compagnon dejó huella de que al menos conocía a Standen: solicitó que se realizaran pericias a las cuentas de correo electrónico de varias personas; *standen@maxcon.cl* fue una de las que listó.

Con información bajo el brazo levantada por sus asesores en seguridad, la que le informaba de una supuesta cofradía de ejecutivos de Agrosuper que quería estafarlo y además enemistarlo con su padre, el empresario rancagüino visitó en 2012 a su progenitor Gonzalo Vial Vial. Allí le expuso los antecedentes: la reunión, lejos de lo que esperaba Vial hijo, dinamitó la relación entre ambos a tal punto que se dejaron de hablar.

Hay quienes ven en el origen de las inseguridades de Vial Concha —el menor y único hombre de cuatro hermanos— la tensa relación que arrastra desde hace mucho con su progenitor del mismo nombre y creador de unos de los imperios alimenticios más grandes y exitosos de Chile: Agrosuper. Una figura paterna omnipresente contra la que también tuvo que lidiar en el entorno de otra de sus pasiones: el rodeo. Así lo evidencia la decisión de Vial Concha de retirarse en 2008 de la principal organización de ese deporte en Chile, de la cual es presidente honorario su padre, para crear una nueva federación.

2^{do} acto: Fraude en ciernes

La indagación de *Ciper* arrojó que en paralelo a la llegada a Graneles del Sur de Julio Escobar, el informático de confianza de su asesor Roberto Standen, Gonzalo Vial Concha le entregó a Caval la tarea de ejecutar una auditoría al sistema informático de su compañía.

“La infraestructura estudiada posee muchas falencias que podrían interrumpir las operaciones de la empresa”, es la principal con-

clusión del informe que le entregó Caval a Vial una vez hecho su análisis. Allí identificó ocho puntos con riesgo “alto” que alertaban sobre la completa vulnerabilidad de su sistema contable y de gestión, y está firmado por el jefe de Sistemas de la empresa de Compagnon y Valero, Humberto López (dueño también de la empresa Advantec).

El documento –que lleva el nombre “Informe Graneles de Chile v2”– figura adjunto en un correo electrónico enviado el 16 de octubre de 2012 por el esposo de Compagnon, Sebastián Dávalos, a la encargada de Proyectos Tecnológicos de Caval, Sol Herreros.

Los temores de Vial Concha sobre el supuesto complot en su contra y estafa a su padre que fueron alimentados por su asesor Roberto Standen, cobraron mayor fuerza con las auditorías informáticas de Caval. Y es allí donde irrumpe otro personaje importante de esta trama: Victorino Arrepol Garrido. El asesor de Caval y oriundo de Concepción, es sindicado como el responsable de realizar barridos informáticos a correos de ejecutivos de Agrosuper para obtener información que, una vez manipulada, captará el interés de Gonzalo Vial Concha y reforzará su convicción de que era víctima de una conspiración.

“Natalia Compagnon me pedía que nos juntáramos porque me tenía un ‘dulcecito’ y me entregaba un conjunto de papeles (...) me fui armando la idea de que efectivamente había un fraude al interior de mi empresa”, acusó Vial Concha en su declaración de diciembre ante los fiscales.

Agregó también que varias de las reuniones entre él y Compagnon tenían lugar en un café de la comuna de la Reina, en el restaurant peruano Barandarián en Manuel Montt (Providencia) y en el Hotel Hyatt (Las Condes).

Quienes supieron de esas reuniones señalan que Vial solía utilizar apodos para referirse a esos lugares, bajo la sospecha de que su teléfono estaba intervenido. Al Barandarián le llamaba “el pulpo”, en alusión a una de las preparaciones estrella de ese restorán –y aparentemente uno de los platillos más solicitados por el dueño de

Graneles– y al Hyatt lo solía denominar “el redondo”, por la forma característica de ese hotel.

Tenía motivos para cuidar sus pasos. En los emails manipulados que Caval le habría entregado –así como en la información que periódicamente le proporcionaba Standen– figuran múltiples conspiraciones en contra de sus negocios y los de su padre.

“Cachorro cae como piedra”

En la mayoría de los más de 300 correos electrónicos (impresiones de pantalla de supuestos emails) que Gonzalo Vial depositó en la Fiscalía afirmando que le fueron entregados por Caval, no aparecen nombres. Sus interlocutores figuran con chapas: 00, JG, F1, F3, F6, F7, F11, son algunas.

Solo en un puñado de ellos sus autores aparecen identificados así como las fechas en que fueron enviados. El más antiguo data del 12 de enero de 2012 y dice: “Supe que quieren revisar los informes (...) no creo que sea para algo bueno. Hay que maquillar ahora mismo y salir de esta pronto”. Pocos días después aparece otro en el que se lee: “Debemos esperar que las cosas se calmen para meter mano”. En otro del mismo día se habla de “cubrir lo faltante” y luego de que se habían “inflado” los valores porque se debía “generar capital a como dé lugar”.

En esos correos electrónicos adulterados figura como autor José Guzmán, gerente general de Agrosuper; y como destinatario Felipe del Solar, director de relaciones políticas y administrativas de Extend, empresa de comunicación estratégica que tiene a la compañía de Gonzalo Vial padre como cliente.

Los correos electrónicos que Vial dice que Compagnon le entregó y en los que le informaba sobre la “estafa” de la que era víctima la empresa de su padre, cobraron ese año 2012 más fuerza frente a la difícil situación financiera que atravesaba su propia compañía, Graneles del Sur. De hecho, en 2014 Gonzalo Vial Concha tuvo que

renegociar los pasivos de sus empresas (cerca de US\$ 200 millones) con la banca, proceso en el que fue asistido por Herman Chadwick Larraín, el mismo síndico que tuvo a cargo la venta de los terrenos de Machalí que dieron origen al caso Caval.

Dos años antes de que el empresario llegara a ese descalabro financiero, el temor de que el supuesto complot de los ejecutivos de la empresa de su padre (Agrosuper) penetrara también en su holding, creció.

En los correos electrónicos, además de los ya mencionados José Guzmán y Felipe Del Solar, se involucra también como destinatarios a Luis Felipe Fuenzalida, gerente de administración y finanzas de Agrosuper y a Rodrigo Errázuriz, exmiembro del consejo directivo de esa compañía y hasta 2011 gerente general de Graneles del Sur (actual director ejecutivo de Copesa).

“Les dije, el cacho [Vial Concha] es tan relajado y pienza (sic) que todos lo están cagando... su defecto fortaleza pa (sic) nosotros...”; “cachorro [Vial Concha] cae como piedra”; “se espera un viaje de Vial y ese debe ser el momento para hacer los movimientos bancarios y así no se den cuenta”; “los traspasos hay que hacerlos de 200 en 200, más que eso generaría alerta”, dicen correos electrónicos fechados en marzo y abril de 2012.

El “Grupo 201271”

El guion trazado en los correos electrónicos que Vial Concha asegura recibió de Caval, sugiere que en agosto de 2012 los supuestos conjurados de Agrosuper comenzaron a sospechar que sus comunicaciones estaban siendo intervenidas. “Borra todo lo que tengas en tu correo, posible robo de información”; “hay un hacker... ojo”; “se están filtrando cosas. Ni una palabra más”, son parte de los intercambios plasmados en los últimos emails que figuran con nombre y fecha.

Tras esas alertas y de acuerdo con la trama plasmada en los correos, los ejecutivos que protagonizaban el fraude ficticio dejaron de

utilizar sus correos institucionales y crearon un grupo de mensajería electrónica identificado como “201271”. Las nuevas instrucciones fueron: no utilizar nombres y escribir con faltas de ortografía, para protegerse en caso de ser descubiertos.

En esta nueva serie de emails encriptada artesanalmente se detallan los circuitos por los que transitaría el botín robado. Se hace referencia a la apertura de una cuenta bancaria en Panamá —en el Global Bank— y a la necesidad de seguir una “estrategia de pirámide bancaria” para mover los fondos.

“Global Capital Investment Corporation nos presta asesoría y nos acepta facturas de empresas de terceros sin informar a USA; Global Valores opera un puesto en la bolsa de Panamá, esto nos ayudará mucho cuando viela (Gonzalo Vial padre) ingrese a la bolsa en Chile... llegar y ganar; Global Bank Overseas nos recibirá los documentos sin pedir informe alguno y los colocarán de tal forma que no se pueda hacer seguimiento”, se lee en uno de esos correos.

Los emails también dan cuenta de supuestas maniobras de ese grupo para azuzar el conflicto que en esos momentos tenía Agrosuper con su planta de cerdos en la comuna de Freirina (Región de Atacama). La idea era mantener ocupados a los Vial (padre e hijo) para continuar sin trabas con el desfalco: “Freirina... dio resultados... la prensa nuevamente se enfocó al tema... se estaba enfriando... los mandamos a Copiapó a levantar un poco de humo... mientras seguimos con el plan original”.

La telenovela digital que consumió Vial Concha a través de esos correos es parte de la trama de la querrela por estafa presentada por Vial Concha en junio de 2016. El empresario además de hacer mención a esos correos electrónicos, los que califica de falsos, se refiere a ocho informes mineros que le fueron entregados por Caval. Vial Concha asegura que los más de mil millones de pesos que aparecen en la contabilidad de Caval como pagados por él, corresponden principalmente a esos informes. Y acusa a la empresa de Compagnon y Valero de haberlos plagiado de Internet, de trabajos de Cochilco.

Sobre esa supuesta estafa ya existe un informe policial. En junio de 2016 el Laboratorio de Criminalística de Carabineros (Labocar) concluyó que no se puede establecer la ocurrencia de ese delito, porque no existe evidencia de que Vial Concha haya pagado por los “informes mineros” que hizo Caval. Los pagos “corresponden a otros estudios y asesorías”, concluye Labocar.

Y es en este punto donde surge una gran interrogante: si los \$ 1.200 millones que efectivamente pagó Vial Concha a Caval en 2012, incluyeron también las asesorías de seguridad informática que le pidió a Natalia Compagnon.

Lo que sí ha logrado comprobar la Fiscalía de Rancagua es que esos \$ 1.200 millones no son los únicos dineros que el empresario le pagó a la socia de Caval. El dueño de Graneles de Chile aseguró en su declaración que le entregó “de su bolsillo y en efectivo” otros \$ 400 millones a Natalia Compagnon para “arreglar el tema que tenía Agrosuper en Freirina”. Mencionó además otros \$ 70 millones que le habría proporcionado como préstamo para que solucionara un problema pendiente con Impuestos Internos.

Personas que tuvieron acceso a las cuentas personales de Vial Concha aseguraron a *Ciper* que el monto en efectivo entregado por el empresario rancagüino a Compagnon fue mucho más y bordearía los \$ 700 millones. Y que una pericia policial a sus cuentas puede corroborarlo.

Sobre los más de 300 correos electrónicos adulterados que alimentaron el complot y que Vial asegura le fueron entregados por Caval, no hay certeza hasta hoy de quién es su autor material e intelectual. Natalia Compagnon y Mauricio Valero han apuntado a Victorino Arrepol. Una aseveración que Arrepol refuta. En sus declaraciones, aseguró que los correos fueron manipulados, pero afirmó que él solo se limitaba a recopilar la información desde la red y que era Compagnon quien “la preparaba para entregársela a Gonzalo Vial”. Y agregó que, antes de entregársela a Vial, “le ponían y le sacaban cosas”.

3^{er} acto: Vial “me necesita”

“El tema es un poco complicado... gonzalo vial siempre ha pedido información a caval... ahora la persona q provehia de esta informacion era yo... neseditamos llegar a el... esta complicado y me nesedita... pero caval le cobra muy caro!!! (sic)”.

Ese fue el correo que le mandó el miércoles 9 de julio de 2014, Victorino Arrepol a Sergio Bustos (otro de los asesores de Caval en la compraventa de los terrenos de Machalí y quien destapó el escándalo). En ese correo (verídico) Arrepol le propuso a su viejo amigo y socio saltarse a la empresa de Compagnon y Valero y continuar con los barridos informáticos, pero ahora entregándoselos directamente al dueño de Graneles del Sur.

Arrepol Garrido saldaba así un plan añorado por meses: apropiarse sin intermediarios del botín que Vial Concha estaba dispuesto a pagar para aplacar sus temores. En otro correo electrónico del mismo día enviado también a Bustos, Arrepol le insiste que si llegan a Vial de “manera directa”, ganarían “unas buenas Lukas”.

Arrepol consiguió lo que quería. Porque el propio Vial Concha reconoció haberle pagado en 2014 al menos \$ 5 millones por algunos trabajos y haber puesto a su disposición un vehículo.

2014 es el año en el que las dudas del empresario sobre la lealtad de sus ejecutivos fueron llevadas a niveles alarmantes por los informes “confidenciales” que le reportaba la nueva área de detección de fraudes montada por Roberto Standen.

Como parte del trabajo inicial que le encargó Vial Concha, esta vez directamente a Victorino Arrepol, hay cientos de emails de 2014 (fotos con impresiones de pantalla) que este capturó desde la cuenta de correo electrónico institucional del gerente general de Graneles del Sur, Juan Pablo Correa.

Esos emails —que incluyen hasta información de las cartolas bancarias personales del ejecutivo— no dan cuenta de ninguna irregularidad, más bien evidencian la gestión propia de un gerente general.

La confianza que llegó a depositar Vial Concha en Arrepol llegó al punto de que su nuevo asesor no tuvo empacho a fines de 2014 en solicitarle un préstamo de \$ 20 millones para cubrir deudas personales generadas, según él, en dineros que Caval le adeudaba. “Ojalá me pueda ayudar, ya que este tema me superó y no me deja concentrarme en lo que estoy haciendo”, se lee en un documento del 5 de diciembre de 2014.

El gran salto de Victorino Arrepol vino a fines de enero de 2015, solo días antes de que el 6 de febrero estallara el caso Caval en revista *Qué Pasa*. El 27 de ese mes, Arrepol firmó un contrato con Gonzalo Vial Concha por 5.000 UF anuales (\$ 122 millones) para “la búsqueda de información dentro del ámbito de internet”. Según Arrepol, Vial Concha quería “antecedentes que le permitieran saber con meridiana exactitud todo lo que pasaba en sus empresas”.

En ese contrato se estipula que Arrepol también recopilara información “del empresario Gonzalo Vial Vial” y de su empresa Agrosuper.

Del contrato no solo sorprenden los montos. También que a la firma de ese acuerdo Vial Concha haya concurrido como representante de una empresa que no le pertenece: la sociedad frutícola La Purísima Limitada, cuyo dueño es su amigo –y exsocio en Puerto Panul, otra de las empresas de Vial– Pedro Santa María Torrealba, tesorero de la federación de rodeo que Vial creó junto a Roberto Standen en 2008.

El 28 de enero de 2015, Arrepol emitió una boleta de honorarios por \$ 41 millones brutos a La Purísima con la glosa “Asesoría y recopilación de información”. Vial Concha le entregó el dinero en efectivo.

Según la versión de Victorino Arrepol, tres meses más tarde, en marzo de 2015, Vial Concha le ordenó anular esa boleta ya que había “un error contable”. Pero como la factura ya había sido emitida, la huella quedó.

Es probable que la decisión de Vial Concha haya sido provocada por el estallido del caso Caval que por esos días copaba los titulares. Arrepol anuló la boleta y el pago que le hizo Gonzalo Vial

quedó sin respaldo contable, al igual que los \$ 470 millones que el empresario dice haberle entregado a Natalia Compagnon.

Las tareas de seguridad informática que cumplió Victorino Arrepol para Gonzalo Vial Concha, incluyeron desplazamientos fuera del país. De hecho, apenas se hizo público el negocio inmobiliario de Caval, el asesor informático tuvo que regresar de emergencia desde Colombia donde se encontraba cotizando –“por instrucciones de Vial Concha”, dijo– un “software de seguimiento para clonar y poder entrar a cualquier red”.

Las esquilas del escándalo político provocado por el negocio inmobiliario de Caval, también golpearon a Arrepol, cuando surgió su nombre entre los protagonistas de esa trama. El último capítulo de la peculiar relación entre el empresario rancagüino y el “asesor informático” ocurrió el 3 de noviembre de 2015. Ese día, Arrepol demandó a Vial Concha por incumplimiento de contrato, acusándolo de no pagarle el saldo restante de las 5.000 UF que estipulaba el contrato. Y aseguró en su demanda que el trabajo que le pidió Vial Concha se hizo. Y entregó pruebas de ello.

Ciper intentó conversar con Victorino Arrepol. Su abogado en esta causa, Marcelo Valenzuela, comunicó a través de su secretaria que ni él ni su cliente hablarían con la prensa. A través del estudio jurídico del abogado Luis Hermosilla, que defiende a Vial Concha, también se solicitó entrevista con el empresario. No hubo respuesta.

Ciper también intentó comunicarse con el empresario penquista Roberto Standen por teléfono y correo electrónico. Fue inútil. No tuvimos respuesta.

El día que presentó la demanda, Arrepol decidió dejar un pendrive con todo el material que recopiló en un sobre bajo custodia judicial. Parte de la información supuestamente obtenida por el asesor informático mientras trabajó exclusivamente para Vial Concha, permanece en secreto. También la cifra exacta de los cientos de millones que el dueño de Graneles ha desembolsado en los últimos diez años para intentar conciliar el sueño.

EL TORMENTO DE KATHERINE



Nicolás Alonso

8 de noviembre

The Clinic

La adolescente Katherine Winter, de 16 años, se suicidó en el baño de un Starbucks tras ser sometida a cyberbullying por sus compañeros del colegio Nido de Águilas. En este reportaje, uno de los más comentados en el año, se relatan los últimos días de la adolescente y el papel de las redes sociales, al igual que la actitud de las autoridades del colegio, los compañeros y sus padres, hacia la madre y el padrastro de Katherine. Su novedad e importancia radica en mostrar cómo la presión y el desprestigio por redes sociales llevan a una menor a una decisión trágica. El periodista tuvo que enfrentarse al poder social y económico del colegio en cuestión, a la dificultad de usar fuentes anónimas y la decisión de reproducir mensajes ofensivos. El texto plantea preguntas sobre la convivencia social entre adolescentes, a la vez que abre un debate sobre los alcances éticos en la cobertura de temas sensibles.

Veinte días antes del final, el 2 de mayo, Katherine Winter, de 16 años, redactó un cuento para la clase de Literatura Inglesa del colegio Nido de Águilas. El relato, de varias carillas, contaba la historia de una adolescente atormentada por su expareja, que decidía quitarse la vida.

—Yo estaba allí cuando lo escribía. Le dije: “Katy, es un poco oscuro...”.

La historia la cuenta E., un alumno del curso de Katherine. A pedido de su madre, en este artículo no se identificará su nombre ni su género. Es la primera vez que habla del tema, luego de varias semanas de terapia, en que le diagnosticaron depresión. Está sentado en un sillón y mira al piso, mientras su madre lo escucha reconstruir la historia que preferiría no saber. Mientras lo hace, E. juega con su smartphone; lo va pasando de una mano a la otra. En él, ha visto mensajes de gente anónima culpándolo de la muerte de su compañera. Varios alumnos del colegio han recibido ese tipo de comentarios, por Instagram y por Facebook.

A E. no le sorprendió lo que narró Katherine en su cuento suicida. Aunque sus amigos la consideraban una joven alegre y risueña, su vida comenzó a oscurecerse en noviembre del año pasado, luego de intentar terminar, en varias ocasiones, una relación tóxica. Una de las cosas que más la angustiaban, asegura E. y también otros amigos, era que había recibido amenazas de que sus packs serían subidos a Instagram. Packs es el término en clave que ocupan los adolescentes para intercambiarse fotos con poca ropa, y no ser detectados por adultos.

Katherine lo habló con sus padres y le pidió ayuda a la psicóloga del colegio para terminar esa relación, pero su cambio en los últimos seis meses, cuentan sus amigos, fue dramático: empezó a cortarse los brazos, y en el último verano, dice E., ya había pensado seriamente en suicidarse. Según sus amigos, era independiente para su edad: iba a fiestas, se movía en Uber a todas partes; a los 16 años viajó con la familia de una amiga a Europa; su madre y su padrastro —ella abogada, él ingeniero—, viajaban bastante. A su padre biológico casi no lo veía.

L. tiene 16 años, conocía a Katy desde que era una niña y solían irse de vacaciones juntas; la última vez, en diciembre, a un crucero por el Caribe. Katherine le contaba sus martirios a L.: los cortes en los brazos, las cosas que toleraba para ser aceptada en su curso.

—Algunas mamás no dejaban a sus hijas juntarse con Katy, porque si las cachaban curadas la culpaban a Katy. Decían que ella las había obligado a tomar... —dice—. Una mamá le dijo a Katy que era una mala influencia. Las demás la culpaban y sabían que no iban a perder nada, porque ella siempre quería caerles bien a todos.

L. también ha ido al psicólogo, para poder aceptar todo. Está sentada en la cocina de su casa, y su hermana mayor la mira en silencio, mientras dice que hay cosas que no entiende: por ejemplo, porqué desde la muerte de su amiga ha recibido más de 300 solicitudes de desconocidos en Instagram y mensajes de todo tipo. Por qué las canciones de Katherine ahora tienen miles de reproducciones en YouTube. Por qué tantos comentarios, rumores.

En el crucero, al que fueron con los papás de Katherine, las dos amigas conocieron a F., un joven israelí de 17 años que, como Katherine, escribía canciones. Desde entonces, Katherine y él conversaban todos los días por chat o por videollamadas. F., que había sufrido ya el suicidio de un amigo, sabía qué decirle para sacarla de sus momentos oscuros.

—Ella me decía que algunas personas se reían de ella. Que la llamaban puta o perra, a sus espaldas y a veces cuando estaba

cerca... —dice F., muy consternado, desde su casa en Even-Yuheda, un poblado cerca de Tel Aviv—. Me decía que siempre estaban expandiendo esos rumores sobre ella. Creo que ella escondió mucho de su depresión adentro, hasta que estalló.

Sentado en el living de su casa, P., otro estudiante del curso de Katherine, confirma su tormento. Dice que nunca hubo *bullying* abierto contra ella, pero sí situaciones que la lastimaron.

—Creo que si otra niña hubiera estado en la situación en que estaba Katy en diciembre, se suicidaba también. Ella estaba muy sola, muy mal. Las veces que me decía “me voy a matar”, siempre pensé que no... cuando se empezó a cortar me empecé a dar más cuenta. Ella decía: “No aguanto más, no sé cómo salir de esto”.

—En febrero, Katherine intentó salirse de las redes sociales, pero solo aguantó un par de semanas: la mayoría de las interacciones sociales en su colegio —como en todos los demás— eran a través de Instagram, Snapchat y Facebook. Allí recibían los alumnos las invitaciones a las fiestas, y publicaban las confesiones anónimas sobre las cosas que pasaban en ellas.

El grupo de Facebook que manejaban los alumnos de su colegio tenía un nombre secreto, Millard Forso, para que ningún padre o directivo pudiera detectarlo. La foto de perfil era el logo del colegio. Manejado por alumnos seniors —como se les llama en el Nido de Águilas a los de cuarto medio—, se posteaban en él, entre otras cosas, mensajes de alumnos jactándose de sus conquistas, comentarios sobre los cuerpos de las freshies —alumnas de primero medio—, o situaciones de carácter sexual que habían ocurrido en las fiestas durante el fin de semana.

No era el primer grupo así en el colegio: en Facebook e Instagram aún están online otros seis de generaciones anteriores, con dinámicas similares a las que existían en Millard Forso.

Del grupo “Confesiones Nido de Águilas MS”, activo en 2013:

Confesión 30. Confesamos que la XX es una suelta de mierda que se come a wnes en todas las fiestas #puta

—la cagó, verda?

Confesión 24. Confieso que la XX está enamorada del XX solo que ella no lo quiere admitir porque piensa que su “reputación” se va a joder.

—de q reputación me estay hablando??? tiene???

Del grupo “Confesiones Colegio Nido de Águilas”, activo en 2015:

#367 estoy necesitado, freshie mas facil?

Del grupo “Confesiones Nido de Águilas 2015”:

#106 Confieso haberme aprovechado de una freshie incociente en mi cumpleaños. Hehehee

#412 Fuck XX she is a slut, us seniors don't want her to hang with us

#615 Confieso que vi una foto del trip de Rugby donde la XX tenía cara de caliente y un niple afuera #queascodemina

La dinámica, que se repite en otros grupos similares en colegios y universidades de todo el país, es siempre la misma: los alumnos envían sus confesiones a la página, y los moderadores del grupo se encargan de publicarlas de forma anónima, agregando a veces algún comentario.

Una de las últimas cosas que vio Katherine en su vida fueron las confesiones sobre ella.



La casa, penumbrosa, está tomada por el silencio. En una mesa, a un costado del amplio living, hay un altar. Ha pasado un mes desde la muerte de Katherine. En él están las fotos, los recuerdos que ya no se seguirán acumulando: Katy vestida de ángel en un concierto de Taylor Swift, sonriendo luminosamente en una de sus últimas navidades, ayudando a apagar las velas a su hermano menor, de tres años. Ahora otra vela, temblorosa, ilumina esas imágenes.

Debajo del altar está su guitarra, con la que componía canciones country bajo el nombre de Katy Summer, y soñaba con ir a grabar un disco a Nashville. Su plan era mudarse a Estados Unidos, estudiar diseño de vestuario y, si todo salía como pretendía, llegar a ser una estrella como Taylor Swift. Su paso por el colegio Nido de Águilas, al que llegó en quinto básico, tuvo que ver con ese plan: en él aprendería inglés y se prepararía para su carrera en la música.

Esa historia se cerró el 11 de junio, el día que su madre y su padrastro, Evanyely Zamorano y Emanuel Pacheco, subieron su disco póstumo a iTunes. Ahora es mediodía y están sentados en la mesa del living. Afuera se escucha la lluvia caer sobre los árboles. Lucen agotados, y no solo por el dolor. Desde la muerte de Katherine, se ha mezclado el duelo con la desesperación por entender: se han contactado con fundaciones de todo tipo, con ellas han creado una mesa nacional contra el bullying, se han juntado con la Seremi de Educación, con la PDI, con parlamentarios, con psicólogos; han ido a televisión a contar su historia, a colegios, a seminarios.

—Con su carta (de despedida) nos quedó claro que esto había sido acoso, y después de pasar el duelo inicial, dijimos: necesitamos entrar en acción para sanarnos —dice Evanyely, la madre—. Si nos hubiéramos quedado quietos nos habríamos destruido mucho más...

Desde la muerte de Katherine, han recibido cartas y llamados de padres de todo el país, cuyos hijos también se suicidaron. También han tenido el apoyo del padre de Nicolás Scheel, el joven de la Alianza Francesa que se quitó la vida luego de ser detenido en su colegio por tener marihuana. En las redes sociales, en cambio, los han atacado: los han tildado de fríos, raros. No entienden por qué el colegio no los alertó de que su hija había escrito un cuento sobre una adolescente suicida: se enteraron de su existencia porque en la carta que les dejó les pidió que lo leyeran. Hoy se preguntan cómo enseñar a otros niños a dar la alarma a tiempo.

—Cómo formar a nuestros hijos en que no solamente es responsabilidad del colegio reportar, sino también entre ellos como testigos —dice Emanuel, con más fuerzas para hablar que Evanyely—.

Katy fue acosada por varias personas, por Facebook, Instagram, Snapchat. Hoy nos hemos enteramos de estas cosas que se llaman packs, todo este mundo, que el 80% de los papás no entendemos: qué hay más allá de Facebook, cómo funciona Snapchat. No tenemos idea de cómo funcionan muchas apps ni cómo son utilizadas.

De eso se arrepienten: de no haber buscado más información sobre cómo funcionan las redes sociales, sobre qué peligros se esconden detrás del anonimato. Si lo hubieran sabido, dice Emanuel, podrían haberle advertido a Katherine antes de que fuera demasiado tarde.

—El cyberbullying no tiene nada que ver con el bullying, es otro monstruo —dice Emanuel—. El acoso por WhatsApp, Instagram, stories que se borran en 24 horas, en Snapchat en 12 horas. Esto tiene otra velocidad: está el cyberstalking, el revenge porn. Hemos descubierto todo un universo que no conocíamos de cosas que pueden pasarles a los jóvenes. Y hemos sentido: “Uh... si yo hubiera sabido un poquito de esto, hubiera podido acompañar mejor a Katy...”.



La tarde del sábado 19 de mayo, Katherine estaba muy entusiasmada. Llevaba dos semanas esperando esa noche, cuenta E., en la que habría un cumpleaños de dos alumnas seniors en Mokaii Club, una discoteca en la Plaza San Enrique.

—Un Mokaii es lo mejor. Es el lugar donde hay bar abierto, donde pasa de todo. Se arrienda la disco, se hace una lista y hay que llevar una ID falsa para entrar. Miles de personas los hacen en el colegio. Es como una tradición que los seniors van por las freshies, las nuevas.

El evento en Facebook de la fiesta lo advertía claramente: “Lleven ID de 18. Si usan un nombre diferente en su ID, avísennos así lo cambiamos en la lista”. Esa noche, Katherine ingresó a Mokaii cerca de las 10:40 p.m., con un ID que se consiguió en el colegio.

Según una persona que compartió con ella en la fiesta, con ese ID consumió vodka con Sprite. Luego se puso a bailar con un alumno senior con el que, meses antes, había salido durante un tiempo, pero que había dejado luego de que en el colegio corrieran chismes sexuales sobre ellos.

Aún entre sus amigos, hay versiones distintas sobre lo que pasó en esa fiesta. La mayoría dice que solo se besaron, y que Katherine no sabía que él estaba saliendo con otra alumna del colegio. Lo que todos dicen que sucedió fue que la hermana mayor de esa alumna les pegó una cachetada a ambos, en el medio de la pista. A partir de ese momento, empezaron a crecer los rumores que perseguirían a Katherine los últimos cuatro días de su vida.

Al día siguiente, Katherine le escribió por Snapchat a un estudiante que también estuvo en Mokaii esa noche, para decirle que estaba muy deprimida por lo que había pasado.

—Se sentía muy mal, demasiado mal por eso. Me decía que no tenía idea, que el tipo le había dicho que había terminado. Yo le dije que le pidiera disculpas a la otra chica. Al final le escribió —dice, y lee el mensaje que le reenvió Katherine esa tarde: —“Hola, te quería hablar sobre lo que pasó anoche. Tengo mucha pena y te pido perdón porque no sabía que estabas con XX y menos que tenías una relación. En verdad, me siento muy mal”.

Esas conversaciones fueron durante la tarde del domingo, cuando el grupo de Facebook Millard Forso todavía estaba en silencio. Las “confesiones” sobre Katherine comenzaron a publicarse recién durante la noche. Según alumnos que las vieron, las primeras eran suaves y hubo mensajes en su defensa. Pero con el paso de las horas se volvieron más agresivas. Dice un estudiante del Nido de Águilas que también era parte del grupo Millard Forso:

—Cuando aparecieron, Katy me dijo que se lo veía venir. Me dio pena eso... Recuerdo que uno decía: “La Katy se pasa pa’ mentirosa, diciendo cosas que no son. Es una puta”.

—¿Era común en ese grupo que trataran a alumnas de “putas”?

—Sí, era común. Y pucha, me da lata pensar que yo fui una parte, porque lo vi y nunca lo reporté. La gente escribe confesiones y otros las pueden likear. Si le ponen like da pena...

Hasta ese momento, el acoso contra Katherine era uno más entre varios que, según exmiembros del grupo, existieron en Millard Forso. Otro fue el de M., una exalumna que fue agredida al punto de que dejó de asistir a clases y comenzó un tratamiento psicológico. Muy angustiada por hablar del tema, por momentos temblorosa, cuenta a través de una videollamada:

—En el Nido el bullying es sustancialmente hacia las mujeres. Tiene que ver con la palabra slutshaming, que es cuando a las mujeres las tratan de putas, por internet. Son generaciones chicas, donde, por más que no parezca, una página web puede formarte una reputación que no es la tuya, y la gente te trata mal en base a ello. Yo muchas veces quedaba destruida porque siempre había rumores de que me había acostado con tal persona.

Enterarse de lo que sucedió con Katherine, cuenta M., fue como volver a vivir exactamente lo que ella había vivido, porque también tuvo pensamientos suicidas. Dice, también, que conoce a varias niñas que han vivido lo mismo, y que en diciembre ella le advirtió a las autoridades del colegio de la existencia del grupo y las cosas que en él se escribían.

—Yo le dije al principal del High School. Le di el link de la página y la persona que la manejaba, y me dijo que estaba exagerando —dice M., con rabia—. En el Nido está la cultura de que los grandes hacen fiestas e invitan a las chicas, con bar abierto, para que tomen mucho mucho y así hagan cosas que no se dan cuenta que están haciendo. Una amiga terminó y encontraron divertido burlarse de eso y decirle que ahora estaba suelta. La página de internet está siempre abierta y está siempre ahí. Es todo el rato la misma idea: eres una puta, devuélvete al puterío donde naciste. Cosas que uno pensaría que no van a afectar a alguien, pero ahora están mucho más targeteadas a las niñas más chicas y me imagino que eso es terrible.

Ningún amigo sabe muy bien cómo Katherine sobrellevó los mensajes que se publicaron sobre ella la noche del domingo y todo el lunes 21 de mayo. Su madre y su padrastro dicen que la vieron normal, que incluso estuvo practicando sus canciones para una presentación que tenía en el colegio. Su amiga L. recuerda que ese lunes subió a Snapchat una foto de su cama y un emoticón triste, pero no pudieron hablar, porque ella estaba fuera del país. Otros compañeros recuerdan que ese fin de semana subió un story a Snapchat en que decía que estaba impactada por el final de la segunda temporada de la serie *13 Reasons Why*, que vio en esos días.

Los únicos que recibieron una señal clara de auxilio fueron sus amigos extranjeros: F. recibió un mensaje cerca de las tres de la mañana del martes 22, su último día, pero no lo vio hasta cinco horas después. El mensaje decía: “Necesito ayuda, realmente estoy luchando...”.

Z., un amigo estadounidense de 17 años que había conocido en el mismo crucero, también recibió un mensaje suyo esa noche: “¿Podemos hablar? Estoy en un lugar muy oscuro ahora mismo...”. Z. la llamó cinco minutos después, varias veces. Pero Katherine ya no contestó.



El martes 22 de mayo, Emanuel despertó a Katherine a las 6:30 de la mañana, y Evanyely le llevó el desayuno a la cama. Se despidieron como un día cualquiera, a las apuradas. Ella se fue al colegio con un amigo de su hermano mayor, Allan, al que le pagaban para que la llevara. Aunque al menos un alumno señaló que llegó a estar unos minutos adentro de la biblioteca, según la versión del Nido de Águilas, a las 7:19 fue registrada por las cámaras de los estacionamientos que quedan junto al teatro, donde permaneció escondida detrás de unos matorrales, y a las 7:26 ingresó un auto tipo Uber que se la llevó, por última vez, del colegio.

Según Evanyely, del Nido de Águilas la llamaron para decirle que Katherine no había ingresado a clases recién a las 12:30, cinco horas después. Es una de las cosas que no comprende. En cambio, a las 11 de la mañana, dice, la llamó una funcionaria a su celular para recordarle que todavía no había renovado la matrícula. En el colegio justifican ese desfase en que los padres de Katherine no habían definido con qué frecuencia querían recibir reportes de la asistencia de su hija en el sistema informático para apoderados. Sin eso, señalan, no correspondía avisar.

Evanyely creyó que podía estar practicando sus canciones en el teatro y la llamó varias veces, mientras manejaba por Providencia, pero Katherine no le contestó. Luego de que tampoco viera los mensajes que le envió por WhatsApp, decidió ir ella misma al colegio a buscarla.

Alertado por su esposa, Emanuel intentó rastrear desde su trabajo, a través de la herramienta Find My iPhone, la ubicación del teléfono de Katherine, pero no pudo acceder por no tener su contraseña. Luego se subió al auto y fue hasta su casa, pensando que podría hacerlo desde el computador de ella. Cuando subió a su pieza, encontró la pantalla del notebook abierta. Una carta subida a Google Docs comenzaba con la frase: *Read this when I'm dead.*

Desesperado, buscó rápidamente alguna dirección, una serie de indicaciones del sitio donde debían encontrarla, pero no encontró nada. Entonces, se detuvo a leer:

—La carta decía: tengo que hacer esto porque me aburrí de ser siempre la culpable por cosas que no he hecho. Y también decía: “¿Qué pasó? Vean la página Millard Forso”. Entonces vi que dejó abierta en su computador la página de Facebook...

—¿Qué viste en esa página?

—Era una página que tenía números y confesiones anónimas. Me acuerdo de tres. Una que decía que la Katy y el otro niño eran unos “assholes”, otra que decía que la Katy ahora iba a componer una

canción para mostrarse como víctima, y otra que decía: “La Katy es una perra”. Esas fueron las que vi. También tenían likes.

Durante las horas siguientes, atravesaron la ciudad varias veces. Fueron a hacer la denuncia a Carabineros, en la Comisaría de Lo Barnechea, llamaron a todos los amigos que conocían de Katherine, escucharon con horror que ninguno sabía nada. Poco después de las 2:20 de la tarde, el padre de un amigo de Katherine del curso, los contactó, a través del encargado de seguridad de su empresa, con la Brigada de Búsqueda de Personas de la PDI. Ellos empezaron a difundir la foto de su hija desaparecida en redes sociales.

—Yo sé de otros casos en el colegio donde han pasado cosas —dice ese apoderado—. A veces, los niños están con una amiguita, alguien saca una foto, la manda a otros amiguitos, y esa mierda es imposible frenarla. Entre WhatsApp, Snapchat, las cosas dan vueltas por todos lados y ya nadie sabe quién tiene qué. Y después empiezan los rumores, y esos rumores son agresivos, a una niña de 16 años le hacen mucho daño. Yo creo que los muchachos no son conscientes de eso.

Los rumores sobre Katherine comenzaron a crecer cuando aún llevaba poco tiempo desaparecida, en los grupos de WhatsApp del Nido de Águilas y otros colegios de elite. Uno de los más difundidos fue un audio que se filtró a las 8 p.m., desde un grupo de WhatsApp del equipo de *La mañana de Chilevisión*. En él, una animadora de televisión que tiene una hija en el colegio decía que, al parecer, Katherine había “tomado esa decisión” porque sus compañeros habían publicado fotos de ella teniendo sexo oral con otro alumno en una fiesta. En los días siguientes se habló de un video. La Fiscalía, sin embargo, no encontró ningún atisbo de que esas fotos o videos hayan existido realmente, ni tampoco la investigación que hizo el colegio. En su carta de despedida, Katherine les aseguró a sus padres que todo se había tratado de un beso.

El rastro de Katherine durante esas horas sigue perdido. A uno de sus amigos extranjeros le escribió un mensaje que decía que había escapado de casa. Uno de sus últimos mensajes conocidos le llegó

por Snapchat al alumno con que se besó en la fiesta, y decía: “Lo que pase no va a ser tu culpa”. También incluía la foto de un árbol, y señalaba que iba a estar en el parque en donde fue a pasar con uno de sus mejores amigos su último cumpleaños. El joven corrió a ese parque, en la comuna de Lo Barnechea, pero Katherine no estaba allí.

Las últimas imágenes de ella las tomaron las cámaras del Starbucks de Ricardo Lyon poco después de las tres de la tarde. La llamada final la recibieron Evanyely y Emanuel alrededor de las 5:40. En esas horas, habían ido a buscar a su hija a casas de amigas y parques. La voz de un detective les dijo que habían encontrado las pertenencias de su hija en un Starbucks. Cuando llegaron, les contaron la verdad: habían encontrado su cuerpo sin vida en el baño del lugar.

Con el paso del tiempo, han ido juntando algunos retazos de respuestas. En un cuaderno encontraron una canción que Katherine escribió ese último fin de semana, sobre lo que pasó en la fiesta. El título era *You had a girl*. Dice Emanuel, su padrastro, en el living de su casa:

—Ella misma da a entender, en su carta, que las palabras fueron balas que la terminaron matando. Su identidad virtual fue totalmente destruida, porque ella no sabía de dónde le estaban disparando en esta página. Su vida social colapsó hasta un punto en que ella dijo: “No tiene más sentido seguir”, porque nadie me va a poder salvar de esto. Ese es el dolor del cyberbullying: te puedes cambiar de colegio o de país y te van a seguir acosando.



Cuando las autoridades del Nido de Águilas se enteraron de que Katherine había desaparecido, por el mensaje que le envió al alumno que besó en la fiesta, ya era cerca del mediodía y su rastro era difícil de seguir. Alrededor de las cinco de la tarde, intentaron acceder a la página Millard Forso, pero los alumnos ya la habían borrado. No pudieron ver los mensajes, ni los han visto hasta hoy. Días después,

reportaron en Facebook las páginas de confesiones que todavía permanecen online, pero la red social no las dio de baja. Tampoco lo hizo Instagram.

Para los casi 1.800 alumnos que tiene el colegio, los días que siguieron a ese martes 22 de mayo fueron muy confusos. La televisión estuvo en la puerta, varias clases se suspendieron y un equipo de seis psiquiatras y psicólogos de la Universidad Católica comenzó a trabajar con los cursos para ayudarlos a sobrellevar el shock, y evitar que el caso disparara otros suicidios. También se estableció durante dos semanas una línea telefónica de urgencia. Algunos alumnos del curso recibieron mensajes online de gente agrediéndolos o instándolos a matarse. Otros manifestaron que sentían que la gente los veía a todos como acosadores.

Para ayudarlos a sobrellevar la situación, el colegio instaló durante una semana un altar con fotos de Katherine, velas y un libro de mensajes. Algunos profesores llevaron a sus perros para que estuvieran en la sala con los alumnos. La investigación interna arrojó que fueron entre diez y quince posteos los que se publicaron en contra de Katherine y también del alumno que besó en la fiesta en Mokaii Club. Los más agresivos, sin embargo, fueron contra ella.

Ocho días antes de sufrir esos ataques, Katherine había participado en un taller sobre cyberbullying, y, según los profesores que lo dictaron, se mostró muy asertiva en sus opiniones. Ese día les dijo a sus compañeros que no tenían que darle importancia a lo que opinaran los demás.

El martes 10 de julio, tanto el business manager como la directora del Plan Nacional del Nido de Águilas dieron una entrevista de dos horas para este reportaje. Sin embargo, una vez realizada, el colegio decidió llevar adelante una serie de diligencias destinadas a evitar su publicación. Estas incluyeron insinuaciones telefónicas sobre la existencia de un supuesto desorden alimenticio en el historial de Katherine y solicitar a una psiquiatra que redactara un documento para desaconsejar la publicación del reportaje. El colegio también

contactó a algunos apoderados que fueron entrevistados para pedirles que reflexionaran sobre “la conveniencia” de que sus hijos hablaran en este reportaje. Por último, informó al autor que no podría usar el contenido de la entrevista que ya se había realizado.

No obstante, el colegio ha informado que a partir de la muerte de Katherine está trabajando en una serie de cambios que incluiría no permitir el ingreso de autos tipo Uber al establecimiento, mejorar el protocolo de cyberbullying, comenzar a monitorear el uso de redes sociales y generar políticas contra el ciberacoso junto a padres y alumnos. El mismo martes en que Katherine murió, había un taller para padres sobre el tema al que llegaron solo siete apoderados.

—Cuando se sube una sola vez un video o un insulto a la red es algo infinito, porque la audiencia es infinita. No hace falta que pase muchas veces —dice Jorge Varela, psicólogo de la Universidad del Desarrollo e investigador de referencia en el tema—. Esto es algo de muy baja prevalencia, pero es tan potente, tan intenso, que se asocia a ideación suicida o a daños extremos. Creo que los colegios no dimensionan las consecuencias que puede tener.

La alta connotación pública del caso de Katherine hizo que la Superintendencia de Educación actuara de oficio sobre el colegio, exigiéndoles una serie de antecedentes sobre su muerte que aún están en revisión, a la espera de que el caso se cierre en las próximas semanas —lo cual es muy probable— o escale a una etapa de fiscalización. En tanto, se exigió a todos los colegios del país incluir el ciberacoso y la prevención del suicidio en sus protocolos. Aunque no tienen estadísticas de denuncias por ataques de género, entre los datos que maneja la superintendencia hay dos que resultan esclarecedores: desde 2016, el 82% de las víctimas de ciberacoso escolar en Chile fueron estudiantes mujeres; y las denuncias de maltrato psicológico contra mujeres duplican las de hombres, 1.543 casos contra 719.

—Creo que es el momento para que los colegios emitan protocolos de acoso estudiantil más profundos, de más involucramiento. La comunidad escolar no se puede desentender de lo que pasa en

redes sociales —dice la ministra de la Mujer, Isabel Plá—. Me llama profundamente la atención que todos los patrones de discriminación hacia las mujeres se reproducen en el caso de Katy. Primero, por la estigmatización de una conducta, en que en forma desigual la hacen culpable de algo, y segundo por esta reacción de ella de sentirse tan sola, tan desamparada, muy parecida a la que sufren mujeres víctimas de violencia de género.

La Seremi de Educación Bárbara Soto ha sido la autoridad de gobierno más cercana a los padres de Katherine durante estos meses. Cuando Katherine murió, llevaba solo dos meses en el cargo, y el caso, dice, le abrió los ojos sobre la dimensión del suicidio en los colegios chilenos. Hoy, dice, el tema se ha transformado en la principal preocupación de su gestión.

—Me llegó tan profundo que empecé a investigar y me di cuenta de que había muchos más suicidios, de los que no nos habíamos enterado. Llevamos diez casos desde que llegué, solo en la Región Metropolitana. Tres solo en el último mes. ¿Cuántos son realmente? Hemos llamado a diferentes instituciones y nadie tiene la cifra. A mí me llegan mensajes de padres pidiéndome ayuda por bullying, por lo menos 20 casos al día, la mayoría contra mujeres. Creo que hay una cifra negra que no conocemos de cyberbullying y de suicidio también.

Los psiquiatras hablan de una “epidemia silenciosa”. Chile lidera el ranking de suicidios por habitante del continente y es la segunda causa de mortandad adolescente en todo el país. Por cada joven suicida, otros 20 ya lo han intentado y otros 50 lo están considerando.



El día del funeral, cuatro alumnas se acercaron a pedirle perdón a los padres de Katherine, desconsoladas. Luego de eso, dice Emanuel, ningún padre se les ha acercado a pedirles disculpas en nombre de sus hijos. También dicen sentirse abandonados por el colegio: la úl-

tima interacción formal que tuvieron con el Nido de Águilas fue cuando recibieron, a través de su *Business Manager*, las conclusiones que arrojó la investigación interna de la institución.

—Sentimos frustración por el nivel de defensa corporativa, que podría entender de un banco, pero no de un servicio que trata con personas —dice Emanuel—. Katy en su carta de despedida dice: “El colegio ahora es un lugar que me aterroriza”. Lo dice literalmente. La PDI nos dijo que (el abogado) Ciro Colombara está defendiendo al colegio y nosotros dijimos: ¿Por qué a ese nivel? Después de que se fue Katy nos cortaron todo tipo de comunicación, sin avisarnos. El único email que recibimos de ellos era uno que decía que nos iban a devolver la matrícula y el mes pagado. Después de eso, ninguna otra persona del colegio nos ha vuelto a contactar. Gente que considerábamos cercana, incluso un profesor de Katy, no nos responden los WhatsApp.

El informe de la investigación realizada por el Nido de Águilas, fechado el 12 de julio y entregado tanto a los padres de Katherine como a la Superintendencia de Educación, incluye diez conclusiones sobre el caso. En ellas, los pasajes subrayados señalan que Katherine solo llegó a ingresar esa mañana a los estacionamientos del colegio; que sus padres no habían configurado el sistema informático Power School para recibir alertas sobre inasistencias; que ni Katherine ni sus padres denunciaron situaciones de bullying o cyberbullying en todos sus años en el Nido de Águilas; que la definición de bullying según la LGE implica agresión o hostigamiento reiterado, cosa que no habría sucedido durante el paso de Katherine por el establecimiento; y que no se pudo identificar la identidad de los alumnos que escribieron los mensajes contra Katherine ni de quienes administraban Millard Forso. El informe también señala que en la carta que dejó Katherine, a la cual tuvieron acceso por sus padres, “se observan elementos depresivos que parecen tener ya un tiempo”, entre otros “factores de riesgo” que no habrían sido detectados, como el término de una relación sentimental con dinámicas tóxicas y “la posible

influencia de la serie *13 Reasons Why*” en la trágica decisión que tomó el 22 de mayo.

El miércoles 22 de agosto, exactamente tres meses después de su muerte, Evanyely y Emanuel enterraron las cenizas de Katherine en el Owen Bradley Park, en Nashville, siguiendo las instrucciones precisas que les dejó en su carta. Un año antes, ella misma había comprado los pasajes a Estados Unidos, junto a tres entradas para un concierto de Taylor Swift. Siguiendo también las instrucciones de su hija, Evanyely logró en ese concierto entregarle la música de Katherine a la madre de la cantante country y algunas fotos. Ambas lloraron.

Desde su regreso, Evanyely y Emanuel dedican gran parte de su tiempo a dictar charlas para colegios y organizar conversatorios sobre cyberbullying. Sentada en el living de su casa, la tarde de un viernes de fines de agosto, Evanyely muestra en su celular una foto de unos escolares marchando contra el bullying, en donde un muchacho sostiene un retrato de Katherine en alto. Emanuel dice que ahora solo les importa evitar que otros sufran lo que sufrió ella.

—Nosotros perdonamos a los niños que le hicieron eso a Katy, porque no sabían que estaban haciendo. Yo los perdono. Lo que me da miedo que se esconda debajo de la alfombra, que lo único que pase fue que Katy Winter se suicidó. Ahí la explicación es fácil: por culpa de que tenían una familia disfuncional, porque vivían con su padrastro y no con su papá...

Les duelen ese tipo de comentarios, que también, dicen, han corrido por los grupos de WhatsApp de apoderados. Pero están enfocados en canalizar su dolor hacia algo que sirva a otros. Incluso fueron a La Moneda a proponer una ley de educación emocional y grabaron un video para la campaña “Hay palabras que matan”, lanzada este lunes por el Ministerio de Educación, que incluye un bot para detectar mensajes de acoso en las redes sociales de las comunidades escolares. Para Evanyely y Emanuel significó mucho que esa iniciativa fuera estrenada solo un día después del pasado domingo. Ese día Katherine hubiera cumplido 17 años.

—Tenemos un hijo de tres años que va a estar expuesto a lo mismo que estuvo Katy. Algo tendríamos que haber sabido que no supimos, para ser capaces de protegerla. Hoy nos mueve la urgencia de que esto es algo que no podemos dejar pasar. Ya no podemos tener esa conversación con Katy, pero sí podemos motivar a que otros padres la alcancen a tener con sus hijos antes de que tomen una decisión irreversible. Eso para nosotros ya es una ganancia.

El mismo día del funeral de Katherine, había una fiesta planificada, pero los alumnos que iban a asistir la cancelaron. A la semana siguiente, en cambio, hubo dos fiestas que sí se realizaron.

El sábado 9 de junio, 18 días después de que Katherine se suicidara en el baño de un Starbucks, los alumnos del Nido de Águilas festejaron Grad, la fiesta privada que hacen los estudiantes seniors luego de graduarse y, se supone, la más esperada del año. La fiesta se realizó en Terraza del Arrayán, un local en la Plaza San Enrique, contó con bar abierto y a todos se les recomendó llegar con ID de 18 años, para poder tomar sin problemas. El colegio les envió un mail de advertencia a todos los apoderados, pero la fiesta se hizo igual.

En el grupo del evento en Facebook, en el que los alumnos seniors habían estado organizando la fiesta desde varios meses antes, el mensaje de invitación seguía siendo este: “Burritos y burritas! Se nos viene el evento más travieso del año. Tengan hartoo cuidado que esta cosa se viene SERIA. Contaremos con copete pa los alcohólicos, lechuga malula pal marihuana inhaler y sus secuaces, y para el resto de los degenerados una larga noche de MENEEO. Siendo esta la última oportunidad para pronunciar fuertes declaraciones a los graduados, vamos a mover las caderas y dar hartoo de copuchar el domingo. Por favor recordar lavarse bien los dientes antes de atender, ya que en años pasados hemos recibido varias denuncias por mal tufo. Con tufo no hay piquito chicos!”.

Si Katherine hubiera estado viva, habría estado allí. Ya tenía su entrada comprada.

Este reportaje se ajusta a las normas de la OMS

Le preguntamos al reconocido profesor de psiquiatría de la Universidad de Chile, Paul Vohringer, si este reportaje representaba algún riesgo para la salud mental de jóvenes y adolescentes que pudieran leerlo. Luego de revisar el texto, nos respondió que: “El artículo está presentado en términos descriptivos y sin usar imágenes innecesarias. En su confección se observaron las recomendaciones de la OMS acerca de la comunicación de suicidios en medios sociales, por lo que me parece que no representa un riesgo de salud mental de estudiantes”.

Vohringer es M.P.H. de la Universidad de Harvard, profesor asistente en la Escuela de Medicina de la Universidad Tufts, en Estados Unidos, y director ejecutivo del International Mood Network, entre otras responsabilidades.

Si tienes ideas suicidas o las has tenido en algún momento, te recomendamos que llames cuanto antes al Fono Salud Responde del Ministerio de Salud, al teléfono 6003607777, a través del cual especialistas te brindarán ayuda, o que te comuniques por chat con los profesionales de Fundación Todo Mejora en <http://todomejora.org>.

CATEGORÍA CRÓNICA O PERFIL

FRANCISCA, LA HIJA DESCONOCIDA DE NICANOR



Gabriela García

4 de agosto

Tendencias, La Tercera

Es difícil trazar el perfil de una mujer de 75 años que durante toda su vida ha luchado por mantener su anonimato, fuera de los medios y las discusiones públicas. Francisca, la hija menos mediática del antipoeta Nicanor Parra, apareció contra su voluntad en medio de la controversia de sus hermanos por la herencia de su padre, que murió en enero de 2018. Como relata la entrada al perfil de *La Tercera*, Francisca Parra “vive alejada de todo y teje telares en una comunidad mapuche”, tan alejada de todo, que se negó a atender a la autora de este perfil. Con retazos de recuerdos de familiares y amigos, testigos y visitantes ocasionales a la casa de Nicanor, unas pocas fotos y la elocuencia del silencio de su padre, se construye el relato de la hija omnipresente pero invisible, quien quizás posibilitó más que los otros hermanos las condiciones en que se desarrolló la fecunda labor del antipoeta.

La mano está sobre su rodilla derecha. Un leve impulso bastaría para ponerse en pie y partir. Es 1966 en La Reina y Ana Francisca Parra Troncoso, la segunda hija de Nicanor, está sentada junto a su padre en una banca. El antipoeta –entonces de 52 años– parece estar diciendo algo, mientras la joven, que lleva un beatle y el pelo en un moño, lo mira de costado. Sus ojos no parecen estar en esa conversación. Se pierden en el infinito.

Detrás de ambos está la pajarera que Alberto, el tercer hijo, le regaló a su padre para uno de sus palomos, el Monicaco. Francisca tiene 23 años y no lleva cordones en los zapatos, pero nadie podría contestar por qué: de los seis hijos del antipoeta, ella es la más reservada. La más silenciosa, la invisible. Salvo en esta fotografía en blanco y negro –incluida entre las 200 del libro *Parra a la vista*, la biografía visual con la que Nicanor conmemoró sus 100 años–, Francisca no se deja ver.

El 23 de enero pasado, cuando murió su padre, ni siquiera apareció en su funeral.



Francisca tiene hoy 75 años y ha hecho lo posible por pasar desapercibida. Pero la demanda que busca anular el testamento que dejó Nicanor Parra y que entrega a Colombina el rol de albacea, la puso en el foco público del que se ha escabullido toda una vida.

El 6 de junio pasado, sus hermanos directos, Catalina y Alberto –hijos, al igual que Francisca, de Parra con su primera mujer, Ana

Troncoso—, fueron hasta el 24º Juzgado Civil de Santiago para querrellarse contra ella y los tres hijos menores del antipoeta: Ricardo, Colombina y Juan de Dios. Las razones para incluir a Francisca son un enigma.

Ni siquiera los amigos íntimos del escritor, como Adam Méndez y Matías Rivas, dicen haber oído a Nicanor mencionar a esta hija. Eduardo Labarca, vecino del escritor en Las Cruces, afirma lo mismo:

—Nunca lo escuché hablar de esa hija. Cuando empezó la trifulca de la herencia me enteré de su existencia.

A diferencia de Catalina, la primogénita, a quien Nicanor incluyó en *De poemas y antipoemas* en 1954, como “la niña inolvidable”, Francisca no es mencionada en su bibliografía.

El escritor Rafael Gumucio, quien pronto publicará un libro sobre Parra, dice:

—Ella no se me cruzó nunca. Lo único que recuerdo es que Nicanor decía que de todos sus hijos ella era la más sabia, porque se había ido a vivir con los mapuches.

Y es cierto, Francisca partió hace unos años a Calfutue.



De todos los hermanos demandados por Catalina y Alberto, la única que aparece con oficio desconocido en la impugnación es ella. Mientras Colombina y Juan de Dios (conocido como Barraco) son identificados como arquitecto y músico, respectivamente, y Ricardo —el Chamaco— como ingeniero forestal, de ella solo se menciona que está viviendo en el kilómetro 10 de Calfutue, en la IX Región.

Calfutue es una zona en la ruta que une a Villarrica con Lican Ray. Es, efectivamente, territorio mapuche. Allí, la ruka Chankülko actúa como centro cultural que, además de ofrecer artesanías en lanas, cueros, madera, fibra natural, platería y degustación de gastronomía local, es una puerta de entrada para visitar la comunidad Marin Aillapi.

No está claro cuándo exactamente Francisca se radicó en Calfutue. Sí se sabe que cada vez que viene a Santiago, su domicilio sigue siendo el mismo de esa fotografía de 1966. Francisca tiene una casa al lado de la de su padre en La Reina. Mientras la de Nicanor está en Julia Bernstein 272-D, “la D de Dios”, como él solía decir, la de ella está en la C. Apenas las separa un portón.



Francisca nació el 15 de julio de 1943 y es la segunda hija de Nicanor con Ana Troncoso, una mujer morena de rasgos indígenas con la que el antipoeta se casó siendo veinteañero y cuyo matrimonio se quebró de manera dolorosa en 1949.

La historia dice que Nicanor la dejó con sus tres hijos pequeños en esa parcela de La Reina para partir a un doctorado en Cosmología en Inglaterra. A los seis años, Francisca vio a su padre tomar un barco a Oxford, ciudad de la que regresó dos años después. Había cambiado a Newton por Shakespeare, a la física por la poesía y a su madre por la sueca Inga Palmer.

Francisca, sin embargo, siguió en contacto con su padre. En el círculo más íntimo de Nicanor cuentan que ambos tenían un juego que los unía y que el antipoeta solía contarle en reuniones familiares. El juego –conocido como “el palito de fósforo”– consistía en que Nicanor partía un fósforo por la mitad sin que ella se diera cuenta. Uniendo ambos pedacitos, le decía: “Ya, Panchi, tome este fosforito, llévelo para allá pero sin que se le rompa”. Francisca, niña, obedecía. Con cuidado tomaba el fósforo, pero en el camino se le partía.

Más grande, y mientras Catalina Parra se transformaba en artista visual y se iba a vivir becada a Nueva York, y Alberto se radicaba en Noruega, Francisca seguía muy cerca de su padre. En esa casa C, le daba de comer a las gallinas, preparaba ollas con huesos para sus perros y jardineaba tarareando canciones de Violeta. El parecido con su tía es impresionante. Dicen que, como ella, tiene linda voz.

Pero de eso hay pocos testigos. Francisca es tímida. Jaime Quezada, poeta, ensayista y crítico literario, se acuerda vagamente de haberla visto por esos años en La Reina:

—Recuerdo que era alguien que ayudaba en la casa. Alguna vez Nicanor la llamó para que nos sirviera un té. Es curioso, pero en ninguna de las conversaciones largas que tuve con él aparecía esta hija. Sí me acuerdo que se refería a ella como “la Panchita”.

El autor del libro *Nicanor Parra tiene la palabra* agrega que Francisca se quedaba a cargo de la parcela cuando su padre se iba de viaje: “No parecía ser la protagonista, sino una mano que colaboraba en la casa de Nicanor, sobre todo en lo doméstico”.

Algo parecido consignó la prensa en 1969 cuando el antipoeta que aún vivía en La Reina ganó el Premio Nacional de Literatura. En una pequeña crónica del diario *El Siglo* aparece que es Francisca quien recibe al medio en la parcela. “El poeta, nos dijo su hija Panchita, fue a comprar azúcar y papas que faltaban en la casa antes de recibir la noticia”, se lee.

La periodista Sonia Quintana conoció a Parra después de que recibió ese premio. Tras entrevistarle largamente en la misma banca donde Francisca aparece en esa fotografía de 1966, se hicieron amigos. Y fue testigo del rol que tuvo esa hija en la vida del antipoeta:

—Ella era la dueña de casa que te recibía. Muy cordial, muy calladita, lo supervisaba todo y era servicial. Nicanor le tenía mucho cariño justamente por esa discreción. Siempre atenta a los almuerzos, sabía hacerle las lentejas y las cazuelas que le gustaban. Y como era lo menos invasiva que hay, entraba y salía, jamás lo coartaba. Nicanor era un hombre de su tiempo, no se cocinaba ni un huevo. Ella tenía una cosa medio campesina. Esa sencillez con la que se preocupaba del padre la hacía un puntal para él.

“Un puntal en lo práctico”, agrega Federico Schopf, quien fue amigo de Parra desde que fue su alumno en el Pedagógico. Dice que el escritor, aparentemente muy autónomo, necesitaba apoyo en lo doméstico y Francisca, ajena al mundo literario, se lo daba:

—Ella se preocupaba de atenderlo y hacerle sentir bien. En ese sentido, de sus hijos era la más criolla y la más sobria. Don Nica era un estratega. Tenía una astucia que hacía que no pareciera pretencioso, pero se hacía lo que él quería. Y como era muy simpático y hábil, todo giraba en torno a él sin que se notara. La Panchita calzaba muy bien en eso, porque a ella no le gustaba estar en primer plano. Era silenciosa y aplicada. Procuraba el orden en la casa. En ese sentido tenían algo en común: una complicidad muy provinciana.

De cariño, su padre le decía Panchulnete.



La complicidad entre ellos se extendió hasta que Francisca se fue a vivir al sur y su padre se radicó en Las Cruces. Pero no fue hasta que Colombina le hizo un homenaje público a su hermana en Facebook que su figura emergió de las sombras. Días después de que la demanda interpuesta por Catalina generara descargos en la prensa, Colombina le dedicó unas palabras a Francisca. En un mensaje del 8 de junio, dice:

“Lo siento, hermana primogénita, pero si tengo que sacarme el sombrero por una hermana, no eres tú sino la Pancha. La hermana olvidada. La que protegió y cuidó a mi padre desde que éramos niños. Mi hermana madre que cuando vio que nos quedamos sin mamá, de algún modo se hizo cargo de nosotros. La hermana arquitecta nata que construyó con materiales de demolición la belleza de casa que es La Reina. La antiarquitectura. Ella sí tuvo un diálogo respetuoso siempre con su padre. Vi infinitas bandejas de comidas llevadas por ella. Una relación silenciosa que no necesitó nunca de luces ni cámaras. Mi hermana poeta que nunca tuvo el tiempo de publicar porque estaba criando niños además de sus propios hijos, estos otros que le dejaba su padre en sus viajes por el mundo. No basta con vivir en Manhattan y exponer en el MoMA. No basta guachita culebra. La hermana verdadera es la otra, es la que se quedó a hacer le pega. La

verdadera pega. La que dio el soporte para que Nicanor volara a sus congresos internacionales. Ella no ha dicho nada y tú lo has dicho todo. Chao pescao y nos vemos en tu juicio final”.

Barraco sabe de lo que habla su hermana Colombina. En un departamento del barrio Brasil, cercano al último domicilio que tuvo su madre, la artista plástica Nury Tuca recuerda la época en que Nicanor se quedó con la tuición de él y de su hermana y los crio, a fines de los 70, con el apoyo de Francisca.

Fue ella quien los matriculó en el liceo público Simón Bolívar, donde también iban sus hijos. Y la que los llevaba a la escuela por las mañanas. Francisca además fue apoderada de Barraco y le tocó ir a las reuniones de curso.

—Mi papá nunca fue al colegio. Cuando se iba de viaje, le dejaba plata a la Panchi para que se ocupara de nosotros. Fue una época bien heavy —cuenta.

Francisca, dice Barraco, estudió Enfermería, pero más allá de ponerle inyecciones a él cuando de niño se enfermaba, nunca ejerció. Dedicada a la familia desde que se casó con Jaime Infantas el 22 de junio de 1964, se concentró en la crianza de sus tres hijos (Jaime, Luis Alberto y Mónica). Infantas era mecánico en la Disputada de Las Condes, así que Francisca decidió complementar los ingresos familiares siendo transportista escolar. Partió con un escarabajo. Apenas sabía manejar. Pero fue creciendo y comprando más automóviles.

Recuerda Barraco: “Ella partió con ese escarabajo llevando niños. Pero luego trabajó y trabajó hasta que se compraron una camioneta y después otra y así. A medida que los hijos crecían, se incorporaban al negocio. También las parejas de sus hijos y luego los nietos. Ganaron mucha plata y hasta llevaron gente a la nieve. Sky Total se llamaba el servicio”.



Los hijos de Francisca tenían la edad de Barraco y Colombina, así que parecían primos. Sobre todo Luis Alberto, alias Huiti, quien fue el compañero de juegos del hijo menor del antipoeta. Juntos solían perderse en la parcela de enfrente, donde vivía la suegra de Francisca, la abuela de su marido y una tía. En una fotografía de esos años se les ve a todos juntos. Francisca —vestido blanco hasta las rodillas, pelo largo azabache— aparece con los niños chicos.

—A todos nos iba a dejar al colegio y como su casa estaba al lado, podíamos llegar a tomar once o a almorzar —cuenta Barraco.

Más que una hermana, y debido a la diferencia de más de 30 años con ellos, Francisca fue “como una segunda mamá” para Colombina y Barraco. Los cuidaba cuando Nicanor estaba fuera de La Reina. Y cuando ya no estaba Nury Tuca, la madre de los niños, se preocupaba también del día a día.

“Nury tenía muchos conflictos consigo misma y con la vida, no estaba bien, así que la Panchita, de alguna manera, le dio a Nicanor ese equilibrio que necesitaba”, dice la periodista Sonia Quintana. Barraco recuerda que incluso cuando sus padres aún estaban juntos, fue Francisca quien le enseñó a cocinar a su madre: “Mi mamá creció en una casa donde siempre hubo nanas, entonces cuando llegó a La Reina y se emparejó con mi papá, no sabía preparar nada. Como la Panchi a veces le llevaba almuerzo y sabía sus mañas, mi mamá le pedía ayuda para que mi papá no se enojara. Eran bien amigas”.

Con Nicanor, Francisca compartía el gusto por las demoliciones. Como su padre, partió con una casa prefabricada en La Reina, en una parte del terreno de una hectárea de su padre y que él mismo le cedió. Luego fue ampliando la casa con restos de ventanas y de puertas, a modo de collage. Su talento para la construcción era innato; en el círculo íntimo de Parra dicen que “era capaz de convertir una casucha en una catedral”. Tanto los ventanales que Nicanor tenía en su casa de Las Cruces como los respaldares de catres antiguos que hay en La Reina se los pasó ella. Por eso Colombina, en su posteo en Facebook, la recordó como la “antiarquitecta”.

—La Panchi siempre andaba acarreando cosas. Y con mi papá siempre andaban comprando vigas, palos, muebles viejos —afirma Barraco.

Los resultados están a la vista. En Julia Bernstein, la casa C hoy es un palacio de cuatro pisos. Con vitrales de colores y madera a la vista. Allí viven hoy los hijos y nietos de Francisca.



A pesar de la complicidad, la relación entre Nicanor y su hija Francisca no siempre fluía tan bien. Como todos los hijos, dice Barraco, ella también le tenía temor al padre y eso se manifestaba físicamente: Francisca tiene una disfonía que se activaba cuando se ponía nerviosa o el creador de los artefactos se enojaba.

—Mi papá era dulce pero también impredecible y medio cascarrabias. Con los hijos, era pesado a veces y no sabías cómo podía reaccionar. La Panchi, que sabía que era un viejo mañoso y que vivía al lado, tomaba distancia. Pero lo veía y perdía la voz. Después se le quitaba —recuerda Barraco.

Francisca alguna vez quiso que este hermano músico le enseñara a tocar piano. Pero se insegurizaba y terminó renunciando. “Es muy difícil para mí”, cuenta Barraco que ella le dijo.

Barraco y su hermana se distanciaron hace 18 años. Pero al leer la demanda y darse cuenta que Francisca no estaba con Catalina, admite que “quisiera agradecerle tantas cosas”. El quiebre se produjo en el 2000, cuando Barraco vivía en La Reina con su hija (Josefina Cristalina, alias Lina Paya) y la madre de esta. Uno de los perros de Francisca mordió a su mujer y él decidió instalar una reja entre las dos casas. Francisca se puso afónica y tomó distancia.



El *Tao Te King* se convirtió, a fines de los años 70, en el libro espiritual de Nicanor Parra, luego del rompimiento con la “mujer imaginaria”, Ana María Molinare. Y Francisca, su hija, también lo ha adoptado como un libro fundamental. Durante estos días en que las aguas familiares están revueltas por la demanda entre hermanos, ella se refugia en ese texto escrito hace 2.500 años por el chino Lao Tse.

—No te derrumbes. La persona sabia prefiere la no acción y permanece en el silencio —le ha dicho a Colombina desde el sur, para darle ánimo. Para una mujer como Francisca, que ha hecho del silencio un modo de vida, esta frase tiene el mayor sentido. Le permite siempre volver a su centro.

“El que habla no sabe; y el que sabe no habla”, dice otra de las frases del *Tao Te King* que Nicanor le enseñó cuando él, que ya era reacio a dar entrevistas, comenzó a alejarse de los discursos en los 80. Francisca Parra vive al margen del ruido. En el sur, donde, según sus familiares, los mapuches le enseñaron a tejer telares.

—No me interesa ventilar mi vida. Cuando quiera que se escriba algo sobre mí, lo escribiré yo misma —se excusó al teléfono, declinando participar en este reportaje. Pero posiblemente no escriba ni una sola línea. En el clan Parra aseguran que preferirá quedarse en la trastienda: si bien escribe prosa, nunca se ha atrevido a publicar.

Quitada de bulla, invisible, seguirá fiel a esa frase que Nicanor solía repetir y que decía que su hija Francisca le había enseñado: “Hay que morir pollo”.

ROMINA RECONOCE A ROMINA



Rafaela Lahore
13 de septiembre
Pauta

Apenas la Ley de Identidad de Género fue aprobada por la Cámara de Diputados, el medio digital *Pauta* pudo ofrecer a sus lectores una mirada íntima y conmovedora sobre el tema, una historia de descubrimiento de la propia sexualidad y de lucha por el reconocimiento y la dignidad. Con herramientas propias de la crónica latinoamericana, la periodista Rafaela Lahore cuenta lo que tuvo que pasar Romina Zúñiga para transformarse físicamente en quien siempre sintió ser. Este perfil de personaje logra poner cara, voz y sensibilidad a un tema complejo, a la vez que ilumina sobre las limitaciones del sistema de salud público chileno para quien requiera practicarse una operación de readecuación de sexo.

Mientras espera el ascensor, Romina Zúñiga, de 28 años, se mueve con dificultad. Está de pie en un pasillo del Hospital Las Higueras, en Talcahuano, y en unos minutos tiene consulta en la sección de Urología. Es un mediodía de invierno lluvioso y una señora desconocida, de unos 50 años, espera el ascensor junto a ella. La ve dolorida, y para llenar el tiempo de alguna forma, le pregunta:

—¿Te operaron?

—Sí —responde Romina.

—¿De qué?

—Me hice una genitoplastia feminizante.

La mujer, desconcertada, quiere saber:

—¿Qué es eso?

Como si fuera la única respuesta posible, como si no pudiera ser de otra manera, Romina le contesta:

—Me cambié de sexo.

El ascensor no llega, así que decide subir por la escalera. La mirada de la señora la persigue hasta que desaparece.



Durante sus primeros años, la madre de Romina solía repetirle: camina bien, habla bien, compórtate bien. No así, tan femenina, tan delicada. Sin embargo, ella seguía jugando a las barbies, a la casita de muñecas, vistiéndose con blusas y vestidos de su hermana, imaginándose con un velo de novia. Todo mientras, en realidad, vivía

como un niño en su casa de Puente Alto, junto a su madre —comerciante ambulante— y sus hermanas mayores. Su padre había desaparecido cuando tenía tres años.

Es fines de marzo y el otoño despunta, mientras Romina Zúñiga, ingeniera en construcción, está sentada a la mesa de un bar de Puente Alto. Desde hace tiempo su madre asumió verla así, como ahora: de pelo largo, alisado, calzas y polerón ajustado. Está ansiosa. Insiste en sus ganas de operarse, de cambiar para siempre su cuerpo, y calcula cuándo podría ser, en qué hospital. Mientras toma un jugo, habla de las listas de espera, de sus conversaciones con los médicos que, hasta el momento, no se han concretado en nada.

A los 16 años su cambio fue radical: abandonó los estudios, confesó la transición que quería hacer, perdió a muchos de sus amigos. No sabía, entonces, que había una palabra que la definía. A los 18, después de trabajar seis meses en la construcción limpiando obras, se dejó crecer el pelo, entalló su ropa. A los 20 retomó los estudios en un colegio dos por uno y se convirtió en la primera de su familia en estudiar una carrera: ganó una beca y cursó Ingeniería en Construcción en el DUOC. Por ese entonces encontró la palabra que necesitaba: era trans. Había descubierto que su cuerpo no correspondía con quien era. Algo no encajaba.

No ahora, pero en unos meses, ya operada, cuando se refiera a su pene, dirá:

—Era un quiste.

A los 25 años tuvo una segunda pubertad. Costeó como pudo un tratamiento hormonal y tres meses después los cambios se hicieron visibles: su cuerpo era menos musculoso, su cara más brillante, más suave, menos vellosa. Los senos empezaron a crecer. Frente al espejo hizo todo lo que pudo para verse natural: pintarse los labios y los ojos, elegir cuidadosamente su ropa. No quería sentirse disfrazada.

—Yo no decidí ser trans. Descubrí ser trans —dice—. Tengo que lidiar con mi apariencia y para mí es súper complicado, porque físicamente no soy la persona que quisiera ser.

Enseguida decidió ir un paso más allá: pasar por el quirófano para readecuar su sexo. Con el tiempo, de todas formas, se había ido convirtiendo en una parte muerta: el tratamiento hormonal lo marchitaba cada vez más.

—El tema de apariencia es para la sociedad. No es para mí. Una cirugía no me va a hacer sentir más mujer, pero sí más segura ante los otros —dice.

Romina no es la única que se siente así. En Chile no existen cifras sobre los trans, ya que no están codificados en el censo ni en otras encuestas públicas como la Casen. A nivel mundial las estimaciones varían, pero según el gobierno holandés cada 11.900 mujeres existe una mujer trans —es decir, alguien que nació con cuerpo masculino, pero se siente mujer— y un trans masculino por cada 30.400 hombres. En Chile son muy pocos los hospitales que ofrecen prestaciones para ellos y quienes quedan fuera de su cobertura solo pueden acceder a ellas de forma privada.

En Santiago, el precursor fue el hospital Sotero del Río, que en 2017 inauguró un Programa de Identidad de Género multidisciplinario, que incluye endocrinólogos, fonoaudiólogos y psicólogos. El doctor José Luis Contreras, de 57 años, es quien lo lidera. Sentado en su consultorio, asegura que el programa busca contrarrestar un sistema de salud que atiende peor a quienes más lo necesitan.

—Este hospital es el más grande del país y tiene que dar respuesta a las necesidades sanitarias de toda la población —dice Contreras—. Eso incluye a los grupos minoritarios, que siempre han estado al margen de los beneficios.

Romina fue una de las primeras pacientes del programa. Allí recibió hormonas de forma gratuita, pero cuando quiso hacerse una operación de readecuación de sexo, no encontró demasiadas opciones: en Chile se realizan en Las Higueras de Talcahuano, en el Van Buren de Valparaíso, en el Hospital de La Serena y en el de Osorno. En cada centro, los cupos anuales no superan la docena.

—Es bastante indigno que tan pocos hospitales en el país cuenten con este tipo de programas y solo cuatro con prestaciones quirúr-

gicas —dice Romina—. La realidad trans no está limitada a ciertas comunas o a cuestiones culturales, políticas o económicas. En todas las regiones hay personas trans. Para el resto de las patologías existen especialistas en todos los hospitales, y más allá de que esto esté despatologizado, es una necesidad.



Desde 2010, Romina se hacía llamar Romina, pero su nombre anterior sobrevivía en su documento. Por eso, con la ayuda de la Clínica Jurídica de la Universidad de Chile, en 2015 fue a un tribunal civil para cambiarlo. Presentó una historia de vida, testigos que acreditaban que usaba ese nombre desde hacía cinco años. Fue al Servicio Médico Legal, se sometió a una pericia psiquiátrica, dejó que, desnuda, revisaran su cuerpo. A fines del 2016 lo logró: recibió un documento con su nuevo nombre. Romina no sabe por qué se hacía llamar Romina, no sabe de dónde vino, por qué ese nombre, solo que le pareció femenino, y lo adoptó como suyo.

Esta semana se aprobó en el Congreso la Ley de Identidad de Género, que ingresó al Senado en 2013 y que ahora fue impulsada por la administración de Sebastián Piñera. La ley permite que el cambio de identidad para los mayores de 18 años sea más sencillo: que pase de ser un proceso judicial a un trámite administrativo que pueda realizarse en el Registro Civil. El presidente tiene 30 días para realizar observaciones. En el caso de que no lo haga, la ley se considera aprobada. Para los adolescentes entre 14 y 18 años, el cambio de identidad debe ser solicitado por sus representantes legales ante un tribunal de familia y la sentencia debe considerar su opinión. El cambio de identidad para los menores de 14 años fue rechazado. Todo este tema, sin embargo, levantó un amplio debate en el país.

Con el paso de los años, Romina se siguió alejando del niño que había sido alguna vez. Del niño del que no conserva ninguna fotografía y que, poco a poco, se ha ido borrando como la imagen

de un sueño. Ese niño que ahora, en un día incipiente de otoño, ella invoca como si fuera un ser extraño, querido, abandonado.

—Pablo era un niño que nació con aparato reproductor masculino, que fue estigmatizado con un nombre masculino, que fue al colegio disfrazado como hombre, que fue maltratado física y emocionalmente. Romina es una mujer empoderada, segura, inteligente, carismática, que se proyecta a futuro, que se ama a sí misma, que no se cuestiona las cosas, que no se reprime de nada. No es que me avergüence, pero son dos personas distintas, de verdad. No hay algo que nos familiarice, aunque varias veces he llorado cuando he hablado sobre él —dice y se queda unos segundos en silencio—. Pablo es un niño que me da pena.

Esta vez también se le caen algunas lágrimas, que se seca con el dedo, que se mezclan un poco con su maquillaje.



Romina está en un pasillo del Hospital Las Higueras, frente a una puerta que dice “Urología”. Durante este mediodía invernal, mira por la ventana un pozo gigante en la tierra, sobre el que se está construyendo una ampliación del hospital. Mira el trabajo de los obreros, las máquinas bajo el cielo gris y chispeante. Ese es el mundo al que quiere volver. Después de haber estado desempleada durante varios meses, desde junio trabaja en un call center, pero, entusiasmada, dice que quiere hacerlo en el área que estudió, en la construcción. Se le ha hecho difícil. Quizás, cree, por su apariencia. Cada cierto tiempo, vuelve a mirar hacia adentro del hospital, hacia una mujer que abre la puerta y, con la vista fija en un papel, llama al próximo paciente.

—¡Romina Zúñiga! —grita ahora, y Romina se hunde en el pasillo.

En un consultorio de paredes verdes, aparece el doctor Rodrigo Baeza, de 40 años, túnica blanca y pelo corto. Fue quien operó a Romina hace dos semanas y hoy quiere asegurarse de que la heri-

da cicatriza sin problemas. Es uno de los poquísimos cirujanos —no más de cinco— que son capaces de realizar una genitoplastia feminizante en Chile. Baeza se formó en el Hospital Carlos Van Buren, de Valparaíso, y allí aprendió cómo hacer esta cirugía compleja. Lo aprendió del doctor Guillermo Mac Millan, la mayor eminencia chilena en el tema, quien durante 40 años ha hecho más de 300 operaciones.

—Para mí era una de las cirugías que hacían los urólogos —dice Baeza—. Después me sorprendí de que en el Van Buren era el único lugar de Chile en que ocurría.

Cuando Baeza llegó al Hospital Las Higueras en 2013 se convirtió en el precursor de un programa para pacientes trans. A pesar de las resistencias iniciales, creó un equipo para atenderlos y operarlos, y esa mañana acaba de hacer su cirugía número 33. En la actualidad, en el hospital se hacen diez operaciones por año. De esas, solo dos son para personas de afuera de Talcahuano.

Sentado frente a su escritorio, Baeza explica que los requisitos para acceder a una readecuación de sexo son, básicamente, tres: vivir en el género asignado durante al menos doce meses, llevar un tratamiento hormonal durante el mismo tiempo, y someterse a una evaluación psicológica de parte de dos profesionales de salud independientes. Esto, aclara, es sobre todo para acompañar a los pacientes durante la transición. La lista de espera es cercana a un año y medio, pero la mayoría de los pacientes ha esperado mucho más. Baeza cuenta que desde que ha comenzado este programa ha operado a trans de casi 50 años.

—Este es el resultado de dos cirugías —dice, y muestra las imágenes en su notebook.

La operación es compleja y tarda unas cinco horas. Con el tiempo, la nueva cavidad tiende a cerrarse naturalmente y para eso es necesario dilatar la zona, especialmente durante el primer año.

—Los pacientes refieren que tienen una actividad sexual placentera, con sensibilidad satisfactoria y capacidad orgásmica —explica.

Si bien los profesionales no han sido formados en transexualidad, varios se han sumado a este programa del hospital, pero los esfuerzos, aclara Baeza, siempre son una política personal, no de Estado. En el caso del Hospital Las Higueras, así como en el resto de los hospitales, dependen del apoyo del director del centro para funcionar. Es el mismo centro el que pone los recursos para costear las operaciones. Al no ser un programa que esté institucionalizado es, asegura, frágil.

—El ministerio no ha hecho nada —dice Rodrigo Baeza—, porque si Fonasa hubiera resuelto tener una codificación para esta cirugía, no sería un problema. Si hubiera un código, al hospital le llegaría dinero, mientras que cada cirugía que hago, al no tener código, no existe. Es como inventada, y al hospital no le llegan recursos.

Durante más de una semana, *Pauta.cl* intentó tener la visión de la Subsecretaría de Redes Asistenciales del Ministerio de Salud, quienes finalmente no hicieron ninguna declaración al respecto.

El doctor asegura que los avances para atender a la población trans en Chile son incipientes. Ni siquiera, dice, se ha logrado respetar lo más básico: una circular del Minsal del 2012 que exige que todos los centros de salud utilicen el nombre social de las personas trans, y no el de su documento. Para seguir avanzando en la inclusión, Baeza tiene algunas propuestas, como crear una red de hospitales que colaboren entre sí.

—Los pacientes siguen sufriendo y no podemos seguir esperando a que el gobierno haga algo. Estos pacientes son los desvalidos, los ignorados, los transparentes para el servicio público.



Cuando Romina despertó, sintió la boca seca y amarga. Era el lunes 23 de julio, cerca de las dos de la tarde, y acababa de ser operada. Estaba tendida en la cama del hospital y, a pesar de las náuseas, del malestar, juntó fuerzas para hacer una sola cosa: se miró entre las piernas. Vio la piel roja, inflamada, vio las costuras, pero sobre todo

la nueva parte de su cuerpo, esa que tanto había querido, y, satisfecha, cayó dormida de nuevo.

Todo había sucedido más rápido de lo que se imaginaba. La llamada del hospital, el miércoles anterior; sacar el pasaje a Talcahuano para la medianoche del jueves; apurada, armar el bolso al volver del trabajo; viajar sola, en bus, durante la madrugada del viernes. Su madre no había podido acompañarla porque tenía que cuidar a sus nietos y a su padre.

Tres meses antes Romina se había puesto en contacto con el Hospital Las Higueras y había quedado en la lista de espera para la cirugía. Todo parecía indicar que le tocaría a fin de año. Sin embargo, quienes estaban antes, por distintos motivos —enfermedades, viajes— no estaban en condiciones de operarse. A Romina le sorprendió la llamada. Sabía que solo cinco días después iban a operarla, que solo cinco días después su cuerpo sería, al fin, como quería.

Los primeros días luego de la cirugía los pasó acostada, adolorida, recibiendo curaciones. El segundo día juntó las fuerzas para pararse. El tercer día quiso ir sola al baño y se desmayó. Todos los días, dice, lloró de emoción. Durante esa semana la llamaron, cuenta ahora algo orgullosa, varios de sus ex.

—Pensaba en todo lo que me había hecho sentir mal o que me había mantenido cautelosa. Recordaba escenas. Por suerte, ya voy a poder ponerme un bikini tranquila —dice.

Ahora, dos semanas después, recuerda una imagen: ella está sentada en la cama del hospital usando pañales, todavía tratando de acostumbrarse a su nuevo cuerpo. Dice que eso le resultaba natural, porque así se sentía: como si acabara de nacer.

—Esta es la Romina que debió haber nacido —dice—. Así debí haber sido desde el día uno.

Desde ese día de invierno, y a pesar de la paradoja, por primera vez se sentía completa.



En Talcahuano el cielo está blanco. Llueve. Romina acaba de llegar del hospital a la Casa de Acogida, un alojamiento que facilita el hospital para los pacientes que no son de la zona y que no pueden costear un hospedaje. Allí vivirá estas semanas de controles, hasta que pueda volver a su casa en Puente Alto.

Romina entra a su pequeño cuarto, en el que solo caben dos camas y un velador. Sobre él hay una caja de té, un perfume, máscara de pestañas, un envase de hormonas en gel, un cepillo de pelo rosado. También hay un paquete con ocho toallas femeninas que muestra como un objeto extraño, mientras dice que se demoró para elegir las, porque había tantas marcas, tantos tipos, que no sabía cuáles eran mejores. Las necesita durante estas semanas por la operación. En algún lado también hay un espejo, más pequeño que su mano, que usa para mirar la nueva parte de su cuerpo.

—Es como cuando tenías una Barbie de chica y la dejabas guardada —dice, entusiasmada—. Después abrías los ojos y lo primero que querías hacer era ir a verla. Ahora tengo la misma sensación.

Mientras cuenta emocionada los cambios por los que está pasando, su madre prepara el almuerzo en la cocina: consomé y arroz con pollo. Llegó esa misma mañana para acompañarla y se quedará tres días. A 500 kilómetros de su casa, es la única visita que Romina ha tenido.

Unas horas después, Romina se sienta en el sofá negro del living. Sus pestañas pintadas, sus mejillas pronunciadas, se iluminan bajo las luces suaves y amarillas del techo. Su mirada se pierde del otro lado de la ventana empañada, donde la lluvia cae horizontal.

—El día anterior a la operación me encontré una chica embarazada en una farmacia. Le pregunté si esperaba un niño y me respondió que sí. Me dijo que lo iba a llamar Vicente. “Ponle Pablo”, le dije, “porque mañana esa persona va a morir para siempre”. Le pedí que le diera vida a ese nombre, porque Pablo no tenía la culpa —dice y llora—. Él debió haber sido llamado Romina. Eso fue lo último que pensé al entrar al pabellón: hoy muere Pablo.

Unos segundos después, bajo los focos fuertes de la sala de cirugía, rodeada de rostros desconocidos, la anestesia hizo efecto. Y entonces, todo se desvaneció.

EL LOBO DE LA PLAZA DE ARMAS



Rodrigo Fluxá

17 de marzo

Sábado, El Mercurio

El lobo de Wall Street, la película de Martin Scorsese sobre el corredor de bolsa de Nueva York Jordan Belfort, es una historia de excesos, lujos, sexo y la adrenalina de sentirse impune y todopoderoso. Al elegir el mismo animal como metáfora para el nombre de su personaje, el autor de esta crónica coloca desde el comienzo al lector en el terreno de la incredulidad. El traficante de oro chileno Harold Vilches partió en una modesta empresa familiar en la popular y transitada Plaza de Armas de Santiago para terminar amasando, perdiendo y luego volviendo a amasar una fortuna de millones de dólares. Entre medio, además, engañó y fue engañado por mafiosos internacionales de sumo peligro, logrando conservar un candor y un apego a sus orígenes que lo transforman en un insólito y hasta entrañable personaje. Este perfil mantiene el ritmo trepidante que reclama la historia, a la vez que tiene la virtud de mostrar las grietas del mercado del oro.

Entonces Harold Vilches salió por la puerta principal de su hotel en Dar es Salaam, en Tanzania, y le hizo señas a una van que estaba estacionada en la puerta. Entró y le dijo al chofer en inglés:

—Siga a ese taxi.

Harold Viches estaba acelerado. Venía de ver, en directo, una tonelada de oro de alta pureza y eso es algo que a cierta gente le agiliza el pulso. Junto con él, arriba de la van, estaban su gerente de logística y su encargado de seguridad. El auto de adelante, el taxi, comenzó a acelerar, intentando perderse en las calles de la ciudad. Le dijeron al chofer que pasara lo que pasara, no lo perdiera de vista.

Esto no es una película, pero ya se filmará.

El chofer les hizo caso. Siguió al taxi hasta fuera de la zona turística, esquivando autos y peatones, en una de las ciudades más caóticas de África. Harold Vilches llevaba varios días allá. Y lo habían estafado con 300 mil dólares, los que, de alguna forma, iban en el auto que tenía a la vista, cuando su chofer miró por el espejo retrovisor. Les explicó que, al parecer, una camioneta los seguía.

Esto no es un libro, pero ya se está escribiendo.

La van tomó unas cuantas curvas y la camioneta de atrás también: efectivamente, los seguían. Le explicaron a Vilches que la persecución del taxi se estaba volviendo demasiado peligrosa, que quizá deberían volver al hotel. De pronto, al llegar a un cruce, un cuarto auto se le cruzó detrás de la van. La camioneta de atrás también frenó, bloqueando cualquier intento de retroceder. Estaban encerrados.

—Y ahí se bajaron unos compadres, unos negros con metralletas del auto atravesado y empezaron a apuntarnos. Y ahí dije: “Cagamos” —dice Harold Vilches en un departamento de San Miguel, un jueves de febrero, con 34 grados de calor. Pese a estar en el décimo piso, no corre brisa en el departamento. Desde la ventana se ve la Gran Avenida. Está con jeans y polera y hace una pregunta que no es chistosa, pero que al parecer le causa un poco de gracia, porque justo antes de hacerla, batalla con él mismo para no sonreír, como cuando un niño quiere confesar algo, pero no está seguro si lo van a retar o no.

—Porque si te matan en Tanzania, ¿quién creís que se va a enterar?

A Vilches le suena el teléfono. Pide disculpas y contesta, tratando de hablar muy bajo.

—Hola, mamá, ¿cómo está?

—...

—Sí, en la casa todavía.

—...

—Sí, mami, si sé. Besitos.

Harold Vilches tiene 24 años. Cuando las metralletas lo apuntaban tenía 22. Después de colgar el teléfono dice:

—Bueno, sí, ahí me pregunté qué estoy haciendo metido en África. Me había ido un poco al chanco.



Harold Vilches, de niño, de más niño, odiaba las joyas, lo que en su familia era una rareza: en los 80 su padre Mario y su tío Enrique habían creado Joyas Barón, marca que con el tiempo se transformó en un imperio en la compra y venta de metales preciosos.

—No sé por qué, pero me daba vergüenza. Mi papá me obligaba, por ejemplo, a acompañarlos a hacer las donaciones de la Teletón en la tele, porque yo no quería ir. Siempre pensaba que el resto de los niños me iba a molestar.

Los Vilches crecieron en Cerrillos, siempre ligados a distintos grupos evangélicos: Harold tenía que vestirse de gala cada domingo para asistir a la iglesia. Su papá, de hecho, creó su propio culto, cuando él tenía nueve años, transformándose en un interlocutor válido para los políticos que querían asegurarse los votos más conservadores.

A los 13, Harold dejó el colegio Saint Rose, en Lira con Avenida Matta, para entrar al Instituto Nacional. Era, por un lado, una manera de asegurarle buena educación, pero también de que pudiera trazar un camino alejado del negocio familiar, que, aunque nunca dejó de ser lucrativo, había pasado períodos tormentosos: según el registro policial, entre 1998 y 2002 su tío enfrentó al menos cinco imputaciones por fraude al fisco, infracción a la ley de aduanas y delito tributario, lo que tenía a Joyas Barón constantemente en la mira de los policías.

Del Instituto Nacional Harold Vilches egresó con promedio 6,2 y con una idea clara.

—Quería entrar a Ingeniería en la Católica, pero no me alcanzó el puntaje. Pensé en irme a la Adolfo, mi papá me la pagaba, pero preferí esperar un año. Lo que sabía es que no quería seguir lo de las joyas. Quería estudiar y trabajar en una empresa como cualquier huevón más.

A mediados de ese año sabático, mientras hacía un curso de inglés y el preuniversitario, recibió la noticia: su papá había sufrido un accidente cerebrovascular y lo habían encontrado en su local de la galería Santo Domingo, al lado de la Plaza de Armas, tirado en el piso, con la reja de entrada medio abierta, a primera hora de la mañana. Estuvo casi dos meses en coma.

Con su hermana en la universidad y con una relación muy distante con su hermano mayor, Harold Vilches tuvo que ayudar a su mamá con los negocios, que, luego de que su papá se separara de su tío en 2005 y perdiera la propiedad de Joyas Barón, se limitaba apenas a dos joyerías en un mall de Estación Central, además del local

del centro. Ojeó el estado de los libros de contabilidad con desgano y llegó rápido a una conclusión: esto da para mucho más.

—En el rubro había una falta de conocimiento increíble, mucha ignorancia. Uno se daba una vuelta por el centro y todavía había gente que fundía oro con soplete. Ese era el nivel.

Harold Vilches dice que partió sencillo, con una caja chica de diez millones de pesos, tratando de hacerse de todo el oro de minoristas que podía: herencias que necesitaban ser liquidadas, gente que vendía anillos por apuros de plata, monedas antiguas, sistematizando la búsqueda en joyerías pequeñas o alejadas del centro de Santiago, epicentro de ese giro. Marginaba mucho por cada gramo, pero movía pocas cantidades.

Quintuplicó el negocio en dos meses, pero para crecer necesitaba más capital. Con su papá aún internado, sin la certeza de cómo iba a quedar si se recuperaba, le propuso a su mamá liquidar las joyerías del mall, ahorrarse esos arriendos, centrar toda la actividad en el centro y dedicarse a la exportación de oro.

—¿Qué te dijo ella?

—Que no, que era muy arriesgado, que cómo lo iba a hacer. El negocio, como lo teníamos, daba plata, nos dejaba cinco millones limpios al mes, pero no iba a crecer. Traté de explicarle que si marginábamos menos, pero movíamos más, iba a funcionar.

—¿Y sabías cómo exportar oro?

—No.

—¿Y cómo lo hiciste?

Vilches de nuevo evita sonreír.

—Lo googleé. Así tal cual: “Cómo exportar oro”.

*

Harold Vilches se matriculó en 2012 en Ingeniería comercial en la Universidad Andrés Bello, pero en el turno vespertino, para, de día, dirigir el negocio. Ahí conoció a Scarlett, quien también tenía otro trabajo diurno, era cajera del BancoEstado en el centro. Los dos, entonces, comenzaron a irse juntos a clases en las tardes, al final de cada jornada laboral. Al poco tiempo se pusieron a pololear y unos meses después él le pidió que lo ayudara con la contabilidad en la exportación de oro. Esa era una de las urgencias más grandes del negocio: encontrar personas a las que se le pudieran confiar altas sumas de dinero y tener la paz mental de que no iban a intentar robárselo.

El padre de Scarlett, Carlos Rivas, era taxista. “Conocí a Harold en 2013. Él se iba a casar con mi hija. Lo ayudé en los montos que manejaba”, declaró ante la PDI. Se transformó en el gerente de seguridad.

Javier Concha venía de una familia dedicada a la venta de completos. Tenía 26 años y no había ido a la universidad. “Conocí a Harold en 2010. En ese tiempo yo era el pololo de su hermana. Me ofreció 500 mil pesos mensuales para ir a trabajar con él”. Era el gerente de logística.

No era la banda perfecta, pero era una banda. Ninguno tenía experiencia en el negocio del oro, y realmente casi en ningún tipo de negocio. Harold tenía que estar encima de todos los detalles, los controlaba por WhatsApp, y cuando viajaban incluso les pedía los Uber desde Santiago.

La empresa de Vilches comenzó a hacer sus primeras exportaciones a través de Trident, una compañía a nombre de un ciudadano holandés, que a su vez enviaba el oro a Dubái y Estados Unidos. Fueron buenos tiempos: en la práctica agotó todas las reservas disponibles de monedas de oro en Chile. Llegó a ganar hasta 30 millones de pesos en un solo día comprando tres mil monedas. En los círculos de venta de oro comenzaron a detestarlo: era tan agresivo, comprando más caro que el resto, vendiendo más barato, que ahogaba a todos sus competidores.

Según los datos oficiales, la exportación de oro desde Chile al extranjero se triplicó en 2013, sin ninguna otra explicación que la entrada del nuevo protagonista al mercado. Ese año alcanzó a juntar 360 millones, con 19 años, capital suficiente para comprar cantidades más grandes de oro.

—Le llevé a Trident 20 kilos que compré con esa plata, que eran 600 mil dólares. El holandés dijo que me pagaba mañana. Pensé: “Llevo un año haciendo negocios con él, nunca me ha cag...”. Así que se los dejé. Fui al día siguiente y me dijo que no podía pagar, que no le había devuelto el IVA. Yo le dije: “Que tengo que ver yo con eso, yo pago mi IVA”. Insistí varias veces y no me pagó.

—¿Y qué hiciste?

—Nada, ¿qué iba a hacer? Tuve que pagar un crédito de consumo de 30 millones que había pedido. Pagué el noviciado.

—¿Por qué crees que te pasó?

—Porque me veían muy pendejo. Lo que tenía una parte buena, porque nadie se imaginaba que andaba con esa cantidad de plata en la mochila, pero, por otro lado, se aprovechaban. Era lo estresante del negocio, que siempre hay alguien que te quiere quitar lo que tienes.

—Muchos negocios que manejan esas cantidades de plata, como el narcotráfico, incluyen la violencia física para cobrar deudas.

¿Nunca lo evaluaste?

Harold Vilches esta vez sí se ríe.

—Pero, mírame, yo no soy así, no me nace.

—¿Y así no más? ¿Perdiste 360 millones y ya está?

—Es que así soy yo, no me quedo pegado, tomo decisiones rápidas. Si hice 360 millones en un año, podía hacerlos de nuevo.



Harold Vilches va manejando por avenida Suecia casi al llegar a Pocuro. Va a bordo de un Kia Morning rojo. Casi que da disculpas por eso.

—Es que estoy en plan de ahorro, porque quiero comprarme una mina.

En su muñeca izquierda tiene un reloj *Longines La Grande Classique*, que, en oferta, cuesta cinco millones de pesos.

—Igual me da lo mismo el auto, mientras me lleve de un lado para otro.

Después se pone a hablar del libro que un periodista norteamericano está haciendo con su corta vida, del que ya ha aprobado varios capítulos y de los derechos de su historia que le vendió a uno de los productores de *MoonLight*, ganadora del Oscar a mejor película el año pasado. El acuerdo dura siete años y le asegura un piso mínimo de dólares, aunque la película o serie no se haga. Si se filma, se lleva un porcentaje de la venta, así que su prioridad es esa.

—¿Cómo te gustaría que fuera?

—¿Cachái *El lobo de Wall Street*? Algo así me imagino, se parecen un poco las historias.

—Pero *El lobo de Wall Street* pasaba jalando y en orgías, no sueña muy evangélico.

—Bueno, como *El lobo de Wall Street*, pero sin cocaína ni mujeres.

Cuando a Vilches le preguntan en qué cosa, mirando hacia atrás, se equivocó, su primer instinto es hablar largo sobre una serie de peripecias que resultan increíbles, pero que están documentadas. Pero en vez de eso dice lo que cree que todo el mundo quiere oír:

—Me equivoqué en hacer las cosas malas que hice.

Luego del problema con Trident, Harold Vilches hizo una serie de cambios para empezar de cero: comenzó a vestirse con chaquetas para verse mayor, se cambió a un edificio al lado de los Cobres de

Vitacura con dos oficinas, dos baños, cuatro privados, uno de ellos acondicionado para poder fundir oro y, lo más importante, decidió que de ahí en adelante se iba a saltar los intermediarios, en ambos extremos de las transacciones.

Le escribió a Fujairah, la empresa india con base en Dubái, a la que Trident le vendía su oro. Un ejecutivo vino a Chile, con dos paradas en su agenda: él y Codelco. Esa vez le propusieron un contrato descabellado que lo comprometía a venderles, durante tres años, dos mil kilos de oro, partiendo por 40 kilos mensuales, que se transformaban en 80 dentro de pocos meses. Como no tenía capital para ese tamaño de envíos, Fujairah se comprometía a depositarle en Chile paulatinamente, antes de los envíos, el dinero para hacer las compras.

El problema era dónde conseguir el oro. Vilches fue de nuevo a su computador.

—Busqué cuáles eran los principales exportadores de oro de Perú, una lista que estaba en la página de aduanas, y les mandé mails a los principales. El tercero fue el que me respondió de vuelta. Me dijo que lo fuera a ver a Lima.

Rodolfo Soria Cipriano, en línea, aparecía como un prolífico empresario minero que también había llegado a las páginas policiales, cuando, en pleno San Isidro, un grupo de narcotraficantes intentó, disparos de por medio, robarle 55 mil soles, unos 17 mil dólares de hoy.

—Cuando aterricé en el aeropuerto de Lima había una camioneta esperándome. Traté de bajar el vidrio para tomar aire y se demoraba caleta: ahí me dijeron que, por seguridad, estaba todo blindado. No tenía idea en lo que me estaba metiendo. Me junté con él en un restorán en Miraflores. Lo primero que me dice es que exportaba tres mil kilos al mes. Eso era lo que yo necesitaba para dos años: brutal. Eso sí, me dijo, estaban teniendo un problemita.

En diciembre de 2013 autoridades peruanas habían decomisado 508 kilos de oro ilegal, posiblemente extraído del Amazonas,

en el Puerto de Callao, la mayor incautación de la que se tuviera registros, avaluada en 18 millones de dólares. La noticia fue un escándalo internacional que puso el foco en la crisis medioambiental que la extracción provocaba y en la inoperancia del gobierno local para controlar a la mafia organizada capaz de mover esas cantidades. Por lo mismo, los controles aduaneros se pusieron más estrictos que nunca.

—Yo tenía la idea de comprarle legal, pero el negocio no funcionaba así. Me ofreció traspasarme el riesgo de la exportación a cambio de bajarme el precio. Él me dejaba el oro en Arica, y yo lo sacaba de Chile.

Terminaron de comer y quedaron en cerrar el negocio más adelante. Antes de despedirse, Harold recuerda que Soria le hizo una recomendación: que no trabajara con otros vendedores peruanos, porque muchos eran peligrosos.

—Y sobre todo —dice Vilches— que no me fuera a meter donde un tipo que se llama Peter Ferrari, otro de los grandes exportadores. Me dijo que era un loco, que mataba gente, que estaba con los narcos.

—¿Y tú que hiciste?

—Me fui a juntar con Ferrari.

—¿Por qué?

—Quería cachar qué onda.

Otra camioneta blindada pasó a buscar a Harold Vilches al hotel.

—Me llevaron a un barrio que era como La Dehesa de Lima. Era una mansión como de narcos: una casa de seguridad con pueros locos armados y te revisaban entero por si tenías micrófonos, te obligaban a dejar el celular afuera. Ferrari era cuático, muy pasado a rollo, no salía de su bóveda, porque decía que el FBI podía entrar en cualquier momento. No estaba tan equivocado.

Peter Ferrari, cuyo nombre real es Pedro David Pérez, está actualmente preso en Perú y acusado de lavado de dinero en Miami. Se espera que sea extraditado.

—Entonces me dice que él podía ponerme el oro en Estados Unidos; el oro y cualquier cosa que quisiera. Y por el mismo precio. Yo miraba alrededor y decía: “Hago esto, me meto con este y se chace ya la huevada”.

Finalmente, semanas después, Vilches cerró el negocio con Soria, en Santiago, cara a cara: su nuevo socio no hablaba por celular y solo usaba teléfono satelital. Había, eso sí, un pequeño detalle: el oro estaría disponible en Tacna, no en Arica.

Javier Concha, el expololo de su hermana, su experto en logística, viajó al norte, a asegurarse de que todo estuviera en orden. Tuvo que comprar un auto a nombre del suegro y arrendar un departamento con vista al mar en Arica.

El primer viaje, fechado el 11 de junio según la investigación de la PDI, fue tenso. Los tres cruzaron temprano por Chacalluta y pasaron sin problemas. El auto iba cargado.

—En las puertas llevábamos un millón y medio de dólares para comprar 40 kilos. Llegamos a la dirección, en una parte muy cuica de Tacna. Estaba Soria, que se movía a todos lados con un equipo de seguridad armado. Entramos el auto con el portón eléctrico y ahí desarmamos la puerta. Nos mostraron el oro y ahí era pasando y pasando.

—¿No pensabas que te podía quitar el oro?

—Me pasaba rollos, pero después me relajé.

—¿Por qué?

—Porque tenía mis técnicas. Por ejemplo, si alguien tenía un arma, yo le decía: “¿qué pistola es esa?” y le pedía que me la pasara, que me explicara cómo funcionaba, para entrar en confianza. Además, siempre les hacía ver que la plata era realmente de Dubái y que si pasaba

algo, ellos la querrían de vuelta. El mensaje que les pasaba era: “Si pasa algo, cag... los dos”. Y tenía otro seguro.

—¿Cuál?

—Que si me pasaba algo, se moría el negocio también, no verían más plata. La plata manda.

Después de almorzar, los chilenos cargaron las puertas del auto con los 40 kilos de oro y compraron chucherías para volver a Chacalluta a las dos de la mañana.

—Tuvimos que despertar a los ratis para que nos revisaran. Les decíamos que veníamos de carretear y le mostrábamos los gorros y polerones que habíamos comprado.

Según el registro de Extranjería, cruzaron otras cuatro veces ese mes: el 15, el 20 y el 24. En todas repitiendo la misma ruta: Tacna, Arica y embarque aéreo a Santiago, presentando facturas que justificaban el oro como compras a pirquineros de la región. En el último, tuvieron un incidente en el aeropuerto. Según el testimonio del oficial de aduanas, que es parte de la carpeta de investigación, “a la una de la mañana dos sujetos llegaron a consultar si podían trasladar una gran cantidad de oro en el vuelo de las cinco de la mañana. Nosotros les dijimos que no, pero a la hora de embarcar un tercer sujeto tomó la bolsa como equipaje de mano y la subió de todas maneras”.

Ese tercero era Harold Vilches.

—Ni se sabían la reglamentación, no tenían ni idea por qué nos estaban parando. Y si uno se muestra seguro, al final no hacen nada.

En todo caso, de ahí en adelante, hicieron los otros traslados formalmente a través de la empresa Brinks.

Ese primer año traficando oro, Vilches ganó tanta plata que el Banco Santander tuvo que excusarse por no tener suficiente efectivo para hacer uno de sus retiros. Sus facturas sumaron un total de 56 millones de dólares, abarcando el 58 por ciento del mercado. En la práctica, vivía una doble vida: acarreaba mochilas con millones de

dólares de día por el centro de Santiago y en las noches se juntaba a jugar FIFA en el Playstation con sus amigos. En la universidad sus compañeros comenzaron a sospechar, a inventar historias sobre él. Primero llegó a clases montado en un Kia Cadenza. Después en un Audi. Y, finalmente, en un BMW. Frente a los profesores, la verdad, se aburría.

—Se me hacía muy fácil. Tenía un solo cuaderno y ni anotaba. Ganaba 400 palos; me trataban de enseñar cosas que ya sabía hacer.

Vilches, en rigor, ganaba tanta plata que ni siquiera sabía qué hacer con ella. Se compró, la mitad al contado, una casa de 615 millones de pesos en Chicureo y una parcela en Tunquén. Invitó a sus papás a Buenos Aires por tres semanas, con todo pagado. Cotizó la compra de un helicóptero para evitarse los traslados. Si hubiera querido, podría haber dejado de trabajar, con 23 años recién cumplidos.

—Pero, ¿sabes lo que me di cuenta?

—¿Qué?

—Que me gusta más la sensación de ganar la plata que acumularla.

—**Pero te comprabas muchas cosas.**

—Pero más que eso, es la libertad que te da. Un día caminaba con mi señora y hablábamos que no conocíamos Nueva York, y a los dos días estábamos allá.

El mayor gusto que se dio Vilches no fue ningún lujo. El Kia rojo pasa ahora afuera del Costanera Center, toma el túnel San Cristóbal.

—Es acá a la vuelta.

El auto se estaciona en la calle Reina de Chile, en Recoleta. Casi a los pies del cerro Blanco. Vilches apunta a un galpón. El cartel de afuera dice: “Andina Turbomecánica”.

—Era mi joyita.

Entonces toma una hoja de cuaderno y un lápiz pasta rojo y se pone a dibujar un plano de los dos pisos del lugar. Cuando, en vez de hacer una delgada línea, raya con fuerza el papel, significa que ahí había un vidrio blindado y una pared con perfil de acero. Hay diez de esas líneas gruesas.

—Alarma israelí perimetral, entradas independiente para los autos, cercos eléctricos, un casino para diez personas.

En acondicionar ese búnker se gastó cien millones de pesos. Como dice un fiscal que le siguió la pista más de un año, “si empiezan a bombardear Santiago, ese es el lugar donde me gustaría estar”.

Harold Vilches no entra a ese galpón hace más de un año. Los nuevos arrendatarios se toparon con un sistema absurdo de seguridad para resguardar repuestos de turbinas a gas.

—Lo que más me duele es la bóveda: dos por dos, hormigón, como una habitación de pánico. Le iba a poner esas puertas con manijas redondas, como de los bancos en las películas...

Al octavo viaje a Perú no fue él; mandó a sus dos escuderos, quienes estando en Arica, tras pasar 48 kilos de oro desde Tacna, se encontraron con una sorpresa inesperada: en Santiago, dos días antes, delincuentes habían robado un camión de valores en el Aeropuerto de Santiago, llevándose seis mil millones de pesos: el “robo del siglo”. Brinks había suspendido momentáneamente sus servicios. Entonces, el gerente de logística y el gerente de seguridad, el suegro y el excuñado, estaban parados sin saber qué hacer con el cargamento.

—Era fin de semana largo —dice Vilches, en el auto, ya de vuelta en Providencia. Y ellos querían venirse, pasarlo en Santiago. Yo les decía que no, que se esperaran a que se repusiera el servicio de Brinks.

Los gerentes no le hicieron caso. Fueron sin avisarle al aeropuerto. Un oficio de aduana lo relata. “La aerolínea avisa de la situación. Se los hace pasar a los dos a la oficina. Muestran documentación de una factura a nombre de una empresa de Harold Vilches. Consultados, dicen que es oro de pirquineros informales, que no tienen papeles y que ellos los ayudan con los papeles. Internamente

se hace un llamado a Perú, se le piden las fotos del decomiso en Callao y los lingotes son iguales. Se retiene el oro y se le da aviso a autoridades”.

Harold Vilches estaba furioso.

—Este negocio tiene esa trampa: uno está obligado a trabajar con gente de extrema confianza. Me hacían pasar muchos malos ratos, es estresante estar a cargo de todo. Les había dicho específicamente que esperaran.

Esos 48 kilos equivalían a 1.454 millones de pesos.

—Ahí empezaron todos mis problemas.



Había una cosa que no sabían ni los policías ni los funcionarios de aduana: Harold Vilches no estaba en la incautación de Arica, porque estaba, en esos mismos días, explorando una nueva ruta para doblar sus exportaciones.

Meses antes, mientras cambiaba dólares en la casa de cambios Essex, en Moneda con Estado, escuchó a dos tipos, con acento argentino, hablar sobre oro. Los abordó y les dijo que él quería comprar, en grandes cantidades. Eran dos burreros que lo traían desde Mendoza, con 99 por ciento de pureza, comprado a una minera establecida, certificada, que prefería sacarlo por Chile y evitarse el impuesto de 35 por ciento vigente en Argentina.

Vilches llamó por teléfono al jefe de ellos y coordinó una entrega pequeña de prueba: cinco kilos. Los argentinos eran muy precavidos: simulaban tener contratos de trabajo en Chile, se pegaban las láminas de oro a su cuerpo y por cada diez kilos venía un equipo de cuatro personas, que ayudaba a asegurarse que nadie los siguiera.

—Se pasaban muchos rollos. Llegaron esa vez, les pagué y me dijeron que cuándo quería más. Yo les dije: mañana. Después me aburrí: cambié un millón 200 mil dólares, lo escondí en el Audi y partí yo solo a Mendoza.

—**¿Cómo movías esa cantidad por Santiago?**

—Así no más. En billetes de 100.

—**¿Y cómo se ve un millón 200 mil dólares?**

—Imagínate una bolsa grande Nike. Ya, eso, lleno.

Harold Vilches llegó al paso Los Libertadores con el auto repleto de plata.

—Sabía que no me iban a pillar: no tienen cómo olorosas billetes ni oro. Llego a la revisión y los funcionarios de aduana me empiezan a decir: qué rico el auto, a cuánto lo he corrido. Un chiste.

Vilches llamó por sorpresa a su proveedor argentino. Le dijo que estaba en Mendoza, que quería comprar 30 kilos y que lo pagaba en efectivo. Tuvo que esperar un par de días a que lo juntaran. Se quedaba en el Sheraton y salía las noches a jugar al casino.

Los viajes a Mendoza se multiplicaron. La ruta argentina sumaba, pero no alcanzó a solucionar el problema de la incautación en Arica. No pudo cumplirle el contrato a Fujairah. Desde Dubái, cuenta, le dijeron que no era asunto de ellos, que se las arreglara.

—Ahí me empecé a estresar, a bicicletear. Tuve que volver a mandar gente a Tacna y traerlos nosotros mismos por tierra. Y coordinar lo de Argentina. Estábamos ganando plata como locos, pero estaba medio superado.

El papeleo falso era feroz y lo coordinaba su mujer, que a veces tenía que recibir el oro. Cada embarque al extranjero incluía una factura de exportación, un instructivo, un mandato, las guías de despacho al aeropuerto desde el bunker de Recoleta, el certificado de origen de la empresa, los correos de certificación del mandante, una planilla con el cálculo del precio de la importación, una declaración jurada y el análisis de un laboratorio.

Su empresa comenzaba a hacer agua. El 28 de octubre el Banco Santander emitió una alarma bancaria, por movimientos anómalos. La cuenta había sido creada en julio y dos meses después registraba

pagos por siete millones de dólares. Vilches estaba en la fila de una sucursal, esperando para hacer un giro, cuando le dijeron: no podremos trabajar más con usted. Su cajero le dijo que, por el destino de los pagos, había funcionarios del banco que pensaban que podía estar involucrado en una red de financiamiento de terrorismo islámico.

—¡El nivel de tontera!

Ese mes Vilches decidió no enviar más oro a Dubái, no respetar el contrato. Antes de hacerlo cobró las garantías depositadas por 5,2 millones de dólares. Fujairah se querelló por estafa. El caso aún sigue abierto. Como lo ve él, eran los riesgos de un negocio que ambas partes sabían que era ilícito. Es como querellarse si se pierde un cargamento de drogas.

Vilches ya tenía una solución para seguir exportando. A través de Soria, su contacto peruano, conoció a dos representantes de la empresa NTR (Northern Texas Refinery) en Miami, un gigante mundial de la compra, venta, refinación y almacenamiento de oro, plata y otros minerales preciosos. En noviembre ya estaba en el Hyatt de Coral Gables, donde Renato Rodríguez y Samer Barrage, los encargados para Latinoamérica, lo pasaron a buscar para ir al *res-torán Houston's*, en Miami Beach. Ahí le ofrecieron un trato similar: adelantarle dinero para que él haga las compras y las lleve personalmente, en la maleta de mano, en vuelos Santiago-Miami. Partieron con 25 kilos a la semana, luego subieron a 40. La operación era aún más sofisticada. Vilches fundía el oro que recibía de Argentina, los mezclaba con otros elementos, como cobre, para simular la composición que tiene el oro proveniente de las monedas. Además, se había comprado una máquina que permitía grabarle a los lingotes “*aurum metals*” encima, el nombre de su empresa. Harold Vilches envió a su gerente de logística a hacer un curso de capacitación.

El 25 de enero el Security también dio la alarma bancaria: su cuenta registraba actividad por 13 millones de dólares. También se la cerraron. Tuvo que crear una empresa en Estados Unidos y abrir una cuenta en JP Morgan para poder seguir recibiendo los pagos.

Vilches viajó un puñado de veces, pero sus gerentes, sumados, lo hicieron casi veinte. Les tenía arrendando un departamento amoblado en la calle 79SW con la 12th Street. El oro seguía fluyendo.

En febrero, los ejecutivos de NTR le cobraron el favor y le pidieron que viajara a África para ver si podía crear una ruta que permitiera traer oro de Tanzania a Miami, pasando por Chile, de una tonelada mensual. Su familia le pidió que no fuera. Compró pasajes para él y sus escuderos. Un español, al que solo conocía por teléfono, sería su único contacto allá.

—¿Suena a qué te fuiste haciendo como adicto a ese peligro?

—Puede ser un poco. Mirado ahora, no tenía ningún sentido ir. Pero era un millón de dólares limpio cada envío. Lo único que hice los primeros días fue estar en el hotel, casi no salía. Ahí sí estaba cagado de miedo. A los días llega el español con unos negros al hotel. Uno andaba de militar y era jefe de una tribu. Nos subieron a una camioneta y nos llevaron a un barrio repleto de avionetas, con puros narcos africanos. Nos pasaron por revisiones de rayos X. De repente llegó un camión y ahí estaba: una tonelada de oro. Ahí me empiezan a decir que deposite 30 mil dólares para no sé qué cosa de impuestos. Y los tipos con metralletas.

—¿Qué hiciste?

—Le dije que no poh, cómo iba a depositar. Pero estaban los negros con metralletas. Así que deposité.

En Miami, NTR estaba esperando la confirmación para depositarle a su vez, a él, 42 millones de dólares.

—Y ahí me dicen que deposite de nuevo, otros 90 mil. Y así hasta los 300 mil.

—En el fondo te asaltaron.

—Claro.

Quedaron en pasarle el oro en el aeropuerto, pero, ya de vuelta en el hotel, el tanzano que andaba con ellos se agitó, tomó un taxi y entonces: Harold Vilches y la van. Y la persecución. Y el auto cruzado y las metralletas apuntándolo.

—Nos subieron al otro auto. Yo no sabía si era un secuestro, si nos iban a matar o qué. Nos llevaron a lo que se supone era una comisaría, que en realidad era un gallinero. Y ahí nos explican, en un inglés pésimo, que en realidad ellos tenían otra empresa de exportación de oro y querían venderme, y que el auto que me estaba persiguiendo era de otra banda que exportaba y que me estaban salvando de ellos. Al final, todos me querían sacar plata. Ahí ya nos fuimos.

En el aeropuerto, se entiende, no estaba la tonelada. Vilches iba de puerta en puerta tratando de encontrar el camión. Su suegro le tuvo que decir:

—Ya fue Harold, nos cagaron.

Fue un golpe a la moral. En Santiago, su nombre, ya estaba subrayado en aduanas y había orden de revisar a fondo cualquier cargamento de oro que saliera por el aeropuerto. Harold dice que, para probar, intentó enviar uno legal, con videos de las fundiciones de monedas.

El 24 de abril, en Pudahuel, pese a tener el mismo papeleo de las veces anterior, le requisaron cinco barras de oro, avaluadas en 448 millones. La Fiscalía Occidente tomó el caso. Harold Vilches pensó que sería como la causa de Arica o la de Fujairah, que no parecían avanzar. En febrero de 2016, un episodio tragicómico casi termina por hundirlo: el gerente de logística trajo desde Miami una bolsa de monedas de cobre a Chile, pensando que eran de oro. Cuando llenó el papeleo en aduana, los investigadores se tomaban la cabeza tratando de dilucidar el truco que escondía la maniobra. Tuvieron que ir a explicarle a la gente que los estaba investigando, que solo había sido un error.

Tres meses después, el 1 de mayo de 2016, su suegro intentó ingresar a Estados Unidos por una vía distinta: Houston. Como nunca antes, lo hicieron desnudarse y le hicieron pruebas al cargamento

de oro, pero finalmente lo dejaron pasar, dándole solo un papel que oficializaba el registro. Vilches pidió que le sacara una foto y se lo mandara. En una esquina, muy chico, tenía escrito: FBI.



En su oficina en el aeropuerto, el comisario Juan Figueroa se reclinó en su asiento, con cara de satisfacción.

—Se lo resumo así. Él se creía muy inteligente, trataba a los policías de tontos, pero, ¿qué pasó al final? Los inteligentes fuimos nosotros.

El jefe de la brigada antinarcoóticos lideró un equipo que estuvo más de dos años siguiéndole la pista a Vilches. Tuvo que poner a uno de sus detectives a instruirse desde cero sobre el mercado del oro, porque los policías más antiguos, los que conocían al padre y al tío de Harold, ya estaban retirados. Lo primero que tuvieron que dilucidar fue de dónde venía el oro. Le pidieron al Banco Central el total de monedas de oro acuñadas, para explicarse los volúmenes exportados. Incluso, solicitaron un oficio escrito al presidente de Codelco por si tenía alguna explicación para el aumento de oro. Nelson Pizarro respondió que no tenía idea.

Tras el segundo decomiso, el de Santiago, Vilches y su equipo tenían los teléfonos intervenidos. El fiscal de la causa, Tufit Budafel, siempre tuvo la idea de que tenía que haber una mente maestra detrás de la millonaria operación y no un veinteañero tímido egresado del Instituto Nacional.

Por las intervenciones y seguimientos, la policía logró identificar a los argentinos, los roles de cada uno de los miembros y el bunker. El 28 enero de 2016, estaban listos para cursar las detenciones, cuando llegó un oficio desde el Departamento de Estado Norteamericano a la Fiscalía Occidente pidiéndole a colaboración para desbaratar una red de tráfico de oro desde Sudamérica a Miami.

—Nosotros les pasamos prácticamente todo —dice el comisario Figueroa—. Ellos no sabían el origen del metal y los fuimos guiando sobre las cuentas que el sujeto había abierto en Estados Unidos.

El sujeto es Harold Vilches.

En abril de ese año, dos detectives de la PDI viajaron a Miami para reunirse con el FBI. Desde ahí en adelante tenían un grupo de comunicación en sus teléfonos para coordinar los seguimientos, tanto en Chile como en Estados Unidos. Cuando Vilches o sus ayudantes aterrizaban en Miami, alguien los seguía. Él entendió que el cerco se cerraba. En marzo, el dueño de la casa de cambio lo llamó para ofrecerle un kilo de oro desde Argentina y él le respondió:

—No gracias, mucho atado.

Luego de recibir la foto desde Houston de su suegro, con las letras FBI pequeñas, Vilches cerró todas las operaciones. Alcanzó a liquidar algunos de sus bienes, como la casa en Chicureo, no quedó con nada a su nombre. Compró dos camiones y comenzó una empresa legal de transporte, que incluso tuvo como cliente a Agrosuper. Se cambió a un departamento en Las Condes y repactó una vieja deuda con tesorería. De hecho, vendió su Audi para pagar una cuota de 20 millones.

Así cayó Harold Vilches. La madrugada del 2 de agosto de 2016 seis detectives le tocaron la puerta de su departamento.

—Me preguntaron si tenía arma o drogas. Le dije: “¿Cómo no vas a saber quién soy, después de todo el tiempo que me vienen siguiendo? No soy una persona mala, ni un criminal”.

Él mismo les pidió a sus trabajadores que abrieran la bóveda del búnker. Había cinco barras de oro y 119 millones de pesos con lo que pretendía comprar una casa a sus papás. Cuando lo llevaban a la patrulla, lo interceptó el periodista Emilio Sutherland con un equipo de televisión. Solo atinó a decir: “Tío Emilio”. En el reportaje emitido por *Canal 13* lo mostraban como uno de los culpables de la deforestación del Amazonas. Sus compañeros de universidad recién entonces entendieron el desfile de autos.

Después de la formalización quedó con arresto domiciliario, pero días después la Corte de Apelaciones de Santiago lo revocó, decretando prisión preventiva. El exfiscal Ignacio Pinto, tomó su de-

fensa. “Se predispuso a la opinión pública para hacerlo parecer como el líder de una peligrosa mafia, adelantando pruebas por televisión y eso es grave. O sea, implicar que él solo estaba devastando la selva virgen. Él estuvo siempre tranquilo, pero cuando su mujer también cayó presa se desesperó”.

—Yo estaba piola, hubiera aguantado —dice Vilches—. Me asignaron a un sector tranquilo de la cárcel, con Patricio Santos, los de Forex y otras estafas piramidales. Hablábamos de negocios. Jugaba pimpón y tenis todos los días. Veía hasta Netflix. Pero en Chile se usa la prisión preventiva como moneda de cambio, te chantajea con eso. Acepté colaborar, decir que todas las exportaciones habían sido ilegales, cuando no era así, para que mi mujer pudiera salir.

El 7 de octubre de 2016, los gendarmes fueron a buscar a las cuatro de la mañana a Vilches a su celda. Lo trasladaron por el túnel que une Santiago 1 con el Centro de Justicia, y lo llevaron a una sala para que hiciera su declaración. Cuando entró, vio a una decena de abogados y policías, incluidos dos oficiales del FBI. Y contó la historia: Perú, África, Argentina, las metralletas, las puertas del Audi, la mansión narco.

—Parecían cabros chicos escuchando un cuento, no podían creer que fuera verdad.

Pero era. Durante dos meses, el FBI contrastó sus declaraciones. Tuvo que ir, de hecho, en tres ocasiones a puntualizar algún detalle a la embajada de Estados Unidos.

El 12 de diciembre le levantaron el arraigo a Vilches para que pudiera ir a Estados Unidos por cuatro días. Viajó junto con el fiscal Budafel y dos policías de investigaciones. Allá se alojó en un hotel del FBI y preparó, frente a los agentes y el fiscal norteamericano, por tres días la declaración que tenía que hacer el 15 frente al *Grand Jury* de Miami, en la causa contra la gigante NTR.

—Cuando entré a la pieza con los FBI quedé loco: sacaron una carpeta y tenían todas mis conversaciones, mails, mensajes,

WhatsApp, desde, no sé, cinco años atrás. Era a otro nivel: no tenía otra opción que cooperar.

Al *Grand Jury*, Vilches entró solo. Dice que una de los jurados, que son ciudadanos elegidos al azar, al final de su testimonio le dijo: “Usted se equivocó, pero podría ser mi hijo”.

Los cuatro días en Miami fueron muy tensos y terminaron enfrentando al fiscal chileno con los policías de la PDI. El propio Harold no ayudó. Apenas aterrizaron, le dijo a uno de los policías que lo había seguido por dos años:

—¿Tu conocías Miami?

—No, dijo el policía.

—Agradéceme que te traje, sino cuándo ibas a venir.

El comisario Figueroa en su asiento reclinado:

—Para nosotros, él es un delincuente. No porque sea más educado o no se parezca a los narcotraficantes, va a dejar de serlo.

Para la fiscalía chilena, en cambio, era un momento importante: una cooperación exitosa con el FBI, un favor adentro para cobrar.

—Y Harold es un niño sano, humilde, que se vio envuelto en un lío que lo superaba. Pero en ningún caso es una persona peligrosa. Podría ser amigo de los hijos de cualquier persona —dice Tufit Budafel.

El 30 de enero de este año a Vilches le leyeron su sentencia en Chile, tras un procedimiento abreviado negociado entre las partes. Mientras el fiscal enumeraba los delitos que se le imputaban —asociación ilícita, uno de ellos—, él miraba a su banda: su mujer, su suegro y su exyerno. Ninguno tuvo pena de cárcel efectiva. Pese a la gravedad de las imputaciones, el no tener antecedentes les jugó a favor.

A Vilches lo condenaron a cinco años de libertad vigilada y a pagar una multa de 14.493.185.470 pesos, una de las más altas a un individuo en Chile. Los jueces no aceptaron el pago en cuotas, ni la reducción del monto. Si no puede pagar, y el juzgado lo estima conveniente, el número tiene que transformarse en días de presidio efectivo: 2.551 años. Tendría que estar preso hasta el año 4569.

Hay gente que cree que tiene un parte de la plata escondida. Harold Vilches se ríe en el patio del Centro de Justicia.

—**¿Tienes 14 mil millones?**

—Obvio que no, nica. ¿Quién tiene eso? Además, está calculado sobre el total del de montos, no sobre mis ganancias. Como si yo hubiera encontrado el oro en la calle y lo hubiese vendido. Además, yo pagué el IVA en las facturas falsas y al exportar, no lo pedía de vuelta, por razones obvias. Solo quisieron dar una lección con un monto impagable.

Unos metros más allá de Harold Vilches, en el mismo Centro de Justicia, el senador Iván Moreira acaba de firmar su propia salida alternativa por el caso Penta. Tiene que pagar 35 millones de pesos.

—Además, en algunos casos la elusión es pecado mortal, como el mío, y en otras es casi una gracia, un signo de habilidad financiera.

Del Servicio de Impuestos Internos dicen que le aplicaron el Artículo 21 de la legislación tributaria: o sea, una multa de 35 por ciento de los desembolsos totales. Como sea, hay concordancia en un dato: en poco más de tres años Vilches movió 70 millones de dólares, sin haber terminado la universidad.



Último miércoles de febrero, cuatro de la tarde. Harold Vilches espera a que lo atiendan en la caja del Servipag ubicado detrás de la municipalidad de Santiago. Está con bermudas y una polera azul y zapatillas. Detrás de él en la fila hay una peluquera dominicana, un bombero y una cajera de farmacia.

Luego de terminar el trámite, sale por calle Santo Domingo. Trae una mochila colegial en la espalda.

—¿Con cuánto plata andas atrás?

—No, no, ya no. Se acuerdan todos de mí por la tele.

Vilches ha tenido algunos problemas para adaptarse a su nueva vida. Trabaja desde la casa en nuevo emprendimiento: importa platino, paladio y plata y lo reparte entre las joyerías del centro. Ha hecho de Uber. Para el procedimiento abreviado, un asistente social hizo una lista con sus gastos: un millón y medio al mes. Hay días en que se aburre, ahora, más que la plata, su poder de decisión:

—Hoy ya soy como todos; si necesito 300 palos para armar algo, tengo que proyectarme a dos años, juntar plata. Antes pensaba el negocio y lo hacía en la mañana siguiente. Era muy rica la sensación.

El jueves pasado retomó las clases, en el año de su titulación. En uno de los cursos les enseñaban a los alumnos a preparar currículos ganadores, mostrando sus fortalezas, escondiendo sus debilidades. Cuando le preguntaron, dijo que no tenía nada que poner, solo había trabajado independiente. Al final de la clase se acercó a la profesora y le contó la historia. El diagnóstico de ella fue: tienes que poner todo lo que has hecho, hacer charlas con eso.

Harold Vilches camina por las galerías de las joyerías del centro. Dos personas lo saludan con respeto. Es una leyenda: el lobo de la plaza de Armas. Un caballero lo para en un pasillo, frente a un cine XXX. Le dice, sonriendo:

—¿Qué pasa animal?

Su mujer hoy trabaja en un supermercado. El gerente de seguridad volvió a taxear. El de logística ayuda a su familia con los completos.

—**¿De qué te arrepientes mirando hacia atrás?**

Ahora, la respuesta de verdad:

—Fui muy ambicioso, inmaduro en algunas decisiones, me pegué saltos muy grandes, creyendo que nadie nunca me iba a pillar. Pero nunca le hice daño a nadie. Ah, y me debí comprar una mina.

Con su testimonio se lograron condenas de entre siete y diez años para los ejecutivos de NTR. La empresa quedó reducida a casi

nada. Vilches tuvo que enviar de vuelta las llaves del departamento que arrendaba en Miami Beach; extrañamente el dueño trabajaba en el palacio de justicia de la ciudad.

Con lo que le contó al FBI, *Bloomberg News* hizo un extenso reportaje el año pasado. Desde entonces, le llegan mensajes de todas partes del mundo. Harold Vilches muestra el Facebook de su teléfono.

A las 0:25 horas un comerciante de Culiacán le escribió: “Craaaak. La isiste bro”.

El 7 de marzo, desde Gotemburgo: “Felicitaciones Harold por la estrategia que hizo con el oro. Merece un trofeo por su gran inteligencia, de enfrentar a gente de mentalidad arcaica. Usted es un genio”.

Harold Vilches camina ahora por los lugares de su historia: la galería Santo Domingo, el local donde su papá sufrió el accidente vascular, la casa de cambio donde, dice, ha vuelto a ver a los mismos argentinos, negociando oro con otros compradores. Mirando a la puerta dice:

—En diez años me voy a reír de todo esto.

Harold Vilches pone esa cara de nuevo: el niño que hace algo malo.

—No te quise contar, para no asustarte.

La pequeña mochila en su espalda.

—No pasa nada, tranquilo.

Está repleta de billetes.

CATEGORÍA ENTREVISTA

FRANCISCA LINCONAO: “YO NO QUERÍA SER MACHI”



Lorena Penjean y Benjamín Miranda

12 de agosto

The Clinic

El sábado 5 de mayo de 2018 la machi Francisca Linconao salió del Tribunal Penal Oral de Temuco libre de cargos, luego del segundo juicio por la muerte del matrimonio Luchsinger Mackay. Un proceso que partió la madrugada del 4 de enero de 2013, en el contexto de las protestas por el quinto aniversario del asesinato de Matías Catrileo, cuando el matrimonio de agricultores fue atacado por Celestino Córdoba y otras tres personas y murió víctima del fuego provocado en su casa por los agresores. En esta entrevista, la machi Linconao abre las puertas de su hogar para acusar el trato humillante que recibió desde que fue detenida por este caso, pero también para hablar de su infancia, de sus creencias y de la cercana relación que tuvo con la familia Luchsinger Mackay. Aunque de entrada la machi da a entender que no le gusta hablar con periodistas ni menos con periodistas huincas, los autores consiguen un retrato íntimo y privilegiado de una de las protagonistas del conflicto mapuche.

Hace pocas horas dejó de llover en Rahue, localidad donde vive la machi Francisca Linconao. No bien se cruza una cerca de palos afe-
rrados a un alambre, se asoman unos perros que juegan sobre la
tierra húmeda. También las ovejas recién paridas que berrean bajo
un sol engañoso. Un par de “melliceras” llaman la atención del sa-
cerdote Fernando Díaz, quien nos acompaña al encuentro con la
autoridad espiritual.

Juanita, la hermana mayor de Francisca, abre la puerta de su
casa. Viste jeans, camisa, un chaleco y gorro de lana. De la machi ni
la sombra. Al parecer está descansando.

Ya adentro, el silencio habla fuerte, muy, hasta que entra Paula,
una niña encantadora que llena todos los espacios. Paula vive acá con
su mamá, también llamada Francisca, a quien la machi Linconao y
Juanita han criado como una hija desde que tenía dos meses de vida,
cuando su madre falleció.

Las cuatro mujeres viven juntas y solas desde antes que se des-
encadenara el caso Luchsinger Mackay, el mismo que ha marcado
los últimos años de la machi, de su familia, de su comunidad y del
denominado “conflicto” entre el pueblo mapuche y latifundistas.

A Francisca Linconao se le acusó de reunir a treinta personas
en su casa para planear el ataque a la granja Lumahue —donde vivían
Werner y Vivianne— horas antes del asalto, el 4 de enero de 2013.
Fue encarcelada, estuvo en huelga de hambre y a punto de morir,
según declara en esta entrevista. Todo esto antes de ser absuelta del
crimen no una, sino dos veces.

Ella cree que todo comenzó cuando se enfrentó a la familia Taladriz por el cerro Rahue y ganó. En rigor, ella ha ganado todos los juicios en los que ha comparecido, ya sea como querellante o imputada.

Tras unos minutos de espera se asoma y saluda solemne. Luego, la machi se sienta y con ella lo hacemos todos. No acepta cámaras en su casa. Ni fotos ni videos. “Veinte minutos, no más”, anuncia de entrada.

Francisca Linconao clava sus ojos en los nuestros y comienza a hablar con su voz penetrante, mezcla de rabia e impotencia. Pero también de decisión. La machi habla fuerte y cuando lo hace no se le pregunta, se la escucha.

A continuación, una conversación en la que revela detalles inéditos de su vida y que presentaremos de forma completa, literal, con sus palabras textuales, sin edición alguna.

—¿Cómo está después de todo lo que ha pasado?

—De salud no estoy bien, estoy con tratamiento médico. De hace mucho tiempo que estoy enferma; ya llevo 16 años con un doctor. Estoy tomando pastillas para la presión y para un problema gastrointestinal que no sé qué es, porque los médicos no dicen nada hasta que uno está en las últimas. Tampoco se me quita el dolor de cabeza ni de la vista. Ya veo muy poco y uso lentes para leer.

—Cansancio...

—Cansancio de todo lo que pasó ahí, dentro de la cárcel, porque fue mucho el sufrimiento. Fueron diez meses encarcelado. Y después de eso estuve en el Hospital Intercultural, allá en Imperial, hospitalizado tres veces. Después estuve 14 días con huelga de hambre y como estaba con medicamentos casi me muero. Menos mal los abogados pidieron una audiencia para que me sacaran de ahí y pude estar en mi casa. Igual fue como estar detenida porque no podía salir. Yo no tengo estudios, llegué a cuarto básico y no sé explicarle muy bien.

Esto fue por el allanamiento del 4 de enero del año 2013, por el caso Luchsinger Mackay, que fue muerto esas dos personas porque incendiaron su casa, pero yo no sé quién fue. Como a las cuatro y media de la tarde llegaron aquí los policías, como 30 carabineros. Yo tengo esta casa y otra de frente de mi rehue, que tiene cocina, living y baño. Y aquí, donde estoy ahora, que es una casa de machi que saqué hace recién dos años, que me entregó el Serviu cuando estaba la presidenta Bachelet, estaba la ruca, que es un piso de tierra donde hacemos fuego para hervir mis remedios, porque soy autoridad tradicional de mi pueblo mapuche. A los 16 años planté mi rehue y voy a cumplir 62 el 18 de septiembre. En la otra casa los carabineros solo encontraron una cuchilla y un cuaderno azul que estaba encima de la tele; y en la ruca una caja vacía que no tenía nada. Después dijeron que encontraron un arma hechiza dentro de la caja, pero no tenía nada. Allí es donde pusieron montaje los carabineros. Aquí no hay hombres, somos dos hermanas con Juana y una sobrina que yo crie, que se llama Francisca del Carmen Linconao. La crie de dos meses, cuando murió su mamá y cuando estaba estudiando quedó embarazada y tuvo una guagüita que es la Paula, que para ese allanamiento del 2013 tenía tres años. Ella ha visto todos los allanamientos, sabe todo lo que pasó, que registraron todo, que vulneraron nuestros derechos y no pidieron autorización ni permiso. Cuando llegaron los carabineros les pregunté por la orden, para entregarles la casa y para que registraran todo lo que quisieran, porque yo no tenía nada que esconder. Después de haber revisado las dos casas y un galpón viejo que tenía, el carabinero que se llama Pedro Larrondo, que era el jefe de todos los carabineros, nunca nos habló. Cuando vi que los carabineros estaban entrando a mi casa yo estaba tomando mate con mi hermana. Los vi como a 50 metros, de la ventana estaba mirando. Le dije a mi hermana que saliera ella, porque cuando yo tomo mate me da espasmos si salgo.

—**¿Por el frío?**

—De niña era delicada y sufrí de un espasmo, casi me muero. De ahí le tengo mucho miedo al viento al salir.

—**¿Cómo se manifiesta ese espasmo?**

—Me salen granitos en la garganta y se me hincha. Me da como amigdalitis. Pero yo no sabía, eran muy chica, apenas me acuerdo de eso.

—**¿Y aparte de eso era sana?**

—Sí, sana. Como ya iba a ser machi, a los siete años me enfermé.

—**¿De qué se enfermó?**

—De un dolor de cabeza que no podía comer. Tomaba pura agua.

—**O sea, se enfermó como a la edad de la Paula, muy chica.**

—Un poco menos, porque ella tiene ocho. Iba al colegio y no comía, pasaba con agua nada más.

—**¿Y qué le decían sus papás?**

—Yo no conozco a mi papá, falleció cuando yo tenía como seis meses. Solamente conocí a mi mamá.

—**¿Ustedes son solo dos mujeres?**

—No, somos varios, pero los que vivimos aquí somos dos, más la sobrina que crie y su guagüita.

—**Claro, pero estaba pensando... Usted, Juana, ¿qué edad tenía cuando murió su papá?**

(Juana) —12 años.

—**Jovencita...**

(Machi) —Sí, éramos como nueve hermanos. La mitad está en Argentina y también fallecieron. Ahora quedan tres hermanos.

—**¿Y cuando usted se enfermó, qué le decía su mamá?**

—No sabía lo que me pasaba, me tuvo que llevar a hospitales porque estaba mal. Los médicos tampoco sabían qué es lo que era. Me llevaban y me traían para todos lados. Después tuvieron que buscar a una machi y ahí recién se supo que yo tenía espíritu de machi.

—**¿La machi lo descubrió?**

—Sí.

—**¿La vio y le dijo? ¿O le preguntó qué tenía?**

—No, la machi no pregunta. Ve por la orina o sino con un machitún. Ahí se ve lo que tiene uno. Los médicos, los doctores, preguntan qué siente, dónde le duele. Nosotros no vemos las cosas así. Como machi nosotros vemos por la orina, por la ropa, o hacemos un trabajo de machitún y ahí sabemos qué tiene la persona. Nosotros no preguntamos.

—**¿En su caso, cómo se dieron cuenta?**

—Con un machitún, un trabajo que vino a hacer la machi. Pero tampoco me levanté con una pura machi, porque tuve que ver como diez machis.

—**¿Por qué?**

—Porque uno tiene que tener el mismo espíritu de una machi para poder levantarse como machi. Si no contacta el espíritu, podemos estar con 20 o 30 machis y no se va a levantar y sigue enferma y sigue enferma y nadie sabe qué es lo que tiene.

—**Y cuando se encontró su espíritu, la machi la levantó.**

—Sí.

—**¿Qué pasa cuando usted sabe que es machi?**

—Ese un proceso largo. Así como los doctores hacen la práctica para

medicina, a un doctor mayor, así se hace la práctica cuando uno va a ser machi. Tiene que entregarse a una machi para que le enseñe los remedios y todo lo que tiene que hacer. Pero uno también tiene... eh... peuma... sueño, qué es lo que va a ser, qué es lo que va a pasar, de qué sueña, entonces va sacando todas esas ideas.

—Estudia con la machi y sus sueños le van indicando.

—Mmm.

—Y usted era muy chiquitita, ¿cómo se lo tomó?

—Yo nunca quería ser machi. Cuando yo tenía 12 años ya... 12, 14, 13 años ya me vistieron con chamal y lloré mucho porque yo no quería ser machi. Yo quería seguir estudiando, tenía muy buena memoria.

—¿Qué le hubiese gustado estudiar?

—Quería ser algo, eso no lo voy a decir.

—¿Qué materia le gustaba en el colegio?

—La matemática, la historia.

—¿Le gustaba la historia?

—Sí. A mí poco me enseñaban, porque con un repaso que me hacían ya me entraba en la cabeza. Al contrario, a los niños grandes yo les enseñaba, pero yo era una niñita así.

—Y cuando le pusieron su traje...

—¡Ya, eso vamos a decir de eso! ¡La pregunta no me gusta tanto porque nosotros estamos hablando del caso Luchsinger Mackay!

El don de Dios

—Bueno...

—Año 2013, el 4 de enero, fue el allanamiento. Allanaron aquí, hicieron todo lo que quisieron. No había nada, no había arma, y después salen diciendo que yo tenía una arma hechiza y me llevaron a tribunales, me llevaron en Padre las Casas, a la comisaría. Y allá me despojaron, me sacaron mi vestimenta, me sacaron mi paño, mis trenzas del pelo. Me dejaron casi en pelotas, en puro camisón. Y después me llevan al consultorio para ver... Lo que pidió la fundación, porque tenía un abogado yo, y de ahí pidió que vayan a verme acaso qué me pasó con los carabineros, si había una cosa que podía estar mal o herido. Toda esa cosa.

—Constatación de lesiones.

—Sí, eso. Entonces la prensa iba enfocado en mí, así como estaba parecía un delincuente, con mi pelo suelto, con todo eso. Eso es lo más doloroso para mí, porque me sacaron toda mi vestimenta, con un camisón y sacándome fotos, y esa foto después la transmitieron internacional, en Argentina, en todas partes llegó esa foto. Después yo fui a Argentina y me mostraron todo lo que pasó.

—¿Por qué despojarla de su atuendo es tan grave? ¿Por qué no puede mostrar su pelo suelto?

—Por eso es que me siento tan mal, tengo rabia, tengo coraje. Las autoridades no hicieron nada. Después a los ocho meses terminó este juicio y fui absuelta de todo lo que me estaban culpando, hasta de la supuesta arma hechiza. Citaron de testigos a los carabineros y no sabían qué decir, más lo que se miraban con el fiscal. Yo no entendía nada porque no había estado en tribunales ni en juicios, no tenía ningún problema. Mis hermanos tampoco nunca fueron detenidos, somos de una familia libre. Pero por lo que pasó con Luchsinger Mackay me detuvieron, me despojaron como cualquier cosa, pero yo soy una machi de edad y soy una mujer bien reconocida en todas

partes. Tengo mi personalidad y mi mente limpia y me involucran en esa muerte.

—¿Cuál es su preocupación hoy día?

—Demandar al Estado, eso es lo que tengo ahora en mi mente. Me pueden ofrecer mucha plata pero nunca me van a sacar lo que siento en mi corazón y en mi mente.

—¿Eso no se va a sanar nunca?

—No, nunca se va a sanar. Siempre me va a quedar en el recuerdo cuando estuve encerrado entre cuatro rejas en la cárcel, sin ser culpable. Yo soy una persona inocente que no tiene nada que ver con la muerte de los Luchsinger Mackay y estuve encerrado diez meses, más con huelga de hambre que casi me muero.

—¿Por qué cree que la gente la reconoce?

—Porque soy machi, soy buena machi. He mejorado a muchas personas. La gente que se enferma va al hospital, al psiquiátrico, están mal y los médicos no la hacen mejorar. Pero yo sí, por eso la gente me quiere y me recuerda.

—¿Qué pacientes o enfermedades usted ha podido sanar?

(Juana) —Mejor hablen directamente del juicio, no del rol que tiene ella, porque además ella no puede decir todo lo que hizo de joven ni cuestiones. Estamos hablando del Luchsinger Mackay. También sufrió porque iba a ser machi pero que no esté recordándolo. Pregúntele cómo la trataron en la cárcel, todo eso.

—Sí Juanita, lo que pasa es que mucha gente no sabe la importancia de ser machi, su rol, porqué tiene un papel fundamental...

(Machi) —Por eso le digo yo. Todos los que somos machi somos una autoridad tradicional del pueblo mapuche, de las comunidades.
(Juana) —Autoridad elegida de allá arriba.

(Machi) —El don de Dios. Por eso le estoy hablando de espíritu, porque viene de allá arriba, nosotros no escogimos ser machi. A las machis hay que respetarlos. Ustedes son huinca y los huinca no saben qué importancia tienen las machis y quieren tomarlo como cualquier delincuente. Nosotros necesitamos respeto.

—**¿Cómo sana una machi?**

—Nosotros no sanamos con pastillas ni con inyecciones, sanamos espiritualmente. Con remedios naturales.

(Juana) —Y la machi tampoco va a internar a un paciente un año o dos, no, un par días y con eso basta, porque ella misma va haciendo su sanación.

(Machi) —Así es.

La gente llora por mí

—**Usted siempre defendió su inocencia y meses después la justicia lo corroboró. ¿Por qué cree que se le involucró en el caso Luchsinger Mackay?**

—Me involucran, yo creo, porque yo demandé por un cerro al propietario Alejandro Taladriz, porque estaba cortando todo lo nativo y todos los árboles medicinales, todas las hierbas medicinales, el Menoko, el agua de la naturaleza. Nosotros vivimos de los remedios medicinales, soy machi y de ahí saco mis remedios. Él quería plantar puro pino y eucalipto y sacar todos los remedios de ahí. Por eso yo lo demandé a Alejandro Taladriz, y apliqué el Convenio 169 en la Corte de Apelaciones primero y después en la Corte Suprema. Fue ganado ese juicio y sacamos recurso de protección, con el abogado de la Fundación Instituto Indígena, que me apoyaron. Por eso se enojaron mucho los latifundistas, no uno, yo veo que todos. Claro, no todos lo dicen, pero del corazón están muy enojados, porque fue el primer caso que ganó una machi.

—**¿De dónde sacó fuerzas en la cárcel?**

—Con el espíritu que me manda Dios nomás, si allá yo ya no comía, me estaban colocando día por medio suero. En eso estaba.

—**¿Qué la convoca hoy?**

—Bueno, hay que seguir luchando por la vida y por los derechos. Y la tierra por la que demandé a Alejandro Taladriz me tiene que ayudar a comprármela la Conadi y el Estado. Eso es lo que yo quiero; recuperar el cerro y los remedios medicinales. Pero yo lo hago jurídicamente, con documentos. Yo no voy a andar haciendo cosas, no voy a andar nada cortando alambre.

—**¿Después de ser absuelta no se siente más tranquila?**

—No, no, no. Nada. Y eso que después, el 30 de marzo, nuevamente a las tres de la mañana llegó la PDI y me sacaron de la cama para llevarme de nuevo donde fui encarcelada. Yo pensé que estaba sola, que era la única, pero después cuando llegué vi que había diez hombres más. Los Catrilaf, los Tralcal y el Peralino. Después, como a las seis o siete de la mañana empezaron a salir, porque llegaron los abogados defensores. Les hicieron una fila como colegial y ahí miré que no conocía a los Tralcal ni a los Catrilaf. Solamente a José Tralcal lo conocía, porque fue mi paciente anterior, de muchos años atrás, cuando lo mejoré con mis remedios. También lo conocía a Peralino de niño, de chiquitito.

—**¿Ha podido descansar algo?**

—No, porque tengo muchas visitas. Vienen de otros países, me llaman. También estoy cansada de las entrevistas. Esta es la única entrevista que voy a dar, no voy a dar más, ya lo sabe todo el mundo. En Colombia, en Ecuador, en Brasil se supo lo que me pasó a mí.

—**¿Qué le dicen de afuera?**

—Afuera están apoyando por la demanda que vamos a hacer.

—**¿Se ha sentido apoyada aquí en Chile?**

—¿En Chile? Casi nada, muy poco. Solo de mi gente, del pueblo mapuche. Pero internacionalmente más.

—**¿Y de los huinca?**

—Algo. La mitad sí y la otra mitad lo mira a uno como que fuera culpable.

—**¿Se siente un emblema?**

—Sí, por eso mismo mi gente de todas partes, del norte, sureste y oeste, me apoya y está ahí. Haciendo marchas por la calle hasta que me sacaron. La gente llora por mí, yo lo veo en Temuco. En la calle me hablan.

—**¿Cómo reacciona cuando la ven?**

—Bien. Dicen que están contentos porque estoy afuera, me dicen: “Siga luchando machi, gracias por luchar”.

—**¿Sigue trabajando o ejerciendo como machi?**

—Todavía no, porque no estoy bien de mi salud. Claro, desde que salí desde la cárcel y estoy en mi casa, no he atendido a nadie. Me llaman por teléfono y les digo que no estoy atendiendo porque no estoy bien de mi salud. Tengo que tener un poco más de fuerza y mi espíritu tiene que estar mejor para poder apoyarlos.

—**¿Le gustaría volver a sanar?**

—Claro que sí po’, además tengo que hacerlo. Ese es mi trabajo.

Ninguna salida

—**Hace pocos días hubo una cumbre en La Araucanía encabezada por el ministro Moreno y el gobierno está haciendo un plan.**

¿Tiene alguna esperanza?

—¿Qué va a cambiar? Son puros mentirosos. Mienten y mienten, así como mienten los carabineros que ponen montajes, igual que la

PDI. Arman la mentira así como lo hicieron con Peralino y el caso Huracán, donde implantó pruebas Carabineros. Entonces, ¿qué vamos a esperar del gobierno? Nada.

—**¿Ninguna señal?**

—Yo no he hablado con el ministro Moreno, tendría que hablar con alguna persona para decirle que sí, que algo ha cambiado.

—**¿Qué tiene que pasar para que viva en paz?**

—No sé, solo Dios no más sabe y yo no soy Dios para decirle. Ahora que entró otro gobierno yo no sé lo que va a pasar. Más adelante, no sé. Yo creo que estamos mal.

—**¿No le ve ninguna salida?**

—No, no le veo ninguna salida.

—**Ahora que se declaró admisible el recurso de nulidad del fallo Luchsinger Mackay...**

—Tiene que ser así porque la mentira no puede valer más que la verdad. Mintieron hasta los jueces. Por eso quieren condenar a tres personas que son inocentes. Parece un juego político esto.

—**Los condenados, además, fueron absueltos en el primer juicio del caso, al igual que el resto de los once imputados.**

—Sí, porque el (juez José Ignacio) Rau es una persona bien derecha para sus cosas, porque él sabe que si no hay pruebas suficientes no se puede condenar. La Fiscalía no tiene pruebas y no tiene nada, solamente mienten los fiscales (Alberto) Chiffelle y los otros de la PDI que armaron la mentira con él.

—**Los comisarios Guillermo Vilches y Claudio Leiro, investigados por apremios ilegítimos.**

—Sí. Ellos tienen que ir a la cárcel. No porque sea la PDI, que pone montajes, van a quedar por ahí muy tranquilos. Es muy grave lo que

hicieron con Peralino, porque ellos le pusieron palabras en su boca y lo extorsionaron y obligaron a firmar un documento diciendo que fue testigo, todo esto sin tener un abogado al lado. El Peralino no sabe hablar mucho. Puede hablar, pero no sabe adónde va, cambia la conversación. Ese chico no es normal, de chico que no. Entonces lo agarraron y le dijeron que si no firmaba le iban a matar a sus hermanos, a su papá, a su polola. Hasta le dijeron que a mí me iban a hacer algo.

—En su caso, además de haber participado en el incendio, se le imputó por haber reunido a 30 personas en su casa durante la noche anterior al ataque.

—Eso es lo que montó, el montaje de la PDI. El Claudio, el Leiro más Chiffelle. Jamás hubo una reunión en mi casa. Ellos dicen que el 3 de enero del año 2013 tuve una reunión con 30 personas, que yo llamé a todas las personas. Eso no es verdad, son mentiras, montaje de los carabineros. Yo no llamé a nadie, yo no tenía reunión en mi casa, porque el 30 de diciembre tuve el Ñeicurrehuén, el renovación del rehue, y yo estaba cansado; en tres días me allanan. Cómo voy a estar haciendo reunión, yo no estoy para eso, para estar haciendo reunión, o para ir a incendiar una casa, yo no nací para eso. Yo no estoy metido en eso, son puros montajes de los carabineros.

Nos llevábamos bien con los Luchsinger

—Su hermana trabajó con la familia Luchsinger Mackay...

—Sí, ya se sabe todo eso.

—¿Ha tenido la posibilidad de hablar con la familia Luchsinger?

—No. No quiero hablar. No tengo por qué estar hablando con ellos lo que me pasó. Ellos si fueran otra persona dirían, sacarían alguna declaración: “La machi no puede hacer eso porque nosotros la conocimos”. Esas dos palabras que lo podrían decir lo agradecería,

pero no lo hicieron, y eso que me conocen, y eso que conocen a mi hermana, que estuvo trabajando como 13 años con ellos, le crio los cabros chicos. Ellos venían aquí. Cuando yo planté mi rehue a los 16 años estaba don Werner Luchsinger con su hijo, con su señora, con todo. Cuántas veces no vinieron, el mismo Jorge Andrés, el hijo de don Werner Luchsinger, dijo “cuántas oportunidades fuimos a la casa de la machi Francisca”. Así declaró.

(Juana) —De repente aparecía Jorge Andrés, cuando era muy chico, y decía que su mamá la había mandado a buscar un huevo donde nosotros, y se lo dábamos. Los queríamos igual, porque con nosotros eran buena gente.

(Machi) —Si cuando vimos por la tele lo que pasó nosotros lo sentimos mucho, porque lo conocíamos y no teníamos ningún conflicto, ninguna cosa. Nos llevábamos bien con toda su familia, hasta con los primos del finao.

(Juana) —Todos mis hermanos se criaron con los Luchsinger, todos.

(Machi) —Mi hermana estaba trabajando con Rodolfo Luchsinger ese tiempo, el año 2013. Y después siguió trabajando y hace poco se retiró, porque el caballero se fue a Temuco.

(Juana) —Si ese día yo me iba a levantar para ir a trabajar cuando me llamó la señora y me dijo que viera las noticias. Me preguntó dónde iba y como eran antes de las siete, no alcancé a salir de mi casa. “No venga porque incendiaron la casa de Werner y vamos a ir para allá. Y vea la tele”, me dijo.

(Machi) —Por eso es tan doloroso, no era gente que conociéramos así nomás.

(Juana) —Para nosotros, ellos siempre fueron los vecinos.

(Machi) —Y de don Werner no tenemos ningún interés. La pregunta que nadie me puede responder es por qué nos involucran.

El rehue

—¿Celestino también es inocente?

—Eso no se sabe, porque no está comprobado. No hay pruebas, solo indicios. La verdad no lo conozco, nunca he tenido una conversación con él, pero con lo que está pasando ahora, sospecho. Durante el primer juicio, estuve dos meses y diez días sentada en el tribunal escuchando lo que decía Fiscalía. Pusieron tres testigos para culpar a Celestino y ellos dijeron que no estaba en la casa cuando se incendió, que estaba en el camino público Tres Cerros, que estaba borracho, herido de bala, lo levantaron, no llevaba pólvora en la mano, no llevaba arma blanca, solamente llevaba un pañuelo que se pone como machi, tampoco llevaba gorro pasamontaña, tampoco guantes, llamaron a la ambulancia, lo llevaron al hospital y después a la cárcel. Pero no hubo investigación.

—¿Cómo evalúa el permiso que le dieron para ir a su rehue? ¿Lo toma como un gesto de buena voluntad?

—Harto poco, porque no debiera llegar a eso. La machi no alcanza ni a empezar su renovación de rehue con 14 horas, que es lo que le dieron. Ni siquiera alcanza a empezar. Son dos días que tienen que darle, que es lo que estaba pidiendo, porque eso demora. Pero para buscar los remedios y hacer todo, no basta ese tiempo.

—¿Cuánto demora la ceremonia?

—Casi un mes entre buscar los remedios y todo lo demás, como cortar las plantas nativas que se necesitan. Eso lo tiene que hacer un maestro, no es na' llegar y cortar y plantar. No es cualquier palo tampoco, no vamos a ir a voltear un álamo. Entonces como él es machi, está enfermo, preso y con huelga de hambre, no puede hacer mucho en 14 horas. En ese tiempo yo creo que no pudo hacerlo como corresponde, si estaba casi muerto. Además que había tanto carabiniero, por un hombre casi muerto. ¿Cómo se va a arrancar? Ciento cincuenta y tantas personas vigilando, más helicóptero y esas leseras.

—**¿Drones?**

—Eso. Yo estoy de acuerdo con que un machi, estando condenado o no, tiene derecho a hacer sus rituales. Tienen que darle autorización y permiso, es su derecho.

—**Él estuvo más de cien días en huelga de hambre. ¿Qué le hayan dado permiso no es un gesto?**

—No. Lo sacaron porque estaba por morir.

Olor a droga

—**Mientras estuvo presa, ¿tuvo un trato especial debido a su condición de autoridad tradicional?**

—Sí, hubo un poquito más de respeto que con las otras presas. Es que hay personas buenas y malas.

—**¿En la cárcel pudo conocer a otras mujeres? ¿Estaba aislada?**

—Yo tenía una pieza aparte.

—**¿Cómo fueron las otras reclusas con usted? ¿Respetuosas?**

—Algunas, porque ahí se fuma droga y se hacían todas las cuestiones. Me tenían la cabeza mal por tanto olor a droga. Bueno, eso es todo lo que le puedo decir. Que la PDI armó una mentira, no hubo reunión en mi casa, nadie llegó el 3 de enero de año 2013, eso es puro montaje, y que los que armaron eso deben ir castigados y presos, igual como lo hacen con los mapuche. Eso es. Nada más por ahora, estoy cansada.

—**Usted dice que está muy cansada, pero el proceso que viene ahora, de demandar al Estado, también es muy desgastante. ¿Está dispuesta a pasar por eso?**

—Claro que sí. Voy a hacer lo que más pueda, estoy decidida. No me voy a quedar aquí sentada de brazos cruzados, cuando me dijeron que fui culpable de algo. Yo soy una persona que llega hasta el

final. También pusieron un monito de cómo yo saltaba el cerco de aquí para allá. Después, en el segundo juicio, lo sacaron y le pregunté a Chiffelle dónde estaba su monito, y él se rio. “Por qué no lo tiene puesto”, le dije.

—**Ahí salía cómo habrían entrado al fundo. Era la única mujer.**

—La única mujer. Como que yo tuviera 20 años, o 15.

—**Otro dato relevante es que para el segundo juicio, la jueza Ximena Saldivia abandonó el caso.**

—Sí, y eso es muy grave. A ella la trataban mal, muy mal. Yo lo vi. Una vez se le cayó la lágrima a la señora en el tribunal. Faltaba una semana para el fin del juicio y ella se fue. Pero eso ya se sabe en todos lados, mandaron papeles. La anulación del juicio tiene que salir sí o sí.

—**¿Ha venido la policía otra vez?**

—No, ¿a qué van a venir? Ya salí absuelta de todo. No, yo no le tengo miedo. Siempre les he dicho en su cara y a los jueces y al fiscal que a mí me metieron sin prueba. Cuando los juicios pasan uno tiene que ponerse firme.

—**¿Cómo reaccionaron ellos?**

—Ya me conocen ya.

—**¿Se asustaban cuando usted les hablaba?**

—A veces sí, porque sabían que estaban mintiendo. Da rabia. Yo soy de camino derecho.

—**Entre tanta rabia y frustración, ¿qué la hace feliz?**

—Cuando salgo al campo, o cuando voy al cerro con mis ovejitas. Veo mis remedios. Cuando me siento tan mal y enferma, subo ahí y vuelvo tranquila. Allá agarro fuerza. Eso, ya. Eso sería.

LORETO VALENZUELA ROMPE EL SILENCIO



Claudia Guzmán

25 de septiembre

Ya, El Mercurio

Revista *Sábado* había publicado los testimonios de mujeres abusadas sexualmente por los directores Herval Abreu y Nicolás López, cuando la revista *Ya* sorprendió con otro caso igual de llamativo. El acusado era el director de teatro Raúl Osorio y la víctima, la actriz Loreto Valenzuela. Eran hechos ocurridos a fines de los 70, en dictadura, y los protagonizaban personas que compartían un ideario de resistencia política. Todo partió cuando Osorio dirigía a Valenzuela en los ensayos de *Tres Marías y una Rosa*, una obra sobre la represión sufrida por pobladoras en ese período: “¡Si él era mi profesor y mi director!”, reclama la actriz, en una entrevista en la que participan otras voces que compartieron ese tiempo con ambos. La entrevista revela la naturalización del abuso de Osorio y cómo se habría extendido con otras mujeres, al menos, hasta 2013.

Era a fines de los años 70, de noche, y un grupo de estudiantes y artistas dejaba el Campus Oriente de la UC después de ensayar *Tres Marías y una Rosa*, montaje que se transformaría en un hito de la historia del teatro chileno. Coproducida por la Vicaría de la Solidaridad, la obra trataba de cuatro pobladoras que, bordando coloridas arpilleras, sobrellevaban la opresión, la pobreza y el abuso hacia la mujer.

Loreto Valenzuela, una de sus protagonistas, recuerda cómo terminó una de las jornadas de preparación, cuando se fue con el director de la obra, Raúl Osorio:

—Yo vivía cerca de él. Vivía en Colón con la Plaza Atenas y Raúl vivía más arriba. Terminábamos cerca de las 11 de la noche el taller, eran tiempos de toque de queda, y nos íbamos juntos en la micro, lo que era una situación muy incómoda para mí.

Loreto dice que, en otras ocasiones, él tomaba taxi y la llevaba.

—Y de repente en el taxi, un día, se me lanza encima y me empuja a besar. Entonces... —guarda silencio buscando una palabra que no encuentra— ¡Si él era mi profesor y mi director! La persona con quien yo trabajaba, a la que le creía, del grupo en el cual yo estaba poniendo todo. Estábamos corriendo peligro.

—¿Qué tipo de peligro?

—Nosotros estábamos trabajando en la Vicaría de la Solidaridad, que estaba muy vigilada por la DINA y nosotras, yendo a las poblaciones. Uno estaba ahí por una cuestión política, también, no solo artística

(...). Todo era peligroso, porque te podían agarrar a ti, porque tú podías saber algo, lo que fuera. Era un peligro permanente y vivías en eso... Y entonces me pasa esto de que Raúl me agarra en el taxi.

—**¿Fue más de una vez?**

—Sí, fueron varias veces. Y además como sin hablarme, como sin decirme: “Oye, te encuentro tan linda”. No, era... —hace ruidos guturales— el manoseo y... —reproduce con mímica un beso forzado—. Entonces tú te quedas como... —dice y congela su posición.

Más tarde Loreto, dirá:

—Me daba besos. Me besaba en la boca y me daba mucho asco, porque me quedaba con el olor de su saliva, que era muy asquerosa.

Loreto recuerda que, en esos momentos, ella permanecía congelada.

—Porque yo nunca le respondí el beso. Nunca le devolví el beso, sino que yo era simplemente una especie de estatua de sal (...). Yo (me quedaba) con la boca cerrada. Entonces, me pasaba la lengua... No me quiero acordar.

Loreto explica —y trata de explicarse también— por qué dejó que la escena del taxi fuera repitiéndose y extendiéndose a otras situaciones que relata durante esta entrevista.

—Se me ponía por detrás y me refregaba el paquete. O me agarraba y me empezaba a toquetear.

Loreto está sentada en el jardín de su casa de La Reina contando, por primera vez, los episodios que vivió al inicio de su carrera pero que, hasta el día de hoy, le cuesta verbalizar. La rabia se le nota al hablar.

Han pasado 40 años y recién ahora, cuando ya es una reconocida actriz de teatro y televisión, ganadora del Premio Caleuche (2017) que entregan los propios actores, se atreve a dar el nombre que públicamente siempre calló.

En abril de este año, en una entrevista en revista *Ya*, Loreto Valenzuela ya había dicho haber sido víctima de acoso y abuso:

—Tuve profesores abusadores y acosadores que me hicieron sentir muy mal, que me enseñaron a tenerle miedo al escenario y a tener desconfianza en mí en vez de lo contrario y ya por fin me liberé de eso. Y ahora me siento muy bien, con muchas herramientas. Pero yo siento que fui muy insegura por mucho tiempo —dijo esa vez.

Contar públicamente toda su verdad ha sido un proceso que recién cierra hoy.

Asimetría de poder

Tres Marías y una Rosa debutó a mediados de 1979, en la desaparecida sala El Ángel. Fue un éxito total, agotando más de cien funciones en su primera temporada, algo inusual para la época. Aun así, los recuerdos también son amargos para la actriz:

—Yo tenía que esperar entre las cortinas para entrar (a escena). Mientras yo estaba ahí, él llegaba y se me refregaba. ¡Imagínate que yo tenía que entrar al escenario! ¡Imagínate cómo entraba al escenario! Y eso no fue una vez, eso fueron 20 veces...

Loreto Valenzuela cuenta que esos “toqueteos” también comenzaron a darse en las oficinas de la Escuela de Teatro de la UC, y en las bambalinas de las salas internacionales que la exitosa obra visitó durante las giras que realizó por América y Europa hasta 1981. Loreto dice que estos episodios continuaron durante ese tiempo.

—Afortunadamente, en un momento (de la gira) se nos unió la Rebeca (Ghigliotto, la fallecida esposa de Osorio). Entonces, eso fue como ¡ahhh! —exclama y extiende sus brazos, en señal de liberación.

Hace cuatro décadas Raúl Osorio ya era un reconocido maestro y director teatral. A lo largo de estos años ha hecho clases en cuatro universidades, se ha perfeccionado en el extranjero, dirigido otros éxitos como *Esperando la carroza* y *La pequeña historia de Chile*. Entre 2001 y 2016 ocupó la dirección del emblemático Teatro Nacional de la Universidad de Chile.

La asimetría de poder, explica Loreto, fue una de las razones por las que no publicitó lo que le hizo.

—(Esto) son cosas que te dan tanta vergüenza, que no las hablas. Porque siempre vas a sentir que te van a decir: “¿Por qué le aguantas?”, y cuando tú dices: “Le aguanto porque no sé manejarlo, porque no sé cómo hacerlo, y porque yo quiero seguir en este lugar. Porque me importa, porque he trabajado demasiado tiempo ya en esto, porque es demasiado importante para mí”.

La actriz, durante la entrevista, más tarde reconocerá:

—Siempre supe manejar a los hombres. Nunca nadie me ha hecho algo que no quiero, excepto Raúl Osorio. Porque era quien tenía el poder sobre mí.

Y agrega:

—Abusa el que puede. En este caso era mi director, mi profesor, a quien yo artísticamente le creía. Artísticamente, intelectualmente, políticamente.

Sobre su trato con Osorio, la actriz dice:

—Bueno, yo tengo un cuento con la autoridad, a mí la autoridad me inhibe bastante. Entonces, no era cosa de que yo le dijera: “Hola, Raúl, cómo te va”. No. Si él no me dirigía la palabra, yo no le dirigía la palabra.

En los últimos meses, Loreto ha observado cómo una serie de jóvenes actrices ha alzado la voz para culpar de acoso y abuso a hombres poderosos de las universidades, el cine y la TV, como Nicolás López y Herval Abreu. Ella las define como “valientes”, porque se atrevieron a hacer público lo que ella, en un principio, solo confió como un secreto a algunas de sus compañeras del cuerpo técnico y del elenco actoral de *Tres Marías* y *una Rosa*, obra que también era protagonizada por la fallecida Myriam Palacios, Soledad Alonso y Luz Jiménez.

Loreto Valenzuela señala que, en esa época, le dijo a Luz Jiménez lo que ocurría con Osorio. Contactada por revista *Ya*, Jiménez dice recordar lo vivido por su compañera:

—Ella me comentaba que Raúl la molestaba, que la toqueteaba —confirma—. Había una entrada (a escena) que hacíamos por

la platea. En ese momento estábamos paradas en la oscuridad, en las cortinas gruesas de la sala, y yo partía y ella se quedaba sola con él. En esa instancia era cuando él la molestaba; y no fue solo una vez ni dos ni tres ni cuatro. Era habitual. Él la atormentaba mucho, además. No sabía cómo librarse. Era joven, 23 años. Piensa que era nuestro primer trabajo, un éxito rotundo, agotado todo el tiempo.

Loreto dice que, también en esos años, le contó a Grimanese Jiménez, compañera de universidad y, en paralelo, profesora de la carrera. Consultada al respecto, Jiménez recuerda que lo que más le impactó fue lo paralizada que se sentía la actriz:

—Yo le dije tú tienes que tratar de hacer algo: “Acúsalo o pégale un codazo”. Pero era muy difícil, en esos momentos uno está muy vulnerable (...). Ella estaba muy complicada, tampoco podía reaccionar. No se reaccionaba como lo hacen las niñas ahora, y me parece fantástico lo que está pasando.

Guardar el secreto

El círculo íntimo de Loreto Valenzuela, relata ella, se fue enterando paulatinamente de lo que sucedía fuera de escena durante su época de debutante. Su primer marido, el psiquiatra Francisco Huneeus, recuerda que cuando comenzó su matrimonio con ella, a inicios de los años 80, le llamaba la atención lo mal que reaccionaba al escuchar el nombre de Osorio y que él le preguntaba por qué:

—(Sentía) mucha molestia con él, pero nunca me describió cosas sexuales —dice Huneeus a revista *Ya*.

Loreto admite que solo pudo hablar de ello con mayor libertad años después. Al principio, dice, solo se quejaba abiertamente de los tratos que eran públicos y evidentes para los demás, y que habían comenzado desde que lo tenía como profesor en la universidad.

—Era muy maltratador —describe—. Desde que entré en la escuela me estuvo molestando por mi cuerpo. Delante de todos mis compañeros decía: “Tú te subes al escenario a mostrar presas”. Eso a

mí me liquidó. Cuando yo hice *Tres Marías y una Rosa*, si lo ves en YouTube, vas a ver que el personaje lo hice encorvado, lo más ahombada y tosca posible, con la voz deformada.

Sobre los comentarios que recibía del director en los ensayos de la obra, recuerda:

—Me decía: “¿Por qué todo lo que tú haces tiene que ser sexy?”. Eso me hizo mucho daño, perdí confianza, perdía espontaneidad, perdí naturalidad.

—¿Se le ocurrió hacer una denuncia por maltrato mientras estudiaba?

—No.

—¿Por qué? ¿Qué habría pasado si lo hacía?

—Nadie me iba a creer.

A la actriz tampoco se le ocurrió denunciar cuando empezaron los abordajes en el taxi. Explica que en esos años de dictadura, el contexto de lucha política y social en que vivía el círculo artístico hacía que cualquier reivindicación personal fuera juzgada como “mirarse el ombligo” o de “pequeño burgués”. Por ese mismo clima, explica, tomó la decisión de sumarse a la obra que preparaba la Vicaría de la Solidaridad con el Taller de Experimentación Teatro, grupo liderado por el profesor Osorio.

—Era una persona con la nunca me sentí cómoda —define.

—¿Por qué siguió trabajando con él después de lo del taxi?

—Porque no tenía cómo decirle que no —dice con cansancio.

Han pasado 40 años desde estas vivencias, y recién Loreto cree haber entendido el porqué de su inmovilidad:

—Él me tenía como agarrada. En el fondo, aprovechándose de que yo estaba tan interesada de estar en ese lugar (obra).

La actriz explicará luego que permanecer en ese grupo teatral era, para ella, un compromiso político, una forma de militancia:

—Uno decía: “Yo tengo que contribuir de alguna manera a que se vaya este monstruo del país (Pinochet). Y yo tenía mi monstruo particular”.

—¿Por qué cree que él insistía si usted no respondía?

—Porque es perverso, porque es cochino. O sea, tú comprendes que un hombre se le tira encima a una mujer y esa mujer está así (se congela nuevamente). Te das cuenta de que esa persona no quiere nada. Llegado un punto debería decir: “No tiene gracia”. Yo me quedaba paralogizada pero no en blanco. Simplemente pensaba: “¿Qué hago? Qué terrible. Que pase rápido” (...). No entendía que quien me maltrataba permanentemente, después se me tiraba encima, me manoseaba, me besuqueaba; que cuando estaba detrás de mí siempre me estaba restregando las bolas... —dice y se pone roja de rabia, mientras golpea la mesa con el puño—. Eso no me ha pasado nunca. Con ningún otro director. Nunca.

Empezar a sacar la voz

Loreto Valenzuela cuenta que solo en 1984, cuando protagonizaba la obra *Doña Flor y sus dos maridos*, pudo comenzar a sentirse libre para hablar más allá de su círculo íntimo sobre lo ocurrido con Osorio:

—Con esa obra volví a recuperar confianza en mí, en mi cuerpo. Volví a confiar —dice.

Cuenta que su actual esposo, compañero de las últimas dos décadas, el ingeniero Juan Ramón Ibáñez, conoció de su boca todos los detalles desde temprano en su relación.

—Realmente me dio mucha rabia. Siempre pensé en que en algún minuto lo iba a enfrentar. Siempre estaba pendiente de si Osorio iba a estar o no —dice Ibáñez—. Pero entonces —agrega—, el encuentro nunca se dio.

La actriz recuerda que unas de las primeras personas fuera de la familia con las que se sinceró fue con su colega Gloria Laso, quien

había sido la primera esposa de Osorio antes de Rebeca Ghigliotto. Ambas coincidieron en un avión durante una gira de la Teletón a inicios de los 80.

Así lo recuerda hoy Gloria Laso:

—Yo me fui de Chile, estuve muchos años fuera. Pero cuando volví a Chile el 83, Loreto me lo contó (...). Debe haber sido por ahí, como el 83 o el 84. Me dijo que ella había sufrido mucho por los acosos de Raúl (...). Quedé muy impresionada porque ella estaba muy afectada. La imagen que a mí me quedó en el recuerdo es que ella lo había pasado mal con la historia de Raúl, y después me llegaron otros cuentos como que los alumnos lo echaron, que no querían tenerlo de profesor, que acosaba a las alumnas. Cuentos, pensé.

A lo largo de las décadas Osorio se convirtió en un prestigiado “maestro” teatral. Fue formador de generaciones de la UC, hasta el año 86 cuando —según consta en su currículo— dejó de hacer clases ahí. Consultado el actual director de la Escuela de Teatro, Alexei Vergara, no existe registro de denuncias de ningún tipo en su contra. Desde Comunicaciones de la Casa Central de la Universidad de Chile, donde Osorio fue profesor del Departamento de Teatro y director del Teatro Nacional hasta 2016, también precisan que no hubo “denuncias formales” en su contra. Distinto es el caso de la Universidad Finis Terrae.

Loreto Valenzuela dice que en 2007 se sintió con la valentía para contar su historia. Recuerda que ver a Osorio al mando del Teatro Nacional Chileno la irritaba, y que por eso en el evento donde se celebraba el Premio Nacional que había recibido el director Gustavo Meza, le comentó a la fallecida actriz Liliana Ross sus ganas de hablar con Marco Antonio de la Parra, dramaturgo que había trabajado con Raúl Osorio en la exitosa *La pequeña historia de Chile* (1997).

—Le dije a la Liliana: “Qué ganas de que Marco Antonio supiera quién es Raúl de verdad. ¿Por qué trabaja tanto con él? Siendo psiquiatra y todo”. Y me dijo: “Pero a lo mejor ni sabe. Anda y dile. Sé valiente”. Y yo me di el valor y le dije todo. Le dije: “Raúl es un

abusador, abusó de mí siempre, es un abusador sexual, un maltratador laboral”. Lo único que me decía Marco Antonio fue: “Me hace sentido. Me hace sentido”. Y siguió trabajando con él.

Consultado por revista *Ya*, De la Parra dice vía mail que nunca recibió testimonio de conductas impropias de Osorio. Cuando le damos a conocer el relato de Valenzuela, precisa:

—No recuerdo en absoluto ese episodio. En verdad no recordaba haber estado en esa fiesta.

Lo que De la Parra tiene claro es lo sucedido en 2014, cuando en la Universidad Finis Terrae, donde entonces él dirigía la escuela de actuación, se abrió un sumario por acoso sexual contra el profesor Osorio.

—Recibimos una denuncia de la madre de una alumna, que me fue comunicada de inmediato y tras eso, iniciamos el sumario —recuerda sobre la investigación que terminó con la expulsión de Osorio— (...). La decisión fue adoptada tras una rigurosa e incuestionable investigación. Comunicar el despido a una persona con la que uno ha trabajado nunca ha sido cómodo, pero es prioridad resguardar la dignidad de nuestros estudiantes.

Sobre su opinión personal respecto de las conductas que se le atribuyen al director:

—No conozco su vida privada e íntima más allá de rumores y de lo que ha llegado a ser público —declara por escrito De la Parra.

Y luego agrega:

—Respecto a rumores no me pronuncio. Sería irresponsable.

La última colaboración artística de Osorio y De la Parra fue este año. La misma dupla que estrenó *La pequeña historia de Chile* (1997) y *El dolor de Xile* (2013) aparece en los créditos de *La mujer rota*, basada en la novela homónima de la icónica feminista Simone de Beauvoir. Por escrito, De la Parra aclara que solo participó en la primera etapa.

—Es un texto que surgió de una idea de las actrices Alexandra Smith y Gabriela Robledo. Trabajé con ellas en el desarrollo dramático de su borrador.

—**¿Qué lo motiva a seguir trabajando con él?**

—En la actualidad no me encuentro trabajando con él. El último proyecto en el que colaboré fue el mencionado anteriormente.

La obra llegó en mayo a la cartelera de la Estación Mapocho y salió de ella el sábado 23 de junio.

Loreto Valenzuela está indignada con la última puesta en escena del director Raúl Osorio:

—Yo, a estas alturas, no gano nada con hablar. Al revés. Yo ya tengo una carrera hecha. No estoy buscando portadas. Para mí hablar esto es una cosa de justicia, porque veo que él sigue haciendo cosas como *¿La mujer rota?* ¿En serio? ¿Él va a ser el adalid? Él me rompió a mí.

Habla Raúl Osorio: “No me siento vulnerable”

Por más de diez días revista *Ya* pidió vía WhatsApp una entrevista al director teatral Raúl Osorio para conocer su versión. Se le informó que teníamos testimonios y antecedentes que lo vinculaban a casos de acoso y abuso sexual. Su respuesta el 11 de junio fue: “?”, y nunca más contestó por esa vía.

Pasadas las 19:00 horas del viernes 22 de junio de este año, Osorio estaba en el subsuelo de Estación Mapocho preparando la que sería la penúltima presentación de la obra *La mujer rota*, bajo su dirección, basada en la novela homónima de Simone de Beauvoir.

Mientras las dos actrices del montaje ensayaban sus roles, Raúl Osorio fue requerido personalmente por revista *Ya* para una entrevista. Se le dijo que las identidades de las denunciantes se le darían a conocer en el transcurso de esta, pero declinó referirse al tema. El director, de 74 años, y con trato amable, señaló frente a la grabadora:

—No me siento vulnerable, no me siento vulnerabilizado.

—**¿No quiere conocer los antecedentes?**

—No me interesa y, si algo sucede, si algo pasa, bueno, las leyes del juego, de la justicia serán... Pero esto de estar acusando es muy grave y es muy peligroso. Hay gente, hay familias en medio.

—**Su obra habla sobre la violencia hacia la mujer, ¿es un tema que le importa?**

—Me importa mucho, me importa mucho. Soy absolutamente feminista, si tú quieres. *La mujer rota* trata justamente de una mujer que está en una situación de crisis, que está abandonada, que está fragilizada, que está violentada por su pareja y ella intenta volver con él.

—**Vuelvo a insistir... ¿No quiere dar una entrevista para conocer los antecedentes y testimonios que lo involucran en casos de acoso y abuso?**

—No, no quiero. Y si pasa algo ahí habrá un abogado, y habrá la justicia que corresponda no más. No me siento vulnerable, vulnerabilizado. Para nada.

Despedido de la Escuela de Teatro de la UDP

Raúl Osorio llegó a formar la escuela de teatro de la Universidad Diego Portales en 2001 y fue despedido en 2006. Sobre su salida, la Dirección de Comunicaciones de la UDP señala: “Osorio fue desvinculado el 31 de enero de 2006 por una mala gestión de la escuela, que se traducía en una gestión que no distinguía entre vínculos familiares y laborales. El hecho de desempeñarse, al mismo tiempo, como director del Teatro Nacional de la Universidad de Chile (desde el 7 de marzo de 2001), le impedía cumplir con la jornada por la que había sido contratado (fue contratado el 1 de enero de 2002 —cuando ya era director del Teatro Nacional— con el compromiso de una dedicación parcial que no estuvo a la altura de las exigencias del cargo que asumió).

Como producto de esta revisión, encontramos en la Secretaría General un informe hecho por Carla Achiardi después de la salida de Osorio (marzo/abril de 2006). Achiardi fue directora de la carrera luego de la salida de Osorio, antes había sido la secretaria académica de la escuela. En este, ella lo acusaba principalmente de contratar a su cónyuge y en general de manejar la escuela sin distinguir entre vínculos familiares e institucionales. Es también en este informe donde ella acusa abuso hacia su persona (cosa que no había sido denunciada antes y frente a la cual la universidad ya no podía hacer nada, porque al momento de recibir ese reporte en la Secretaría General, Osorio ya no trabajaba acá).

La carrera se cerró a inicios de 2007 por una mala evaluación del proyecto.

Contactamos también a quien era entonces secretario general —José Julio León— para cerciorarnos de que no se recibieron denuncias formales. Lo mismo hicimos con el director de Recursos Humanos de la época. Ambos confirmaron que no se recibió denuncia formal alguna”.

Consultada sobre los episodios a los que ella alude en su informe, por escrito desde Buenos Aires, la directora teatral Carla Achiardi precisa a revista *Ya*:

—Un día entró a mi oficina mientras yo me encontraba frente al computador, redactando algún documento y se colocó detrás de mi silla, a mi espalda. Mientras yo escribía, él comenzó a hacerme masajes en los hombros y luego comenzó a expandir su movimiento de manera circular y a bajar desde los hombros hasta mis pechos. Todo esto lenta y empalagosamente. Rozó mis pechos como si se le hubieran escapado las manos. Yo hice un movimiento brusco, con los hombros, para sacarme sus manos de encima.

Y agrega Achiardi:

—Me llamó a su oficina porque había un vendedor ofreciendo joyas e imágenes hindúes. Me senté a mirar todo. El clima era muy raro porque yo tenía la sensación de que él me coqueteaba mientras

me daba su opinión sobre los anillos. Al final, después de que el vendedor se fue, nos pusimos de pie y él me abrazó, con mucha intensidad. Tenía su miembro erecto y se apretaba contra mí. Yo deshice el abrazo y me fui a mi oficina. En otra oportunidad, me llamó desde el Teatro Nacional, que dirigía paralelamente (...). El asunto es que en un momento se paró a cerrar o a corroborar que la puerta de la oficina estuviese bien cerrada y luego, me abrazó muy intensamente también.

Expulsado de Finis Terrae tras sumario por acoso sexual

En 2014 Raúl Osorio era uno de los profesores más importantes de la Escuela de Teatro de la Universidad Finis Terrae, pero abandonó las clases a mediados de año. Consultado sobre el motivo de su salida, la casa de estudios envió a revista *Ya*, el siguiente comunicado oficial:

“El director teatral Raúl Osorio se desempeñó como académico de la línea de Actuación de la Escuela de Teatro de la U. Finis Terrae entre los años 2007 y 2014.

El entonces académico fue investigado por la institución tras recibir una denuncia por acoso sexual contra una estudiante. La denuncia fue acogida por la Secretaría General de la Universidad, unidad que designó a un investigador para realizar una indagación sumaria al respecto, cuya duración fue de 45 días.

De acuerdo al resultado de este sumario, que es de carácter confidencial, y el reglamento interno de esta casa de estudios, la U. Finis Terrae determinó la expulsión inmediata de Raúl Osorio de su cuerpo académico.

Esta decisión se basó en el ideario institucional de la U. Finis Terrae y los valores que la inspiran, específicamente la centralidad en la persona y el respeto a su dignidad, los cuales están resguardados en una serie de normas y buenas prácticas que rigen a todas las unidades académicas.

Por las circunstancias particulares de la enseñanza de Teatro, esta disciplina requiere resguardos y precauciones especiales que atiendan a su metodología educativa. En la actualidad, la Escuela de Teatro está trabajando junto a su comunidad estudiantil y académica en el diseño de una normativa específica para la carrera para prevenir, detectar y, donde corresponda, sancionar aquellas conductas contrarias a la dignidad de la persona, resguardando la sana convivencia y la formación en un ambiente de respeto mutuo.

Adicionalmente, y para resguardar de mejor modo la dignidad de los miembros de la comunidad, la Universidad realizó una revisión y actualización de su normativa interna, la cual se tradujo en un Instructivo al Cuerpo Académico para la promoción de una adecuada relación con los estudiantes. Además, la Universidad Finis Terrae está trabajando con sus estudiantes en la elaboración de un protocolo institucional respecto a las conductas de connotación sexual contrarias a la dignidad de la persona”.

Testimonio clave

Además de la denuncia original, fuentes de la universidad explican que en la determinación del despido pesó otro testimonio clave. Se trata de Javiera Ormeño, de 25 años, hoy exalumna de la Finis Terrae.

La joven relata a revista *Ya* que en septiembre de 2013, Osorio la citó a su oficina del Teatro Nacional de la Universidad de Chile. Lo que sucedió en ese lugar fue lo que declaró para el sumario y aquí lo relata a revista *Ya*:

—Se sentó al lado mío en el sofá y empezó a hacerme masajes en los hombros. Me dijo: “¿Te acuerdas que te dije que siempre te iba a estar cuidando”. Le dije que no. En esa va, me da vuelta y comienza a acercar su mejilla, su cara a la mía y cuando iba acercándose a los labios me dice: “¿Estás incómoda?”. Y yo le dije que sí. Ahí él se separó. Se sentó en una silla al frente.

Javiera recuerda que dijo que trató de mantener la calma, de desviar la conversación. Su primera reacción no fue huir.

—Pero en una de esas el tipo viene y pone mis piernas entre medio de sus piernas, estando él sentado, y apoya su cabeza acá en mi esternón y empieza a darme besos acá, sobre la ropa —dice llevando sus manos al pecho—. Ahí yo le dije: “Me tengo que ir”, y él me dijo: “¿Por qué?”, y yo le dije: “Porque no, porque esto no. Nada que ver”. Y él me dijo: “Sí, tienes razón, nada que ver”. Yo tomé mis cosas, me despedí, salí, llegué a las escaleras y me puse a llorar. Bajé corriendo las escaleras, llorando.

Javiera dice que tras ese incidente llamó a Valentina Soto, compañera de clase. Contactada por revista *Ya*, Valentina recuerda el estado de alteración de su amiga cuando le contó lo vivido en esa reunión:

—Estuve calmándola, estando con ella, preguntándole qué quería hacer.

Javiera Ormeño dice que, más allá de haber colaborado en el sumario, hoy entiende que el silencio que mantuvo tuvo secuelas:

—El tema es que yo me mantuve súper hermética. Yo iba a clases, ensayaba, ensayaba, ensayaba, volvía a mi casa, lloraba un rato y así. Y me fui para adentro. No quería llamar la atención de los profesores ni que me encontraran bonita. Entonces traté de pasar más piola. Pasé piola, mi nombre quedó piola. A él lo echaron y yo me sentía como la pieza que faltaba para que se viera el puzle, porque la historia quedó ahí como un misterio, como un secreto. Y yo sabía cuál era ese secreto, y ese secreto era yo.

ALBERTO PARRA: LOS DESCARGOS DEL PARRA PETROLERO



Arturo Galarce
6 de octubre
Sábado, El Mercurio

Esta es la entrevista a Alberto Parra Troncoso, el “Payuyo”, el tercer hijo de Nicanor Parra y quizás el más lejano de los seis. Hijo de Ana Troncoso, la primera esposa del antipoeta, dejó su casa a los 18 años para embarcarse en un carguero y recorrer el mundo. Se radicó en Noruega, donde hizo su vida como operador de yacimientos petroleros y recibió al periodista Arturo Galarce, en los días en que los seis hijos de Nicanor, divididos en bandos, seguían trenzados en una sonada disputa legal por el testamento del autor de “El hombre imaginario”. Se trata de un retrato íntimo y crudo, a veces triste, a veces bello y tragicómico, que delata las grietas familiares del antipoeta. Para retratar la distancia que tenía con su padre, el hombre a quien ocasionalmente Nicanor Parra llamaba “el petrolero” recuerda que, como gran muestra de cariño, su padre le acariciaba la cabeza. “Eso era lo más cercano. Nada de venir, que me sentara con él, que me dijera ‘mi niñito’, como yo lo he hecho con todos mis hijos”. En ese sentido, para Alberto Parra, Nicanor era un padre imaginario.

Es un día soleado en Sola, un pequeño municipio del suroeste noruego, cercano al puerto petrolero de Stavanger. Alberto Parra, las cejas chasconas, la nariz ancha, está parado afuera de su casa vestido con un suéter, jeans y zapatillas. “FAM. PARRA”, se lee en la puerta de entrada. Grabado sobre una oxidada placa de metal, el apellido parece chirriar en medio del sopor escandinavo salpicado de casas blancas, nubes gordas, pastizales, calles sin gente y buses que pasan a la hora indicada en los paraderos.

La casa de Alberto es blanca, grande, de madera. Tiene tres dormitorios, un departamento subterráneo y una terraza exterior cubierta de vidrio. En las paredes hay un poco de su historia: una bandera de Chile, un afiche de una antigua exposición de su hermana Catalina en Nueva York, dos pirañas disecadas, cuatro budas tailandeses y dos lámparas hechas con herramientas utilizadas en la excavación de pozos petroleros. También hay un pequeño rincón dedicado a su padre: la clásica foto de Nicanor cubriendo su rostro con la mano, una impresión del poema “El hombre imaginario” y un recorte de prensa chilena con el árbol genealógico del poeta, incluida la rama noruega; los cuatro hijos que tuvo con su exesposa, Helen Kvaløy, y los dos gemelos que tuvo con su exnovia, la cubana Yamille Carballosa. Ninguno vive aquí actualmente. Alberto está jubilado, tiene nueve nietos, y mantiene una relación a distancia con una mujer de República Dominicana varios años menor.

Tomando un café en su comedor, lo reconoce: es el Parra del que menos se sabe. El que a los 18 años abandonó la casa familiar de

La Reina. El único de los hijos del poeta que no creció bajo su alero y el que nunca mostró alguna habilidad artística que lo sorprendiera. Alberto es un misterio. Incluso para su padre, que entre sus cercanos se refería a él con un susurro: “petrolero”.

Lo cierto es que Alberto Parra tiene 71 años y que durante 44 trabajó como técnico en operaciones de la empresa internacional Schlumberger, dedicada a prestar servicios a los yacimientos petroleros del mar del Norte. Un lugar donde llamarse Parra no significaba nada, salvo una broma pesada.

“Alberto Parra. Tú deberías ser un modisto italiano con ese nombre. No sé qué es lo que haces aquí”, le dijo una vez un ingeniero noruego, cuando Alberto intentó aconsejarlo.

—“Sí, Parra”, le dije —recuerda Alberto—. Míralo en internet. Es la única vez que usé mi apellido. Acá se vive poco aprovechándose del nombre. Acá el que vale es el que funciona por sí mismo.

Alberto remachará esa idea con énfasis al referirse a la demanda civil que presentó junto a Catalina en contra del resto de sus hermanos, Colombina, Juan de Dios, Ricardo y Francisca. La controversia es conocida: ambos exigen la nulidad del testamento que designa a Colombina como la única albacea de los bienes de Nicanor. Para él y Catalina, Nicanor no estaba en condiciones físicas ni mentales de tomar una decisión como esa.

Pero Alberto ya hablará de eso. Antes repasa su historia. Las aventuras como marino mercante, los viajes por el mundo, la vez que lo golpearon en África, las jornadas sobre las plataformas petroleras y las diferencias amorosas entre las mujeres del Caribe y el Sudeste Asiático. De pronto, le brotará un recuerdo: su abuela Clarisa Sandoval, la mamá de Nicanor, interrumpiendo una conversación entre adultos para dirigirse a él:

—Me dijo: “Usted no, usted no aprenda a tocar la guitarra. Estoy cansada de esta gente. A usted, mijito, no se le ocurra nunca irse por este camino. Usted va a ser otro Parra”. Ella no quería más artistas, no quería más cantantes, no quería más nada. Había mucho desorden,

muchas borracheras. De cierta manera, a lo mejor ella puso una semilla en mí. Y tremendo de cómico: me salí de la familia.



Alberto Parra es el tercer hijo de Nicanor. El último que tuvo con Ana Troncoso, su primera esposa, y de la que poco se sabe. Según Alberto era una mujer de origen sureño, llevada como servidumbre al fundo de los Parra de Parral, una rama de la familia con buen sostén económico. En una de sus visitas a ese fundo, dice Alberto, su padre se cruzó con Ana.

—Se la robó —continúa—. Y se la trajo a Santiago. Ahí empezó la primera familia de Nicanor. En la cuestión del hogar, ella era la que llevaba todo. Las compras, el arreglo de esto, de lo otro, todas las cosas que había que hacer. Si había que arreglar un enchufe, ella lo hacía. Era una mujer multiskill. Mi papá no sé si sabía hacer un huevo frito.

Alberto Parra pasó sus primeros años en la casa que Nicanor arrendaba en calle Paula Jaraquemada, en Ñuñoa. Tiene pocos recuerdos de esos años: las baldosas del patio, el jardín rodeado por los dormitorios y de vez en cuando Nicanor acariciándole la cabeza en una de sus pocas manifestaciones de cariño: eran los años de Nicanor como profesor de mecánica racional en la Universidad de Chile y se aventuraba en la poesía. Su presencia en casa, dice Alberto, era fantasmal.

—El mundo de él era una necesidad de aprender y aprender, aprender más de todo —dice Alberto—. Entonces, con los hijos podía llegar hasta cierto punto. Pero con la gente nueva, inteligente y que venía con sus cosas, ahí él devoraba eso. A él le gustaba una conversación interesante y fructífera. Hablar por hablar, no. Eso es pérdida de tiempo.

Cuando tenía cuatro años la vida familiar de Alberto se despedazó. Tras un viaje de estudios a Oxford, Nicanor Parra volvió

casado con la sueca Inga Palmen. Junto a su madre y su hermana Francisca, fueron a dar a una habitación de una casa en la Plaza La Reina. Su hermana Catalina, dice Alberto, se quedó con Nicanor y la nueva mujer. De esa separación su recuerdo más vívido es lo que se dijo a sí mismo observando los conejos que criaba su madre.

—Dije en voz alta: “Cuando me case, voy a ser bueno con mi familia” —dice ahora Alberto, sollozando.

Los apremios económicos llevaron a Ana, Alberto y Francisca a una casa cerca de Gran Avenida. La tarea de Alberto, una vez al mes, dice, era retirar el cheque que Nicanor le dejaba en una de las oficinas de la Universidad de Chile. A veces, cuenta, Nicanor los visitaba.

—Me hacía así (se acaricia la cabeza). Eso era lo más cercano. Nada de venir, que me sentara con él, que me dijera mi niñito, como yo lo he hecho con todos mis hijos. Pero a lo mejor lo tuvo con la Colombina o el Barraco.

A comienzos de los 60, separado de Inga Palmen, su padre les ofreció a Ana Troncoso, Alberto y su hermana Francisca vivir con él y el resto de la familia en el terreno de La Reina que había comprado. Ahí levantaron una pequeña casa para Ana. Alberto estrechó lazos con su tío Roberto y con su primo Ángel, no así con su padre: siempre sintió una distancia, la incomodidad de no estar a la altura de las conversaciones que su padre mantenía con su hermana Catalina. Sin sospecharlo, esa desatención le dio libertad: a los 15 años ya era un avezado “pavo”, mote con el que eran bautizados los polizones ferroviarios. Desaparecía los veranos enteros, regresando justo a tiempo para empezar la escuela. Fue su tía Violeta Parra, explica, la única que le advirtió a su padre sobre su mala conducta.

—¿Qué te dijo Nicanor?

—Me metieron a un internado con el Ángel, pero me sacaron cuando les conté cómo nos pegaban los curas. Después me metieron al Barros Arana.

—**¿Estaba preocupado de tu educación?**

—Consigo mismo había mucha más exigencia. No creo que haya tenido tanto ojo para mi educación.

—**Suena extraño: tu padre siempre se comportó como un patriarca, preocupado de sus hermanos, de incentivarlos, de tenerlos a todos cerca. ¿Por qué crees que contigo no fue así?**

—No tengo idea. Mi padre nunca me dijo nada. A mi madre sí y a mi hermana. De cierta manera hay una razón en eso, pero un patriarca es algo más que solamente “yo”. Un patriarca es alguien que se preocupa de toda la familia. Posiblemente sí tenía esa preocupación con los tíos, con las hermanas, no había tiempo para todos. Además, yo era rebelde desde el comienzo.



Es sábado. Alberto Parra maneja su BMW 525 con rumbo a Stavanger, el puerto donde trabajó toda su vida. Cincuenta y dos años antes, su historia dio un giro pero en otro puerto: fue en El Callao, en Lima, donde llegó el verano de 1966 después de haber dejado la casa de La Reina, inspirado por dos motoqueros que conoció en Laraquete a los 15 años. Ellos le hablaron de los estudios que habían hecho en Alemania y del trabajo y el dinero que había por allá. Con esa cantinela de superación, de estudios, convenció a su madre para que lo apoyara.

Su tío Lalo Parra le pasó cinco mil pesos y Roberto otro poco, recuerda Alberto. Y con la venia de su madre, cuenta, falsificó la firma de su padre para conseguir el permiso que le permitía salir del país. Nicanor, ocupado en uno de sus viajes, ni siquiera estaba en Chile cuando Alberto se fue. Y de haberlo estado, por puro gusto, cree Alberto, jamás habría firmado ese permiso.

En Perú estuvo tres meses, hasta que logró embarcarse en un barco noruego, gracias a un currículum falso que le regaló un delincuente chileno. Su primera labor fue llevar bandejas con comida a los oficiales del buque y lavar la loza. Pero por dejar los platos sucios

fue enviado a la sala de máquinas. En una parada del barco en Nueva York, Alberto recordó a su padre. Las veces en que Nicanor se acercaba para mostrarle una foto.

“Mira Payuyo”, le decía su padre, llamándolo por el apodo que le tenía y mostrándole una imagen de uno de sus viajes. “Este soy yo”, insistía Nicanor, “a los 25 años en Nueva York”.

Con deseos de competirle, Alberto también se tomó una foto ese día, en el Empire State. A su reverso escribió: “Mira, papá. A los 18 años en Nueva York”.

Durante los casi dos años que pasó embarcado, nunca recibió una respuesta de su padre.

—¿Nunca recibiste una postal de vuelta?

—Recibí una carta cuando la tía Violeta se suicidó. Yo estaba en el océano Índico, y recibí la noticia por telegrama.

El contacto con su familia era casi nulo. De vez en cuando recibía cartas firmadas por su madre, o por su hermana Francisca. De su padre solo volvió a saber cuando se radicó en Noruega, hasta donde llegó enamorado de Helen Klavøy, una trabajadora del hotel donde se hospedaba durante sus paradas en Hamburgo.

No recuerda si fue su madre o su hermana la que le contó del escándalo hecho por su padre cuando se enteró de su partida. “¡Tenía proyectos para ese niño!”, gritaba Nicanor.

—Estaba enfurecido —dice Alberto—. Estaba desesperado. Claro, él tenía proyectos conmigo que nunca me dijo.

Catorce años más tarde, Alberto viajó por primera vez a Chile desde su partida. Al aeropuerto fueron a buscarlo su hermana Francisca, su esposo, y su madre Ana Troncoso. Cuando llegaron a La Reina, pasaron directo a la casa de Francisca. Nicanor no salió a saludarlo.

—¿Por qué crees que no salió?

—Seguramente estaba cansado. Al otro día conversé con él.

—¿Qué te dijo?

—Nada especial. Me preguntó mucho por mi familia, qué es lo que estaba haciendo. En esa época ya tenía años en el petróleo. Le contaba de las plataformas, las tormentas, los viajes en helicóptero.

En su libro *Nicanor Parra, rey y mendigo*, el escritor y periodista Rafael Gumucio relata un encuentro entre Alberto y su padre en un restorán del litoral central. Ahí escribe: “(Alberto) era más bien un señor grande y moreno, que hablaba de cosas normales en un tono normal. A ratos parecía que se esforzaba justamente en no hablar como su padre, que ni lo escuchaba ni dejaba de escucharlo. Comía a su lado completamente ausente, con esa cara severa de sospecha y distancia que era natural en él cuando nadie lo estaba mirando”.

—¿Crees que a la larga Nicanor te dio por perdido como hijo?

—Sencillamente pasé a otro nivel. Él tenía nuevos hijos. Y tenía más tiempo y a lo mejor una ternura que compartir con ellos.



El 23 de enero de este año Nicanor Parra murió en su casa en La Reina. Alberto Parra no fue a su funeral. Acomodado en la terraza de su casa, explica que no pudo conseguir un pasaje.

—Lo que no me gusta es ir a mirar a los muertos, que es una tradición chilena —dice—. No fui al velorio. Fui después. Acá sacar un billete para irte a cualquier parte, de un día para otro, es casi imposible. Traté, pero iba a llegar tarde de todas maneras. No había ninguna gracia en comprar un pasaje súper caro y tener que dejar todo botado e irme.

A mediados de 2017, una prima lo había llamado desde Chile para advertirle que su padre estaba muy mal de salud. Para corroborarlo, Alberto llamó de regreso a otros familiares.

—Conversé con los más cercanos que tenía allá y me dijeron que estaba como una lechuga.

—**¿Quién te dijo eso?**

—Alguien de la gente de allá. Entonces tenía un viaje y me fui a República Dominicana a ver a mi novia.

—**¿Cómo? ¿Te quedaste tranquilo con lo que te dijeron?**

—Claro, me quedé tranquilo. Le pregunté nuevamente a la prima que me había anunciado esto, y parece que la hicieron callar. Mi papá había ido a parar al hospital y casi se murió.

La última vez que vio con vida a su padre fue en 2014. Cuenta que durante quince años viajó seguido a Chile, compartiendo con él y el resto de la familia, especialmente con su hermana Francisca y sus hijos. En sus visitas nunca estableció un lazo cercano con sus nuevos hermanos.

—Nosotros somos medio hermanos y funcionamos de diferente manera —dice Alberto Parra—. Cuando voy a Chile pago mi billete yo. Funciono con mi propio motor, pero ellos vienen con el motor del papá. Esas son cosas que nunca me habían importado antes, pero ahora con todo lo que pasó, me importan. La cuestión de vivir gratis y aprovecharse no lo encuentro nada cómico.

Recién dos meses después de la muerte de Nicanor, Alberto viajó a Chile. Visitó la tumba de su padre y se reunió con su hermana Catalina. Ahí fue cuando se enteró del testamento que había dejado el poeta y juntos visitaron las oficinas del estudio de abogados Grasty, Quintana, Majlis & Cía., donde iniciaron la demanda civil. Por Catalina se informó del estado en el que se encontraban las casas de su padre. Visitaron las propiedades en La Reina, Peñalolén, Huechuraba, Isla Negra y Las Cruces. Salvo Las Cruces, dice, el resto presentaba serias condiciones de abandono.

Ninguno de los hermanos ni familiares de Alberto contactados por *Sábado* quiso participar de este artículo. Uno de ellos pidió dinero a cambio.

—No me imaginaba todas las cosas que fueron saliendo —dice Alberto, fumando.

—**¿Por qué?**

—No me lo imaginaba, estaba seguro de que la Colombina era arquitecto y tenía sus trabajos y ganaba plata. Llegaba en auto de no sé cuánta plata, llegaba al año después con otro nuevo. Viajes a China, a Estados Unidos, a Inglaterra. El Barraco en las mismas.

—**¿Cómo crees que te ven ahora ellos?**

—Me tienen que ver como el enemigo. No sé el Barraco, ni Ricardo. Pero la Colombina y el Tololo (Cristóbal Ugarte, hijo de Colombina) sí me ven como un enemigo. Un enemigo que no es bueno tenerlo. Si no hubiera sido por todas las cosas que aparecieron, me habría ido y quédense con todo, no necesito nada aquí. Pero uno no puede aplaudir la injusticia. No sé en cuántas partes los caballeros de la corte firman su herencia para una sola persona a los 103 o los 102 años. No sé dónde.

—**¿Cómo sabes que tu papá estaba incapacitado para tomar esa decisión?**

—Cuando finalice la demanda se van a saber muchas cosas. Que a lo mejor no va a ser bueno para nadie. Es mejor tener la película del poeta chileno y sus hijos músicos, de su hija artista, y la mía, de un hijo totalmente desconocido. Hubiera preferido que ese plano quedara así.

—**En su Facebook Colombina da a entender que ustedes nunca estuvieron para los cuidados que tu padre requería, que vienen con la intención de venderlo todo.**

—La herencia Parra son seis panes: cinco panes para Colombina y el sexto dividido entre los otros seis. Yo pido mi sexto. Y Catalina su sexto. Ninguna cosa más. Y participar en todo de lo que se quiera hacer como dice la Colombina, que es por el bien de Chile, por el bien del futuro del planeta y toda la huevá, para quedarse con todo. Ella quiere quedarse con todo para poder seguir.

En una de sus visitas a Chile, Alberto Parra reconoce haber cometido un error: pedirle un trozo de terreno a su padre en la parcela de La Reina. “Un pedacito de tierra en el grupo de los Parra”, le dijo. Según él, era para construirle una casa a su madre, que vivía en una cabaña: la misma donde se quemó a mediados de los dos mil al inflamar su pijama con una estufa, muriendo días después hospitalizada.

Otra razón fue que Colombina y algunos sobrinos habían levantado casas en el lugar.

—Mi papá me dijo: “Claro, vamos a mirar” —relatará más tarde Alberto—. Caminamos por la parcela y él me decía “aquí”, caminaba un poco y decía “o aquí”. “O también aquí”. “O aquí”. Cuando me mostró seis lugares, me di cuenta de que me estaba agarrando para el hueveo. Después supe lo que él había dicho: “No le puedo dar un espacio al Payuyo porque nos va hacer un castillo acá y nos va a cagar a todos”. Yo lo que debería haber hecho era comprar una parcela.

Un familiar de Nicanor dice que no fue una sola vez, sino varias las veces en que Alberto le pidió un trozo de terreno a su padre. Que por eso sus visitas lo incomodaban y que si hubiera tenido alguna intención de mejorar la vivienda de su madre podría haberla ampliado sin problemas.

—Colombina ha explicado que su padre confió en ella la protección de las casas para convertirlas en museos. ¿No crees en eso?

—Todas esas cuestiones se pueden hacer, pero sin pisotear al resto de la familia. Al resto de los herederos.

—¿Qué te pasa cuando ellos dan a entender que eres un aparecido?

—Es una mentira. Siempre estuvimos ahí en su época. Por supuesto que después de vacaciones, de visita... Ellos tuvieron la suerte de ser criados en cuna de oro. En el otro lado, en los Parra Troncoso, toda la gente es de trabajo y progreso. Gente que lo que tiene es porque lo hemos fabricado nosotros mismos.

—Pero el departamento en Nueva York donde vive Catalina, ¿no era de tu padre?

—Que yo sepa, no. Porque si mi papá hubiera comprado el departamento, habría sido de él. Las casas, todo estaba a nombre de él. ¿Iba a hacer una excepción? No creo. Es el departamento de la Catalina, que en un momento se compró, que es un departamento pequeño. A lo que ellos han podido llegar ha sido con trabajo duro.

La única que se ha mantenido al margen de la polémica ha sido Francisca, hermana directa de Alberto, radicada en Villarrica, donde vive dedicada a sus tejidos. En su publicación en Facebook, Colombina le agradeció su silencio y sabiduría por la distancia que ha tomado. Alberto, que dice haber hablado con ella al comienzo de la disputa, asegura que Francisca le ofreció su apoyo. Pero cuando quisieron sumarla como demandante, le pidió que no la molestaran más.

—Ella viene cansada de antes —dice Alberto, mientras afuera comienza a llover—. Los otros (Juan de Dios y Ricardo) no sé en qué bolsillo los tienen metidos, porque hay que ser muy huevón para aceptar eso o estar totalmente manipulado.

—O que quizá no les importe todo este boche.

—Es difícil, son gente que ha vivido de él toda la vida y van a querer seguir viviendo de él hasta el futuro, hasta los nietos.

—¿Qué diría tu padre?

—Debe estar enfurecido. Si mandara un rayo los quema a todos. Esto no es Nicanor Parra. No tiene nada que ver con Nicanor Parra. No tiene nada de su vida.



Después de su primera visita a Chile, años más tarde, Alberto recibió un llamado en su casa de Noruega. Fue a mediados de los 80. Le hablaron en español.

—Dije: “Perdón, ¿me podría decir quién es usted?”. Y me contestan: “Sí. Soy el marido de la Anita Troncoso”. No dijo: “Soy tu papá, soy Nicanor, no”. “Soy el marido de la Anita Troncoso”.

Al otro día, aprovechando un viaje a un congreso de escritores en Suecia, Nicanor Parra llegó al aeropuerto de Stavanger. Alberto fue a buscarlo con su familia. Apenas lo vio, cuenta, se le abalanzó encima para abrazarlo y besarlo. Su padre, recuerda Alberto, estaba petrificado.

—De cierta forma era como si lo abrazara un desconocido —dice Alberto Parra.

La visita de Nicanor a Noruega duró seis días, en los que conoció a sus nietos y a su primera esposa, con la que duró 23 años casado. Antes de irse, medio en broma, medio en serio, e influenciado por las historias que oía sobre él en Chile, Nicanor le hizo una confesión.

—“Pensé que eras narcotraficante”, me dijo —recuerda.

—Era una broma, pero significaba algo.

—Claro, tiene que haber pensado cómo este ratón, que hacía la cimarra y se arrancaba de la iglesia, que era un desobediente, cómo era posible que hubiera llegado a una situación así. Además que tenía un buen trabajo, un buen sueldo y la familia feliz.

**—¿Has intentado ponerte en los zapatos de tus hermanos?
¿Entender cómo fue para ellos crecer bajo la sombra de tu padre?**

—No, pero lo que sí creo es que mi padre era tan dominante que dominó mucho sus vidas. Él los metió al conservatorio, les pagó todas esas cuestiones. Tenía esperanza de que llegaran lejos.

—¿Tú te salvaste?

—Claro, estando en Chile a lo mejor habría llegado a la situación de querer mejorarlo todo. Pero para mejorar una situación al lado de

un poeta como mi padre y los tíos, hay que hacerlo muy bien. Uno no puede vivir detrás del escudo. Como no he vivido en Chile, tengo esta libertad.

A pesar de esa broma, Alberto reconoce que esa visita fue el mejor momento que pasó junto a su padre. Que lo vio feliz, cariñoso con sus nietos y curioso sobre su trabajo en el petróleo. No fue como otros encuentros, marcados por el desapego, las provocaciones intelectuales, o como sucedería años más tarde, con su propio padre intentando seducir a una de sus parejas y diciéndole después a su hijo: “¿Viste, Payuyo, que la palabra también conquista?”.

Esa vez en Noruega, insiste Alberto, fue el único espacio en que lo sintió como a un padre.

Pero a comienzos de los 90, en una entrevista publicada en revista *Paula*, Nicanor Parra se referiría a esa visita, quizá la única vez en la que habló públicamente de Alberto.

“Una vez que yo estaba en Estocolmo, pasé a Noruega, donde vive. Habían pasado veinte años sin que nos viéramos. Fue un poco enigmático el reencuentro. Él está bastante escandinavo, con mujer e hijos noruegos. Cuál no sería mi sorpresa al descubrir que el mochilero de hacía veinte años era un hombre que me había ido a recoger al aeropuerto en Mercedes-Benz, que vivía en una mansión en un barrio muy elegante”.

“¿Es un hombre rico, entonces?”.

“No, porque recién llegado descubrí que su mansión no tiene biblioteca”.

En su casa sin biblioteca, Alberto enciende un cigarrillo.

—No sabía que había dicho eso —dice, poniéndose en guardia, como si su padre hubiera aparecido por la puerta.

**RICARDO TRONCOSO, PROFE DE FILOSOFÍA:
“LOS CABROS SE RESISTEN AL PENSAMIENTO
ABSTRACTO Y ESO NO LO ARREGLA
UNA CLASE EN CUARTO MEDIO”**



Daniel Hopenhayn

29 de marzo

The Clinic

En abril de 2018 el Consejo Nacional de Educación (CNE) resolvió que el ramo de Filosofía volviera a ser obligatorio para alumnos de tercero y cuarto medio. En 2001 fue declarado ramo optativo y desde 2016, de vez en cuando se tomaba la agenda la discusión sobre si se debía eliminar del currículum escolar. Un par de semanas antes de la decisión del CNE, *The Clinic* publicó esta entrevista a un profesor jubilado que enseñaba Filosofía en las condiciones, quizás, más adversas: a 45 estudiantes de un liceo que recibe a jóvenes de mayor vulnerabilidad de nuestro país: “¡Y yo hablándole de Platón, hueón! ¡Si lo que [quieren] es tomar desayuno!”, comenta el “profe”. Esta entrevista dota de realidad la enseñanza de una disciplina que, a veces, parece etérea, como también retrata el oficio de un maestro que procuró que sus alumnos transitaran de la pregunta: “Pero profe, ¿esto pa’ qué sirve?”, a la afirmación: “Profe, la verdad no existe”.

“Pero profe, ¿esto pa’ qué sirve?”. “Pero profe, ¿esto pa’ qué sirve?”. Troncoso, sentado en una plaza de La Cisterna, comuna en la que reside, imita con distintas voces la pregunta que escuchó mil veces durante sus 35 años de docencia. Pero en los últimos años mucho más que en los primeros, aclara. “Algo fue pasando en los cabros, que de pronto llegaba una generación y era otra cosa, no querían saber nada. Y tú te preguntas por qué, si esa actividad te salió súper bien el año pasado... No les interesaba, nomás”.

—¿Cuándo notaste ese cambio, en qué época?

—Fue un proceso gradual, pero yo diría que a partir de los años 90. Desde ahí empezó a escucharse cada vez más seguido: “Pero profe, ¿esto pa’ qué sirve?”. Yo les preguntaba de vuelta: “Y la matemática, ¿para qué te sirve?”. “Para sumar y restar”. “Pero eso lo aprendes en la básica, ¿para qué te sirve la de ahora?”. Ahí se enredaban un rato, hasta que llegaban al fondo del argumento: “¿Sabe? Es que las matemáticas nos sirven para la Prueba de Aptitud”. O para la PSU, después. Ese era el resumen de todo.

—Tus alumnos eran siempre de tercero y cuarto medio, ¿no?

—La asignatura como tal era en tercero y cuarto. Pero yo también hacía, en primero y segundo, una cosa más experimental que se llamaba Desarrollo Personal. Eso era mucho más lúdico, más ligado al ejercicio psicológico, que a los cabros les encanta. Mucho más que la asignatura, porque la filosofía básicamente hay que pasarla como

historia y ahí se convierte en materia, y eso es fatal. El problema era que al pasar a tercero querían que siguiéramos con Desarrollo Personal, porque además la asignatura en tercero se llama Psicología. Y todos me lo sacaban: “Profe, ¿por qué no hace la clase como antes?”. Con el tiempo, esa clase de Desarrollo Personal también se chacreó, pero hicimos cosas bonitas ahí. Los cabros, que eran bien carenciados socialmente, eran capaces de expresarse sus afectos entre ellos, se abrazaban. Y eso en un colegio de este sector es muy difícil de lograr. Si tú vas a un colegio caro es otra historia, si quieres les haces yoga y todos felices, macanudo. Acá no.

—Y desde el punto de vista del profesor, ¿cómo se saca adelante una clase de filosofía en esos colegios?

—Punto uno: tienes que ser rápido y con mucho sentido del humor. Sin sentido del humor es muy difícil entrar. Y lo segundo es acercarse a sus preocupaciones, porque lo único que funciona es conectar la clase con su realidad. Y para eso tienes que saber preguntarles qué les interesa, es difícil que te lo sepan decir a la primera.

—¿Por qué?

—Porque no están acostumbrados a responder esas preguntas, su primera reacción es buscar la “respuesta correcta”. Pero ojo, tú tampoco puedes irte por las tuyas, tienes que encausarte dentro del programa, mostrar planificaciones, hay toda una burocracia atrás. ¡Últimamente están pidiendo planificaciones clase a clase! Pero al menos yo trataba de priorizar los contenidos que tuvieran un sentido para ellos. Por ejemplo, en Psicología no pasaba mucho la clasificación típica (sentimientos, pasiones, etc.), prefería pasar dos o tres escuelas psicológicas entretenidas, poniéndole cuento, mezclando la teoría con ejercicios. Ponte tú, pasaba toda la corriente psicoanalítica de Viktor Frankl, que es la logoterapia. ¿Y sabes quién les gustaba? Freud. “¿Y qué sabes de Freud?”. “Que era un viejo que todo era con sexo”. Entonces les iba contando un poco y te empezaban a preguntar otras cosas.

—**Y en cuarto medio venía la filosofía como tal.**

—Sí. Y en Filosofía me costaba más motivarlos, porque veían que no servía para nada. Y es cierto, no sirve para nada. Pero la historia tampoco. “A ver”, les decía, “¿para qué les sirven a ustedes el resto de las asignaturas?”. Silencio. “¿Y por qué no fueron a una escuela técnica, si ahí todo sirve?”. “Nooo, po’. Queremos entrar a la universidad”. Pero era muy grande el desfase entre esa convicción de apostar a la universidad y el rendimiento que la mayoría tenía en el colegio. No había coherencia entre el estudiante y el postulante, por decirlo así. De repente me decían: “Yo voy a estudiar Veterinaria”. “Ya, ¿y qué promedio tienes?”. “Un cinco”. ¿Qué les podía decir yo? Una vez le dije a una alumna: “Con el rendimiento que tienes te va a costar mucho”. ¿Qué crees que pasó?

—**Se enojó.**

—No, ni siquiera. ¿Se desmotivó, pues! Después no quería entrar a la clase, “pa’ qué, si no voy a entrar a la universidad”. La única manera de ayudarlos un poco es poner las cosas en positivo, “ya, quieres entrar a Veterinaria, dale po’, ponle empeño”. A los cabros les gusta que los profes sean un poco cómplices con ellos, ahí te escuchan. Amigos, eso no. Muchas veces me dijeron “profesor, pero usted es mi amigo”. “No, ¿cómo voy a ser tu amigo?”. “¿Y por qué no?”. “Porque no, nomás”. Hay que tener mucho cuidado ahí. Cuando uno crea relaciones de confianza, ellos pueden perder de vista los roles y hasta llegar a decir que al profe le gustan las alumnas.

—**¿Alguna vez te dijeron eso?**

—Sí, una vez, y los tuve que encarar. “No, profe, si lo estamos chaco-teando”. Sí, claro, pero así empiezan las confusiones. No, no puedes ser amigo. Pero yo, la verdad, muchas veces sentí que había logrado un contacto humano súper lindo con mis alumnos.

—Pero en las clases, por lo que cuentas, ese contacto servía más para hablar de psicología que de filosofía.

—Sí, porque la filosofía estaba muy desfasada de su realidad. Imagínate, qué le vas a hablar de Platón a un chiquillo que vive en una población, con un montón de dramas pesadísimos, y llega al colegio sin tomar desayuno y me tocan las dos primeras horas con él. ¡Y yo hablándole de Platón, hueón! ¡Si lo que él quiere es tomar desayuno! Entonces yo traté de hacerlo un poco más amigable, dentro de las posibilidades, tampoco creas que fui un revolucionario. Era jodido con las notas, lo cual también me trajo problemas. Pero partía siempre con preguntas que ellos pudieran relacionar con sus vivencias, para derivar desde ahí a la teoría.

—Pongamos un ejemplo.

—Por ejemplo, pasaba a los existencialistas, pero no a partir de Sartre ni de Jaspers ni de nadie. Lo que hacía era poner un tema, una gran unidad que se llamaba “La libertad”, y desde ahí los iba alimentando con distintos autores. “Miren, este autor dice esto sobre la libertad, ¿qué dicen ustedes?”. Y algunos reaccionaban. Pero antes de todo eso, un preconceito: hagan un pequeño ensayo, de una página. “Profesooooor, muy largo, ¡diez líneas!”. Empiezan a negociar. “OK, diez líneas”. Por lo menos así escribían algo que viniera de ellos, ¿no? Aunque fueran cosas rudimentarias: “La libertad es ser libre para hacer lo que uno quiera”. “¡Aaah, no querís nada!”. Nos reíamos, les echaba tallas. De pronto me pasaba en las tallas también. Una vez se acercó un alumno: “Profe, no me huevee más, que después me huevea este otro gallo”. Chuta, ya. Te estoy hablando de hace muchos años.

—Eso ya no se puede hacer, un profe no puede hacer bullying.

—¡Estás loco! Ahora los alumnos les hacen bullying a los profes. Si les caes mal, olvídate. “Este viejo maricón puso malas notas”, y empiezan a boicotear la clase. Había colegas que sencillamente se tenían

que ir. Me acuerdo de un profe nuevo de Inglés, jovencito, que llegó a hacer su clase y no hubo caso, no lo dejaron: le silbaban, le gritaban “mijito rico”, no se la pudo, duró una semana en el colegio. Bueno, a algunas profes mujeres las hacían llorar. La profe haciendo clases y los alumnos saltando por la ventana... No, era heavy. Un par de años antes de retirarme, tuve una experiencia muy frustrante. Estaba en la clase hablando con un alumno y de repente se levantó otro cabro —que tenía miles de problemas, después supe— y lo agarró a combos ahí mismo. Y cuando me quise acercar a separarlos, me dijo: “Usted se acerca y le voy a sacar la chucha a usted”. Eso fue muy triste. Y a ese alumno, que era un peligro, no lo echaron nunca. Yo entiendo el problema de la inclusión, que no los podemos dejar afuera, ¿pero qué hago yo, entonces? ¿Dejo que me agarre a combos? Y en otros colegios ni te explico. Tengo amigos que trabajan en liceos públicos de sectores marginales y eso es diez mil veces peor. Ahí tienes cabros que van con cuchilla.

—En general, ¿cuánto alumnos tenían los cursos?

—Los cursos eran cototudos, 45 alumnos. Me tocó atender cursos de 48.

—¿Y lograbas mantener la atención?

—A veces lo lograba mejor, a veces peor, a veces no lo lograba. Uno tiene que adaptarse a la situación. De repente empiezas la clase y notas que todos están hablando de otra cosa. “Profe, es que tenemos prueba de matemáticas”. “Ya, hagamos clases y en los veinte minutos finales los dejo estudiar para la prueba. ¿Les parece?”. Listo. Tampoco se comprometían del todo, algunos seguían estudiando, pero al menos lograba que la mayoría se quedaran tranquilos.

—¿Ese era en realidad el primer objetivo de la clase?

—El primer objetivo de la clase es hacer que te escuchen. Pero también te voy a contar otra cosa: a veces es uno el que está raja, hacer

clases es muy, muy agotador. ¿Sabes lo que es hacer más de 30 horas de clases a la semana, parado frente a todo un curso? Noooo... Y tienes al frente a un cabro joven, lleno de vida, de hormonas, de vitalidad, sentado desde las ocho de la mañana hasta las 4:30 de la tarde. Entonces los profesores son enemigos, obvio. Tienen profesores preferidos, pero en términos generales no les puede gustar, es imposible. Yo trabajé algunos años en un colegio de curas—hasta que fui invitado a retirarme porque no iba a la misa— y ahí eran puros hombres: 45 tipos encerrados en una sala, obligados a estar sentados, cuando el día afuera está precioso. Traté de sacarlos del aula, nos fuimos a una plaza que había cerca, pero no funcionó: tenía que gritar para que me escucharan, algunos se escapaban, se iban a comprar a la esquina... Y después llegaron los celulares, que te obligan a competir por el rating; si te pones fome dos minutos, se cambian de canal.

—**¿Qué otras cosas podías hacer para mantener la disciplina?**

—Por ejemplo, yo los hacía cantar. Eso funcionaba.

—**¿Cómo?**

—En la primera clase del año, discutíamos las reglas de convivencia para la asignatura. “Vamos a hacer unas reglas entre nosotros”, les decía, “deberes y derechos”. Por supuesto, se largaban a pedir puros derechos. “En las clases de dos horas, queremos un recreo al medio de quince minutos”. Los dejaba pedir y después les decía: “Ya, pero frente a cada derecho pongamos un compromiso, un deber”. Y ahí se lograba algo. Pero tenía que haber una pena: “El que transgrede esto, tiene que venir a cantar aquí adelante”. Eso era mucho mejor que una anotación en el libro de clases, que les da lo mismo porque ahí el problema es del apoderado, no los implica. Pero salir a cantar adelante, se morían de vergüenza.

—**¿Y cantaron?**

—¡Claro, pues! Y algunos cantaban rebién. A otros les decía: “Ya,

el que no quiere cantar, tiene que bailar, recitar o contar un chiste”. Había uno que era seco pa’l baile, hasta le ponían música. Y algunos chistes también eran buenos. No, la pasábamos bien. El inspector pasaba por afuera y me ponía caras, “¿qué onda, qué están haciendo?”. Pero era buena onda y me apañaba, para que hiciéramos algo distinto. Ahora, yo te digo, hoy día los cabros me podrían haber acusado de sobrepasarme. ¿Qué es eso de hacerlos cantar en filosofía?

Pensamiento abstracto

—**Volvamos a la materia que pasabas en el ramo. Hablaste de los existencialistas, ¿qué otros filósofos funcionaban?**

—Con los que yo mejor lo pasaba era con los antiguos. Me pegaba una recorrida por los presocráticos, me quedaba un buen rato pegado en Sócrates, después pasaba Platón y seguía hasta Aristóteles. Pero me quedaba más en Sócrates, porque era el más fácil de conectar. De los más contemporáneos, a veces llegué hasta Kierkegaard, ahí me acuerdo que un cabro hizo una presentación súper buena. También pasé a Hume, para que vieran alguna contraposición con el idealismo. Y lo entendieron, porque Hume es claro. Hay que buscar que sea clarito.

—**¿Pasabas a Hegel y a Kant?**

—¡Nooo! ¿A Kant? ¿Estai hueón? Nooo... Una vez nos pusimos a hablar sobre los a priori y los a posteriori de Kant, y eso ya les quedaba muy lejos. A ver, partamos por entender algo: aquí el primer dato de la causa es que los cabros se resisten al pensamiento abstracto, y ese es un problema de toda la sociedad que no lo arregla una clase en cuarto medio. ¿Cómo les voy a hablar de Leibniz, si crecieron en un mundo donde a nadie le interesa lo que pueda decir Leibniz? Yo tenía que pasar lógica y la resistencia era inmediata: “¿Qué sentido tiene esto, profesor!”. “¡Es como matemáticas con letras, pa’ eso estudio matemáticas!”. Y no pienses que era lógica hegeliana ni nada,

era lógica tradicional, aristotélica. Pero es difícil convencerlos de que ciertas formas de razonamiento los pueden ayudar, de que tener una cierta estructura en la cabeza te permite ordenar tus categorías de pensamiento. Eso solo podían verlo en las matemáticas.

—**¿Qué hacías, entonces?**

—Bueno, usando el lenguaje coloquial podíamos llegar a algo. “Hagan un silogismo donde una de las premisas diga que ustedes son solteros. ¿Qué implicancias puede tener eso?”. Y cuando algunos, los más habilosos, descubrían que a partir de un pensamiento podían generar otro, se entusiasmaban. Uno me decía: “Profe, la verdad no existe”. “Tienes razón, pero ahí me estás diciendo una verdad. ¿Viste que existe?”. “Ooohh...”. Pero en general, era muy difícil que abordaran problemas abstractos con ideas abstractas, se iban al tiro a lo concreto. Por ejemplo, frente a la idea de Heráclito, “nadie se baña dos veces en el mismo río”, respondían que eso era falso porque “yo he ido dos veces al campo y me bañé en el mismo río las dos veces”. Otro decía: “Yo me tiro al agua, me salgo, corro y me vuelvo a tirar a la misma agua que la primera vez”. Al final lograban entender la idea, pero siempre desde otros ejemplos muy concretos.

—**Y cuando pasabas ética, ¿de qué hablaban?**

—Les planteaba casos que pusieran en juego problemas éticos. Sus categorías del bien y del mal, por ejemplo. En los 80 era típico: “Yo creo que el mal son los milicos”. “Pero cómo, si son súper simpáticos, ¿no has visto cómo marchan en la parada, la pintita?”, les decía para picarlos, porque al picarse iban soltando lo que pensaban. En esa época también hacían un trabajo grande, coeficiente dos, sobre los derechos humanos. Tenían que buscar noticias que hablaran de la transgresión a cada capítulo de los derechos.

—**¿Eso en dictadura o después?**

—En dictadura.

—**¿No era complicado?**

—Era necesario. ¿Sabes con qué enganchaban también? Me estoy acordando: cuando en Platón pasábamos la constitución de las clases sociales. Altiro captaban que algo de eso los implicaba. Pero en general, la libertad es el tema filosófico más práctico para ellos.

—**Se ha defendido la permanencia de la asignatura porque la filosofía ayuda a tomar una distancia crítica de la realidad y conquistar cierta autonomía. ¿Sentías que tus clases los ayudaban a eso, que tenía sentido el intento?**

—Algunas cosas sí tenían sentido... Pero de ahí a que se lograra la autonomía del individuo desde una mirada crítica frente a la realidad, no nos contemos cuentos. Yo les decía que la política era necesaria —con cuidado sí, porque si no te acusan de proselitismo— porque como dijo Aristóteles, la palabra “idiota” significa: “Aquel que se desentiende de los asuntos públicos, de la virtud pública”. Entonces les proponía hacer política hablando de lo que pasaba en sus barrios. Y eso también me permitía conocer sus dramas domésticos —como el problema de la droga, que siempre aparecía— y poder darles algún apoyo afectivo. Dentro de lo posible, porque eran muchos. Pero cuando veía a alguno medio bandeado, lo llamaba, “¿qué te pasa?”, y soltaban altiro, ahí no les costaba responder. Había un cabro de cuarto, alumno mío desde primero, que llegaba en la mañana calladito, súper buena onda, pero pasaban veinte minutos y se quedaba dormido, todas las clases. “Quiero que me contís la firme, ¿qué te está pasando”. “Pero me promete que no le va a contar a nadie”. “Ya, te prometo”. “Es que antes de venirme a su clase me fumo un pito y por eso me quedo dormido”. “¡Putita que la hacís bonita, te fumai un pito pa’ estar más vivo y te quedai dormido!”. “Sí, profe, pero el ratito que todavía no me duermo, la media volaíta, po”.

—**Y cuando hablas de conectar los contenidos con sus temas, ¿cuáles eran sus temas?**

—El amor, primero que nada. La mina y el mino. Háblales de amor. Y de educación sexual. En Desarrollo Personal, yo les pedía que escribieran una pregunta, anónima, sobre sexualidad. Algo que les importara saber y no tuvieran a quién preguntarle. Y oye, las preguntitas...

—**¿Cómo eran?**

—Desde las típicas, “¿qué es un orgasmo?”, hasta cosas como “¿por qué cuando voy a acabar empiezo a decir ‘Dios mío’, o ‘Ay mi Dios?’”. Tú te ríes, pero esa pregunta salió más de una vez. Y de algunas cosas sabían más que yo. Una pregunta que salió: “Profesor, ¿qué es peinar la alfombra?”. Yo no tenía idea, les tuve que preguntar a ellos. Y una niña, que era súper callada y estudiosa, levanta la mano y dice: “Es el sexo oral que le hace un hombre a una mujer”. Ahora, había otras cosas... Me tocaba saber de cabras que fueron violadas en su casa. O sea, me tocó también echarme una tremenda carga emotiva encima, sin ayuda.

—**¿De qué más les interesaba hablar?**

—De las drogas. Esos eran sus temas: amor, drogas, sexo, música... Eso también funcionó bien: les pedía que cada uno trajera una canción que dijera algo significativo, y nos tomábamos dos o tres clases para escuchar sus canciones y comentarlas. Les encantaba, pero claro, después en cuarto me pedían volver a las canciones y yo tenía que pasar Aristóteles. Yo creo que para mejorar el ambiente en los colegios, además de hacer más actividades de libre elección, hay que poner la música de ellos en los recreos.

—**¿Y les hacías leer textos?**

—Sí, les hacía compendios, de cada filósofo que pasábamos tenían un referente escrito. Pero trataba de hacer actividades que no los obligaran a escribir.

—**¿Por qué?**

—Por una razón muy simple: no les gustaba escribir y yo no podía cambiar eso. Ese problema hay que atacarlo más abajo.

—**Hiciste tu práctica en el Manuel de Salas. ¿Ahí había otra preparación?**

—Eran más aplicados, más memoriones. Tú les pasabas apuntes y te daban una buena prueba. Pero en el diálogo, si les planteabas preguntas, tampoco iban mucho más allá. Ahora, pasa algo curioso. En esa época yo hice clases en dos universidades, primero en la Portales y luego en la Escuela de Periodismo de U. de Chile, un ramo que se llamaba Problemas de la sociedad contemporánea. Y en los colegios el nivel promedio podía ser más bajo, pero era más frecuente que un alumno te sorprendiera. Eso es lo bueno que tiene la filosofía: que de repente un cabro pueda sacarte de contexto. En un control de lectura sobre *La apología de Sócrates*, un alumno de San Ramón escribió una sola frase: “Yo solo sé que nada sé”. ¿Quién soy yo para ponerle un 1? Le di otra oportunidad para rendir el control y le fue muy bien.

El gran freno

—**Decías al comienzo que el interés de tus alumnos fue disminuyendo con el tiempo.**

—El interés y la atención, las dos cosas. O sea, si miro para atrás, mis primeros diez años de profe, comparados con los diez últimos, fueron espectaculares en ese sentido.

—**¿Qué crees que pasó?**

—Yo no sé si hubo cambios epocales, pero fui percibiendo lo que ya te dije: a los cabros les costaba mucho interesarse por algo. Y esto lo vi incluso en colegios donde los alumnos no tenían tantas carencias sociales. Pero no sé qué pasó... ¿O sería que yo también me desmo-

tivé? Porque uno también tiene que ver en esto. Si tú me preguntas cuál es el gran freno de la educación chilena, yo creo que es tener un número cada vez mayor de alumnos y profesores desmotivados. En mis últimos años yo ya no quería más guerra, esa es la verdad.

—¿El desinterés de los alumnos te fue afectando?

—¡Pero claro! Si tú te sacas la cresta preparando una clase y al momento de hacerla nadie te pesca, todos están hablando y pensando en la prueba de Biología que viene después... A ver, dije, ¿estaré sacrificándome más de lo que esto vale? Porque si hay un feeling de vuelta, aunque te paguen lo mismo tú te sigues esforzando. Pero si ves que cada año te escuchan menos, y que nadie en el colegio está pensando en hacer algo distinto, que todos, profesores y alumnos, están esperando que termine la hora para irse... Y ahí se produce el círculo vicioso: el profesor desmotivado desmotiva aun más al alumno. Obviamente es mucho más entretenido el celular que un profesor cansado que les da unos ejercicios para que hagan en clases y él poder descansar. Y yo reconozco que al final había perdido la motivación.

—Dijiste que ser riguroso con las notas también te significó un problema.

—Sí, pero esa es una práctica generalizada. O sea, si yo hacía una prueba y tenía 30% de rojos, “no, no puede ser, la orden del jefe técnico es que los repitentes no pasen del 15%”. Y claro, uno se va poniendo cínico, también.

—¿En qué sentido?

—Te dices a ti mismo que no vas a transar tus estándares, pero si el 30% tiene rojo y te van a joder por eso aunque la materia esté bien pasada, les vas quitando presión para bajar al 15.

—¿Y cómo les iba a los profes más jóvenes? ¿Venían con una formación muy distinta?

—Es distinta, claro. Y cuando tú estás más cerca del rango etario de tus alumnos, enganchas más fácil. A medida que envejeces, pasa algo raro: te vas alejando, porque ellos no envejecen, siempre son jóvenes. Y los profes nuevos también vienen con otras metodologías, ya no es el profe que habla y el alumno que escribe cual esclavo egipcio. Pero ojo: en términos de conocimientos y de preparación, algunos llegan muy flojitos. O sea, te podías encontrar con faltas de ortografía increíbles en el libro de clases... Y también pasa, cuando eres muy joven, que llegas un poquito arrogante, tienes que bajar a la realidad. Porque en mis tiempos, además, los profes de Filosofía se creían el cuento, “filosofía”, ¡ohh! Hablaban en los consejos con una vanidad rara.

—¿Y para los colegios era importante la asignatura?

—No. ¿Sabes por qué? Porque la misma filosofía de los colegios tampoco contempla a la filosofía como un elemento central, entonces la asignatura tampoco importa. A mí me tocó hacer un reemplazo en un colegio del barrio alto y la filosofía estaba súper bien prestigiada en el nivel institucional, por lo tanto la atención de los alumnos también cambiaba.

—O sea, ¿te sentías cubriendo una asignatura cacho para el colegio?

—Bueno, así pensaban muchos directores. Y que los profes de Filosofía son medio locos, que no llegan a la hora. Que llegan pasados a trago, también...

—¿Y eso era verdad?

—Yo nunca tomé cuando iba a trabajar, pero tuve algún colega que llegaba con el aliento... ¡uuuh! Imagínate que el cura me dijo: “Háblale tú, por favor, que me da vergüenza”. Tuve que decirle:

“Mira, yo no tengo nada contra el trago, ¿pero sabís lo que están diciendo estos curas? Que andai con olor a copete. Así que chupa los fines de semana”. Oye, pero aclaremos una cosa: profes que chupan hay en todas las asignaturas. Y es entendible. ¿Cómo no van a querer relajar la vena, si están todo el día hablando, hablando y hablando y pidiendo por favor que los escuchen? ¿Tú creís que eso es normal?

—**¿Te gustó ser profe?**

—Sumando y restando, sí. Lo que no me gustó fueron los sueldos. Pero hacer clases, hablando muy en serio, es un trabajo apasionante. Los primeros veinte, casi treinta años, los hice realmente creyéndomela, incluso a riesgo de parecer ingenuo, por no decir huevón. Y estuvo bien. O sea, ¿si naciera de nuevo estudiaría otra cosa? No, creo que hice lo que tenía que hacer. Lo que sí haría distinto sería no poner todos los huevos en la misma canasta.

—**¿Cómo?**

—No dedicarme solo al aula. Me metí entero en lo micro y lo micro me comió. A lo mejor tenía que subir un peldaño y, además de hacer clases, buscar otras maneras de influir en las políticas públicas sobre educación. Porque hay que hacer una cantidad de modificaciones impresionante. El Manuel de Salas está haciendo algunas intervenciones, de primero a cuarto básico, con las que estoy plenamente de acuerdo: reducir las horas lectivas y aumentar las horas lúdicas. Y hay que mejorar los sueldos, por supuesto, y las horas para preparar las clases y corregir las pruebas, que son un chiste. Es cierto que las condiciones han mejorado, cuando yo era joven había que ahorrar varios meses para comprarse un par de zapatos. Pero siguen trabajando como chinos y ganando poco, tú recién empiezas a ganar mejor cuando eres viejo. ¿Sabes por qué me despidieron de mi último colegio? Por ganar mucho.

—**¿Qué?**

—Porque mi sueldo, al final de mi carrera, eran 800 mil pesos líquidos. Entonces me dijeron que era muy caro, porque traer un profesor joven les costaba la mitad. Así que a mí me despidieron, en dictadura, los curas por no ser católico y el liceo público por ser de izquierda, y en democracia, por ganar mucho. Y con eso me jubilaron, porque a un profe de 64 años...

—**No lo contrata nadie...**

—Olvídate.

—**¿Cuánto recibes de jubilación?**

—300 mil pesos.

—**Después de 35 años haciendo clases.**

—Y estoy entre los privilegiados, porque los profes de básica están recibiendo pensiones de 120, 140 lucas. Nunca entendí por qué les pagaban menos, si son los profes más importantes. El único cambio puede venir de ahí.

VIUDO DE JOANE FLORVIL: “CHILE ME ENSEÑÓ LA MISERIA”



Gabriela García

3 de mayo

Qué Pasa

Joane Florvil, haitiana, no hablaba español. Dejó a su hija al cuidado de un guardia de la Municipalidad de Lo Prado: iba a buscar un traductor porque le habían robado una mochila a su pareja, Wilfrid. Al regresar, la niña había desaparecido y la tomaron detenida. La acusaron de abandonar a su hija, y un mes después, murió sin saber dónde estaba la pequeña. El caso de Joane, ocurrido en agosto de 2017, reveló el lado más crudo de la migración haitiana, comunidad que hasta 2018 la componían más de 179 mil personas. En esta entrevista se recoge el testimonio del viudo, Wilfrid Fidele, otra víctima de la discriminación hacia Joane, según lo dictaminado por el 5° Juzgado de Civil de Santiago. En este texto se conocen detalles de la vida de Joane, de los conflictos que arrastraba desde su país de origen, del día a día de Wilfrid con su hija y de cómo se sobreponen a la muerte.

Es domingo. Y en el Metro una guagua acapara las miradas de los pasajeros. Mientras algunos le tocan las manos y le estiran los brazos, ella sonríe y deja ver dos dientes de leche que asoman de sus encías.

—Qué hermosa que es —murmura la gente, mientras la niña vestida de rosado y con chapes de colores en el pelo les arruga graciosamente la nariz.

La pequeña de nueve meses va sentada en la falda de su padre: un hombre que supera el metro setenta, pero que tras salir de una misa con otros 200 haitianos en Recoleta quisiera ser invisible.

Wilfrid Fidele (35) no lo dirá hasta varias horas después, pero lo está pensando justo ahora que mira los zapatos de su hija:

—Qué distinto habría sido todo si los chilenos hubieran sido así de acogedores desde el comienzo.



Lo que vivieron Wilfrid y la pequeña Wildiana hace ocho meses fue un infierno. El 29 de agosto su pareja Joane Florvil le presentó a un chileno que le ofreció ser jardinero en la Oficina de Protección de Derechos (OPD) de la comuna de Lo Prado.

Estando allí y habiendo dejado su mochila en manos del chileno, Wilfrid sufrió el robo de todos sus documentos. Tras enterarse de que habían sido estafados, Joane tomó a la hija de ambos y fue a pedir explicaciones a la OPD, pero como no hablaba español, nadie entendió sus reclamos.

Desesperada, le pidió al guardia del organismo municipal que le cuidara a la pequeña mientras iba en busca de un traductor. Pero veinte minutos después y cuando volvió por la niña, ella ya no estaba allí. Funcionarios de la OPD la acusaron de abandonar a su hija. Hecho que como dictaminaría un tribunal de justicia tres meses más tarde, nunca sucedió. El sumario en la OPD de Lo Prado no arrojó responsables.

Joane fue detenida el 30 de agosto. Y Wildiana pasó a manos del Sename. Un mes después y por causas que ahora investiga el Ministerio Público, la haitiana murió sin poder ver a su hija nunca más.

Lo último que alcanzó a comprarle a Wildiana fueron los zapatos de charol blanco que ahora lleva puestos en el Metro. Esos que Wilfrid mira cuando piensa en lo distinta que habría sido su vida si los chilenos hubieran sido así de acogedores desde un comienzo.

—Ver a Joane angustiada y exigiendo que le llevaran a su hija hasta el último día, mientras los doctores le ponían inyecciones para que se calmara, es algo que nunca va a salir de mi cabeza —dice cuando llega a su casa en Cerro Navia para dar esta entrevista acompañado de un traductor.

Joane falleció el 30 de septiembre en el Hospital Clínico de la UC por una falla hepática que nadie sabe cómo se generó. Desde entonces y en los siguientes siete meses, Wilfrid no solo no entiende cómo Joane está muerta, sino que también tuvo que luchar por sacar a Wildiana del Sename, y probar ante la justicia que podía ser su madre y padre.

Wildiana está con él desde octubre de 2017. Sename le pidió guardar silencio. Pero una vez que se cumplieron seis meses al cuidado de la niña y cuando se hizo público que Joane Florvil —la haitiana que se convirtió en un emblema contra la discriminación en Chile— permanecía hace más de 200 días en el SML, decidió hablar.

Todos los domingos lleva a su hija con él a un templo donde escuchar salmos en creole por una multitud de haitianos que van vestidos de etiqueta parece darle el aliento que necesita.

—Mi hija es mi compañera. Es mi única compañera —dice Wilfrid ahora y mientras muda a la pequeña.

Están en la misma pieza en la que vivió con Joane: un espacio diminuto donde la cama, el refrigerador, la cuna y la ropa colgada de la niña conviven en perfecto orden, como si fueran las piezas de un Tetris.



Pagar la habitación —una de las seis que componen la casa donde Wilfrid vive con otros 12 haitianos— le cuesta la mitad del sueldo que recibe haciendo aseo en las oficinas de una corporación municipal.

Trabajando de lunes a viernes desde febrero pasado, deja a su hija en la sala cuna a las 8:30 y luego es Isabel Araya (64) —una vecina chilena que eligieron Joane y él como madrina de la niña— la que va a retirarla y la cuida en la casa que queda frente a la suya. Ella es la única red de apoyo con que cuenta Wilfrid en este momento. Y le ha enseñado a bañarla, a mudarla y a ordenarle las comidas para regularizar lo más posible el sueño de la pequeña.

Isabel reconoce que no ha sido fácil.

—En la cultura haitiana la crianza está en manos de las mujeres. Pero a él le tocó asumirla completa de la noche a la mañana —dice la vecina.

Wilfrid sonríe mientras calienta un colado para la pequeña y luego lo sopla. Usar la cuchara y dárselo de a poco, eso también se lo enseñó Isabel.

—¿Qué ha sido lo más difícil de estos meses de crianza?

—Lo más duro fue no poder trabajar durante un tiempo. Hasta febrero pasado tenía miedo porque me habían dicho que si yo dejaba a la niña con alguien me la podían quitar. Entre medio tuve que aprender de todo y no tuve tiempo de prepararme tampoco. En el Sename antes

de pasarme a la bebé me hicieron un curso breve. Pero en realidad memorizo y solo actúo: si hay que mudarla, entonces voy y lo hago.

—La guagua venía con un monitor de apnea cuando salió del Sename. ¿Cómo está ahora?

—Nunca tuvo nada. En el Sename inventaron que tenía apnea, pero una vez que llegó aquí no hubo ninguna vez que presentara ese cuadro. Aun así me despierto a cada rato para mirarla. Es algo inexplicable. Puedo decir que soy todo para ella y ella también es todo para mí.

—¿Qué piensas sobre el Sename hoy?

—No puedo culpar a Sename de lo que me pasó. Si alguien es responsable es la persona que acusó a Joane de abandonar a la bebé en la OPD y que hizo que mi hija terminara en un hogar, lejos de ella. Yo no estoy enojado ni molesto, pero lo que pasó nunca va a salir de mi cabeza. Nunca.

—¿A qué crees que se deba la discriminación?

—Lo que pienso es que a la gente lo que no le parece bien, lo castiga. Y que se cometen injusticias por esa ignorancia. No te voy a mentir, cada vez que hablo de estas cosas es como volver a cero de nuevo. Me duele.

—¿Volver a trabajar te ha ayudado a salir de esto?

—No puedo decir si me gusta o no. Cuando no estás en tu país, no tienes opción de elegir, tienes que hacer lo que te toca —dice Wilfrid mientras afuera de su pieza suena reguetón en creole y Wildiana baila en la cuna. Wilfrid sonríe, pero luego su mirada se opaca—. Cada vez que miro a mi hija, pienso en Joane, en la vida y en todo lo que me ha pasado —dice.



Si Wilfrid hubiese sabido la pesadilla que le esperaba en Chile, jamás habría venido. En Juana Méndez —la ciudad haitiana donde conoció a Joane Florvil dos años antes de su muerte— tenía casa propia, y además era dueño de un negocio de motos que le permitía sobrevivir sin grandes esfuerzos.

—Tenía plata —dice Wilfrid sobre el tiempo en que convivía con Joane y la ayudaba con los gastos de dos hijos que ella tuvo durante una relación anterior.

La familia de Joane no estaba muy de acuerdo en que estuvieran juntos. Hija de una familia evangélica, sus padres no veían con buenos ojos que rehiciera su vida con un hombre que, como el propio Wilfrid reconoce, era mujeriego y tomaba en exceso.

Joane, sin embargo, lo quería. Por eso, cuando Farrah, su padre, quiso mandarla un tiempito a Chile donde ya estaban sus hermanos Realyno y Samantha Florvil, ella le propuso viajar juntos y que empezaran acá una nueva vida.

—Pero yo no quería irme y tampoco que ella partiera. Le dije que si era por un tema económico me dijera cuánta plata necesitaba para armarle un negocio, pero ella no aceptó —cuenta Wilfrid.

Joane se vino sin él. Pero lo llamaba para decirle que lo extrañaba. En las fotos que le mandaba a diario, Wilfrid comenzó a verla más delgada y triste. Entonces comenzó a preocuparse.

—Un día me llamó llorando. No encontraba trabajo, pero además me contó que estaba embarazada. Joane era mi amiga y mi pareja. Ver que lo estaba pasando mal me convenció —dice mientras su hija se pone a llorar.

Wilfrid la toma en brazos y explica que si vendió todo y se vino, fue por amor a Joane. Y que al llegar acá, la Navidad de 2016, ella le contó que estaba en Chile porque la familia quería alejarla de él.

—Según ellos, si yo la amaba realmente, iba a venir tras ella y fue lo que terminó ocurriendo. Yo quería tener una vida con Joane. Las demás eran aventuras, no importaban.

Wilfrid y Joane se fueron a vivir juntos a Cerro Navia. Mientras esperaban a su hija Wildiana, vendían mermeladas en la feria y so-

brevivían como podían en un país donde ninguno de los dos manejaba el idioma.

A pesar de que Realyno y Samantha estaban en Chile, hubo dos ocasiones en que Joane le pidió ayuda a su hermano mayor, pero no lo encontró, recuerda Wilfrid.

Fidel, primo de este y quien compartió la misma casa con la pareja, lo confirma. Dice que un día Joane se enfermó y estaba angustiada porque no lograba trabajar, así que él mismo llamó a Realyno para informárselo.

—Su respuesta fue que su señora y sus hijos eran su única familia y que por él, Joane se devolviera a Haití por donde mismo vino —cuenta Fidel.

A Wilfrid le molesta el tema porque dice que solo cuando Joane murió, los Florvil reaccionaron en Juana Méndez.

Los primeros días de octubre —cuenta Wilfrid— Realyno llegó con un poder amplio desde Haití para hacerse cargo de la repatriación de Joane, pero se encontró con que la legislación chilena reconocía a Wilfrid como el único que podía sacar su cuerpo del Servicio Médico Legal.

Los Florvil quisieron que Wilfrid cediera ese poder a la familia. Pero él no estuvo de acuerdo y así, en ese gallito que ha durado siete meses, es que se la han llevado mientras Joane permanece en el SML.

—Realyno nunca hizo nada por Joane, entonces que quiera que yo desaparezca no es algo en lo que voy a ceder y así es que comenzó la división. El día en que nació Wildiana, Joane tuvo dolores de parto en la madrugada y fui yo quien tuvo que cargarla y salir a buscar un taxi para llevarla al hospital. Nadie más. ¡Hasta el taxista ese día se llevó mi plata! Yo le pasé 20 mil pesos para que cobrara y arrancó con el vuelto —cuenta Wilfrid.

—¿Te arrepientes de haber venido a Chile?

—Muchísimo —dice mostrando una foto de Joane en el celular—.

Pero porque Chile me enseñó todas las cosas malas que nunca viví en mi país. Aquí vivo en una pieza encerrado. Chile me enseñó la miseria.



Wilfrid quiso enterrar a Joane en Chile apenas terminaron los peritajes respecto de sus restos, en noviembre pasado, e Isabel Araya lo ayudó a organizar dos ceremonias de despedida, pero las relaciones quebradas con los Florvil dilataron el asunto.

Según cuentan en el círculo Florvil, en Haití el hombre es el responsable de la mujer. Por lo que, una vez que Joane murió, quien había fallado ante sus ojos era Wilfrid.

Por la prensa han dicho que Joane sigue legalmente casada en Haití. Y que no reconocen a Wilfrid como yerno.

Los Florvil tenían dos peticiones: que el Estado de Chile pagara la repatriación y que Wilfrid firmara un poder para que ellos pudieran hacerse cargo de todo.

—¿Y por qué no quisiste cederle el poder total a ellos?

—No les voy a dar mi firma para que ellos decidan todo sobre Joane, porque soy yo la víctima. Soy yo quien apareció en las noticias como su pareja y soy yo el padre de nuestra hija. ¿Quieren el cuerpo? Yo no tengo problemas en pasárselos pero necesito entrar primero y despedirme de quien era mi compañera.

—¿Y por qué no ocurre hasta ahora?

—Porque ellos querían que yo firmara un poder desprendiéndome de toda responsabilidad y yo no estuve de acuerdo con eso. Encontraron que mi manera de hacer las cosas era fría, que no era llegar y repatriarla como si aquí no hubiera pasado nada y quisieron esperar los resultados de la investigación.

—Una investigación que sigue en curso y que la tiene hace siete meses en el SML.

—Yo quisiera que ella descanse, si fuera por mí que descanse donde sea. Pero ellos han dicho que mientras el Estado de Chile no pague por lo que pasó, el cuerpo quedará ahí. Y es lo que pasó.

—La que pagó el costo de todo este conflicto fue Joane.

—Obvio. Y me da mucha tristeza. Y es por eso también que me cuesta hablar de estas cosas, porque siento que vuelvo a cero de nuevo. Por mí, ese cuerpo ya no estaría allá. Y aunque yo pudiera enterrar el cuerpo y olvidar todo, no podría. Porque existe la presión de la familia y ellos quieren recibir una indemnización por eso. Eso es lo que ellos están buscando.

—¿Sientes que te han responsabilizado por lo que le ocurrió a Joane?

—No lo sé. Pero ellos querían que dejara todo en sus manos y por no aceptar es que empezó la división. Nuestra relación era buena antes, cuando estuve con ella en Haití y me hacía cargo de los dos hijos que tuvo antes con otra persona.

—Persona que ahora es incluida dentro de las reuniones de la familia en Haití. Que con el resto de los hombres del clan Florvil está tomando las decisiones.

—La persona con la que Joane estuvo en Haití no está a la altura de ello. Joane es mi tema. Es mi discusión. Soy yo quien está sufriendo, soy yo quien viví esto y nadie más. Solo yo.

—¿Por qué crees que no te reconocen como yerno?

—Si alguien de la familia de Joane te dice que le hacen caso a este hombre, dile que yo les digo que no mientan. Porque ni siquiera en temas económicos de sus hijos ha sido él el responsable. Siempre fui yo quien estuvo a cargo y eso ellos lo saben. Ahora, desde que llegué acá a Chile nunca he mandado plata para ellos porque me ha sido

súper difícil desde este lugar y desde el inicio hasta ahora, estabilizarme. La mamá, el papá de Joane y yo somos los que nos hemos ocupado de los niños de Joane porque él ha estado ausente.

—**¿Recibiste amenazas cuando te opusiste a entregar el mando?**

—Podría decir muchas cosas. Fue su hermano el que habló muchas cosas malas, pero él no es Dios. Así que no tengo nada por qué preocuparme.

—**¿Y alguna vez te amenazaron con llevarse a la niña?**

—Lo que puedo decir es que ellos no pueden llevársela. Soy yo su padre legal. Ellos puede que traten de hacer cosas ilegales, pero no yo. Yo soy legal.

—**¿Qué te hubiera gustado para Joane?**

—Creo que todos saben que lo que ocurrió con Joane es un abuso. Y en ese sentido, yo solo he estado esperando a que el gobierno responda por lo que hizo. Ellos cometieron un error que costó la vida de una persona. Y de eso ya se dieron cuenta. Pero si pagarán o no una multa por ello es una decisión de ellos y de sus leyes. Algo que yo sigo esperando que la justicia resuelva. Si ahora estoy mejor es porque me convertí en cristiano y le pedí a Dios que me ayudara y orientara. Estoy tratando de salir adelante.

—**Pero que paguen puede tardar años.**

—Yo no voy a firmar para que nadie haga lo que tengo que hacer yo. Soy yo el responsable de ella, y seguiré siéndolo.

—**¿Y a ti te gustaría recibir alguna indemnización?**

—Joane tiene hijos en Haití. Y también a esta niña en Chile. Si va a haber una indemnización que sea para ellos, para que ellos tengan una vida mejor.



Octubre de 2017 y Wilfrid da vueltas la pieza buscando su carnet de identidad.

—Mamá Isa, por favor, ayuda —lo escucha gritar Isabel afuera de su casa. La vecina cruza la calle e intenta ayudarlo. Pero este no aparece por ningún lado.

—Te lo ruego. Llama a un pastor —dice Wilfrid al borde del colapso.

Isabel recordó a uno que vivía a pocas cuadras y fue por él. Pero como este hablaba español, él mismo se comunicó con otro que era de nacionalidad haitiana y acordó que lo visitara.

El pastor negro llegó a la casa de Wilfrid y entonces este le explicó que necesitaba entregarse a Dios. A Isabel aún se le erizan los pelos al recordar ese día. Dice que en creole este lo bendijo por distintos sectores de la casa y que luego fueron a quemar algunas cosas de Joane bajo un árbol que está en la plaza con al afán de que Wilfrid quedara protegido “por la sangre del Señor”.

—Fue impresionante. Junto a una gruta se encendió una llamada y juntos rezamos hasta que se consumió. Wil lloraba sin parar mientras el pastor decía que con eso se iba todo lo malo que pudiera haber contra él y la niña —cuenta Isabel.

Luego agrega:

—Estaba lleno de miedo y devastado. Él sentía que ya no podía confiar en nadie —dice sobre el día en que Wilfrid se desprendió del resto de pertenencias de Joane y se las regaló a una chilena en la feria para que las vendiera.

—¿No te quedaste con nada?

Y Wilfrid, que mira a Wildiana balbucear en la cuna, contesta ahora:

—No. Para mí era muy duro tener sus cosas aquí siendo que ella estaba muerta. Me iban a hacer pensar y llorar mucho más.

—Dentro de las amenazas que recibiste ¿alguna vez estuvo la magia negra?

—Nunca he creído en la magia negra ni voy a creer tampoco. Ellos pueden hablar lo que quieran. Podrían intentar quitarme a la niña, pero no van a poder. Y si algo tengo que firmar para que ellos no lo puedan hacer, es lo que haré. Ellos no podrán contar conmigo para eso. Soy yo el responsable de ella, y soy yo quien sabe lo que tiene que hacer.

—¿Qué importancia ha tenido para ti convertirte en evangélico en medio de este duelo?

—Dios me ha ayudado a levantarme. Me dio coraje y es por eso que siento que tengo que darle lo más importante de mis días. No te voy a mentir. Cuando estuve en Haití, también hubo un momento en que fui cristiano, pero lo dejé y en buen chileno me fui a hueviar y a tomar. Pero al llegar acá y después de lo que me pasó, no tuve ninguna duda de que ese era el único camino que debía elegir. Dejé los excesos, creo que Joane estaría demasiado orgullosa de cómo estoy criando a nuestra hija.



Cada mañana Wilfrid declama un salmo y se siente más tranquilo. Así como era costumbre para Joane, abre la Biblia y elige uno al azar.

—¿Has recibido apoyo de tu familia?

—Yo no le pediría ayuda a mi mamá. Hablamos por videollamadas, le mando fotos de la niña, al igual que a mis hermanos, pero ella ni siquiera se imagina lo mal que estoy en Chile, no podría decirle algo así.

—¿La familia de Joane te ha ayudado en la crianza de Wildiana?

—Solo estoy yo y Dios para eso. Samantha ha venido algunas veces a dejar pañales, a bañarla o traer toallitas húmedas, pero no es más que eso. Para mí que pasen tiempo juntas no es problema. Haya pasado lo que haya pasado, es su familia.

—¿Y dónde te gustaría que creciera Wildiana?

—Yo personalmente pienso que cuando Wildiana tenga 18 y si así lo quiere y lo decide, podrá ir a Haití. Pero por ahora y si de mí depende, no irá allá.

—¿Pero por qué, si lo que decías era que nunca debiste salir de Haití?

—Yo no volvería a Haití. Pude haber tenido una buena vida, pero ya no. Y cuando sales y vuelves con una vida peor de la que tenías, te miran feo. Yo ya no tengo nada. Lo gasté todo para venir a Chile. Y aunque quisiera volver, volvería sin nada. Si tengo la oportunidad de irme a otro país con mejores oportunidades, lo haría, ni muerto me quedaría aquí. No estoy acostumbrado a quedarme encerrado. Es una prisión. Para mí y para una niña tan chiquitita.

—¿Te da miedo que te quiten a la niña allá?

—Ya no siento miedo. Pero no me extrañaría que lo intentaran. Y si esa discusión se diera en Haití y esa persona tuviera más plata que yo, aunque yo tenga razón y sea el padre de la niña, si él tiene la plata es él quien se la va a llevar. La corrupción es demasiada.

Wilfrid ve algunas fotos de Joane en el celular.

—Esa fue la ropa que se puso el día en que le dijeron que la iban a dar de alta. Pero al final no sucedió jamás —dice.

Dos días después de esta entrevista, es decir este martes, fue citado por sus abogados Juan Pablo Olmedo y Juan Carlos Sharp, quienes le informaron que el Estado de Chile financiará el regreso de Joane a Haití. Para eso necesitaban que Wilfrid reconociera el cuerpo y firmara. Al día siguiente, Wilfrid entró junto con Isabel Araya al SML para reconocer a quien fue su mujer, como debió haber pasado hace siete meses. La próxima semana, la comunidad haitiana le hará una ceremonia de despedida a Joane e inmediatamente después sus restos partirán en un avión rumbo a Haití sin Wilfrid.

—A pesar de que él desde el día uno ha querido que Joane tenga una sepultura digna, no había asumido su muerte hasta ahora. Fue como volver a cero. Recién ahora Wilfrid va a empezar su duelo. Antes no se lo ha podido permitir —dice Isabel.

JORGE BERMÚDEZ: “NO SIENTO QUE FUI IMPRUDENTE”



Estela Cabezas
15 de diciembre
Sábado, El Mercurio

Jorge Bermúdez, el Contralor General de la República, rechazó la modificación al protocolo de aborto en tres causales que realizó Piñera a semanas de llegar a La Moneda; acusó a los magistrados de la Corte Suprema de querer hacer un “gobierno de los jueces”; denunció que había “visos de corrupción” en Codelco; sancionó a la alcaldesa de Maipú, Cathy Barriga, por usar su imagen en plataformas municipales y, cuando parecía imbatible, la Corte Suprema rechazó la destitución de la subcontralora, Dorothy Pérez, y lo obligó a restituirla en su cargo. Pocos días después de esta resolución judicial, la periodista Estela Cabezas enfrenta a Bermúdez a los hechos que produjeron una crisis institucional para dar con respuestas directas, sin filtro y honestas, poco frecuentes en política y autoridades públicas.

—En perspectiva, ¿cree que fue imprudente al despedir a la subcontralora Dorothy Pérez?

—No, no, no siento que fui imprudente. Y todavía estoy convencido que, a pesar de que la Corte me dijo lo contrario, creo que jurídica y moralmente era lo que correspondía.

—Con todo lo que ha sucedido, ¿ha pensado en renunciar?

—Todos los días. Todos los días.

—¿Y entonces?

—Todos los días pienso en renunciar (...). Yo perdí ocho cero en los tribunales y eso para un contralor es muy fuerte, por eso lo pienso todos los días. Y también porque siento que no me merezco todo lo que está pasando, porque lo único que he hecho es hacer mi pega de la manera más leal posible. Lo pienso todos los días, sí, pero después veo el trabajo que hemos realizado y los proyectos que tenemos y digo que no, que tengo que seguir.

—¿A pesar de que debido a esta pugna, la Contraloría hoy vive una crisis sin precedentes?

—Lo hice pésimo, porque la Corte me dijo que lo hice mal. Pero conociéndome, creo que es la única manera en la que yo hubiese podido reaccionar —asegura.

Más tarde agregará: “Ahora, obviamente que hay una crisis institucional”.

—Provocada por una decisión que usted tomó.

—Provocada por una decisión que yo tomé, pero que la otra parte también tomó.

—Pero no la estamos entrevistando a ella...

—Exactamente, tienes razón. Fue provocada por una decisión que yo tomé y por eso espero que la situación se normalice lo más posible, y que sea lo más republicano posible.

Esta mañana, el contralor Jorge Bermúdez, 49 años, está en Valparaíso, sentado en una oficina de la Contraloría regional. Viste terno gris y una corbata a tono.

Experto en derecho administrativo, con un doctorado en Alemania, padre de dos hijos de 15 y 18 años, y en pareja desde hace veinte con una ciudadana alemana, Bermúdez reconoce que han sido días difíciles para él. Desde que el 20 de agosto pasado le pidiera la renuncia a Dorothy Pérez, quien era su brazo derecho, ha estado en el ojo del huracán mediático y político. Si bien el quiebre entre ambos era previo, este se agudizó luego de que ella fuera citada a declarar como testigo por el Ministerio Público en el caso del millonario fraude en Carabineros.

Pérez no solo se negó a renunciar, argumentando que su cargo solo podía ser removido a través de un juicio de inamovilidad, sino que recurrió a la justicia, que terminó dándole la razón: el 30 de noviembre pasado, la Corte Suprema acogió el recurso de protección presentado por la funcionaria y ordenó su reincorporación a la Contraloría.

—¿Estaba en su cabeza la posibilidad de que la Corte iba a ordenar reintegrarla?

—No, no estaba.

—¿Nunca esperó que ella fuese a decir que no a la petición de que renunciara?

—Sinceramente, lo que yo esperé que ella me iba a decir era: “Mira, déjame tomarme las vacaciones, mantengamos esto así, y yo después me voy”, para que se pudiera rearmar y pedir pega en otro lado, no sé (...). Pero ella mandó correos urbi et orbi y lo ventiló en todos lados.

—Pero es lógico pensar que si a ella usted la estaba despidiendo por algo que ella considera injustificado, intentaría defenderse...

—No necesariamente. Yo creo que si tienes la mente un poco más fría y estás convencido de tu inocencia...

—¿Te vas y chao?

—Sí, claro. ¿Por qué renunció el general Franzani?

—Es difícil imaginarse cómo, bajo estas circunstancias, van a trabajar usted y Dorothy Pérez. Dada la gran crisis que existe hoy en Contraloría, muchos piensan que usted debería renunciar.

—Eso es lo que muchos quisieran, obviamente —dice y más tarde agregará—: A mucha gente le gustaría que yo renunciara y que haya un largo período de subrogancia, mientras se discute una supuesta modificación a la Contraloría, porque eso es una institución totalmente debilitada.

—¿No ha pensado en renunciar por el bien de la institución?

—¿Y dejársela a ella?

—No es un asunto de pelea personal, ¿o sí?

—No, por supuesto que no, para nada. Pero imagínate lo que significa, si aquí hay todo un proyecto detrás, hay todo un proyecto de poder hacer una Contraloría un poco mejor, que no se le pase el fraude de Carabineros de nuevo; eso es lo que hay detrás aquí, hay mucha gente que está trabajando en eso.

—**¿Y solo podrían trabajar con usted?**

—No, no hay nadie imprescindible, pero creo que la manera de poder enfrentar este problema no es renunciando ahora en este momento.

—**¿Cuál es la manera?**

—Tratando de buscar una solución institucional en que la subcontralora realice la función que la ley le entrega.

—**Lo que la ley le entrega a la subcontralora es reemplazar y subrogar al contralor y ser juez de cuentas. ¿Qué va a pasar cuando usted se vaya de vacaciones, por ejemplo?**

—Ella va a asumir en plenitud todas las facultades.

Bermúdez ha dado diferentes explicaciones sobre por qué despidió a la subcontralora. Una de ellas sería que Pérez fue citada por el Ministerio Público a declarar en calidad de testigo en la causa por fraude a Carabineros. Y adicionalmente, que la fiscal sumariante de la Contraloría le había indicado que tendría responsabilidad administrativa en el proceso. Respecto de esto, dice: “De hecho le formularon cargos (...). Mira, yo tengo una actitud intransigente contra la corrupción, por lo tanto la persona que me reemplaza no puede estar vinculada al mayor fraude de la historia, por acción u omisión”.

—**Hay una segunda razón que usted dio para justificar el despido: en conferencia de prensa, indicó que su decisión tuvo que ver con una seguidilla de circunstancias del día a día del trabajo. Circunstancias personales.**

—Sí. Pero ambas razones no son incompatibles.

—**¿La echó porque se desgastó la relación entre ustedes o porque usted creyó que ella estaba involucrada en el caso Carabineros?**

Piensa y explica que “era una relación que se venía desgastando, porque había una visión de cómo se ejercía el liderazgo de la

Contraloría que era distinta. Y en el caso de Carabineros, yo me sentí muy defraudado cuando ella, habiéndome dicho que se había abstenido en todo, cambia. En verdad la que cambia la versión es ella para decirme: ‘No, yo siempre me abstuve con lo que tenía que ver con la brigada aeropolicial’. Y obviamente me doy cuenta de que cambia cuando veo que efectivamente aquí sí tenía que ver”.

Más tarde afirmará: “Yo pensé que ella iba a querer un poquito más a la institución y daría un paso al costado para que Contraloría no se viera más involucrada en esto. Pero no fue así. ¿Qué puedo hacer?”.

—**¿Hace un mea culpa en el despido de Dorothy Pérez?**

—Creo que fue un error haber pensado que cuando el fiscal me llama y me dice: “Hay dos formas de citarla. Una es que vaya la pareja de carabineros a entregarle una citación, la otra es hacerla a través de usted, pero no descarto citarla en otra calidad y lo estoy llamando para que usted sepa y tome sus medidas”. Haber confiado en eso creo que fue un error.

—**¿Por qué?**

—En que efectivamente iba a cambiar la calidad, porque eso no pasó. Ella es testigo.

—**Si no, ¿usted no le habría pedido la renuncia?**

—Le hubiese dicho: ¿Qué pasó acá?, ¿por qué te están citando?

—**¿No cree que tomó una decisión impulsiva?**

—No, lo que hice fue proteger a la institución de no tener a su segunda autoridad vinculada en el mayor fraude.

—**Pero si esto pasara hoy, ¿cómo lo haría?**

—No lo sé.

—La crisis que se ha desatado por la pugna entre Dorothy Pérez y usted, ¿cree que tiene demasiado estresada a su institución?

—Yo creo que está estresada, porque muchos piensan que yo me puedo ir. Por eso están estresados.

*

—¿Se considera una persona ambiciosa?

—Yo creo que todo el mundo tiene una cuota de ambición, pero no tengo ambición por la plata, por ejemplo.

—¿Cuál es su ambición?

—En este momento es sobrevivir, que no es poco —dice y se ríe—. Y en segundo lugar, que ojalá la Contraloría quede un poquito mejor que cuando yo la encontré.

—Las inmobiliarias han acusado a la Contraloría de trabar más de dos mil millones de dólares en proyectos. Algo similar ha dicho el Colegio de Arquitectos. ¿Qué responde a esa crítica?

—No las entiendo, porque lo único que hemos tratado de hacer en la Contraloría es aplicar la ley. Y si ellos no están conformes con los dictámenes en materia urbanística, lo que pueden hacer es ir a los tribunales, como lo hace todo el mundo. Ahora, sí hay algunos proyectos específicos que sí se han visto afectados, como hay otros que se han visto beneficiados (...). La Cámara Chilena forma parte de la alianza anticorrupción, y tenemos una buena relación y ayer justamente quedamos de acuerdo con su presidente para reunirnos entre Navidad y Año Nuevo para ver algunos temas en que tienen dudas. Yo creo que, por proyectos específicos, alguien siempre se va a salir perjudicado: o el Fisco o el particular.

—La ley de Contraloría tiene más de 50 años y se presta para muchas interpretaciones. ¿Es partidario de modificarla? Si es así, ¿qué cambios le haría?

—De todas maneras soy partidario de modificarla, es obvio que necesita una actualización. Sí hay que hacer un par de prevenciones —dice y se extiende en los tipos de Contraloría que existen y también los tipos de control sobre ella—: Aunque parezca raro, creo que hay que modificar algunas normas del estatuto del contralor: tiene que haber una norma que establezca el periodo donde debe ser nombrado. No puede ser posible que en las dos últimas ocasiones, el cargo estuvo vacante nueve meses. Para eso tiene que haber una norma que lo regule. Y también tiene que haber una norma de salida del contralor, tiene que tener un periodo largo de enfriamiento, muchos más de seis meses y en otras partes son dos años, en donde esté inhabilitado de realizar cualquier tipo de actividad profesional. Obviamente eso debe tener una compensación económica. Pero es una norma de sanidad. Y también hay que institucionalizar mejor algunos instrumentos que tiene la Contraloría, por ejemplo en materia de auditoría, también quizás hay que perfilar la función de los dictámenes, entiendo que también pueden haber problemas (...). Con el Ejecutivo quedamos que a fines de enero le vamos a hacer una propuesta de modificación de la ley orgánica de la Contraloría, y esperamos que eso se pueda discutir en una especie de comisión interdisciplinaria que estamos convocando.

—¿Cómo evalúa la gestión de su antecesor, Ramiro Mendoza, en el caso Carabineros? ¿Considera que la Contraloría podría haber hecho más?

—Es más fácil responder la segunda parte que la primera... Obviamente que podríamos haber hecho más. Como institución fracasamos en el caso Carabineros, tuvimos el fraude en las narices y no lo vimos o no lo quisimos ver. Yo aquí estoy como Contralorito o como Condorito: “Exijo una explicación”. Y nos ha afectado mu-

cho a la institución. La Contraloría no hacía auditorías de fraude, literalmente casi me caí de la silla cuando me dijeron eso y lo cambiamos de inmediato (...). He tomado hartas medidas para evitar que algo así se vuelva a producir, pero yo aquí me siento caminando en un campo minado, porque no sé en qué momento puede salir otra cosa.

—¿Y cómo evalúa la gestión de Ramiro Mendoza?

—Respecto del caso específico, prefiero no pronunciarme, porque eso es algo que se está investigando. Respecto de la gestión completa de él, no puedo sino valorarla de buena forma, porque él le cambió la cara a la Contraloría. La Contraloría tiene la visibilidad, tiene la prestancia e imagen, en buena parte, gracias a las cosas que él hizo en su período.

—Una de las críticas que se le hace a su gestión es que usted delega mucho.

—En la Contraloría hay una cantidad de trabajo gigantesca (...). Pero, efectivamente, cuando yo nombro a María Soledad Frindt, que es una gran profesional, a poco andar hice una delegación grande para yo poder dedicarme a temas un poco más estratégicos. Efectivamente yo le delegué mucho a ella (...). Cuando sale el fallo adverso el 30 de noviembre (que ordena reintegrar a Dorothy Pérez), lo que hice fue mitigar las pérdidas, como haría cualquier persona medianamente responsable: por eso dejé sin efecto esa delegación, que hice pensando en la persona en que estaba delegando, que era de mi exclusiva confianza, Soledad Frindt.

—¿Cuál es la crítica que más le ha dolido en este último tiempo?

—Esta idea, que realmente es muy molesta, de que yo estuviera haciendo acoso laboral a las personas, eso me parece súper injusto. También me molesta cuando se critica que yo he despedido a muchas personas, tampoco me parece correcto.

Luego, agregará: “También me duele mucho cuando alguien dice que soy misógino, como dijo un diputado. Es gente que realmente no me conoce. Si fuera misógino, no habría nombrado una subcontralora, ni la mitad de las jefaturas serían mujeres”.

—En mayo pasado usted dijo: “Sigo trabajando con las mismas ganas para que este país sea un poquito menos corrupto”. ¿A qué se refería? ¿Cree que Chile es un país corrupto?

—Obviamente, en cualquier parte hay un riesgo de corrupción, a eso me refiero. Claramente hay corrupción en Chile... Chile, en los últimos cinco años, sistemáticamente ha bajado en el ranking de transparencia internacional. Hace cinco años estábamos en el lugar 21, sobre Uruguay. Hoy aparecemos en el lugar 27 y bajo Uruguay.

—A propósito del escándalo por los viáticos de los parlamentarios, se han empezado a investigar los de muchas autoridades. Y existen viáticos suyos a Valparaíso, donde usted vive, a los cuales esta revista tuvo acceso (y que están disponibles en Transparencia). Hay algunos por 47 mil pesos y otros por 164 mil pesos. Cuando viaja a esta ciudad, ¿cobra viático?

—Depende: si me quedo en Valparaíso, en mi casa obviamente, no cobro viático; pero si vengo por el día y tengo que almorzar en Valparaíso y no almuerzo en mi casa, ahí sí —dice, y agrega—: Mira, nunca he cobrado un viático por quedarme en Valparaíso si me quedo en mi casa. Seguramente eran dos o tres días de comida. Pero déjame decirte una cosa, es súper importante esto: déjame sacar la cuenta, tuve que ir dos veces a Nueva York por la junta de auditores de la que formamos parte, una vez a Frankfurt, donde me invitaron, y otra a Viena. Por mi cargo, yo puedo ir en business, pero, salvo una vez que me pagó Naciones Unidas, yo siempre viajo en clase turista. Eso es importante que se sepa. Viajo siempre en turista, porque no quiero exponerme a esto, y tampoco cobro horas extraordinarias.



Este año, además, ha sido duro en lo personal: en mayo pasado falleció su padre luego que se le detectara un cáncer a principios de año.

Dice que fue fulminante y que, por más edad que se tenga, nadie está preparado para que se le mueran los padres.

—Pienso todos los días en él —dice.

Hasta diciembre de 2015, el mundo de Jorge Bermúdez era la academia y las asesorías. Su vida era muy tranquila, dice. En las mañanas hacía clases; en las tardes, normalmente, se iba a su casa. Cuenta que cuando aceptó el cargo de contralor jamás pensó que iba a ser tanto.

—Para mí esto fue un cambio en 180 grados.

—¿Qué fue lo que más le sorprendió?

—Tal vez lo más importante es darte cuenta del impacto que pueden ocasionar todas las decisiones que tomas (...). De lo otro que me da cuenta es de que el factor político es mucho más influyente de lo que yo había pensado en un trabajo que yo definiría como técnico, que es el que hace la Contraloría. Y luego, bueno, que hay mucha gente interesada en tener a un contralor debilitado (...). Me he dado cuenta, porque he visto cómo mucha gente ha aprovechado eso para tratar de menoscabar mi impronta como contralor, esa gente que te pone cuestionamientos, que dicen que ya no vale la firma del contralor.

Jorge Bermúdez dice que desde que él llegó, ha habido un cambio en la Contraloría.

—Si tú ves a la Contraloría de hace diez años, o un poco más, de hace 15 años, con la Contraloría de hace cinco o ahora, son distintas (...). Pienso que lo que ha marcado mi gestión ha sido una distancia respecto al fiscalizado. Distancia que no quiere decir estar distanciados, sino que cada cual tiene su rol. Hay un rol que es gobernar y otro rol que es controlar.

—Hay gente que dice que su gestión ha estado marcada más por las peleas que ha dado públicamente que por otra cosa. Históricamente, los contralores decían que sus dictámenes eran los que hablaban por ellos.

—Eso es una tontera —dice—. Eso vale para la Corte Suprema y para los tribunales (...). Yo veo que sí hay un cambio en la Contraloría, y es que antes siempre estaba en lo marginal y nosotros ahora vamos a lo que yo denomino “los huesos duros”. Obviamente que puede haber problemas de horas extras en un servicio público, pero eso no es lo relevante. Lo relevante es saber qué se está contratando en ese servicio público, cómo se están haciendo las obras públicas en ese sistema público, cómo se están haciendo los contratos informáticos en ese sistema público.

Luego, dice: “En una consulta al 85 por ciento de los funcionarios, se hizo un diagnóstico: que a la Contraloría no la conocía nadie. Mucha gente la confundía con la Tesorería. Entonces, hicimos un plan estratégico en donde uno de los ocho objetivos fue difundir nuestra labor en las redes sociales y que el contralor explique lo que está haciendo la institución. Creo que eso es lo que exige la ciudadanía hoy, no puedes tener una institución hacia adentro”.

—¿Usted cree que los recursos de la Contraloría están bien utilizados cuando en redes sociales Contralorito, el personaje de la institución, se mezcla con personas cuyas conductas han sido cuestionadas?

—Si queremos que la Contraloría tenga una presencia sobre todo en un grupo etario donde esta institución es lo menos atractiva que hay, una forma es a través de algunos personajes que tengan alguna llegada con ese grupo. Eso es lo que queremos lograr y para eso tenemos a ese community manager, que en realidad es súper cotizado (...). Igual creo que a veces hay que ser un poco disruptivo, en ciertas ocasiones uno tiene que provocar un poco para generar cosas.

—¿Por qué es tan necesario dar a conocer a la Contraloría si su trabajo es fiscalizar, no estar en relación con la ciudadanía?

—Si pasa desapercibida, no se valora el aporte que hace a la República y después puede haber cierta indiferencia en materia presupuestaria (...). Afortunadamente, la Contraloría aparece como una de las instituciones más confiables en algunas encuestas de opinión.



Según fuentes de la Contraloría, el 26 de noviembre pasado Dorothy Pérez presentó un escrito, que fue indexado al sumario administrativo que está llevando a cabo la institución por encargo del contralor para determinar la eventual responsabilidad de sus funcionarios en las irregularidades de Carabineros. En él, la subcontralora hizo presente la incompetencia del fiscal, porque se debió haber realizado un juicio de amovilidad en su caso. Pero también agrega que se reserva las acciones legales civiles y penales por la apertura ilegal, el registro y difusión de su correo y el de otras siete personas, sin el consentimiento de ellas y sin autorización judicial.

Revista *Sábado* le leyó a Bermúdez la petición de Eduardo Díaz, el fiscal que lleva el sumario administrativo de la Contraloría, a Luis Lara, jefe de Informática, para que abra los correos de Dorothy Pérez y de siete personas más.

—¿Es esta una petición ilegal?

—No, ¿por qué? Es totalmente legal. Está dentro de las facultades del fiscal. Esa resolución (que me lees) no la había visto, no la conozco.

—¿No?

—Absolutamente no —dice, y agrega—: Todo lo contrario, es absolutamente legal todo lo que estaba haciendo, porque, perdón, ¿qué tipo de correos le está pidiendo? ¿Correos institucionales? o sea, no está pidiendo el Gmail. Entonces es absolutamente válido y, perdón, todas esas personas son funcionarios o exfuncionarios. Esto está totalmente legal.

—**¿Quién dice que es legal?**

—Yo te voy a decir quién lo dice. Está dentro de las facultades del fiscal sumarial acceder a toda la información que sea necesaria para su investigación. Esa es su facultad, de acceder a toda la información, esa es una facultad genérica que ha dicho el Consejo para la Transparencia, que los correos institucionales no están protegidos bajo reserva o secreto y, por lo tanto, tienen que entregarse al fiscal.

—**Es fiscal administrativo, no del Ministerio Público, porque eso se entendería, pues habría una orden del juez.**

—No, no hay una orden de un juez. También tiene la facultad “administrativa”.

—**Pero un fiscal administrativo, ¿tiene esa facultad?**

—Sí, claro.

—**¿Sin que las personas lo hayan aceptado?**

—Sí, de todas maneras. No puede pedirte tu Gmail. Como te digo, esto lo ha dicho el Consejo para la Transparencia.

Agrega que hay dictámenes del 2012 y 2013, “o sea, no son míos”, y dice que hay sucesivos dictámenes de la Corte Suprema en varias instancias —dice y agrega—: “No es en absoluto una ilegalidad, y si lo fuera, podrían ir de amparo. Pero no es así”.

—**En todo caso, Luis Lara, en la petición escribió: “debo realizar consulta al contralor general porque excede la atribución”.**

—No, no me apareció ninguna consulta.

Un mes después, Lara fue despedido de la Contraloría, igual que el encargado de ciberseguridad. El Contralor dice que “no fue por eso”. Explica que la decisión se tomó porque detectaron problemas de ciberseguridad en los sistemas.

CATEGORÍA OPINIÓN

LA SOMBRA DEL PASADO



Carlos Peña
11 de noviembre
El Mercurio

En noviembre de 2018 Juan Emilio Cheyre, excomandante en jefe del Ejército, fue condenado a tres años y un día por encubrir el asesinato de 15 personas cometido por integrantes de la Caravana de la Muerte en su paso por La Serena. Desde su procesamiento, en 2016, el general en retiro recibió el apoyo de importantes dirigentes de la antigua Concertación. Cheyre fue el militar del “Nunca más”, cuando en 2004, en una columna en *La Tercera*, afirmó que “las violaciones a los derechos humanos (...) para nadie pueden tener una justificación ética”. Incluso sus credenciales democráticas lo llevaron a asumir como consejero del Servicio Electoral entre 2012 y 2017, y hasta entonces, Cheyre sintetizaba “el éxito de la transición chilena” y “la disposición de los militares a adherir a la democracia”, como observó Carlos Peña en esta columna. Sin embargo, sostuvo el rector de la Universidad Diego Portales, sus acciones no sirvieron para ahuyentar su pasado porque, en los hechos, Cheyre representó “la misma leve mediocridad con la que la sociedad chilena en su conjunto, y para qué decir la derecha, logró hacer de los crímenes un mal recuerdo que en medio de las nubes del tiempo y el bienestar podía olvidarse”.

El general Cheyre acaba de ser condenado por encubrimiento de los crímenes de la Caravana de la Muerte.

Imposible obviar el significado simbólico de esa condena.

Y es que Cheyre es casi una metáfora de la reciente historia política de Chile: una capa de democracia, buenos modales, dicción cuidada y bienestar, erigida sobre un crimen que se piensa olvidado, pero que amenaza desde las ruinas de la memoria.

Si hace apenas unos años atrás hubiera que haber escogido a alguien que sintetizara el éxito de la transición chilena y de la disposición de los militares a adherir a la democracia, ese habría sido, sin duda alguna, Juan Emilio Cheyre. Fue el general que pronunció el “Nunca más” (hoy se sabe cuánto sentido personal pudo tener para él esa frase mientras la decía) y quien tendió los puentes, mientras estuvo de agregado en España, hacia la centroizquierda que acabaría gobernando (y lo premiaría erigiéndolo a él en comandante en jefe).

Siempre fue considerado una excepción dentro del Ejército, un militar que a pesar de haberse formado bajo la dictadura poseía vocación democrática; un militar, se dijo, que habría contribuido como ningún otro a la transición. Su prestigio llegó tan alto que, además de convertirse en académico de la Pontificia Universidad Católica y escribir artículos en los que parecía entender el acontecer internacional, integró el Servicio Electoral, un organismo al que están confiadas las elecciones, el acto principal de la democracia.

Un ejemplo de hombre público.

Pero detrás de la pátina de los días, debajo de su carrera tallada al compás de la oportunidad que le brindaban los tiempos, se escondía el silencio de una culpa. Cheyre había tomado parte en los acontecimientos de la Caravana de la Muerte, ese viaje infame en el que a pretexto de agilizar procesos se asesinó a sangre fría a prisioneros indefensos –prisioneros que ni siquiera los consejos de guerra habían logrado condenar a penas graves– con el deliberado propósito de infundir miedo, de esparcir el terror entre quienes siquiera soñaran con oponerse a la dictadura. La Caravana de la Muerte de la que Cheyre, según la decisión del juez Carroza, fue encubridor, puesto que con su silencio y sus actos facilitó la impunidad y el disfraz de esos hechos terribles, ni siquiera cuenta con el pretexto mentiroso de la guerra y del enfrentamiento que se ha esgrimido tantas veces; fue simplemente un hecho cobarde y desnudo cometido sobre seguro, sin que mediara la menor amenaza, un crimen planificado por el Ejército y ejecutado por sus miembros a sangre fría.

A juzgar por la sentencia del juez Carroza, Cheyre no participó directamente en esos crímenes, pero los presenció a distancia y a sabiendas colaboró luego con los criminales, y es probable que él mismo haya tranquilizado su conciencia con la niebla de la incertidumbre. Como no apretó el gatillo, y declaró no ver directamente la sangre, ni sentir de cerca los gritos de los asesinados –aunque coligió de inmediato los crímenes, puesto que luego contribuyó a la escena de su disfraz–, pudo decirse una y otra vez a sí mismo que quizá esos crímenes no existieron de esa forma, que quizá su participación en ese horror no fue tal, que como él no apretó el gatillo, aunque más tarde contribuyó a encubrir su sonido y sus cadáveres, siempre podría decir, y decirse a sí mismo, que su participación era tan inocente como la de un sirviente militar que solo cumplía su deber sin preguntar detalles.

Es probable que eso fuera lo que para sus adentros se dijo a sí mismo Cheyre todos estos años cada vez que el recuerdo brotaba de nuevo.

Pero ¿no fue eso mismo, o casi, lo que se dijeron a sí mismos esos chilenos y chilenas, políticos e intelectuales entre ellos, que apoyaron la dictadura a pesar de los crímenes que olían a la distancia? ¿No emplearon siempre la coartada de decirse a sí mismos (y aún todavía lo repiten) que como no habían presenciado directamente ningún crimen quizás ellos pudieron no haber ocurrido? Cheyre, desde este punto de vista, ni siquiera posee la dignidad de haber sido el único; en verdad acabó siendo nada más que una persona cualquiera cogida por el miedo y más tarde, mientras ascendía en su carrera, por la ambición que decidió que aquello que sabía había hecho u omitido, después de todo, pudo no haber ocurrido.

Cheyre representa desde ese punto de vista la medianía de Chile, la misma leve mediocridad con la que la sociedad chilena en su conjunto, y para qué decir la derecha, logró hacer de los crímenes un mal recuerdo que en medio de las nubes del tiempo y el bienestar podía olvidarse.

Durante mucho tiempo, Juan Emilio Cheyre pareció ser el Gutiérrez Mellado de la transición chilena. Gutiérrez Mellado fue el general, cercano a Franco, que después de haberse formado a su sombra acabó, junto con Adolfo Suárez, desmontando al franquismo con tal éxito y valor que derrotó su propio pasado.

Pero no, resultó que Cheyre no era el Gutiérrez Mellado de la transición chilena, y que en él no existía esa dignidad de quien es capaz de mirar de frente su pasado y ayudar a desmontar su propia imagen inmerecida. Él era simplemente un sujeto que vestido de uniforme se preocupó de travestir su pasado, creyó en la fragilidad de la memoria y pensó que siempre podía decirse a sí mismo que no tuvo nada que ver en los crímenes y que, habiéndose convencido a sí mismo, los demás algún día acabarían creyéndole también.

QUÉ HACER CON LAS PULSIONES TRAS LA REVOLUCIÓN



Constanza Michelson

20 de mayo

The Clinic

El 2018 se recordará como el año del feminismo y la promoción de los derechos de la mujer. La toma feminista que partió a mediados de abril en la Universidad Austral por denuncias de acoso y abuso sexual desataron tomas en 32 universidades del país. El movimiento tuvo su germen en 2016, luego del femicidio frustrado en contra de Nabila Rifo y se le llamó “la tercera ola feminista”. La magnitud del proceso quedó en evidencia en mayo de 2018, cuando estudiantes convocaron a una marcha que reunió a más de 200 mil personas por la Alameda. La imagen de ese día fue la de una joven parada sobre una estatua de Juan Pablo II, ubicada en la Casa Central de la Universidad Católica, con el torso desnudo, la cabeza cubierta con una capucha rosada y un puño en alto. A partir de esa foto, Constanza Michelson ensayó una interpretación de los hechos y sus consecuencias, advirtiendo sobre “el fin del eros” y la “amenaza al erotismo bajo el yugo de los protocolos”. Desde una perspectiva aguda y perspicaz, además de incitante, la psicoanalista previene sobre el riesgo de que la revolución feminista termine por controlar las pulsiones sexuales.

La Historia, así con mayúscula, se encarna en frases, canciones e imágenes. Aunque al escribir esto, no ha pasado más de una semana desde que se tomó, se puede afirmar que la foto de la chica encapuchada con las tetas descubiertas sobre la estatua de Juan Pablo II, es un pedazo de historia. Es una imagen que notifica el estado de la cultura.

No se trata de una foto que se dice temblando, porque evidencia una ruptura que ya se hizo. Quizás no nos habíamos dado cuenta del todo. Aunque algunos se sintieron ofendidos, no había ya nada que profanar. Por esos días hacían su renuncia todos los obispos de Chile. Todos.

Aunque la foto despierte en la memoria la pintura *La libertad guiando al pueblo* de Delacroix, tienen temporalidades y acciones distintas. La pintura retrata una revolución que se va gestando. La imagen huele a la humedad de los cuerpos en la guerra, que van sorteando obstáculos y el peso de las armas. La imagen de nuestra libertad, si bien es también ruidosa, lo es de carnaval. Guía esta vez el ojo de su pueblo, quienes más bien quietos, registran el momento con sus teléfonos.

Este cuadro, el nuestro, es el de una celebración que parodia la revuelta. Porque es insolente y porque es una toma de poder. Aunque lo hace como un guiño, su capucha es linda, roja y decorada, indicando que la violencia ya no solo le pertenece a los hombres.

Sellado y timbrado. Algo cambió.

Pocos se atreverían a ir en contra de la ola. Por lo mismo han ido apareciendo algunas advertencias: cuidado con el uso político del

movimiento, ojo con los colgados, atención con los machos resentidos con otros machos que aprovechan la oportunidad para patear.

Podría parecer que el nudo de la imagen es el pecho desnudo de la chica. Pero es una desnudez tejida de cultura, esas son tetas envueltas de política. Precisamente van en la dirección contraria a la idea del lugar natural de la mujer, de las tetas al servicio del deseo o de la maternidad. Se trata de la manifestación de que el cuerpo es territorio ideológico. Por eso cuando algunos –especialmente esta vez, muchas algunas– salieron hablando de que no se puede esperar respeto a teta pelá, está operando ahí la falsa consciencia con relación al deseo. Como si meterse cuchillo voluntariamente y ponerse plástico para agrandarlas fuese un acto más respetuoso consigo mismas. Si las mujeres deben poner sobre la mesa la cuestión del cuerpo en la protesta, es porque ese es el primer lugar que debe adquirir soberanía.

Como sea, el tema pezones y sus resonancias, es un debate que está instalado en la agenda explícita. Para mí hay otro lugar de la foto que punza, que agujerea la imagen y abre otras preguntas: la segunda mano, la mano incómoda.

La foto se toma justo en el momento en que un brazo de la chica se alza con el gesto de la victoria por delante de la del pontífice. Ambos coinciden en el mismo ademán, indicando el camino al paraíso. ¿Tras el triunfo, qué hace la otra mano? El patriarca a la espalda de la encapuchada, afirma un bastón. Mientras que la mano de ella está desnuda. Mucho más que sus pechos.

Cualquiera sabe que en la foto posada, una de las cosas más inquietantes es el problema de las manos. Dónde poner las manos cuando no se está haciendo algo con ellas. Las manos también son ideológicas. Están del lado de la producción, si no, se habla de flojera, que no es sino el eufemismo de hacerse la paja.

Estos días se debate qué hará la segunda mano del feminismo. Leyes, protocolos, todo lo que se instala tras la revolución. Hasta ahí, discusiones más, discusiones menos, todos estamos bastante de acuerdo de que es tiempo de cambiar las reglas. Que hoy las mujeres

tomen un bastón tampoco parece ser el meollo del asunto. Porque la historia se trata de otorgar y quitarse el trono. Sin embargo, la imagen de este triunfo es a mano pelá'. Como si fuera un señuelo de que lo que viene no es la inversión de lo que hay, algo así como un matriarcado con pantalones. Sino que se anuncia algo que no está escrito, que ni las mujeres sabemos.

Si hay un temor que se rumorea, no es que las mujeres quieran ser presidentas o astronautas, total eso les quita hartito peso a los machos de encima. Sino que lo que se dice medio en chiste, medio para callado (¡qué más real que eso!), "que no les dé la tontera de ponerse feas", andan diciendo. Me atrevo a hacer una traducción de esa frase: se teme a la revuelta de los códigos de la seducción. No a su inversión. Sino a que no existan códigos para guiar las pulsiones y los actos.

Se ha hablado bastante del fin del eros, de la amenaza del erotismo bajo el yugo de los protocolos, etc. No por nada el filósofo divulgador de moda es el coreano Byung-Chul Han. Toda su obra está atravesada por esta idea. Y si bien es cierto, las reglas matan el deseo, la seducción es indestructible. Sobrevive a la caída de cualquier imperio, siempre encuentra otros caminos.

Para entender la potencia de la seducción hay que asimilarla a la música, pues porta su misma perversión. La música viola al oído, trasgrede al cuerpo e impone los ritmos cardíacos. La seducción hace eso mismo, atraviesa las capas de la razón, la seducción pasa no más y dirige el deseo. La seducción ha sido siempre considerada la estrategia del mal (J. Baudrillard). Para la religión es la cola del diablo, para las sociedades liberales es la ansiedad a la cual hay que ponerle mordaza con guiones, educación y reglas.

Hasta acá la seducción está controlada en una gramática determinada. La mujer o los cuerpos feminizados juegan a ser objeto de deseo y los sujetos masculinos cazan. Cada uno actúa, con algunas variaciones, su rol. El ojo recorta los cuerpos en función del erotismo masculino. Las mujeres también introyectamos ese ojo, nos miramos

a nosotras mismas desde ahí. Incluso las fantasías sexuales se rigen por clichés. Vayan y clasifiquenlas, hay pura ideología ahí.

¿Qué pasa entonces si ese lenguaje, ese soporte conocido para la seducción, tambalea? No vaya a ser que la seducción ande suelta y nos caiga encima. ¿Qué desórdenes aparecen cuando no hay mujeres disponibles, que entonces se teme tanto que ellas varíen su posición en el deseo?

¿Qué hacer con las pulsiones tras la revolución?

No es extraño que surjan las nostalgias conservadoras. Pero también aparece el infantilismo del protocolo generalizado. Cuando se pierden las coordenadas, lo primero es hacer mapas. Quizás por eso, estos son tiempos de paranoia, donde no se apunta solo a limitar los comportamientos abusivos, sino que a no dejar cabo suelto. De ahí que se acusa de totalitarismos para allá y para acá. Pero que a diferencia de los del siglo XX, estos son sin el bastón, porque no parecen tener que ver con la instalación de un poder concreto, sino que con el afán de ser dique a lo que hoy se le llama la sociedad líquida. Lo sólido se nos escurre por todos lados.

¿Qué queda? Seguramente, el imaginario machista tiene para un buen rato, o quedará como una alternativa. Pero también se abre la posibilidad de la invención de nuevos lenguajes, no que impongan, sino que nos permitan ligarnos. Y eso es lo más subversivo del mundo, cambia los cuerpos y las relaciones.

LIBERTÉ, ÉGALITÉ, MBAPPÉ



Esteban Abarzúa

13 de julio

Las Últimas Noticias

Durante la campaña de la selección francesa de fútbol en el Mundial de Rusia 2018, las calles galas se colmaron de hinchas que, después de cada triunfo, gritaban: “¡Liberté, égalité, Mbappé!”, en honor al delantero que vestía la casaquilla número 10 de la azul: Kylian Mbappé. Era la revolución francesa del fútbol, cuyo antecedente podía verse en el documental *Les Blues*, que recorría la historia de la selección francesa desde que ganó su primer título mundial y que abría con la frase “El deporte es política”. Cuatro días antes de que Francia se coronara campeón del mundo en Moscú, el periodista Esteban Abarzúa explicó qué representaba para ese país su selección de fútbol, cuya figura icónica era, justamente, Mbappé, y en la que “catorce de sus veintitrés integrantes en Rusia 2018 son de origen africano”. Consciente de los alcances políticos y sociales del fútbol, Abarzúa habló de por qué ese equipo revolucionó el fútbol y por qué esa revolución partió en las calles de Francia.

Kylian Mbappé, hijo de argelina y camerunés, nació en un suburbio de París seis meses después de que Francia ganara la Copa del Mundo en 1998 y no alcanzó a enterarse de la fiesta. Tampoco pudo entender seguramente la revuelta de los inmigrantes que terminó con más de seis mil autos incendiados por toda Francia en noviembre de 2005, aunque los disturbios pasaron por fuera de su casa en el barrio de Bondy. Quizás se lo explicaron después, igual que el comentario que por esos mismos días hizo el filósofo conservador Alain Finkielkraut sobre el equipo nacional “black-black-black” que, según él, lo convertía en el hazmerreír de Europa.

Es difícil saber lo que piensan los futbolistas de estas historias, aunque Cristian Karembeu, campeón del 98, jamás cantó La Marsellesa porque su abuelo Willy, nativo de Nueva Caledonia, en Oceanía, fue exhibido en una jaula durante la Exposición Colonial de París en 1931. Mbappé, con solo 19 años, encabeza ahora la revolución del fútbol francés: catorce de sus veintitrés integrantes en Rusia 2018 son de origen africano.

Con tres finales de la Copa del Mundo desde 1998, Francia ya está entre los grandes. A nadie le ha ido mejor en estos veinte años, a pesar de sus fracasos de primera vuelta en 2002 y 2010, y hoy hasta es posible que por fin se le reconozca lo que los libros le refutaron eternamente: un estilo.

En *La pirámide invertida* de Jonathan Wilson, que es una historia de las estrategias centrales en un siglo y medio de fútbol, casi no se mencionan los apellidos franceses. Sin embargo, hubo un tiempo

en que se les admitía una forma de jugar con el denominado “football champagne”, que existió entre la primera final de la Copa de Europa el 13 de junio de 1956, perdida por el Stade de Reims de Albert Batteux frente a Real Madrid, y el retiro de Michel Platini, en el verano europeo de 1987. Un estilo de juego alegre y perdedor, basado en el toque de primera y los dribles de Raymond Kopa y Platini, que los llevó a tres semifinales del Mundial en 1958, 1982 y 1986.

Todo empezó a cambiar en 1998 con Aimé Jacquet, quien de entrada decidió prescindir de Eric Cantona y David Ginola por “falta de espíritu” y luego armó, desde atrás, un equipo sólido que no se regaló nunca hasta que llegó la final en Saint-Denis y le ganó 3-0 a Brasil. Su triunfo molestó al líder ultraderechista Jean-Marie Le Pen, hostil a la idea “black-blanc-beur” de esa escuadra multirracial, con jugadores de la Francia blanca, negra y árabe. Ahora L’Equipe de France es el más temible en la Copa del Mundo: tácticamente tiene una vuelta más que los veteranos del 98 y supera en contundencia a los finalistas de 2006. Todavía hay blancos, pero les quedó claro que no pueden jugar como burbujas, y la piel del resto, aunque siga incomodando a muchos, ya es parte del engranaje. Paul Pogba y N’Golo Kanté son el sistema, pero el más valioso puede ser Mbappé: un peligro conjetural que a través del contraataque transforma al equipo en una fuerza indescifrable. En el nuevo fútbol Francia hace la revolución.

EL SISTEMA EDUCATIVO EN CHILE NO PRIORIZA LA CALIDAD NI PARA RICOS NI PARA POBRES



Juan Andrés Guzmán

8 de mayo

Pousta

A raíz del reportaje de Greta di Girolamo sobre el entrenamiento recibido por niños para los exámenes de admisión a colegios de elite, que se publica en este volumen, Juan Andrés Guzmán escribió esta columna en la que ofrece una hipótesis de por qué los padres de la clase media alta buscan colegios en donde estén los hijos de familias de un nivel socioeconómico alto, sin preocuparse en específico de que entreguen una formación de calidad. “Si realmente quisieran eso, el mercado se los proveería muy fácilmente, pues los que quedan fuera de estos ‘mejores’ colegios son profesionales de buen nivel económico y pueden costear los profesores e instalaciones necesarios”, afirma. Tomando una idea del politólogo estadounidense Jeffrey Winters, quien habla de “una industria de la defensa de la riqueza”, Guzmán agrega que, paradójicamente, profesionales bien calificados no solo piensan en cómo hacer más ricos a sus empleadores sino, además, “en cómo imponer políticamente las ideas que los benefician”.

Una sociedad se mide por cómo trata a los más débiles. Esa frase da vueltas en la cabeza cuando se lee el artículo de *Paula* sobre la selección en los colegios. La nota muestra el estrés que viven padres, madres y niños de entre tres y cuatro años, que buscan quedar en los “mejores” establecimientos. Es tanta la presión por conseguir un cupo que algunos emprendedores han visto la oportunidad de negocio y se dedican a prepararlos.

Coaching lo llama la revista; e ilustra la nota con fotos de niñas sonrientes. Pero lo que cuenta la periodista Greta di Girólamo es simplemente abuso de poder; abuso y sufrimiento al que las familias se someten, porque quedar seleccionado en estas instituciones es un paso clave para pertenecer a la elite.

El argumento de que estos padres buscan educación de calidad no tiene asidero. Si realmente quisieran eso, el mercado se los proveería muy fácilmente, pues los que quedan fuera de estos “mejores” colegios son profesionales de buen nivel económico y pueden costear los profesores e instalaciones necesarios.

La verdad es que el sistema educativo chileno, ni cuando atiende a la elite ni cuando maltrata a los guetos, tiene la calidad educativa como su prioridad.

En el área pública, los que mejor lo saben son quienes, siguiendo a Milton Friedman, sostuvieron durante décadas que si las escuelas públicas competían por los alumnos (a través de los vouchers) elevarían su calidad, para no perder clientes. Al menos desde 2010, con la investigación de Contreras, Sepúlveda y Bustos (*When Schools*

Are the Ones that Choose: The Effects of Screening in Chile) sabemos que la intensa competencia por calidad que prometía este modelo de váucher, simplemente no ocurre.

En vez de competir por ser mejores, los establecimientos públicos hicieron lo mismo que los subvencionados y los privados: compitieron por deshacerse de los alumnos más difíciles y quedarse con los que tenían mayor capital cultural y social.

Similar fenómeno observaron en 2016 Canales, Bellei y Orellana (*¿Por qué elegir una escuela particular subvencionada? Sectores medios emergentes y elección de escuela en un sistema de mercado*). Al estudiar cómo eligen escuela las familias del sistema particular subvencionado los investigadores anotan que la segregación es el factor central. Tan importante, que “la excelencia académica resulta crecientemente irrelevante para oferentes y demandantes”, dice el estudio.

¿Por qué las familias chilenas eligen así? ¿Por qué somos tan radicalmente clasistas?

Seth Zimmerman (*Making Top Managers: The Role of Elite Universities and Elite Peers*) expuso en 2013 que más del 50% de los cargos más altos en las empresas chilenas los ocupan exalumnos de nueve colegios de elite, en los que no estudia ni el 0,5% de los estudiantes chilenos. Es posible creer que eso se debe a que en esos colegios se ofrece mejor educación, pero vale la pena considerar también la evidencia que aporta el estudio de Javier Núñez y Roberto Gutiérrez de 2004: al menos en el plano de los salarios, el origen social manda.

El estudio dice que lo que hoy llamamos zorrón, es decir, un alumno “de mediocre desempeño académico proveniente de una comuna y colegio de origen socioeconómico alto y dotado de una ascendencia de origen socioeconómico superior” tendrá, solo por virtud de su origen, “un ingreso estadísticamente mayor que un estudiante de alto rendimiento académico proveniente de una comuna pobre y colegio público, sin ascendencia vinculada al estrato socioeconómico alto”.

Al zorrón no solo le irá siempre mejor que al “alumno pobre y brillante”, sino también mejor que “a una amplia variedad de estudiantes de excelencia formados en ambientes socioeconómicos promedio”. El estudio concluye lo que las familias intuyen: “El origen socioeconómico es relativamente más importante que el desempeño académico en la determinación de salarios en el mercado laboral”.

Cuando el éxito no depende de las habilidades y conocimientos, sino de las redes que se forman en el colegio, la elección económicamente racional es destinar recursos a codearse, no a saber. El clasismo parece entonces una respuesta de los distintos grupos sociales a lo concentradas que están las oportunidades de trabajo, las posibilidades de desarrollo y la riqueza.

Si lo piensa como una pirámide, la función del clasismo queda más clara: cada grupo tiene arriba un muro que le impide llegar a las mejores condiciones de vida de las clases superiores; y abajo, otro muro, que lo protege del asedio de los menos afortunados. Cuando alguien sube un escalón, al otro lado no lo reciben con champaña, pues, como es una pirámide, a medida que se sube hay menos espacio. Como decía sin anestesia Emmanuelle Barozet, velar por los hijos propios significa, en Chile, “privar de oportunidades al niño que está más abajo”.

Así se entiende mejor, por ejemplo, el rechazo de sectores de clase media y media baja a la Ley de Inclusión. Sin posibilidades económicas ni sociales de llegar a los colegios particulares, desde los 90 una gran porción de las clases medias chilenas se parapetó en los particulares subvencionados (para una discusión de qué es la clase media, lea a Emmanuelle Barozet).

La Ley de Inclusión, sin embargo, impidió a estos establecimientos cobrar. Es decir, derribó el muro que defendía a la clase media de los más pobres. Por supuesto, para estos últimos la ley es buena pues sus hijos podrán acceder ahora a mejores redes. Pero la mesocracia sabe que sus redes se van a perjudicar pues un pobre lo es, en buena medida, porque no tiene contactos. Durante la discu-

sión de la ley se habló en términos muy brutales contra la llegada de familias de “malas costumbres” y flojas, si los particulares subvencionados no podían seleccionar. No es solo asunto de crueldad o egoísmo. Es supervivencia, pues la clase media cubre con pitutos y contactos su precariedad económica.

Pero el hecho de que en todas las fronteras sociales se haga sufrir a familias y niños con diversos mecanismos clasistas, no quiere decir que todos los grupos se beneficien de este sistema por igual. La evidencia está en que se podría ganar fácilmente el apoyo de la clase media para la Ley de Inclusión si se le abriera el paso al siguiente nivel de la pirámide, es decir, si se le diera acceso a los colegios privados de la clase media alta (por ejemplo, ofreciéndoles vóucher y prohibiéndoles a los privados rechazarlos). Pero eso, romper el muro que protege la reproducción de las siguientes capas, es amenazar el mecanismo de reproducción entre iguales que tiene la elite. Y eso ya fue una causa del Golpe de Estado.

Lo inconfesable de la historia que se cuenta en *Paula* es que el sufrimiento de las familias profesionales que postulan al colegio de elite, es el impuesto que la elite cobra para que los que se mezclen con ella tengan las redes más exclusivas posibles. No deja de ser intrigante, sin embargo, que este grupo de profesionales muy bien preparados y exitosos se someta (y someta a sus hijos de tres años) al calvario de ser cosechados o desechados en estos procesos de selección.

Es algo que debiera estudiarse.

Mientras, ofrezco una hipótesis.

En Chile la concentración económica ha llegado a tal punto que incluso las familias de clase media alta no pueden pensar en construir vidas económicas y personales fuera de la órbita del 0,01% más rico. Aunque tienen conocimientos abundantes y accesos a gran cantidad de recursos, en realidad están tan lejos de los súper ricos que controlan la economía (Ben Ross Schneider habla de Chile como un ejemplo de capitalismo jerárquico), que no se atreven a pensar en desafiarlos llevando adelante sus propios negocios, como es esperable en una economía competitiva.

Así, la clase media alta profesional, la que se forma en las mejores universidades, ve su futuro como empleado de confianza de los más ricos, como gerentes, asesores, consultores, abogados, periodistas de RRPP y lobistas, todos colgando de las grandes corporaciones y sus filiales.

El politólogo Jeffrey Winters llama a este grupo la industria de la defensa de la riqueza: “Las abejas trabajadoras de las clases medias y medias altas, muy bien remuneradas, que piensan no solo en cómo hacer más ricos a sus empleadores, sino en cómo imponer políticamente las ideas que los benefician”.

La paradoja es que mientras más exitosa es esta industria en su tarea, más fuerte se hacen los súper ricos y más dependientes de ellos se vuelven estos profesionales.

Mi hipótesis es también que estos niveles de selección y clasismo empeorarán porque la industria de profesionales está sobrepoblada. Aunque hay datos de que la cantidad de ricos ha crecido, las clases medias altas dependen de fortunas verdaderamente grandes y no es claro que estas se multipliquen con la velocidad necesaria.

Para decirlo en simple, un país donde el 60% de la producción es materias primas, tiene una cantidad bastante estable de grandes empresas, pues hacer un negocio en este sector requiere una enorme inversión. Como consecuencia, la necesidad de gerentes, ingenieros comerciales, o asesores tributarios es bastante limitada. Ben Ross Schneider dice, de hecho, que uno de los grandes problemas de nuestra economía es que es mala para generar buenos empleos.

Es probable que la sobrepoblación de profesionales de clase media alta lleve a una creciente competencia entre los que viven de servir al 0,01%, y que muchas familias de profesionales que han luchado duro por ascender reciban como respuesta que ellos y sus hijos no son lo suficientemente buenos para servir a la elite. En esas circunstancias, las redes y las amistades forjadas en la infancia se volverán aún más relevantes.

Tanto si el clasismo empeora como si no, lo cierto es que hoy estos crueles procesos de selección son tan centrales que ni aún en una época en la que los abusos del patriarcado se cuestionan y se exige buen trato hacia la infancia, parece posible pensar en ponerles fin.

EL INCOMBUSTIBLE GENERAL VILLALOBOS Y LA RESPONSABILIDAD DE LA MONEDA



Mónica Rincón

29 de enero

Ciper

En los días en que este libro entraba a imprenta, el fiscal a cargo de la investigación por el millonario fraude dentro de Carabineros pidió cárcel efectiva para 33 imputados, entre oficiales y civiles, y cadena perpetua para el general (r) Flavio Echeverría, sindicado como líder de la organización que defraudó al Fisco por más de 28 mil millones de pesos. Pero este caso es solo parte de una crisis institucional que tuvo un hito en enero de 2018, cuando se acusó a nueve carabineros y un civil por implantación de pruebas falsas, en el contexto de la llamada Operación Huracán. Pese a que la institución estaba sumida en el descontrol, dos días después de que estallara el escándalo, el general director de Carabineros, Bruno Villalobos, se embarcó en un avión rumbo a Miami para tomar un crucero e iniciar sus vacaciones. En este contexto *Ciper* publicó esta columna de Mónica Rincón, que da cuenta de la falta de control político sobre las Fuerzas Armadas y de Orden, con ejemplos que sorprenden por la inacción del poder político en el ejercicio de la autoridad que le otorga la Constitución. Villalobos no fue removido hasta que Piñera llegó al poder en marzo de 2018.

Fines de enero. Nada tenía de extraño que el ministro del Interior siguiera de vacaciones o que el general director de Carabineros partiera a las suyas. Salvo que no es cualquier enero. Carabineros se encuentra en medio de una grave crisis, enfrentado de manera inédita con el Ministerio Público. Nueve de sus funcionarios son investigados por, supuestamente, fabricar pruebas para inculpar a los comuneros mapuches en la Operación Huracán... Pero el general Bruno Villalobos no entendió la necesidad de cancelar su viaje recreativo a Miami.

Es el mismo incombustible general Villalobos que siendo ni más ni menos que jefe de Inteligencia de la institución que hoy dirige, fue incapaz de detectar que se estaba montando una “máquina para defraudar” que funcionó por años al interior de la policía uniformada. El mismo que, en vez de preguntarse cómo ocurrió eso, levantaba la voz y hablaba golpeado para acusar a los periodistas de “echar barro” sobre Carabineros.

Y ahí sigue... incombustible, inamovible. Ni a él se le ocurre presentar su renuncia ni a sus superiores pedírsela.

Tal vez ese es el problema de fondo. Y no solo en este caso. Paga Moya, y las responsabilidades las asume... nadie (de las cabezas de las instituciones Armadas y de Orden). Algo que no es extraño desde el retorno a la democracia: parece haber un pacto tácito de autonomía excesiva de estas instituciones, el que incluye el uso de sus recursos.

Ya se apresuraba en 2005 el recién designado ministro del Interior Francisco Vidal a declarar que “Juan Emilio Cheyre no tiene responsabilidad política alguna” en esa absurda marcha que cobró la

vida de 45 jóvenes conscriptos en Antuco. Y Cheyre nunca asumió esa responsabilidad política de la que ya lo había librado Vidal.

Cinco años después, el comandante en jefe de la Armada, tras creer que no había riesgo de tsunami, porque la alerta fue bajada (erróneamente) por el SHOA, se fue a dormir. “Me relajé un poco”, fueron sus palabras. Ante la comisión de diputados que analizaba este desastre, sostuvo: “Yo me mantuve en mi casa, tenía energía, un generador propio, entre comillas, porque al final no tuve ningún celular, ningún teléfono satelital hasta que al final a las 5:10 a.m., fui informado que la escuadra no había zarpado, que no había maremoto porque la alerta había sido cancelada hace cinco minutos y obviamente que me relajé un poco... a mí también me afectó la asesoría que afectó a lo mejor a la Presidenta y otras personas”. Así explicó Edmundo González su actuar tras un terremoto grado 8,8.

Desde el Ejecutivo, que ya tenía sus propias culpas en la tragedia, entre otras cosas por el penoso estado en que se encontraban en ese tiempo el sistema y los organismos de emergencia, no hubo molestia mayor con González. O no fue tan grande. Porque ni el error del organismo dependiente de la Armada, ni su actitud poco diligente lo hicieron pensar que podría ser necesario dar un paso al costado. Y lo más grave es que la presidenta Bachelet, entonces en su primer mandato, tampoco se lo pidió.

Es la misma presidenta que junto a su ministro del Interior decidió que fueran los propios carabineros quienes propusieran las mejoras necesarias para que no volviera a ocurrir un desfalco, como el del llamado popularmente “Pacogate” y que ya llega a más de \$ 25 mil millones.

Parece que la confianza en el general director de Carabineros es a prueba de todo. En este conflicto en que la Fiscalía acusa a la policía uniformada de inventar pruebas y esta institución defiende sus pesquisas, es cierto que hay que esperar que la Justicia diga quién miente y quién dice la verdad. Pero en medio de la crisis, ya han pasado cosas que en cualquier país serían inaceptables.

En conferencia de prensa, el general Gonzalo Blu, a cargo de la Inteligencia de Carabineros, desde donde se lideró la cuestionada Operación Huracán, acusó al Ministerio Público de “amparar a aquellas personas que se han dedicado a causar el miedo en regiones de sur del país”. Y pidió a los tribunales no acoger la decisión de la Fiscalía de no perseverar en el caso Huracán, a pesar de que esta decisión es facultad exclusiva del órgano persecutor penal.

Según el artículo 101 de nuestra Constitución, Carabineros, al igual que las Fuerzas Armadas, debiera ser “no deliberante”. Por eso, las palabras de Blu resultan inaceptables. Y aun más, porque no se trataba de cualquier hombre: el que hablaba, sin aceptar preguntas, el general Blu, recién había sido ratificado en la Dirección de Inteligencia Policial (Dipolcar) por Bruno Villalobos cuando este decidió el nuevo Alto Mando.

Hay más. La institución que dirige Villalobos se negó al allanamiento de la PDI ordenado por el Ministerio Público que investiga una presunta obstrucción a la Justicia y falsificación de instrumento público en la Operación Huracán. Argumentaron que no les habían avisado. Es cierto que el artículo 209 del Código Procesal Penal dice “dicha comunicación deberá ser remitida con al menos 48 horas”, pero también es cierto que agrega: “A menos que fuere de temer que por dicho aviso pudiese frustrarse la diligencia”. Razones para temer cuando se investiga una posible fabricación de pruebas había, más cuando ya conocemos casos como aquel en que los computadores de connotados ejecutivos de una empresa terminaron en el canal San Carlos. El allanamiento solo se concretó cuando el tema escaló hasta La Moneda.

Aun así, la presidenta mantiene su confianza en la cabeza de Carabineros. No puede entenderse de otra forma su inacción. Aunque desde 2005 los comandantes en jefe y el general director no son inamovibles... todavía lo parecen. Tan inamovibles que uno se pregunta si para ellos no existe la responsabilidad política y cuándo los asiste una de mando que no sea operativa.

Mientras continúa esta pelea vergonzosa entre Ministerio Público y Carabineros, ambas instituciones desvían recursos y atención de lo que debe ser su foco: la persecución penal y la seguridad. Así, los culpables de las quemas de camiones siguen impunes y los familiares de las víctimas de casos horrendos, como el asesinato de los Luchsinger Mackay, no tienen justicia.

Villalobos permanece en su cargo, aunque sigue cayendo el prestigio de una institución donde el carabinero común y corriente es ejemplo de esfuerzo en su labor cotidiana, donde en Lo Prado un uniformado rechaza sin dudar \$ 65 millones que pretendían pagarle delincuentes colombianos como soborno.

Villalobos sigue impertérrito en su puesto, como antes permanecieron el general Cheyre al frente del Ejército, el almirante González al mando de la Armada y varios más que (sin dudar de los aportes a las instituciones que encabezaron) en medio de profundas crisis, no dieron un paso al costado.

La responsabilidad primera no era en todo caso de ellos. Además de no deliberantes, el artículo 101 de la Constitución nos recuerda que las Fuerzas Armadas y de Orden son “esencialmente obedientes”. Por lo que hacer asumir responsabilidades políticas, le toca a La Moneda.

Pero es una Moneda que parece inhibida frente a las instituciones militares. Tal vez porque tiene sus propias responsabilidades en cada uno de estos casos: antes, porque no previó que nuestro sistema de emergencia era de cartón frente a un tsunami o porque sabía que ha permitido la opacidad en el manejo de recursos, y ahora porque no ha reaccionado a tiempo con Carabineros.

La guinda de una torta muy amarga es la decisión de Bruno Villalobos de tomar justo ahora sus vacaciones. Tal como lo planeó cuando este “huracán” no estaba en carpeta. Pero Villalobos se embarcó hacia Miami cuando la tormenta ya estaba desatada.

Hasta ahora la postura del gobierno ha sido una brisa tibia: pedirle a Villalobos que retorne al país, al tiempo que el ministro del

Interior tardó mucho en volver de su propio descanso. Mucho antes de que el “huracán” llegara a La Moneda, ya era evidente que el general Villalobos no era la persona adecuada ni para enfrentar el megafraude ni para hacer frente a esta nueva crisis. Porque, finalmente, lo que es claro es que su permanencia a la cabeza de Carabineros es insostenible.

